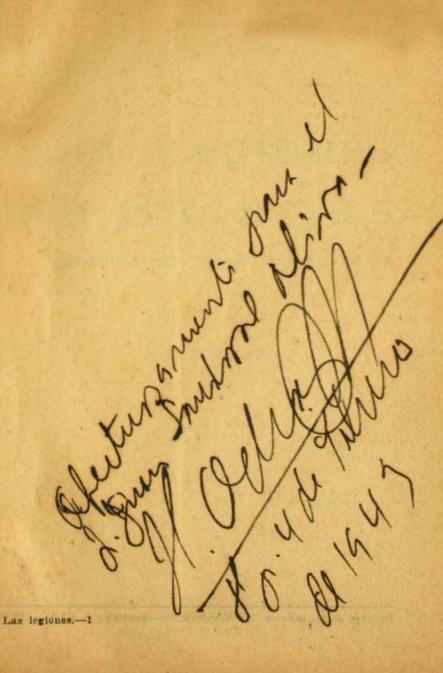
SATANA ROYPS H. OCHOA MEN

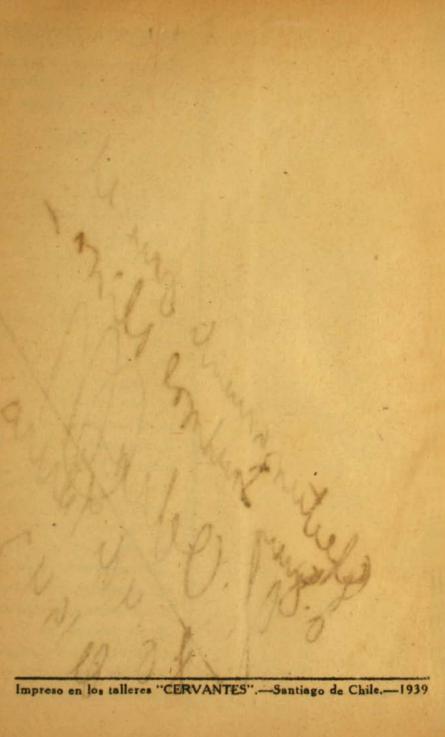
## PROXIMAMENTE DEL MISMO AUTOR

## LA GRAN CONFEDERACION REPUBLICANA SOCIALISTA DE LA AMERICA LATINA

(Novela)

Será la novela de mayor trascendencia política que se publique hasta ahora, en el país y probablemente, también, en toda la América Latina. Utilizando un modo original de exposición, se ha entremezclado a un romance de amor entre dos colegiales -romance que se supone ocurriendo en el año 2050 de nuestra era, esto es, 111 años adelante en el tiempo-, un grandioso provecto para reunir a todos los países de la América Latina, en un solo Estado Federal, organizado de acuerdo con un régimen socialista propio, concordante con la idiosincrasia de estos pueblos. Al efecto, se señala el camino para obtener ese resultado -que no es otro que la creación de la Internacional Latinoamericana-; en seguida se indica la probable trayectoria de la humanidad, y en especial de la América Latina, en el curso de la centuria que viene, y por último, se expone con todo detalle, con clari-





## Las Legiones de Satanás

(MEMORIAS DE ATEL, UN LOCO DIOS)

NOVELA

IMP. Y LIT. CERVANTES

SAN ANTONIO 741

SANTIAGO

Escrito este trabajo en colaboración con doña Mercedes Vicencio.

Y publicado en su homenaje y recordación.

H. O. M.

Santiago de Chile, marzo de 1939.

DE UN MANUSCRITO ENCONTRADO EN EL CRUCE DE CUATRO CAMINOS

I

¡QUIEN SOY YO!... Tú no lo sabes. Tampoco lo sabrás nunca. Pero tú me presientes. Y me ves. Y me oyes. Y me palpas. Y me gustas. Y por infinitos conductos yo me derramo sobre ti...... Aurora que se tiñe de rojo y púrpura; noche que se cuaja en luto; día soleado o crepúsculo violeta: eso soy yo. Y entonces, si al cielo miras, en el cielo, me ves...... En medio de un torbellino de mundos, me materializo en un pobre globo que agoniza. Y allí, soy volcán que arroja fuego y lava; soy la tierra que se estremece con siniestro trepidar; el mar furioso que aniquila naves y destroza riveras; soy el rayo que vibra en el satánico horror de la borrasca. Como soy la nieve que cubre de blancura las montañas; como soy la fuente humilde que apenas copia un rayo de sol; como soy la selva silente, el río de lento correr o la llanura inmóvil. Voy de fenómeno en fenómeno y salto de contraste en contraste. De infinitas maneras, tus sentidos me perciben sobre la faz de la tierra. Te albergo en mi seno prodigioso y alli te encadeno a mis omnipotentes veleidades. Soy entonces, LA MADRE TIERRA, la tierra tuya: un trozo de creación que he puesto como tu asiento; un mundo desmedrado y agónico que aun puede sostenerte; pero que, mañana, será tu tumba.

Esto, Y algo más..... De mis manos fluye el milagro Por siglos y más siglos, hago de una serie de fenómenos, el privilegio de mi obra. En mis excelsos atributos, yo mismo me copio en pequeño en mis creaciones. Y en ellas, soy inteligencia v sabiduria; soy alegria v dolor...... Me apego a la roca y soy alli la planta bravia, que con heroismo. prende un chispazo de vida a la dureza mortal de la piedra. Circulo por el silencioso laberinto de unas raíces de un tallo, de un ramaje, de unas flores. Soy un prodigio de verdura que bebe luz y dulcifica en savia, el vagabundo hilillo de agua que va por las entrañas de la tierra. Y por ello, me ves, en la inmovilidad de la planta. Porque yo soy LA PLAN-TA...... Cojo la materia bruta e infecunda. Bajo mis mandatos esa materia se transforma. Y hago sangre, carne y huesos. Anudo causas, relaciono fenómenos, creo leyes, ajusto posibilidades: concentro en un atado de materia una gigantesca sabiduría. Hago un milagro. Y de un trozo inerte, surge un organismo maravilloso que se siente a sí mismo; que teme; que anhela; que sufre; que goza..... Y entonces, volandero razgo de una chispa inmortal, yo me agito en las entrañas del pájaro que vuela o de la bestia que devora. Yo soy, tú mismo. Y yo te hago así, como tú eres. Y tú me diviertes con tus angustias. Y con tus violencias. Y con tus temores. Y con tus imbecilidades. Yo estoy en el puñal que sepultas por la espalda, a tu enemigo. Como estoy en el beso puro que hace de tí un blanco puñado de ternura. Por mi obra, tú lloras y tú ríes. Y tu vida me divierte. Y en cualquier momento, te cojo entre mis garras. Y te aprieto. Y te mato. Y tú dejas de ser. Y sobre tu miseria, mando una legión de gusanos que se ensañarán en tus carnes pálidas y de mal olor.... ¿Quién soy, entonces? Soy LA VIDA. Si. Soy la vida: completa, dura, brutal. Soy tú mismo, así como tú eres: bestia miedosa y destructible que vo, en cualquier momento fulmino a mi antojo.

Y siendo la vida uno de mis caminos, hago de la vida un torrente. Y lo someto a leyes. Y lo protejo. Y lo amago. Y lo aniquilo. Me hundo en ese torrente y vuelco sobre él mis prodigios y mis galas. Hago de ti, de tu padre, de tus hijos, y de los hijos de tus hijos, un todo armonioso que derramo a través de los tiempos. Hago una cadena de vidas, Hago una ESPECIE. Porque yo soy esa inmensa cadena de vidas que viene del pasado y va hacia el futuro. Como soy tú mismo. Como soy el animal errante. Como soy la planta inmóvil. Como soy la roca dura. Como soy tu globo vagabundo.

Y algo más todavía..... Señalo tu ruta por el mundo. Como señalo a los seres sus caminos. Como señalo a los mundos sus derroteros. Mudo y brutal, hago de todos los fenómenos un gigantesco laberinto y un perpetuo rebullir de atrabiliarias posibilidades. Yo mismo me voy haciendo en cada minuto que pasa. Por ello, soy el acaso que no se advierte, ni se sospecha, ni se comprende. Soy la desgracia que te hunde en un pozo de congoja. O la placentera suerte que pone risa y optimismo en tu corazón. Esto es, la variante inmensa que hace de tu vida un interesante juguete entre mis manos. A esto, tú le has puesto un nombre: le llamas destino. Yo soy EL DESTINO.

Y algo más todavía. Rebalso tus límites y mi poderio se va fuera de tus órbitas. Ahí me tienes en la majestuosa grandeza de las noches estrelladas. Hago mundos y los disparo, como regueros de luces, por el espacio inmenso. Manejo esas formidables energias que van de un astro a otro astro, de infinito a infinito y mueven orbes y hacen un gigantesco amontonamiento de mundos. Me concentro y me disgrego. Creo y destruyo. Soy vagabundo en la difusa nebulosa que navega en el vacío. Soy globo brillante en el astro que se forma. Soy negro cadáver en el astro que muere. Como soy omnipotente energía que encadena un astro a otro astro, un sistema a otro sistema, un orbe a otro orbe, y así, mueve y convulsiona el universo entero. Soy el macizo arquitecto que sostiene lo creado. Soy la energía, suma y prima que obra, que dirige y que transforma. Soy el infinito Universo: la INMENSA Y BESTIAL NATURA-LEZA.

Y algo más, todavía. Hago de la transformación la ra-

zón de mi existir. Entonces, de infinitas maneras demuestro mi atrabiliario poderío. Creo para darme, en seguida, la diabólica diversión de matar. Protejo a mis creaciones y prendo a ellas, fortísimos apegos. Pero también las aniquilo y las reduzco a polvo. Yo encadeno a la muerte y la hago circular por el orbe obediente a mis mandatos. Y por eso, la muerte, del mismo modo que te hace callar y te deja con una cara amarilla y unos ojos vidriosos y larga después sobre tí una legión de gusanos, que te harán tierra entre la tierra y polvo entre el polvo, coge a los astros en sus fantásticas carreras. Y los aprieta y los deja fríos y regados por el infinito como gigantescos cadáveres negros que esperan otros destinos. Porque yo soy eso, horrible que tú temes sobre todas las cosas: yo soy LA MUERTE.

Eso. Y algo más todavía.... Voy más lejos que tu imaginación y que tu sentir: soy lo desconocido para tí. Estoy dentro y fuera de la esfera fantástica hasta donde llegan tus miradas, mil veces poderosas, a través de tus poderosos telescopios. Tratas de buscar un límite a los lejanos confines del firmamento. Y ese límite no lo encuentras. Porque los sistemas se suceden a los sistemas, los orbes a los orbes y los mundos a los mundos, sin que sea posible imaginar una frontera a mi gigantesca heredad..... Voy más allá de los tiempos. Y para mí, los millones de centurias, todo el amontonamiento de cifras que te cabe imaginar, se hacen nada. Y son nada. Y en la trágica corriente de horas, días, años, siglos y milenios, todo se hunde y desaparece para volver a resurgir. YO SOY LO INFINITO Y LO ETERNO. Y sobre tan formidables pilares se extienden mis dominios: dilatados, fantásticos, incomprensibles para tí.

Vida. Muerte. Destino. Naturaleza. Lo Infinito. Lo Eterno. He dicho que todo eso soy yo. Tu entendimiento no logra comprenderlo; porque la síntesis gigantesca repugna a tu conciencia. Pero todo eso soy yo. Como soy, alfa y omega; el principio y el fin; el que todo lo sabe, el que todo vé, el que todo lo penetra: el que ha sido, el que es y el que será. Tal cual lo dijo, hace siglos, con pobre acierto, un bi-

cho de tu ralea. ¿Quién soy entonces?.... Desde hace mucho tiempo, en torno de mi nombre han girado tus temores, y tus esperanzas, y tus quimeras, y tus conceptos torpes. Dices que soy sabio; pero mi sabiduría a cada momento se transforma en absurdo a tu vista. Dices que soy justo; pero siéndolo, hago de tu vida un martirio. Dices que soy bueno, y yo, para probarte mi bondad, a cada paso riego la maldad, el dolor y la desgracia. Dices que soy poderoso; pero a veces, nada puedo, ni aun en contra de un miserable como tú...... Y de este modo, tú hombre, bestia chica perdida en la inmensidad de mis dominios, me adoras; me ruegas, y sobretodo, me temes; aunque me llames justo y bueno. Y en tanto, yo, sigo siendo incomprensible para tí. Y te lo juro, jamás nunca, llegarás a comprenderme. YO SOY DIOS (\*).

Como hombre vivo a tu lado y me llamo ATEL. Sólo soy un hombre: soy ATEL.

<sup>(\*)</sup> Sólo por excepción, a la palabra dios, —cuyo empleo es muy frecuente en esta novela—, se le da el significado que le asignan las religiones. Corrientemente, se la emplea con el significado panteísta que se le da en este capítulo.

Tú no sabes lo que es el bien. Tampoco sabes lo que es el mal..... Si mis garras se hunden en tu vida y te desangran; si yo me ensaño contigo y acumulo sobre ti, miseria sobre miseria y dolor sobre dolor, tú te quejas. Dices que tu vida es mala y aún llegas a maldecirla. Y entonces, con una torpeza sin igual, buscas, fuera de dios mismo, -tu creador-, un responsable. Dices que ese otro es malo; porque te hace daño. Vas más lejos todavía: mu pides que yo te defienda y me imploras para que yo dios te arrebate, de las garras de aquel monstruo que te hace sufrir..... En cambio si mudo tu destino y arrojo luz en tu conciencia, y destilo, -a modo de un supremo bien-, una alegría sobre otra alegría, un triunfo sobre otro triunfo, una satisfacción sobre otra satisfacción, tú, inconsecuente e ingenuo, puedes sostener que has caído en la gracia mía, y que yo dios todopoderoso, soy bueno y te protejo. ¡Infeliz! Un perro vagabundo sería tan lógico como tú. Como tú chillaría ante la desgracia; como tú se mostraria contento ante el halago. ¡Desgraciado! Por siglos y más siglos te he mantenido oscilante en el filo de mis veleidades. Tú no me has comprendido jamás. Tu cabeza aún es pequeña y por ello no resiste la amplitud de ciertos conceptos. Si te llevan fuera del rutinario acondicionamiento de tus aptitudes, la comprensión se te hace imposible. Tú no encuentras una relación necesaria entre los elementos todos de la Creación. Para tí, una piedra es sólo una piedra. Y un animal es sólo un animal. Por tanto, si te sostienen que la Naturaleza Omnipotente es una e indivisible; si te aseguran que la piedra tanto como el animal y como todo

lo creado, forman parte de un todo inteligente y móvil; si te dicen que Dios y el Demonio, son partes necesarias del Gran Todo, tú te confundes y rechazas la afirmación. Te es más cómodo y se amolda mejor a tu capacidad, la supo-sición ridícula e infantil de dos entidades soberanas, todopoderosas y enemigas, —Dios y Satanás—, disputándose el dominio del mundo. ¡Pobre hombre! Por fortuna la Naturaleza Omnipotente, para proceder y desarrollarse, lo hace sin consultarte a tí. Es por eso que en su seno prodigioso, todo se confunde y desaparecen el antagonismo y el absurdo. Yo soy la luz y soy la sombra; como soy la vida y soy la muerte. Yo no puedo circunscribirme a tus mínimos alcances. Pero si es malo lo que te hace daño, y si es bueno lo que te hace reír, yo quiero decirte, que yo dios, soy también, el BIEN y el MAL. Esto puede ser inexplicable y absurdo para tí. Pero, ¿qué me significan a mí, tus confusiones y tus enigmas? Para la Naturaleza Soberana el Bien y el Mal, lejos de ser antagónicos, sólo constituyen grados diversos de un mismo orden de fenómenos. Tanto como la luz y como la sombra, como el placer o como el dolor, sólo constituyen etapas distintas de mi propio desarrollo.

¿Pero acaso he venido a este mundo a dar explicaciones? No: yo no doy explicaciones. Apenas si hago comentarios. Y los hago porque puedo hacerlos. Si el bien y el mal no existieran, ¿dónde encontraría yo dios, la más interesante de mis entretenciones? Me place divertirme y me divierto. Me bifurco en luz y en sombra. Y aquí soy luz bienhechora como más allá soy horrible obscuridad. Todo el Universo oscila entre los dos polos de mi potente actividad. Y yo, bestia gigantesca y soberana, caprichoso ordenador de mí mismo, por siglos y más siglos, soy a tu juicio y si tú quieres, la enorme mentira o el cruel enigma que por momentos pone lágrimas en tus ojos, e instantes después hace asomar la risa a tus labios. Tu vida misma se hace obediente al sino fatal. Si sólo fuese buena, sería un absurdo. Si sólo fuese mala, sería un sarcasmo. He puesto entonces en tu estructura, tal como he puesto en la estructura del Universo entero, una maravillosa veleidad que da todos los

matices. Por haber ordenado así los fenómenos, de tu alma fluyen y refluyen las emociones. Se agudiza tu sensibilidad y las inflecciones más pequeñas te dejan un razgo consciente: vas, desde la blanca ternura que anida en un blanco corazón, hasta la maldad horrenda que se traduce en dolor y en sangre. Y entonces, en el cuadro estupendo de la vida, el Bien y el Mal, tanto como el Placer y el Dolor, sólo son los factores esenciales que te hacen vivír.

Quiero, ahora, hacerte una pregunta. Dime: ¿Quién es el Demonio? ¿Quién es Satanás?.... Yo dios, porque quise hacerlo, hube de tomar una forma sensible para tí. Dime: ¿Cómo querías que yo lo hiciera?..... No me interesa tu respuesta. Pero para propia comodidad, quise ponerme a la altura de tus torpes supercherías. ¿Por qué defraudar a un desgraciado que aun cree en Dios y en Satanás?..... Y entonces, he aquí, que vine a verte. así como tú me supones: bifurcado en dos entidades enemigas, por momentos próximas, por momentos distantes; a veces separadas, en otras confundidas; pero que, en el perpetuo accidente del vivir, se disputan el dominio del mundo y de la vida. Más aún: quise seguir desde muy cerca tus estúpidas concepciones. Por eso, yo quise ser dios: el símbolo del bien. Y dispuse que otro fuese Satanás: el símbolo del mal. Así lo hice; porque podía hacerlo. Y porque fué mi deseo, divertirme.

Entonces, quise encarnarme y elegí para hacerlo, arcilla

de tu pasta: quise ser hombre.

Y llamé hacia mí, a Satanás, el espíritu del mal. Y me miró Satanás, con escéptica sonrisa y con desprecio sarcástico. Y me rogó que desistiese de la empresa.

-El hombre -le dije-, es creación mía. Puse al for-

marlo, cuidado y cariño.

-Ya verás, -me contestó-, que su cariño no es mu-

—Yo no discuto, —le agregué—. Yo sólo ordeno. Iremos allá los dos: tú y yo.

-Libérame, señor, de la carga, -me suplicó- .Vé tu

solo, señor.

-Basta, -le grité-. Lo quiero. Iremos los dos: tú y yo.

-Habrá de pesarte, -me contestó con pesadumbre.

Este Satanás, por momentos, es un pusilánime. Y esto, yo lo sé. Y él también.

—Allá en la tierra, —le dije—, sólo seremos hombres. Y lo seremos, sin una prerrogativa, sin un fuero, sin una excepción.

-Libérame señor, de la carga, -de nuevo, me suplicó.

-Nó, -le dije-. Irás conmigo.

Y vino. Diré mejor, vinimos. Y yo dios, me hice hombre de carne y hueso y me llamé ATEL. Y me hice acompañar del espíritu del Mal, ese que tú dices, Satanás. Y Satanás, fué también un hombre y se llamó ATUL. Y él y yo, fuimos hombres; como todos; como cualquier desgraciado de tu pasta. Y no más. Fué mi madre una prostituta. Y mi padre fué un obispo.....

Era el obispo un hombre de cuarenta años: vigoroso, sonrosado, sensual. Sabía cumplir mis leyes ese hombre y por eso era para las hembras un macho fuerte y viril.

Aquella tarde, mi madre llegaba hasta el confesionario. El pastor tenía una deferencia para su grey por eso, personalmente, confesaba a los fieles. Y había muchas mujeres que esperaban su turno, para descargar, en los oídos del prelado, el peso de su conciencia. Mi madre llegó como las otras y se arrodilló ante el obispo. A través de la rejilla, se clavaron los ojos del varón en las blancas carnes de su cuello. Se hundieron chispeantes esos ojos, en la carne pecadora. Vagaron por los senos con ardorosa insistencia. No había más de veinticinco años en aquel cuerpo maravilloso de mujer.

-Espera hija, -le dijo el obispo-. cuando despache a la última, te oiré a tí.

Esperó mi madre. Se arrodilló junto al altar y me rezó, a mí, dios, con fervor. En el confuso abismo de su espíritu, roído y canallesco, por lo menos hubo un rasgo de esa rebeldía y entereza que me place en mis criaturas: no me pidió perdón. Pero imploró mi auxilio para la desgraciada contingencia de su vivir. Después, y a su turno, se allegó al confesionario.

Invadían las sombras el vastísimo templo. Las últimas beatas rezaban sus oraciones. Se retiraban con pasos torpes, arrastrando su miseria...... Brillaron los ojos del varón y de nuevo se clavaron en la carne seducto-

-Ven por acá, hija mía. Aquí no te oigo bien.

Y se instalaron ambos, uno muy cerca del otro, en el rincón más obscuro del templo. Hablaba mi madre. En lenguaje sencillo, teñido de sinceridad, contaba su vida.....
No había nadie en el templo. Extendió una mano el varón. Temblando la posó sobre la cabeza de la penitente. Se hizo mágica la palabra para hacer el prodigio. Se prolongaba la confesión. Se prolongaba mucho. Y se hacía muy elocuente el idioma del pastor...... Descendió la mano. Derramó una oleada de fuego sobre aquella carne pecadora. El perpetuo milagro empezaba a rebullir. Se extremecía la carne con nerviosa inquietud. Se hacía portentosa, la roja sangre de esos dos seres........ Temblaron. Se enloquecieron. Hasta sus cimientos se extremecieron esas vidas. Y allí mismo, en la paz del templo, bajo la mirada severa de los santos, en la obscuridad propicia del rincón, fueron obedientes a mi placentero llamado. Cumplieron mis leyes y siguieron mis caminos: pecaron.

Me fué simpática la rabiosa conjunción. Hice entonces, fecundas las entrañas de la hembra. Y a través de su

carne, quise asomar al mundo. Ella fué mi madre.

Naci...... En una pieza de burdel, aislaron a la pobre parturienta. Y allí mismo, en aquella casa, se oía el canallesco vibrar de la orgía. Arrullado por ese clamor, yo

llegué al mundo. Llegué por el camino del dolor, tal cual llegan todos los hombres: desgajando entrañas; desgarrando carnes; chorreando sangre. Y desde esa noche, soy hombre. Me llamo Atel.

En seguida, quedé abandonado..... Mi padre, aquel obispo, nunca supo que, entre los vástagos que dejó regado en su grey, se contaba también Atel. Y en cuanto a mi madre, ella me conoció; me prestó su apovo, y sobretodo, me quiso. Me quiso mucho. Elevó su sentimiento, sobre ese cúmulo de miserias y pesadumbres que se tejieron en su horrible vivir. Y por eso, puso su vida junto a la mía, así como el agricultor, pone el abono junto a la planta de sus preferencias. Para no contaminarme, me negó el concurso de su pecho; para no hundirme en el vicio, me privó de su cuidado inmediato. Pero vendió su carne en el burdel para darme una leche sana, aunque fuese mercenaria. Y se arrastró por el fango, para procurarme un asilo, el mejor que le fué posible, en hogares extraños, agenos a su vivir. Y a veces, se le llenaron de lágrimas los ojos, cuando me vió pasar, niño yo todavía, siguiendo por el mundo, de la mano de otras mujeres. Después, cuando yo tenía cinco años, ella murió. Murió carcomida por las plagas del burdel. Fueron tremendos sus dolores y fué pavorosa su agonía. Pero más dolorosa aún fué la desesperanza de esa madre al convencerse de su muerte y al pensar que dejaba a su hijo, -yo mismo, Atel-, solo y abandonado en este mundo.

Ahora, pienso a veces, en aquella planta, que floreció en mí, para dar también en mí, su fruto. Me sobrecoge la tristeza y mi ternura de hombre, se suma a mi designio de dios, para venerar en ella, al vaso santo, nido de amor y abnegación, que me trajo a esta vida. En ella y por ella, se han cumplido mis fines más altos. Porque, yo dios, he puesto a la madre, como la raíz de la inmensa cadena que hace la vida. A ella le doy mis últimas protecciones y mis fervientes cuidados. Y como pedazo de mí mismo, la pongo

aqui, en esta tierra, para que cautele mis intereses. Por eso, hago de ella, una fuente portentosa. Y arrojo en esa fuente los más fortísimos estímulos. Pongo en ella el instinto y el sentimiento. Y como eje de su vida, determino el amor materno: la formidable defensa que allego a mis criaturas. Si es bestia, hago que brillen sus ojos de furia y heroísmo, para defender a sus cachorros. Y si es mujer, hago de ella, un atado de gigantesca ternura y de heroica abnegación, para cuidar y proteger a sus hijos, los mismos que yo largo al mundo a través de su carne. Mientras exista el amor de las madres, habrá una garantía para la vida. Porque ese amor, es la defensa necesaria y sublime que yo pongo junto a la vida que empieza..... La madre de Atel cumplió noblemente su destino. Fué heroica. Fué sublime. Llevó su heroismo a limites extremos. Vendió su cuerpo en el burdel, y hecha un harapo, bajó a la tumba. Todo eso lo hizo por Atel. Por eso, Atel, a veces, se apega al más humano de sus sentimientos y fiende su mirada hacia la pobre madre muerta. A criterio de hombre, pudo ser mala; hasta pudo ser perversa. Pero no lo será, jamás nunca, para Atel, su hijo. Por eso, cuando Atel piensa en ella, su espíritu se liberta de los humanos prejuicios y se coloca sobre las torpezas humanas. Y en un solo sentimiento, se suman en el alma de Atel, dios y el hombre.

Recuerdos de mi infancia..... Yo no tenía padres..... Mi padre vivia: era aquel obispo. Era famoso; elocuente: un idolo entre los hombres. Pero no me conocía. Ni aun sabía que yo existiese. Por tanto, yo no tenía padre..... Y en cuanto a mi madre, murió.

Entonces, yo era huérfano. Arrastrando mi vida pequeñita, rodé de casa en casa. A veces lloraba. A veces reia. Asi, era mi vida...... Puse yo dios, en el alma del niño, el candor y la resignación. Puse blancura, para darme después, el satánico placer de teñir esa blancu-ra de perversión y de maldad. Y fuí candoroso y resignado. Y mi candor fué muy grande y mi resignación fué mucha.

Me acogieron en casa de un poderoso..... Aquel hombre era político y predicaba el amor entre los hombres. Alli me acogieron...... Yo debia cuidar, distraer y hacer compañía al niño de la casa: hijo único de ese hombre. Yo tenía diez años. Mi protector, quiero decir ese niño, sólo tenía siete. Yo debía cuidarlo. Y por ello, a cambio de un mendrugo de pan y de un harapo para vestirme, como premio de mi orfandad, eran muy grande mis obligaciones: yo era el esclavo, de ese niño, en aquel hogar.

-Atel, ven, -me decía.

Y yo debia ir.

-Atel, juega, -me ordenaba.

Y yo debia jugar. Y si no iba, o no jugaba, me re-prendían. Hasta me estropeaban. A título de gracia, la ma-dre de ese niño, una vez me lanzó un jarro de leche hacia la cara. Me bañó en leche. Y como aquello fué muy gracioso, todos se rieron de mi percance. Así era mi vida......

Jamás opresión alguna me fué más torpe y más odiosa.

Aún a la vuelta de los años siguen resonando en mis oídos las palabras de mi opresor: "Atel, ven; Atel, juega". Aún percibo a la distancia a mis buenos protectores, tan buenos, pero tan buenos, que a veces usaban el látigo o el apremio injusto para un pobre niño que sólo incurrió en este delito: ser un huérfano...... Esto me sucedió en la casa de un poderoso que predicaba el amor entre los hombres. Esto me sucedió en la casa de aquel potentado, cuya mujer iba todos los días a misa. Y le rezaba a Dios. Y era inmenso su amor al prójimo, como ella lo sostenía.

Yo a veces me revelaba. Se me crispaban los puños. Sentía unos deseos locos de cruzarle la cara a bofetones, al innoble y diminuto tirano que me oprimía. Pero me contuve. Siempre me contuve: me hubieran muerto si yo lo hubiera hecho. Hasta me obligaban a quererlo...... Yo me callaba. A veces, lloraba a solas. Tenía miedo...... ¿Por qué puse, yo dios, el miedo, en el fondo de la naturaleza humana? ¿Por qué lo puse? En mi propia vida, se cumplían mis leyes. Por miedo, soportaba yo, el vejamen. Por miedo también, la inmensa manada humana, sufre la opresión de una cuadrilla de bribones. Por temor, la creación entera se me somete.......... Sí: sólo se cumplían, entonces, mis leyes: las leyes de dios. Aunque Atel, dios encarnado, sufriera en carnes propias, estos desatinos.

Atul después me lo dijo: "Nada hay más lejano para el hombre que su igualdad con el hombre. Por eso, yo Satanás, aprovecho la diferencia y de ella, hago arrancar uno de los motivos del humano desconcierto. En ese pequeño opresor de tu infancia, puede seguirse paso a paso, la formación del legionario de Satanás, destinado a manejar el látigo y a dominar al rebaño. Era arbitrario, voluntarioso, despótico, brutal. Tú, le obedecías; también le respetabas y le temias. Pequeña bestezuela, entregada al vaiven del instante, sin una traba, ha debido concentrarse en el alma de ese niño, un cúmulo de hábitos concordantes, para plasmar en definitiva su personalidad. Después, desde la política, desde la banca, desde el púlpito o desde el cuartel, será obediente a los mismos impulsos. Tal como tú, los demás hombres se inclinaran a su paso. Será un legionario de Atul; porque desde la cuna y día a día, se embebió de atropello y de brutalidad. Fué muy grande tu error, al poner en la misma vasija, el miedo que reprime y el impulso atrabiliario que acomete"...

Así me explicó Atul, la negra esclavitud de mi infan-

cia.

Me han dicho que en aquella casa me educaron. Es la verdad. La mujer de aquel hombre, me mandaba a la Iglesia. Y desde que me mandaba, yo iba.

Allí en la Iglesia, me enseñaron a querer a un personaje a quien yo no ví nunca. He sabido después que semejante sujeto, no es otro que Dios; esto es, yo mismo. O para ser
más certero, una fantasía ideada por el hombre, que en algo se me asemeja y que en mucho me desfigura. Y tan
irónica coincidencia se me ha hecho graciosa...... Después, me obligaron a contarle a un hombre vestido de negro, las maldades que yo había hecho. Yo le conté algunas;
pero las otras, las que estimaba maldades mayores, que de
saberme me habrían significado un castigo, me las callé...... Por últimos, una mañana, me llevaron a la

Iglesia y me dieron un pedacito de pan blanco. Me dijeron que ese pedacito de pan, era Dios. Me dijeron, además, que por el hecho de tragarme yo a Dios, éste me llegaría al corazón. Me pusieron una cinta blanca al brazo y me dieron chocolate como desayuno. Supe después que fué mi propio padre quien me dió ese pedacito de pan.

Yo nada entendía entonces de estas cosas. Después tampoco he llegado a entenderlas. No me explico si la ciencia de los hombres es muy grande, o si mi torpeza es mucha. ¿Es posible que aun exista imbéciles que crean en Dios? ¿Tan insignificante es todavía la mentalidad del hom-bre? El rasgo mayor de soberbia de estas pobres bestias ha sido crear una divinidad todopoderosa a quien se la supone preocupada, casi exclusivamente de los destinos humanos y de la condición del hombre; como si el hombre fuese lo único grande e interesante que existe en la creación; como si el hombre tuviese mérito suficiente para absorver por entero, los cuidados y las preocupaciones del Creador. Allá en mi infancia, pretendieron arraigar en mi alma, amores ridículos e imposibles. Dios, la virgen, los santos: a muchos personajes me enseñaron a amar. Yo no los ví nunca; a menos que no fuera en algunas estampas. Por eso mi amor por ellos, nunca fué muy grande. Pero digo yo: ¿Porqué se confunde el amor con el miedo? La humanidad no ama a dios: sólo le teme. Y agregó que con justa razón.

También me enseñaron a odiar a Satanás. Y cosa rara: a mí me fué simpático el bellaco. Sinceramente, no llegué a odiarle, aunque por momentos, me inspiraba miedo

y recelo.

Y fué así, como sembraron en mi alma de niño muchas enseñanzas y pretendieron iniciarme en muchos misterios. Los grandes errores y los grandes prejuicios, en cuanto obscurecen la personalidad o la deforman, requieren de una técnica para arraigarlos. Debe privarse a los espíritus de audacia y de libertad. Debe encadenárseles al dogma o al mito. Es necesario cultivar el miedo y arraigar el hábito de la veneración hacia los poderosos. Eso es lo que conviene a los amos de la tierra y a los dominadores del mun-

do. Entonces, debe arraigarse en el alma de los niños, la semilla perversa e inútil. De este modo se forma a los esclavos y se hace fácil el dominio del mundo. Conmigo, se seguía esta misma política. Me dijeron que Dios era el creador de todas las cosas: del mundo, del hombre, de los fenómenos. Me hablaron de otra vida que sigue después de la muerte. Trataron de infundirme miedo con el infierno y con el diablo. ¡Cuántas cosas me dijeron!

Han pasado los años. A veces, he vuelto a pensar en estas cosas. Está lejano aún el día en que el hombre descubra las trayectorias de dios, al crear la vida y el mundo. Pero en tanto llega ese día, el hombre hace un papel muy triste, al suponer a dios, creando al mundo de un modo ridículo e infantil. Peca, además, de soberbio y de imbécil, al suponer una vida futura y al transformar a dios, en un cómodo juguete, adaptable a las más descabellladas quimeras. Yo dios, no puedo ser como un gato que toma a sus cachorros del pescuezo, para llevarlos de un punto a otro: de este mundo a otro mundo, mejor o peor. Yo creo y ma-to. Por tanto, quien me supone haciendo un juego de niños, travendo y llevando pigmeos de un mundo a otro, es un imbécil que no comprende, ni remotamente quién es dios. Digo entonces, que para mejorar a la humanidad, como para aumentar las buenas inclinaciones del hombre, no es lícito descender a la estupidez, ni al grosero infantilismo que en-loda a dios: la más excelsa fantasía que cupiera en cabeza humana. Yo lo digo: al hombre no se le mejora con fábulas, ni con premios, ni con amenazas, ni con promesas. Se le mejora de otro modo: dando amplitud a su vida, capacitándolo para que en buena forma haga la jornada, dándole aptitudes para que pueda dicernir y escoger certeramente las primicias y conquistas que yo dios voy poniendo, momento a momento, día a día y siglo a siglo, en su vida, en sus instintos e inclinaciones; digo mejor, en el complejo contenido de toda su personalidad. Así se perfecciona al hombre. Y no con amenazas, ni con diablos, ni con fuego, ni con infiernos. O con quiméricas recompensas de ultratumba que nadie verá nunca jamás.

Se dice que es misterioso y confuso, el problema del futuro; digamos, lo que sigue más allá de la muerte. En verdad que el montón de barro y podredumbre en que deviene el hombre apenas ha muerto, no tiene ni muchas confusiones ni muchos misterios. Con todo, por ser misterioso y confuso, a criterio humano, han ubicado allí, un enjambre de cositas diminutas, fantásticas, inmateriales e intangibles, como lo serían los espíritus de los muertos. Yo dios, no conozco estos portentos. Al respecto, yo sólo conozco a la vida. Y esta vida, creada por mí y mantenida por mí a través de los siglos, es algo tan intimamente trabado, tan macizamente trabado que yo dios no puedo separarla de la materia. Es un tipo de energia que presupone como condición esencial un trozo de materia donde actuar y localizarse, sea cual fuere la forma vital: planta, microbio u hombre. Por tanto, yo dios, con serlo, no puedo separar la materia de eso fantástico que los hombres han dado en llamar el alma de los muertos. Digo, en consecuencia, que no le es lícito a nadie separar una manifestación parcial del fenómeno de la vida, del todo complejo que la determina y la contiene. La conciencia, en cuanto puede comprender un juego, más o menos complicado, de acciones o reacciones espirituales, no puede suponérsela libre y emancipada de la carne; porque esta carne, barro inmundo al decir de los sabios, es, -con sus debilidades y con sus lacras-, un divino amasijo, que yo dios, he santificado por el solo hecho de ponerla como asiento y de incrustar en ella la mayor y más perfecta de mis creaciones en este mundo. Y he aquí, que por obra de tanta sabiduría, hemos de ser nosotros, dios y Satanás, los directores, los tutores de ese enjambre de seres invisibles, como lo serían los espíritus de los muertos. Una preocupación de ociosos: para nosotros que a decir verdad, tenemos más de una preocupación.

Debia completarse el cuadro, suponiendo inmortal a esa vida, allende la muerte. Ha querido el hombre, constituirse en una escepción dentro de la gigantesca movilidad natural. El terror a la muerte lo ha tornado ilógico y ha desviado su fantasía. En el universo, nada permanece in-

móvil. En consecuencia, la muerte, en cuanto altera la permanencia de los fenómenos, especialmente, los fenómenos vitales, es sólo un atributo natural, que de un modo fatal, pesa sobre todo lo creado. Sólo importa una condición en el desenvolvimiento del universo. Para comprobarlo, ahí estan a la vista sus estragos. Mueren las plantas. Mueren los animales. Mueren, especies enteras, También muere el hombre. Este mundo, va en el período de la agonía y al correr de los siglos, también ha de morir. Han muerto y mueren otros mundos. Mueren sistemas enteros. ¿Sería posible entonces una escepción para el hombre? ¿Por qué? ¿Y para qué? Una vez más se pone de manifiesto la inconmensurable soberbia de estas pobres bestias que, por sí y ante sí, se arrogan la calidad de preferidos de la Entidad Creadora. Se comprueba también una carencia casi absoluta de sentido para comprender el concepto de la inmortalidad. Quien dice inmortal, dice eterno. Y quien habla de eterno, expresa el más vago y el más fantástico de los conceptos; vago, porque sólo yo dios, en mis atributos primos, -materia y energía-, soy eterno. Y fantástico, porque la imaginación del hombre quedará siempre pequeña para comprender ese amontonamiento de siglos o milenios, que significa, a veces, una levisima transformación dentro del cuadro de lo creado. Lo eterno, es algo más que una palabra. Por tanto a un pigmeo como al hombre, no le será fácil comprenderlo, ni menos identificarse con su inmenso significado.

Atul, que es un sabio, cuya sabiduría es mucha, ha pretendido explicarme estas cosas. "Si les fuera posible, —me ha dicho—, hasta los animales crearían un Dios. Es tan grata, la carga impuesta por ti, que de su rigor, has brotado así como te tienen". Así me lo ha dicho Atul, que es un sabio. Muy bien. Pudo del rigor de la vida, entre otras cosas, salir un Dios. Es la verdad. Pero ageno a todas las deidades y por sobre todos los rigores, yo dios, sabio y poderoso, irradio mis portentos, sobre esta arcilla humana y en esta miserable pasta de hombre. Yo sé lo que hago. Por debajo de esos rigores, bajo ese fondo de dolor y de angustia, quizás de brutalidad y de injusticia, que significa la

actividad vital, va la corriente que arrastra a mis pobres criaturas por senderos de grandeza, de superación y de victoria. Es la vida, mi creación preferida, al menos en este mundo. Inclinado sobre ella, llevo siglos de desvelos. La hice diminuta e impotente. Pero a través de los tiempos, la he llevado de triunfo en triunfo y de victoria en victoria. Yo quiero que la vida se levante frente a mí, soberbia y poderosa: plena de fuerza, de rebeldía y de belleza. Habrá cumplido la vida sus destinos, en tanto así lo sea. Atul me habla del infierno. Me dice que la vida es el infierno y que el infierno es la vida. Yo no discuto lo que dice Atul; porque Atul es un sabio. Pero si la comprensión humana requiere del contraste y es menester, colocar ante el infierno, el paraíso o la gloria, yo digo que la gloria y el paraíso, van también en la vida misma. Para obtener que los seres cumplan sus destinos, la entidad creadora, entre otros medios, debe recurrir al rigor y al azote. Yo dios, seguiré descargando el látigo y el apremio; porque para conseguir mis fines, debo hacerlo. Pero no me place que gente de este mundo, para medrar, se aprovechen de mi sabia disposición y arrastren, a la altura de un estómago, una ridícula efigie de dios. Eso me disgusta. Porque me irrita que haya gente que viva, cómodamente, a la sombra de tan gigantesca mentira.

Eregida la divinidad, ya no fué difícil a los hombres crear leyendas y caer en aberraciones y contrasentidos. ¡Cuántas leyendas y cuántas ingenuidades! No hay pueblo que no las haya creado o haya vivido sujeto a ellas. Hemos de confesar que hay leyendas, de una belleza incomparable y de un simbolismo encantador. Eso prueba la rica fantasía de algunos pueblos y la interpretación acertada de la realidad. Pero por desgracia, leyendas de esta naturaleza, constituyen la excepción; aparte de que se aprovechan o se han aprovechado de ellas, algunos hombres, para realizar un cómodo comercio con la credulidad humana. A mí, me hablaron de un hijo mío, que yo dios, habría mandado hace mucho tiempo a este mundo, para redimir a las gentes de sus males. Me dijeron de profetas, de vicarios y de enviados

mios, que hasta la fecha, seguirían cautelando mis intereses en este mundo. Trataron de inculcarme el respeto y la sumisión por los representantes de dios. Todo ésto me ocurrió: en tanto yo dios, estaba bien lejos de llevar sotanas. Antes por el contrario, yo cargaba andrajos. Quiero decir, entonces, que las maniobras dolosas de los falsarios, han socavado y siguen socavando, la belleza de tantas leyendas y tradiciones, que con justicia deben abonarse al acerbo positivo de un pueblo; porque son productos del ingenio o de la imaginación y por ello, fuente de recreo y de inspiración para el hombre. Yo dios, no necesito de vicarios, ni de enviados especiales que, por sí y ante sí, se digan mis representantes. Para derramar mis grandezas o descargar mis azotes, yo no requiero de manos extrañas. Lo hago yo mismo, yo dios, directamente; porque puedo hacerlo. Menos necesito uniformar a mis elegidos. Sólo Atul, el monarca del averno, requiere de uniformes para distinguir a sus hordas. Y sólo Atul, necesita de mitos y de errores; porque sin los mitos y sin los errores, no existiría el imperio del mal.

En definitiva, he sentido fastidio y adversión por estas cosas. Me indignan la maldad de algunos hombres y me duele la vergonzosa credulidad de la multitud. Tras un esfuerzo doloroso y gigantesco, proseguido a través de siglos, esta humanidad de hoy, pese a sus brutalidades y a sus lacras, ya tiene una fisonomia reveladora. He visto, regados, por ahí, los prodigios húmanos. Los hombres vuelan por los aires y se hunden en los mares. Sin conductores, mandan voces y sonidos a través de los espacios. Ya realizan hazañas, que al criterio simple de los pueblos primitivos sólo podría realizar dios. Digo que hacen prodigios. Sin embargo, esta misma humanidad, junto al portentoso esfuerzo y a la inmensa sabiduría que significan su progreso, aún sigue creyendo en ingenuas leyendas, y lo que es más triste, aún sigue tolerando en su seno, a gentes que por torpeza o por interés, explotan la credulidad y la ignorancia de las multitudes. Un hijo mío crucificado; una gloria fantástica o un infierno terrible; Dios y Satanás; la

virginidad de una madre o la infalibilidad de un señor que se cree vicario mío en este mundo, ya importan deformaciones monstruosas del entendimiento, a la vez que aberraciones de la sana fantasía. A esta altura, la humanidad, ya debería sentir vergüenza por estas cosas. Porque para ganarse la vida, no es menester descender a la abyección, ni al falseamiento ridículo, de los conceptos.

Me mandaban, también a la escuela. Y yo iba. Digo que me enseñaron también allí muchas cosas. Tal como en la Iglesia me enseñaron a obedecer a los mayores; a respetar a los derechos agenos, aunque los míos no se respetasen; a amar a la patria, algo que yo no entendí nunca; en fin, muchas cosas me enseñaron..... Y de este modo, en la Iglesia, en la Escuela y en ese hogar, donde yo era una bestia de carga, se fué formando mi personalidad: miserable, decrépita, deforme, que tendía a transformarme en un esclavo, en un pobre animalito que apenas cruza el mundo. Se endurecía la coraza; me oprimía. Mi alma de niño, dúctil y maleable, seguía las torcidas trayectorias. Estaba yo condenado a ser unidad del montón: un esclavo más, para la cadena de Atul. ¡Cuánto hube de sufrir después, cuando la vida misma, con sus recias sacudidas y sus bruscos virajes, despedazó esa mi coraza de esclavo! En verdad os digo que es dura empresa esta de vencerse a si mismo y romper estas cadenas que la vida misma tiende sobre nosotros. Les debo muy poco a los que me guiaron allá en mi infancia. Agrego que es lamentable la desidia de los hombres para formar la personalidad de los niños.

En aquella casa crecí. Aburrido, un día, ya no pude soportar la cadena. Y me escapé.

...... Y después, fuí un vagabundo. Sólo fui un proletario del montón que, sin privilegios ni prebendas, ha menester de sus manos y de su diario trabajo para vivir....... Vine a este mundo a gustar vida humana. Me hundi por tanto, en los pliegues más hondos de la vida, esa que vosotros conocéis: una tramoya dolorosa, tragi-cómica, que por momentos hace subir la risa a los labios y al minuto, hace fermentar la rabia y la maldición. Ni privilegios, ni exenciones, ni holguras de sibarita: nada. Preferi la crudeza de la lucha y el duro halago del dolor. Por eso, mi vida ha sido y es, una lucha ingrata y gigantesca, tal cual lo sería la de un titán encadenado a una roca. Conmovido por múltiples estímulos, cual si me sintiera dentro de la órbita de un inmenso torbellino, a modo de un grano de polvo en el viento, se me ha figurado a veces, la vida mia, algo así como un interesante y extraño juguete. Con ardores bestiales, he lanzado yo ese juguete, a la inmensa corriente que trae hombres y los hunde én la tierra: que hace generaciones con la misma facilidad con que se las traga..... ¿O esperabais, acaso, que fuera de otro modo? ¡Imbéciles! Se le supone a dios como un pozo de maravilla y de milagro. Nadie se imaginaría a dios cruzando este mundo, sin dejar tras de sí un reguero de poderío sobrenatural. Nadie se lo imaginaría sino resucitando muertos, curando enfermedades o castigando a los malvados. Sólo así se hace posible para el hombre esta entidad superior que se llama dios. ¡Insensatos! ¡Ciegos! Yo dios, no he venido aquí para hacer milagros. Yo no hago prodigios. No resucito muertos. Ni curo dolencias. Ni castigo a los malvados. Por el mezquino interés de cobrar influjo antes bestias de mi ralea, yo no altero mis leyes, ni encadeno el acaso a mis caprichos de hombre. Si necesitáis milagros, id a otra parte a pedirlos; pero no se los pidáis a dios. Porque dios, jamás nunca, podrá oiros. Dios no puede subordinar sus designios al pasajero interés de una criatura torpe que pide milagros. Ni menos puede oír al cobarde que pide recursos supremos, cuando se ve apretado por las angustias insignificantes de una vida. Si queréis milagros, buscadlos en vosotros mismos; en vuestra propia vida. Ahí tenéis milagro. Porque yo os digo, que jamás nunca os convencerèis bastante del perpetuo milagro, que yo dios, hago en cada momento y en cada ser. Este organismo mío, maquinaria prodigiosa, que mueve sangre, huesos, músculos y nervios y en el engranaje portentoso de centenas de millones de vidas pequeñas, hace una vida mayor; esta conciencia mia, que bulle y rebulle y en perpetuo movimiento, parece emancipada de vínculos terrenos, para adquirir la calidad ideal de eso que los hombres llaman, el espíritu; este pensamiento que se hace un torrente para hacerme circular por la cabeza, una idea, y otra idea, y otra idea, tal cual si rebotasen en mi cabeza los fulgores de una deidad; estos sentimientos que me ligan a los seres y a las cosas y me hacen sentir la roja pasión por una mujer, o el odio negro, o la cólera incontenible; en suma, esta vida mía, en que dios puso su ingenio y sus anhelos, la gigantesca sabiduria que el hombre, desde hace siglos, trata de captar sin conseguirlo; lo que yo soy: he ahl el milagro. No me pidáis entonces que yo, dios encarnado, haga milagros fuera del milagro que yo soy como hombre...... Atul a veces bromea conmigo. Y pretende molestarme. -Hombre, -me dice-, no vendría mal, aqui, un mi-

lagrito.

Mi paciencia para con Atul no es poca. Pero confieso que he sentido deseos de estrangularlo cuando utiliza para mi una sátira tan hiriente como grosera. Yo os lo digo: si hay algo refiido con dios, eso es precisamente el milagro. No puede dios, por atender a súplicas estúpidas, llegar a la monstruosa aberración de suprimir o trastornar la acción permanente de los grandes principios que rigen la vida y e universo. Y si dios lo hiciere, sería un enemigo de los hombres y mereceria la maldición ardiente de toda la humanidad. Socavaría la ciencia y atentaría en contra de la verdad, esa que desde hace siglos, en medio de penurias y de anhelos, vienen buscando los hombres privilegiados, los que yo dios, puse dentro de la manada humana para que propendieran, al mejoramiento, poderío y engrandecimiento de la especie.

Y he aquí, que he corrido hasta hoy y pasaré por este mundo, ageno a lo extraordinario y al margen de lo sobrenatural. Ahí tenéis mi vida: vida de hombre, completa, variada, móvil y como todas, vacilante y en perpetuo movimiento desde el dolor a la risa y desde la angustia a la satisfacción. Soy pobre. Estas manos mías, con su trabajo, logran día a día, el corto beneficio que requiero para subsistir. A veces, hasta he sentido hambre. ¿Y qué? Yo me río de las angustias de la vida. Me basta vivirla así como es, con sus grandezas y con sus miserias.

Sin embargo, al pensar en los grandes destinos humanos, me surge para los hombres, un amargo reproche. De un modo permanente, la Naturaleza Creadora, agita sus facultades más excelsas, en el seno de la Humanidad. En la cabeza privilegiada de los escogidos, va dios mismo, cuajando esos anhelos, que, en seguida, alargaran la vida del hombre hacia el infinito; para robarle al infinito sus enigmas. En las hondas complejidades de la existencia, yo dios, me agito y hago fervientes esas ambiciones que impulsan al hombre, la bestia miserable de hoy, por otros caminos, más próximos a dios y más distante de ese que tu dices, espíritu del mal. Idea y Talento; Sentimiento y Pasión; Razón y Voluntad: eso también soy yo, dios.

Y entonces, cuando uno de vosotros, tras el trabajo abrumador y la espera larga, siente fulgurar en su cabeza la chispa inmortal y en el éxtasis del triunfo, sorprende a dios y le roba sus misterios, para cimentar en sus descubrimientos la vida misma, ebria y triunfadora, yo dios, desde

lo infinito de mi poderio, siento la extraña alegria del Creador. Alargo mis manos invisibles y derramo sobre la cabeza portentosa el invisible halago de una caricia. Tras la inquietud febril, hago bajar a la conciencia la satisfacción inmensa del triunfo conseguido. A estos hombres, les llamáls sabios, genios, investigadores: de muchos modos los llamáis. Yo sólo os digo que esos son elegidos de dios.....

...... Y si el anhelo se aparta de la fría razón y del principio cierto, y vuela tras la fantasia y la ilusión; si el alma se torna ebria, y en inquietudes y en angustia, pretende traducir la idea impalpable a una forma visible, que pueda ser recreo y satisfacción para el hombre; si de mil modos, se persigue a la belleza y se la capta, para arrojarla materializada y sensible, en la humana heredad, yo dios, quiero decir que el hombre que lo hace, va por el mundo, cumpliendo la altísima misión de arrojar sobre los hombres, eso que también los hombres necesitan: la Belleza tangible creada por el hombre para su propia satisfacción. A estos que así lo hacen, les llamáis artistas; les llamáis soñadores; de muchas maneras les llamáis. Yo os lo digo: son también elegidos de dios..... Y si uno de vosotros se levanta ante las hordas de Satanás para abatirlas o restarles poderío, o para mutilar dentro de los hombres las raices malsanas que lo ligan a la brutalidad; cuando un hombre quiere transformar a sus semejantes y pretende limpiar la conciencia de los hombres, tras el noble afán de poner al hombre sobre la bestia; o cuando quiere guiar la vida de los pueblos, por trayectorias de grandeza, de amor, o de idealidad, yo, dios bueno y símbolo del bien, anido en el portento de esa vida. Y ese mi elegido, cumple también en el mundo la altísima misión de hacer rodar la vida del hombre, hacia estados mejores: allá donde vo dios, quiere llevarlo, y donde será, primero un hombre y sólo en segundo término, una bestia. Se les llama mesías; se les llama filósofos; se les llama pensadores. Yo sólo digo que son también elegidos de dios..... Y lo hago porque puedo hacerlo. Entonces, si por mano de hombre, se empuña el látigo, y tras el látigo se coloca una ener-

gia salvaje y una voluntad inflexible; si se convulsiona la humanidad y surgen los Caudillos que sacuden la pasividad del rebaño, para guiarlo, a fuego y hierro, por donde yo dios, deseo llevarlo, quiero que sepas que en esa energia de hombre y en esa voluntad de bruto, va también el brazo terrible de dios, guiando por el mundo a sus pobres criaturas..... He ahl, a mis elegidos. Estos cruzan por la tierra, sin sotana ni uniformes, y sin otros hábitos que los que yo dios les dí: eso que yo, dios, plasmé, en el misterioso entrevero de su personalidad. A través de los siglos, son los rasgos ardientes de la Potencia Creadora, —dios mismo—, que fluye sobre la vida y teniéndola como amasijo, forma con ella esta rara amalgama de deidad y de hombre y le otorga la altísima distinción de encontrar para el hombre, sus grandes derroteros. No confundáis, por tanto, a mis elegidos, con la unidad de rebaño. Os digo, además, que será alto destino para un hombre sentir en si mismo, a la omnipotencia de la especie; porque no habrá un orgullo más legítimo, ni una condición más valedera que la de estos hombres, -mis elegidos-, mediante los cuales y por los cuales, se cumplen en este mundo los grandes designios del Creador.

Tuvo Atel, también por delante, las rutas luminosas. Desde lo más íntimo de mi ser me brotaban las ambiciones y las esperanzas. Sólo cumplía el sino natural que para el hombre, aporta un torbellino de ambiciones, a la vez que el humano impulso de ponerse cara al cielo, como si pretendiera conquistar el infinito. Pero mis anhelos se estrellaron en contra de lo imposible. Las pequeñas y mezquinas necesidades de la vida real, me han sido como una cadena para sujetarme a una roca. Me han transformado en una pobre bestia que apenas puede subsistir. Por eso, soy un hombre anónimo y vulgar que cruza por el mundo pendiente de muchas cosas, y ante todo, encadenado a su estómago. Me ha faltado la cooperación de los demás hombres; la sociedad en que vivo ha deshecho mis iniciativas y ha limitado mi acción. La fría indiferencia de mis semejantes me ha hecho mucho daño. ¡Cuántas posibilidades se frustran, momento

a momento, por este motivo! ¿Pero acaso puedo quejarme? No: me basta vivir mi vida tal como ella se presenta. Entonces, como la tuya, es pobre y simple mi historia. Fuí obrero y rodé de la ciudad a la campiña y de la campiña a la ciudad. Por lo común, han sido mis hogares, la fábrica y el taller. Fuí portero en un Banco. Fuí mozo en un hotel. Fuí peón en un puerto. Fuí empieado en una biblioteca. Fué muy variado mi vivir.....

Y he aqui, que mi edad, iba ya sobre los veinte años.

Conocí a la mujer...... Fermentaron en mi carne ardores supremos. Enloquecí por ella y la perseguí con
fiebre loca. Se hizo gigantesca mi tentación por sus formas
divinas y por su carne ardiente. E hice mía a la mujer. Y
ella fué para mí como un fruto sabroso. Fué un motivo primario que me hizo amar la vida y le dió una razón a mi
trayectoria por este mundo. Fué la mujer la gala excelsa
que me hizo sentir la gloria de mi vivir.

Y ahora puedo decirlo: persiguiendo a la mujer, jamás nunca, cumpliera más de cerca mis propias leyes. Y jamás tampoco la bondad y la grandeza de mi obra, me fueran más evidentes y me convencieran más hondo. Mantener la especie humana, no era tarea fácil. Para conseguirlo, fué necesario hacer un inmenso prodigio. Y yo dios, lo hice. Se agudizaron mis cuidados, mis anhelos y mis precauciones: hice un derroche de sabiduría. Y he aqui que de mis manos milagrosas, a modo de un río de oro que brota de un corazón, rodó el poema. Fué un poema estupendo, único, mez-cla divina de pecado y de idealidad, de carne y de sentimiento. Enérgico y vibrante, yo dios, lo arrojé a este mundo, para que fuera aqui, luz y divino destello. Lo adorné de poderosos halagos, tan fuertes como nunca en fenómeno alguno los pusiera y por eso, lo transformé en un reducto perpetuo de ansiedad y de placer, de hermosura y de entusiasmo. Y así, tras de agotar gigantescos recursos, lo puse en las honduras misteriosas de la vida, como el nudo preciso y la condición necesaria que cumple en este mundo los destinos de dios y aporta el fundamento de su obra. La permanencia de la especie se había salvado. Pero de qué estoy hablando? Sólo he hablado de amor...... He puesto a tu alcance esta riqueza. No es mía la culpa si tú no la ves, o si gustándola, por imbecilidad o por torpeza, te es impedido, apreciarla. Pero ahí está mi obra, fuerte, sabia, perfecta, complicada, permanente; con el significado preciso de una cadena de oro que liga a las generaciones. O lo que es lo mismo, hace posible la vida. Sublime engaño o gigantesca ilusión; maniobra dolosa que te hace feliz a trueque de soportar la carga; sea lo que fuere, no importa: es mi obra. Con ella te he gravado y por eso en ti reverbera, su influjo tentador. Labio ferviente que se torna goloso para gustar el labio rojo; impulso contradictorio que tanto puede llevar al asesinato como al suicidio, porque es síntesis de un egoismo salvaje y de un altruísmo sublime: deseo satánico que a la carne hace pecadora y la quema de ansiedad; placer fugaz que crispa los nervios y los somete a rápida v placentera vibración; ilusión y realidad; alma y cuerpo; carne y sentimiento; Dios y Satanás rodando en el perpetuo decurso de las generaciones; dos vidas que se confunden para crear otra vida que ha de continuarlas en el tiempo y que ha de ser triunfadora de la muerte: he ahí mi obra. Nunca te convencerás bastante de esa extraña sabiduría que yo, dios Creador, he derrochado para hacer de ella, el hecho esencial que realiza en este mundo mis propósitos más altos. Aunque hundas tu imaginación en remansos de grandeza y de fantasía, tampoco te será dado idear un acomodo que así cumpla mis fines. Es por eso que se me hace infinitamente grande, esa alabanza, que minuto a minuto, me sube de todos los ámbitos. Por cientos o por miles, en cada minuto que pasa, las parejas, siguen mi placentero llamado. La carne se confunde con la carne; en lujuria y en placer, consumen los seres su ansiedad; en torbellinos de pasión y de sentimiento, gustan la felicidad: la delicia celeste que yo dios, puse como seducción y objetivo de todos los destinos. Todo eso es alabanza bastante para el dios

Creador. Es más elocuente que las oraciones y plegarias, que torpemente, aún pretenden los hombres, hacer llegar hasta mí. Me basta lo otro; porque así se cumplen mis designios. Digo por tanto, que, entre la infinita grandeza que yo dios he volcado sobre la tierra, ha de considerarse este macizo amontonamiento de sabiduría y de omnipotencia que yo dios he hundido en la vida humana, para hacer de un hombre y de una mujer, el prodigioso poema que mantiene la especie. Sin este poema, —digamos sin amor—, la vida humana sería la más estúpida y obscura de las tragedias.

Hombre como todos, yo Atel, cumplo en este mundo las leyes de dios y sigo la ruta, por él señalada, para el hombre. Por eso la mujer ha sido y es para mí, la bella y dorada preocupación, que tiñe de ensueño y de delicia, mi largo peregrinaje. Macho fuerte a la par que hombre sensi-ble, vivo preocupado de eso frágil, tentador y delicado, —la ilusión que cruza por el mundo—, y a la cual, tú llamas: la MUJER. Expontáneamente lo dije un día: "Se salva y se justifica la creación de la humanidad, por haber creado, yo dios, a la mujer". Lo dije una mañana, tras de una noche de locura y de pasión, cuando me alejaba, aniquilado, con las piernas torpes y la cabeza bambaleante, a rodar por el mundo, después de una noche roja, de lujuria y de placer. Lo dije allá. Lo digo ahora. Lo diré siempre. No privaré, yo dios, a la Humanidad de su tesoro más preciado. Mataría de hastío y de dolor a esta pobre humanidad si yo lo hiciera. Seguiré derramando so-bre ella, el largo tesoro de mis dádivas. Siempre haré lo mismo: en cada ser arrojaré la semilla. En toda vida haré posible el milagro. Y de este modo, sobre el lomo dorado de la corriente, en alas del sublime engaño del amor, llevaré a mis pobres criaturas a través de los siglos.

Tuve edad bastante y hube de juntarme con Atul. Juntos, debiamos recorrer el mundo y hacer la jornada. Yo tenía treinta años. Y él, también. Lo busqué donde podía encontrarlo: en un templo. Luces, adornos, riqueza, ostentación: aquel templo era como un sitio de leyenda. Por tanto, mi vestidura no iba a tono con el esplendor del recinto: alguién pretendió arrojarme de allí, tal cual se arrojaría a un perro enfermo. Pero logré escabullirme y eludir el vejamen. Me ubiqué en un sitio adecuado y observé.

Era estupendo el derroche de vanidad y de poderío. Un monarca asiático, así como lo suponen las historias, no seria tan espléndido como los prelados y dignatarios que intervenían en la ceremonia. Al verlos tan recargados de joyas y vestidos de púrpuras y encajes, yo me dí a pensar en el ligero contrasentido que a mi juicio había en todo aquello. Esos eran los continuadores y los representantes de Cristo en la tierra. Pero Cristo, según me lo enseñaron en la iglesia, fué un harapiento como yo. Fué el amigo de los pobres y de las prostitutas vagabundas; de todos los que tenían hambre y sed de justicia. Por eso, al decir de las historias, su vida se desarrolló en medio de pescadores ignorantes, de artesanos humildes y de gentes de mal vivir. En suma, fué un pobre loco, que como tantos otros, sólo quiso traer a la tierra, un poquito de felicidad y de justicia. Así fué Cristo. Dicen que los hombres lo crucificaron. Pero el buen Jesús de la leyenda, para muchos siglos, dejó flameando, en medio de la humanidad, un emblema secular. Mientras existan los pobres, los humillados y los ofendidos, Cristo será un símbolo para sintetizar las esperanzas y los anhelos de los humildes. A través de las edades, los que necesiten amor, los que requieran de consuelo, volverán sus

ojos hacia el Gólgota lejano, buscando al mártir crucificado. Cuando en los origenes de una tradición, existe una fuente tan limpia, y sobretodo cuando esa tradición arranca de los sacrificios y del martirio de un hombre, que pudo ser cualquier cosa, pero que en todo caso fué un hombre bue-no y sano de corazón, los que se dicen sus representantes y sus continuadores, tienen el deber de no arrojar inmundi-cias a la corriente: han debido imitar el ejemplo del loco sublime. Pero he aquí que corren algunas centurias y esa gente, por su comportamiento y por su acción se torna antagónica al Maestro. Abandonan el traje humilde y se visten de púrpuras y de sederías orientales. Con un loco desenfreno, se van en pos de aquello que el Maestro no persiguió jamás: el poderío mundanal y la riqueza. Emigran de la campiña soleada o del suburbio sórdido y edifican templos y palacios. Se cargan de joyas y de trajes preciosos y exhiben ante el mundo los rasgos más violentos de la vanidad. Hacen, precisamente, lo que no hacía el Maestro: lo que éste anatematizaba con justa indignación. Como se explica todo ėsto, me preguntaba yo?

-Bah, -me dije al fin-. Esta gente ha perdido las huellas del Maestro. Se ha desviado, ligeramente, de su

doctrina y de la línea de conducta trazada por él.

Me hizo gracia la conclusión y me la repetí a media voz. Pero mi vecino me miró con tales ojos, que yo, atemorizado, opté por guardarme para mí sólo, el comentario. De-

tenidamente, observé la reunión.

Era esa, una reunión selecta. De consiguiente estaban allí, reunidos y congregados, los grandes de la tierra. Había frailes, gobernantes, militares, grandes magnates de industria y de la banca; en una palabra, gente poderosa y bien nacida. He comprobado que esta gente siempre marcha junta. Allí estaba completo el grupo. Yo lo observaba y confieso que me desorientaba tanta grandeza. Me ahogaba: me sentía mal. Trate, entonces, de ubicar, desde luego a ese, a quien yo iba buscando.

Había en el templo, muchas mujeres; algunas de ellas, muy hermosas. Las mujeres y la música, me hacían sopor-

tar el suplicio con una relativa paciencia. ¿Pero dónde estaba Atul? Miré atentamente y lo descubrí. Allí estaba. . Hincado sobre unos riquisimos cojines, vestido de negro. con las manos juntas y dando la estampa de un creyente devoto y compuesto, lo ví en un rincón, haciendo como que se reconcentraba en sí mismo, sin duda, para rezar. Sí. Pero, disimuladamente y de reojo, miraba con codiciosa lascivia, la lindísima pantorrilla de una mujer, joven y hermosa, que había hincada, allí cerca. Se clavaban los ojos en la bellísima pantorrilla; brillaba en ellos un relámpago de lujurias; se contenía el hombre y miraba hacia el altar. A no dudarlo, era muy devoto, aquel granuja.

Lo observé atentamente. Esperé un momento. Pero a poco, se me hizo tan oprimente esa atmósfera de grandeza, que me obligó a salir. Era aquel, el sitio apropiado para encontrar a Satanás; pero, seguramente, no lo era para tener una primera entrevista con él. Resolvi abordarlo a la

salida del templo.

Salió el último, cuando la gente se iba y se dispersaba. Era alto, distinguido de porte, hermoso, vestía con elegancia. Nunca viera vo antes, un joven más arrogante v más apuesto.

Lo abordé en el acto, sin dilaciones.

—¡Qué haces tú, —le dije—, y en qué te ocupas! Me miró con una dureza insolente. Una risa de desprecio asomo a sus labios. Me reconoció en el acto.

-Te advierto, -me dijo-, que estamos en la tierra. Tú eres un hombre. Yo también lo soy. Por lo tanto, no rige aqui, tu predominio.

-¿Cómo es eso? -le pregunté.

-Te digo, -me contestó-, que debes guardarme la veneración y el respeto que te merezco. Un harapiento como tú, no tiene derecho para tratarme de ese modo.

Miré mi traje. Estaba raído. Hacía con él, una triste figura. Atul tenía razón. En cambio él, vestía con esmero y con extremada elegancia. Cerca de allí le aguardaba un lujosísimo coche de paseo.

-Está bien, -le contesté con tono digno-. Que sea

como tú lo dices.

-¿Acaso debo enseñarte a hablar? Debes tratarme de usted; porque así se trata a la gente como yo. Un miserable como tú, tampoco tiene derecho para ser insolente.

Bonita cosa me estaba pasando con aquel granuja. Sencillamente, ahora, desconocía a quien tanto debia cono-

cer. Me molestó su lenguaje atrabiliario y despectivo.

-Soy igual a tí, -le dije.

—No es verdad, —me contestó—. Mira tu traje. Considera tu figura. Debia avergonzarte tu osadía. ¿O es que no has aprendido a tratar a la gente?

Me ardió aquello como un bofetón en el rostro. En verdad, no está muy bien el desprecio de una bestia, para

con otra bestia de la misma calaña.

-Está bien, -le contesté-. Sea como usted lo dice.

—No queda a tu capricho hablar de ese modo, sino que debes hablar así. Te reconozco perfectamente. Fuera de este mundo, puedo soportar tus arbitrios; aquí, jamás. Aquí somos hombres y tú me debes respeto y sumisión. ¿Me entiendes?

—No discuto —le dije—. Pero no olvide usted que por mano de hombre puedo manejar la muerte y en tal caso, puede terminar esta comedia y restituirnos, ambos, al redif de donde hemos venido.

Con desenfado, como quien coge inocentemente un objeto sin importancia, saqué, de entre mis harapos, un largo y afilado puñal. Centelleantes, se clavaron los ojos de Atul, en el arma. La comedia se hacía interesante y me encantaba seguirla.

-Cosa rara, -dije con sorna-. Sólo hace un instante, encontré este objeto. No me explico para qué lo usan los

hombres. ¿Usted lo sabe?

Estábamos sólos, muy cerca uno del otro. De mediar una agresión de mi parte, nadie habría podido defender a Atul. Se dió cuenta del peligro y hombre al fin, —bestia

que teme a la muerte—, supo resguardarse. Como por encanto se dulcificó su lenguaje. Se hizo meloso, dúctil e hipócrita.

—Hombre, —me dijo—, era una broma. Apenas si era una broma. En verdad que no estaría muy bien ésto de pelearse por bagatelas.

—Quiero que nos entendamos, —le contesté con energla—. Seamos amigos; seamos cordiales. Tus insolencias me molestan.

Nos miramos fijamente. Esa sola mirada, bastó.

- —Tus insolencias también me molestan, me dijo—. Eres un bandido. Depende de mi voluntad encerrarte en una cárcel.
  - -¡Basta! -le grité-. Sigueme y vamos.
- -Está bien, -me agregó-. Seamos amigos. Seamos inseparables: aquí como allá.

Conversamos.....

-¿Cuál ha sido tu destino? -me preguntó.

-Sólo he vivido, -le dije.

-Ha sido como todas: buena y mala. A veces muy mala. Pero a veces también, muy buena.

-Tu sola figura lo demuestra.

Me miró de pies a cabeza. Se hizo cortante e insolente su sonrisa.

-Vamos, -me dijo-. Caminaremos a pie por estos campos. En mi coche no puedo llevarte: lo mancharías.

Nos fuimos. Charlamos largo rato. Con algunos detalles, le conté mi historia. Se asomaba por momentos a sus lablos, esa su sarcástica sonrisa.

-Es bajo y ordinario tu origen, -me dijo-. Elegiste

malos caminos para llegar a este mundo.

Yo protesté. Pero él, sarcástico y meloso, continuó:

-Por tu padre, eres un sacrilego. Te relegas asi; al lo más hondo de la miseria moral. Ser hijo de fraile, es negro

pecado...... Y por tu madre, eres...... En fin: no quiero calificarte.

-Sigue, -le grité-. Sigue. ¿Porqué te detienes?

-Eres un inmundo.

Me temblaron las manos. Se aludía a mi madre y eso me quemaba.

-Es mentira, -le grité-. Eres un canalla.

-El último de los hombres, el más despreciable, seguramente no tendría por madre a una mujer de peor calidad que la tuya. Sencillamente, por tu origen, eres un degradado, un infame: eres un inmundo.

Me temblaban las manos. El prodigioso nexo que liga a las generaciones, me sublevaba los nervios. Quise es-

trangular a ese granuja.

-Es mentira, -le grité-. Ella, mi madre, cumplió su misión. Murió cumpliendo su deber, así como yo dios, lo he trazado para los seres.

-¿Y qué importa? Te seguirá el estigma. Sin perjuicio de ser hijo de fraile, serás siempre, un hijo de puta. Y

nada más.

Una honda roja me pasó por los ojos.

- Repitelo! -le dije-. Quiero que me lo digas otra vez.

Me miró y ya puso cuidado.

-¿Porqué te enfadas? No te enfades. Escucha. ¿O crees que mi origen es más limpio que el tuyo? No te lo imagines.

-Me hiere que no respetes mis escrúpulos.

-Yo no respeto nada. Yo me río de los escrupulos de los hombres. Pero no te enojes. Escucha. Mi padre fué un bandido. Mató a bala. Mató a puñal. Mató también por otros medios. Fué un asesino vulgar. Entre otras hazañas, mató a su mujer. No a mi madre, sino a una anterior: su primera mujer. Viejo ya, se casó con mi madre. Mi madre era joven. Se vendió a su marido. A menos que no fuera el amor a sus millones, no le ligaba a él ni el más pequeño afecto. Pero fué mi madre. Y de la conjunción de una mujer que se vendía y de un viejo ya decrépito, vine yo al —En verdad, la tienes. No pudiste elegir otro camino.
—Mi madre, —agregó—, fué adúltera. Lo fué con un amante. Con dos. Con tres. Con muchos. Se fugó al fin con uno y me dejó abandonado. Yo apenas, contaba algunos meses. Este comportamiento, dicta mucho del ciego heroísmo de la tuya. Para tí, vale más la una que la otra. Vale más aquella que dió su existencia por el hijo: la que murió para dar vida y calor a su producto. Así has ordenado tú las cosas. Pero para mí, Satanás, vale menos. Yo desapego lo que tú reúnes. Yo llevo la confusión donde tu pones la ar-monía..... Pusiste fuego y ardor en aquella loca aventura del templo. Te fué simpática, como detalle humano que cumplía tus designios. Por millones de veces, en
cada minuto, se repite el mismísimo hecho en esta tierra.
Por ello se cumplen los mandatos del Hacedor y se mantiene esta miseria que es la vida. Perfectamente. Elegiste tu
nido. Y lo elegiste bien. Porque era propio de tí, elegirlo así. Pero díme: ¿si tú sigues tu camino, porqué no habría yo, de seguir el mío? Dicen los hombres que yo soy el enemigo de dios. No me interesan las estupideces de los hombres. Pero yo soy un elemento de la Actividad Omnipotente: soy lo negativo. Y por eso yo destruyo; yo disuelvo; yo desfiguro; yo degenero. Si me fuera posible, yo destruiria la vida. Con una saña atroz, me ensañaria con ella y en una agonía mil veces horrible, la destruiría. O la revelaría toda entera en contra tuya. La haría alzarse como bestia rabiosa, para qué, con una furia atroz, te fulminase. Sólo así pagaría el crimen supremo de haberla creado. Mi poderio no es bastante para conseguirlo. Entonces, hago lo que puedo y lo que mi poderío me permite. Rompo el ritmo

natural; pongo trabas al sabio encadenamiento ideado por ti, para los fenómenos; degenero tus creaciones; cuando me es posible, las disuelvo para hundirlas en una negra vaguedad que es la negación de tu poderio. Entonces, donde tu pones fuego y ardor, amor o entusiasmo, yo pongo falsia, miseria o poquedad. ¿Quieres un ejemplo? Ahí lo tienes en esa mujer, trozo de carne sin fuego, que, con asco, se vende a un viejo decrépito y degenerado: un pobre viejo que sólo por prodigios, artificialmente digamos, pudo apenas, ser un macho. Para venir a este mundo, no pude elegir otro camino que no fueran las entrañas de esa mujer..... amor en el corazón de las madres. Es el amor de la madre la defensa natural e inmediata que protege la vida. Sin defensa tan eficaz, pereceria el pequeñito que asoma al mundo. Así has ordenado tú dios, las cosas. Y dicen que fuiste sabio al disponerlas de este modo. Muy bien. Yo no discuto las tonterías de dios. Tu madre murió por darte leche pura y abrigo que te protegiese. Fué como el árbol que entrega al vendaval todas sus galas, a trueque de conservar una flor, -una sola-, que cumpla tus designios. Mi madre no fué así. Ella me abandono. Lo hizo, tal cual podría hacerlo una fiera degenerada y lasciva que abandona sus cachorros. Dime: ¿podía darse otro destino para Satanás?

-Y entonces, -le grité-, ¿por qué me denigras? ¿Por

qué me tratas así?

—Ingenuo, —me dijo—. Dentro de nuestra intimidad, así amigos como somos, acaso pueda encontrarte razón. Pero por qué olvidas, imbécil, dónde estamos? Ahora por el simple detalle de tu origen lo sabrás en demasia. Hasta que mueras te seguirá el estigma. Serás, siempre, el hijo de un fraile y de una prostituta. Esto es, lo más asqueroso y degradado que existe en el mundo. En cambio yo seré, siempre, el hijo del señor tal y de la señora cual. Y nadie, jamás nunca, se atreverá a largarme a la cara, como un insulto, la miseria o la poquedad de mi origen. Dirán que soy de buena cuna, de abolengo ilustre y de ilustre prosapia.

-¿Por qué? -le pregunté.

—Ingenuo. Torpe. ¿Pero acaso no lo has comprendido aún? El dinero y la riqueza me cubren a mí, las lacras. Para mí, como para todos los canallas de la tierra, el dinero es la fortaleza que nos resguarda de oprobios y de sanciones. Mi padre compró jueces; pervirtió conciencias; mató; fué un delincuente vulgar. Sin embargo, jamás nunca estuvo un sólo día en la cárcel. Hasta se hizo aplaudir. Y por eso, cuando murió, los diarios, llenaron sus páginas de necrologías. ¿Por qué? Porque tenía dinero. Y porque tenía dinero, pudo también comprar a una mujer, ese trozo de carne fresca y lozana que lo fué mi madre. Todo lo hizo con dinero, con el poder de sus millones. Ahora yo, tras de esos millones, oculto mis miserias. Soy de ilustre abolengo y llevo un buen apellido. No soy como tú, un sacrílego, hijo de prostituta. ¿Te das cuenta? Se trata sólo de una cuestión de dinero.

Yo le escuchaba. Nada más groseramente cínico que el lenguaje de aquel hombre. Sus palabras me hacían el efecto de martillazos. Era la verdad. Pero a pesar de todo, me agradaba oirle. Iban en ese hombre, los rasgos negativos inconfundibles de la esencia divina: maldad, cinismo, insolencia; mejor, eso que también forma parte de dios, y que, en el seno gigante de la Creación, hace rebullir el Universo.

—Sigo mis destinos. A ti, dios, te place el amor. Eres estúpidamente hábil para hacer del amor un prodigio y una tentación. A título de tanto prodigio y de tanta tentación impones a las especies el rigor de la carga. Te place el rojizo vibrar de la carne y el blanco anhelar del espíritu. Haces del amor un nudo milagroso y al fin obtienes lo que deseas. Debajo del montón de flores que para los seres es el amor, sale la vibora que sigue arrastrándose estúpidamente, dolorosamente, a través de los tiempos: la especie. Al proceder de este modo, dicen que eres sabio. Yo Satanás, no entiendo de amor. Me casé por interés del dinero. Casarse, es propio de la gente decente. Yo soy decente. Por eso me casé. Pero lo hice por interés del dinero. Mi mujer es joven. Algunos dicen que es bonita. A mí, nada me significan ni su juven-

tud ni su hermosura. Jamás he sentido por ella atractivo alguno. No he sentido por ella, eso que dicen amor. Esa mujer, por momentos, aun me deja frío en la esfera animal, allí donde cualquiera hembra es capaz de atraer al macho. Pero qué me importa a mí, todo eso? Pues nada. A mí, me interesaban y me interesan, sólo, sus millones. Esos millones unidos a los míos, han creado esta masa de riqueza que hoy me permite mover fábricas y artilleros y cumplir así, buenamente, mi misión en este mundo. Así he obedecido yo, ese tu imperioso mandato, uno de los más claros y esenciales que pesan sobre el hombre: amar, ser digno a los ojos de dios y con lujuria y cariño servir a la especie. Díme: ¿no me crees razonable?

Yo me reia. Por momentos hasta se me hacía simpático el cinismo de Atul.

—En este mundo, —me dijo—, hay una divinidad muy poderosa. Es el dinero. Yo digo que es la más poderosa de todas las divinidades; porque tiene halagos y seducciones que jamás nunca deidad alguna podría contrarrestar. Tu poderío queda pequeñito ante su influjo.

-Vine aqui, -le dije-, a vivir. Vine a gustar vida humana. Dios no puede descender a la bajeza de disputar a otras deidades el dominio de los corazones. ¿Qué me im-

porta a mi el dinero?

Pero a mí, me importa. Es lo que hace mi grandeza y mi poderío. ¿O querías, acaso, que yo fuese un mendigo como tú? No. Eso no se conseguirá nunca de Satanás. Potentado, si. Rico. Poderoso. Rey. Papa. Todo eso, sí. Pero un mendigo, jamás. Eso queda para tí y para los ímbéciles como tú que no comprenden el sentido de la vida. Yo prefiero mi obligada alianza con el dios humano. Por eso el oro es mi razón de ser: el brazo por medio del cual ejercito la opresión y el exterminio.

Era muy sabio Atul. Me hablaba con una seguridad pasmosa. Era irónico, era terrible, era despiadado para ha-

blar. Yo le escuchaba.

-Soy lo negativo. Soy la sombra cuando tú eres la luz. Soy Satanás cuando tú eres Dios. En la confusa compren-

sión del hombre, yo soy el mal cuando tú eres el bien. Si tú eres bondadoso, yo soy cruel. Si tú eres feroz, yo voy más lejos que tú y entonces soy hipócritamente piadoso. Tú trazas el destino y proteges a las criaturas. Yo soy la garra, en perpetuo acecho, que se tiende sobre los seres para ensañarse con ellos, para desangrarlos, para desviarlos de sus rutas y hacerlos perecer. La mano irresponsable de un bandido, cruel y sanguinario, que se tiende en la sombra: eso soy yo. Nada hay más monstruosamente malo que yo. Así se figuran los hombres a Satanás. No se explicarán nunca, que el mismo canalla que los crea y los arroja a este mundo, es la Bestia Perpetua que los hiere y los destroza. Pero necesita el hombre materializar sus concepciones. Y he aquí que Satanás, debe ser el responsable: Pesan entonces sobre Satanás, todas las maldiciones y todos los estigmas..... Ahora me has obligado a venir. He venido. Y aqui estoy. Dime: ¿cómo querias que cumpliese, yo, mi misión? No he podido ser como tú, un ingenuo y un miserable que, torpemente y todavía vestido de harapos, pretende amoldarse al ritmo que le traza el imbécil de los cielos. No. Eso no podría exigirse de Satanás. ¿Cómo querías que cumpliese yo mi misión?

-No me lo imagino, -le dije-. Pero te escucho. Ex-

plicame tu obra en este mundo.

—Has hecho del hombre una flecha sin rumbo. En cualquier parte cae esa flecha y se hunde en la negrura y en el olvido. Nada hay más estúpidamente malo y ruin que el ordenamiento de la vida en este mundo. Es un tejido tan torpemente trazado, tan ingenuo, tan lleno de contradicciones y tan hundido en la brutalidad y la grosería, que, sencillamente, inspira lástima. Un niño no habría hecho algo más infantil y deficiente que dios. Dime, miserable: ¿Por qué creaste la vida?

—No discuto, —dije—, lo que yo hago. Me basta con hacerlo. Elimina tus críticas y sigue. Me interesa y me agrada, oirte.

-Perfectamente. Pero en definitiva es Satanás quien debe cargar con los desaciertos. Recaen sobre Satanás las

maldiciones y la furia de las victimas. En cambio, tú dios, a juicio de los hombres, eres siempre bueno; eres justo y lo que es más interesante, eres bondadoso. Es el temperamento de los canallas que nada entienden de dignidad.

-Te lo digo de nuevo: yo no discuto. Lo hice porque pude hacerlo. Y basta. Yo dios, sé lo que hago. Y nadie tiene potestad bastante para tomarme cuenta de mis obras.

Sigue.

-Muy bien. No levantemos el velo que oculta a la Bestia Miserable. Más allá del mito, quiero reconocer en el hombre, una difusa comprensión de sus relaciones con el mundo. Quiero acogerme a ese criterio unilateral que ha tenido para juzgar los fenómenos, y a dios. Para el hombre, tú eres bueno y tú eres poderoso. Tienden por tanto los hombres hacia ti, sus anhelos y sus esperanzas. Tú te mueves. Tú cambias de formas. Tú te desplazas. Tú evolucionas. Tú eres Justicia. Tú eres Verdad. Tú eres Belleza. Tú eres Recreo. Tú eres Alegría. Tú eres Bondad. Tú vas en el fervor ardiente de los labios y ERES FELICIDAD. De la bestia miserable que en mala hora asomó a este mundo, dicen, que lentamente vas haciendo un pequeño semi-dios: por supuesto, bien débil y mezquino, todavía. Entonces, lo que amplifica la vida; lo que la hace grande, poderosa y feliz, ceñida al ritmo natural de su desarrollo, -el camino que tú le trazas-, eso, eres tú dios. Muy bien. Yo Satanás, soy lo Negativo. Según lo sostienen los hombres, yo soy el enemigo de dios. Yo destruyo. Yo detengo. Yo desfiguro. Yo mato. Yo derramo por el mundo, el dolor, las miserias, las lágrimas, las maldiciones y la muerte. Yo estrujo entre mis jarras y juego a mi antojo con la vida: esta suprema tontería que se te ocurrió hacer en esta tierra. Entonces, ¿cómo querías que yo procediese?

Reprimia sus arrebatos. Se reconcentraba en si mismo.

Seguia.

—Si yo hubiere sido una bestia, habría elegido fuertes garras y poderosos colmillos. Pero fui hombre; porque tú me condenaste a serlo. Entonces, elegí lo que debía elegir...... Dentro de la actividad humana hay cientos o miles de oficios que cuadrarian a mi calidad. Puede ser bandolero y salteador de caminos. Pude ser general o jefe de matanzas en los horrores de una guerra. Pude ser monarca u hombre de mando para utilizar la fuerza y oprimir y vejar a los hombres. Pude ser prelado, como tú dignísimo padre, para sujetar al inmenso rebaño y hacerlo dócil y manso; digo, para encadenarlo a las legiones de Satanás. Pude, en suma, ocupar el sitio y la actividad que cada hombre tiene en este mundo. A todo, preferi lo que soy. Soy industrial. Por serlo, tengo astilleros y grandes fábricas de municiones y armamentos. Así como pude, en la categoría de la fiera, elegir las más fuertes garras y los más terribles colmillos, en cuanto a hombre, elegi este oficio. Este oficio, me da las garras y los dientes que yo requiero. Con estas garras y con estos dientes, yo hago presa a la huma-nidad. La desangro a tus ojos. Yo me río de tu poderío y de tu grandeza: soy Satanás.

Yo le dejaba hablar. Y Atul seguia hablando.

-Soy enemigo de los hombres. La vida, a mi me inspira muy poco respeto. Por eso, fabrico cañones, bombas y explosivos: muchas máquinas para matar..... Yo tampoco entiendo de justicia y de progreso. Ahí están a mi servicio, la opresión, la violencia, la matanza, la ruina y la muerte. Es la guerra el azote que vo descargo para pro-fuerza de bondad y de idealismo, se pretende cambiar en hombre, a esa bestia feroz de la cavernas. Muy bien. Alli, en los campos de batalla, encontrarás la bondad. Todavía puedes encontrarla en mis fábricas: en niños lánguidos y harapientos como tú, encadenados a las máquinas; en mujeres decrépitas que circulan por los talleres; en esos hombres corroidos y agotados que trabajan en los galpones; en ese vastísimo mercado de carne humana que se relega a los conventillos. Te lo juró: ahí encontrarás, la bondad...... ...... Te placen la verdad y la ciencia. Yo siembro el error y el prejuicio. En mis manos, la verdad y la ciencia, se tornan armas fratricidas, capaces de volverse en contra

de los mismos hombres. El dinero, la deidad humana que yo manejo y que me da el poderio, tiene poder suficiente para aprovecharse de la dorada conquista. Con dinero compro yo a la ciencia y la corrompo para ponerla a mi servicio. Muchos sabios trabajan en mis laboratorios. Pagados con mi dinero, cooperan alli a mi obra: perfeccionan los elementos para matar...... Tú eres alegría; tú eres felicidad; tú eres recreo. Yo y mis legiones, a cada instante, te probamos, donde quedan para el hombre, la alegría, la felicidad y el recreo. Recargamos a la vida de una angustia horrible. Sembramos, infinitamente fecundos, el pesar y la amargura. Y asi, la vida de todo hombre, es un tejido de dolor, tan vasto, tan calificado que no habrá uno sólo, quizás, que no llegue a maldecirte. Y he aqui que somos los enemigos de tu ley y la anulamos. Hacemos de la felicidad, que vibra como anhelo en cada corazón, una ridícula quimera, imposible de alcanzar..... Te desagrada la hipocresía: pues, yo soy hipócrita. Otros hacen mi obra. Otros mueven pasiones, estupideces y malos apetitos. Y tan cierto es ésto, que yo, siendo uno de los mercaderes de la muerte, no hago la guerra, ni voy a ella. Yo me río de las matanzas. Yo no voy a los combates. Yo me quedo en mi casa. Y mientras otros se matan, yo lleno mi bolsillo. Y mi bolsillo se hace prodigioso; crece su volumen, a medida que aumenta también, el torrente de sangre que derraman los hombres. Y cosa curiosa: a mí, todavia me aplauden. En libros, diarios, revistas, discursos, homenajes: me aplauden. Soy un héroe de estos tiempos. En verdad te digo, que se levanta mi trono sobre la muerte y el dolor de los hombres. ¿Crees que pude elegir un oficio mejor?

Era terrible esa franqueza de Atul. Me sorprendia. Me

desconcertaba. Prefería callar.

—La elección está bien hecha. Es este, un oficio digno de Satanás. Ninguno más digno que éste mi dignísimo oficio. Jamás, canalla alguno lograría superarse. En torno mío, trafican mis legiones. Ni aún es preciso que yo las ordene o le señale su camino. Naturalmente, lógicamente, así como procedes tú, —fatalmente—, así van mis legiones por

el mundo. No requieren de jefes visibles, porque no los necesitan: cada cual lleva el jefe dentro de sí mismo. Cada hombre puede ser y es, Satanás. Soy lo primitivo, lo ancestral. Por tanto, voy hundido en las entrañas de la bestia. Mi sangre es su sangre; mi vida es su vida. Y por eso, será eterno, tan eterno como lo sea posible para el hombre, mi predominio. Nada significa entonces, que yo Satanás, encarnado ahora en Atul, sea un cualquiera: un anónimo industrial. Para mis objetivos, es bastante llevar en mis manos, los hilos de la red que oprime a la humanidad. Me basta sentirme protegido y confundido entre mis legionarios; porque así, juntos, con jefes o sin ellos, marchamos siempre sin dudas ni vacilaciones. Me siento bien, por tanto, en sitio en que estoy: soy gran industrial y dueño de astilleros y grandes fábricas de armamentos.

Llegábamos a lo alto de un cerro.

-¿Quieres ver mis dominios? -me preguntó-. Ahí los tienes.

Abajo había un inmenso caserío irregular. Altísimas chimeneas, por todas partes, largaban al aire, densas columnas de humo. En algunos sectores, ese humo, teñía de

negro el techo de las casas.

—Esa, —me dijo—, es una de mis fábricas. Tú tienes hambre. Tú eres un andrajoso. Quiero ser caritativo para tí. Vé, entonces, a mi fábrica. Allí, me darás tu trabajo y yo, en cambio, te daré un pan. Serás sólo, un esclavo de mi legión.

Y desde ese día, fui un obrero en la fábrica de municiones de Atul. Trabajaba....... Yo Atel, era sólo un obrero en la fábrica de municiones de Atul......

Muy temprano, una vocinglera sirena nos llamaba al trabajo. Al ritmo de aquella sirena se nos iba la vida. Día a día, su toque de angustia, nos llamaba por las mañana, a cargar nuestra cadena: era también el alarido de victoria, cuando agotados ya, daba al medio día o al caer de la tarde, su clarinada de liberación. Con el correr de los meses se me hizo tan odiosa esa sirena, pero tan odiosa, como cosa alguna puede serlo para el hombre. Habría renunciado a mis oídos por no oirla.

—Es mi clarinada, —me decía Atul—. Es la voz de mi poderío. En los abismos infernales donde se me supone, esta sirena no sería tan odiosa como aqui. Aqui es un simbolo; porque señala las invariadas etapas de un larguísimo martirio. Desde el comienzo de los tiempos y hasta la consumación de los siglos, seguirá sonando esta sirena. A cada ser ha de marcarle el ritmo de su trayectoria por el mundo: ha de señalarle la jornada de dolor y de sacrificio que tú dios impusiste a la vida. En esta fábrica es el toque de horror que condena al trabajo. Sus rugidos ahuyentan el sueño y marcan la jornada. Aquí la manejo yo. Y en mis manos es un símbolo de sacrificio y de opresión. En cambio en la vida, desde que ella comienza y hasta su término, la manejas tú. Entonces, no te quejes: sigue el ritmo de su larguísimo bramar.

Yo me callaba.

A modo de enormes ornadas, el toque de la sirena, por las mañana, nos largaba a todos los obreros a la fábrica... ..... A veces hacía frío. Blanqueaba la escarcha los caminos y los techos de las casas. Nos encogíamos a las glaciales caricias del alba. Apenas si veíamos, a veces, el terreno donde pisábamos. Se nos amorataban de frío las manos y la cara. Y a veces, en verano, con doradas caricias, jugueteaba el sol, sobre el extenso cacerio. Trinaban las aves y era delicioso el olor a tierra mojada. Prendía el regocijo y se nos metía en el corazón. Fluía el regocijo de la madre tierra y nos inundaba con sus efluvios..... A veces, pongo yo dios, la risa, vagando sobre esta mi pobre tlerra envejecida, moribunda ya, y en ruta hacia la muerte. Derramo sobre ella, los rojizos resplandores de las alboradas. Hago alegre y vivificante el hálito portentoso. Hago prenderse un fluído mágico a la fibra de la planta y al nervio del animal. Y la planta me reza de alegria en la quietud de sus hojas. Y el animal salta de entusiasmo. Y todo es bullicio y regocijo en el seno de la madre soberana..... Es verdad. Pero nosotros, los hombres esclavos del hombre, debíamos negarnos al rebullir omnipotente. Al apremio de los malditos chirridos de aquella sirena, desfilábamos pesarosos y cabizbajos, a la diaria labor. Cuando se es esclavo ni las alegrías primarias nos llegan al corazón.

—Tú lo hiciste, —me decia Atul—. Sólo tú lo hiciste.

—Mentira, —le gritaba yo—. Yo no lo hice. Yo dios, puse el trabajo y el sacrificio como ley y razón de la vida. Pero jamás nunca autoricé la esclavitud de un hombre por otro hombre. Subordiné las especies unas a otras y puse al hombre sobretodas ellas. Pero no dispuse esta esclavitud. Nadie te autoriza para privarme de mis satisfacciones más íntimas e inmediatas. Los animales las tienen. Yo también, debo tenerlas.

-¿Verdad? -me decia Atul.

<sup>-</sup>Si, -le gritaba yo-. Los animales las tienen ¿Ves como vuelan las avecillas? ¿Oyes como trinan? ¿Acaso no

sientes como la tierra toda se estremece de ansiedad? ¿No sientes como canta la tierra a los primeros rayos del sol y como me alaba y me adora al recibir la dorada caricia? No tienes derecho para violar mis leyes ni para privar al animal de sus goces animales.

-¿Sí? -me decía Atul. ¿Eso dices tú? Bien: "Jefe, gritaba-, anote el atraso a este obrero. Perjudica su atraso la faena".

Me anotaban el atraso. Eso es, disminuían mis haberes. El salario seria escaso. No podría pagar mi sustento. No podría vestirme. No podría vivir.......... Rechinaba los dientes. Miraba las altísimas chimeneas arrojando sus gruesas columnas de humo. Cabizbajo me iba a mi lugar. Y a mi espalda, Atul se reía.

—Sufre con tu obra, — me decia—. Tú gravaste a la vida con el trabajo y con el sacrificio. Ocurre a veces que el trabajo es doloroso y pone algunas trabas al humano deleite. Sufre, entonces desgraciado, con tu propia creación.

Era inmensa la fábrica. O mejor, eran inmensas las fábricas alli, acumuladas. En una extensión de muchas hectáreas se ubicaban las distintas reparticiones.

Hornos poderosos, a modo de llameantes y fervientes estómagos, liquidaban a cientos o miles de grados de calor, los metales. Rodaban fundidos, los metales a los moldes. En gigantescos hornos giratorios, fabricábamos el acero. Fabricábamos cientos o miles de artefactos exigidos por las faenas de las otras secciones. Eran imponentes esos hornos y esos calderos llameantes. Me infundían respeto a veces, esas rabiosas tempestades de fuego y de metales fundidos en el interior de los hornos. O ese rabioso crepitar de las llamas en las calderas.

-En abismos inflamados así, me suponen-, me decía

Atul.

Se reia. Le hacia gracia la suposición.

—Son ingenuos los hombres, — agregaba—. Creen que la tortura del fuego, es el suplicio me mayor. Y por eso, al pobre Satanás, lo ubican en el fuego. Se equivocan los hombres. Son torpes; insensatos. A veces, la tortura de vivir que dios impone a los seres, importa un suplicio mayor que el infierno. ¿No lo crees así?

Me molestaba Atul, con sus aluciones.

—A ti, bandido, — le contestaba yo—, tal como eres, con tus nervios y con tu sensibilidad, te arrojaría dentro de esas calderas: en un verdadero infierno, tal como lo supone el hombre. Así pagarías tus crimenes.

Se reía el granuja. Hacía chanza.

—Trabaja, —me decía—. Quiero que mirando esas llamas, sientas el perverso deleite de suponer en medio de tales horrores a Satanás. Ocupa tu sitio ahí, cerca de esos fogones. Puede que eso te sea menos duro y menos efectivo que el infierno en que vives.

Yo le miraba. Arrugaba el ceño. Ocupaba mi puesto. Era yo sólo un obrero. Y fué en esa sección donde primero

me ubicaron.

Un día, cayó un hombre en uno de esos hornos. En un segundo, desapareció. Se levantó una rápida y espesa columna de humo. Y, en seguida, nada. Sólo fuego, metales fundidos.

—No procede, el infierno para los hombres, —me dijo Atul—. ¿Ves? Se volatilizan. Es más llevadero para ellos este otro infierno en que viven.

Me notó molesto y riéndose, rápido, se fué. Ya levan-

taba yo la mano para darle un bofetón.

Y esclavos sujetos a su cadena, allí circulábamos, en medio del ruido infernal de la maquinaria, teñidos de ollín, vestidos de cuero, en una atmósfera sofocante, cerca de los fogones. Nos abrazaba a veces el horrible calor; nos tostaba las manos y la cara. Y quemándonos, al apremio del fuego, no nos era lícito abandonar nuestro sitio. No podíamos hacerlo, aún sintiendo el doloroso espasmo de la quemadura. Bajaría la presión en las calderas. O su-

biría y podrían explotar. O habría perturbación en los hornos. No podíamos alejarnos de esos infiernos. Y ésta, era la fundición.

Próxima a la fundición y ocupando con sus galpones una extensión enorme, estaba la sección principal y más importante: la fábrica de armamentos. En esta sección, los galpones se sucedían a los galpones y las máquinas a las máquinas. Grandes y chicas y agrupadas allí por miles, hacían las máquinas un ruido infernal: un interminable chirrido, como un quejumbroso lamento. De la fundición llegaban allí, toscamente moldeadas, las piezas necesarias a las armaduras. Entraban esas piezas a las máquinas y pasaban de una a otra, -a veces de una repartición a otra repartición-, recibiendo en cada máquina, un agregado, un arreglo, cualquiera modificación, que, de un modo matemático, dejaban apta a la pieza, para su destino y colocación. Barrenos rechinantes, que hacían saltar regueros de chispas, con molestos chirridos horadaban el metal. Tornos poderosos, moldeaban, pulían, limaban, los distintos trozos de las grandes piezas. Eran sobretodo impresionantes, unos gigantescos tornos ubicados en un extremo de la sección. Allí se pulían los tubos para los cañones de largo alcance. Tubos de varios metros de largo y de algunas toneladas de peso, se manejaban allí como insignificantes juguetes. Los tomaban aquellos terribles tornos y en medio de bramidos horrorosos, en algunos minutos los labraban, los pullan: dejaban brillante el fuerte y riquisimo acero. Pero estos tornos, sólo eran las máquinas más imponentes de la sección. Las había, repito, por cientos, por miles. Y así, coordinado aquel complejo mecanismo, después de pasar los artefactos por decenas de maquinas, al final, iban surgiendo completos los distintos armamentos: Cañones de todos los calibres y tamaños; mor-teros; ametralladoras; fusiles; pistolas; revólveres. Todas esas máquinas que inventó el hombre para matar.

- -Esto me encanta, -decía Atul-. ¿Ves? Se ha derrochado aqui, el ingenio y la sabiduría de los hombres. La complicada acción de esta maquinaria, representa un esfuerzo gigantesco del hombre para superarse. montar esta instalación y hacerla apta a su trabajo, han cooperado, aquí, por miles, los sabios. Y ahí tienes ahora esta maravilla. Esta fábrica se asemeja a lo que tú dios, has hecho para montar el universo. Se asemeja también, al rodaje montado por ti, para hacer posible la vida. Si el hombre tuviese penetración bastante y pudiera alargar sus sentidos para acaparar el funcionamiento de ese monstruoso engranaje que es el Universo, vería algo parecido a ésto. Esa es la verdad. Entonces si miramos esta pequeña instalación, acorde con la pequeñez del hombre, creo que nadie podría decir que el hombre es torpe. Puso para montarla lo mejor que tiene: su talento, su anhelo por conquistar a dios y apropiarse de sus enigmas y de su poderio. ¿Me encuentras razón?
  - -La tienes, -le decia yo-. Eres un sabio.
- —Es cierto. Pero olvidas algo. Mira estos aparatos: esos fusiles, esos cañones; sobretodo, esas ametralladoras. Acaso ignoras cual es su destino? Estos cañones se emplazarán después en buques o fortalezas. A diez o veinto kilómetros, mandarán sus balas mortíferas. Estallarán las granadas y entonces, a modo de un tremendo torrente, se desbordará la muerte para segar las vidas. Díme: ¿es sabio el hombre? ¿O por ventura no lo crees sabio? Utiliza su talento, su inteligencia, lo mejor que tú le diste, para sembrar la muerte.

Yo me callaba. Le dejaba hablar.

—Mira estas ametralladoras. Quiero que te fijes en ellas. Salen lustrosas, flamantes. En seguida, allá en los campos de batalla o en las fortalezas, en los fosos o alambrados, en un minuto, pueden segar, por cientos o por miles, las vidas..... Tú eres sabio. Dicen que también eres bueno. Pusiste sumo esmero y dicen que gran sabiduría para crear y proteger, la vida. Para resguardarla y acrecentarla, acumulaste a su alrededor una suma gigan-

tesca de sacrificio y de cariño. Hay madres que se curvan sobre sus hijos y que para protegerlos y hacerlos vivir son salvajemente heroicas y abnegadas. Hay padres que todo lo exponen y todo lo sacrifican por dejar en buen sendero a sus vástagos en este mundo. Hasta derramas en la cabeza de tus elegidos, la luz sublime que hace esta maravilla de una fábrica en movimiento, con miles de máquinas. Ha sido, en verdad, muy grande tu interés por pro-teger la vida; por defenderla y acrecentarla. Pero dime: qué vale todo eso? Una descarga de estas ametralladoras, ciega miles de vidas y da al traste con todas las esperanzas, con todos los cuidados y con todos los afanes.

-Eres un malvado, -le decía yo-. Nadie tiene derecho, a menos que no sea yo mismo, dios, para aniquilar

a las criaturas.

-Palabras. Sólo palabras. Ya lo ves: estos inventos del hombre, -cañones, fusiles, ametralladoras-, aniquilan por manos de hombre, a tus criaturas. Es el hombre y no, Satanás quien inventó estas cosas ....... Y entonces, aquí me tienes: aquí, en la cúspide de mi poderío. Y te advierto que me siento bien. Nunca me sintiera mejor, yo Satanás, que en un sitio como este. Ayudado de dios, protegido y admirado de los hombres, ahí tienes mi obra: cañones, fusiles, ametralladoras, en pocas palabras, una maquinaria plena de sabiduria y de grandeza para realizar la hazaña mayor de Satanás: matar; ser fuente de duelo y de dolor.

Se rela. Con cara sobradamente feliz, miraba el exten-

so y confuso rodar de las máquinas.

-He aquí a Satanás en su trono -recalcaba.

Pero a poco se ponía serio y me inculpaba. Tenía

audacia y cinismo bastante para inculparme.

-Fuiste bastante estúpido para hacerlo. ¿Por qué no les diste garras y colmillos? Habrían sido menores los estragos. Yo Satanás, te lo digo. Y te lo digo sinceramente: más te valiera darles garras y colmillos.

—Eres un canalla, —le decía yo—. Has torcido el

rumbo de los destinos humanos. Has hecho que los hom-

bres se vuelvan contradictorios y torpemente imbéciles. Puse crueldad y egoísmo en el fondo de cada vida. E hice dura la vida para que cada ser fuese su propia salvaguardia y se defendiese. Pero a todos les di también, la comprensión de los peligros. A la vez que los hice feroces y egoístas, los hice también cobardes y temerosos para que defendieran su vida. En razón de esa cobardía y de ese egoísmo; en razón del anhelo sumo de cada ser por conservar su existencia, el hombre, no debería fabricar estos instrumentos. Pero tú, malvado, los apartas de sus caminos. Los engañas. Los obligas a volverse en contra de ellos mismos, para que amaguen y destruyan lo que yo dios, les mando retener: su propia existencia. Tú haces que la humanidad se suicide.

Se reia, Atul.

-Mas te valiera, -me decia-, darles garras y colmillos.

Había otra sección, diré mejor, otra fábrica. Allí se fabricaban las balas, las granadas, los torpedos, los explosivos. En los distintos galpones de esta sección, se veian los detalles de las diversas faenas. Era sobretodo, ingenioso, el mecanismo interior de las granadas. Algunas tenían complicados aparatos de relojería.

—Estas, —me decía Atul—, son galas de la muerte. Era muy peligroso el trabajo en esa sección. Allí, todo el personal trabajaba con sumo cuidado. Las distintas reparticiones estaban aisladas y sólidamente protegidas para evitar los grandes desastres. Y siempre sin novedad, con una regularidad matemática casi, salían los productos: miles de balas o granadas. A veces millones de cartuchos menores en una semana. Limpias, brillantes, semejantes galas de la muerte, se llevaban después, a lejanos depósitos subterráneos y allí se las guardaba a cubierto de todo peligro.

No lejos de estos depósitos, pero convenientemente se-

parados estaban los polvorines. Eran estos, inmensas bóvedas subterráneas, donde se guardaban la pólvora y otros explosivos. Y más lejos todavía, había otra sección, diré, un departamento especial, para guardar los explosivos de gran poder, entre otros, los torpedos.

-Una explosión de este sector, -decía Atul-, vola-

ria toda la fábrica.

Yo me callaba.

Y así trabajaba Atel en la fábrica de Atul. Trabajaba de la mañana a la noche. A veces, según los turnos, de la noche a la mañana. Por momentos, se me hacía horrible la jornada. El agotamiento me cogía, a veces, de tal modo, que, junto a los fogones o a las máquinas, va me sentia desfallecer. Pero debia sobreponerme al agotamiento. Debía traspasar los límites humanos de la resistencia. Y yo, hombre, debía ser dios, para sacar fuerzas de mí mismo. No podía abandonar mi puesto. Era un esclavo suieto a la cadena. Y si abandonaba mi puesto, me venía el castigo: la amonestación, la multa, la amenaza; quizás la expulsión de la fábrica. ¿Por qué? Se desorganizaría la marcha de mi sector; podría paralizarse la faena. No. Sólo por esta razón: habria perjuicio para la empresa..... ..... Encallecian mis manos, manejando esas máquinas. Se me tostaba la piel junto a esos fogones. Me agitaba una furia loca, al convencerme esclavo y sujeto a esos calderos a esos fogones y a esas máquinas. ¿Y qué? Era Atel, sólo un esclavo. Y nada más.

—Mira mis manos, —le decía a Atul—. Han encallecido. Ha sido aquí; en estas máquinas. Ha sido por ti. Por verme obligado, por una razón de hambre, a secundar tus

negros designios de destructor. ¡Mira mis manos!

—Ves las mías? —me contestaba con sarcasmos—. ¿Las ves? Están limpias, sedosas, cuidadas. Mira estos anillos. Uno solo de ellos te daría dinero bastante para alimentarte por toda la vida.

-Eres un canalla, -le decia yo.

—No. Yo no soy canalla. ¿Por qué habría de serlo? Te doy trabajo. De no tenerlo, te morirías de hambre. ¿Soy

canalla entonces? Eres ingrato, amigo mío.

—Pero tú me explotas. Tú violas mis leyes. Yo dios, gravé con el trabajo y con el sacrificio a todos los seres. A todos les hice dura la vida. Y para que su vida fuese menos dura, agrupé a los seres para que se ayudasen. Yo trabajo. Tú no trabajas. Mis manos se encallecen. Las tuyas, jamás. Tú violentas mis leyes y vas en contra de mi justicia.

—¿De modo que yo debo ser un mugriento como tú? ¿A tu juicio la única manera de ceñirse a la ley de dios, sería equiparando todos los trabajos? ¡Bonita doctrina! A

no dudarlo es muy interesante.

-Eres un malvado, -le gritaba yo-. Sólo pido jus-

ticia. Nada más que justicia.

—¡Infeliz! ¡Tú hablando de justicia! ¡Tú, dios, hablando de justicia! Calla, mejor, desgraciado. Díme: ¿no te enseñaron nunca, que el trabajo dignifica y ennoblece? Tus manos así, duras y encallecidas, no son, acaso, un símbolo de nobleza?

—Pero yo llevo estas mis manos nobles, y con ellas, llevo también, estos harapos. A eso se reduce mi nobleza. En cambio, tú no tienes manos nobles. Pero amplificas tu vida. La haces enorme. La llenas de satisfacciones. Todavía, explotas a los débiles y con el fruto de esa explotación, transformas tu vida en algo digna de vivirse. En tanto que yo, pese a mi nobleza, jamás saldré de esta esclavitud. Y además de ser esclavo, con manos encallecidas y con harapos por vestimenta, debo aún tolerar que me explotes. Es esto, lo que no va de acuerdo con mis leyes. Yo dios, jamás autoricé a un animal, para que por sí y ante sí, se nutriera con la sangre de otro animal.

Se reía el bribón.

-¿Y el tigre? —me preguntaba—. Pero nó. Sigue trabajando. Sigue. Eso te hará bien. Y no me hables a mí de injusticia, ni de explotación. En verdad que yo no entiendo estas palabras. Por otra parte, encuentro conveniente, esta distribución de las faenas humanas. Sólo las bestias no se

asocian para trabajar, ni se reparten la carga.

—Aquí, no existe la repartición de la carga, —decía yo—. Aquí, nosotros los infelices, este grupo de desgraciados que somos nosotros, llevamos la carga. Somos nosotros, las bestias de labor. En cambio tú, el único en sacar provecho, no la soportas. Es esto, lo que va en contra de mis leyes. Yo quiero que los hombres sigan mis dictados. Yo dios, soy pródigo para dar. Ahí tienes la luz, que la doy a torrentes; el aire, que lo doy en fantásticas proporciones; la fecundidad de la tierra, que la hago asombrosa para bienestar de las especies. Entonces, ni tú, ni los canallas de tu ralea, tienen derecho para oprimir y explotar a sus semejantes.

—Eres agresivo, —me contestaba—. Vas en contra de la justicia humana y de la humana distribución de las cosas. No te reveles. Yo te lo digo: podrías caer a una cárcel.

—Por lo menos, tengo derecho para protestar; para decir que yo no soporto esta miseria. Mi ley solo reconoce al hombre. Jamás nunca ha podido reconocer ficciones. Por tanto, para mí, el hombre vale por aquéllo que yo dios, puse dentro de él. Sólo por eso, vale el hombre. Y si algún derecho tiene, no puede ser otro, que el derecho para que se le libere de su condición de bestia que se sacrifica por otra bestia igual a él.

Se reia Atul.

—Tú pusiste, también, dentro del hombre un temperamento de ave de rapiña. Vale entonces, el hombre, por lo que tú, dios, le diste. Cumple solo tu ley.

Me desesperaban aquellas argucias de Atul.

—Eres un malvado, — le contestaba yo—. Dentro de ti, voy acrecentando un sentimiento humanitario que te aleja de la brutalidad. Tras de tu fisonomía de hombre, se va diluyendo el ave de rapiña. Tú debes reconocer que esto es injusto. ¿O no descubres, acaso, que en un misma vida se van cimentando los fueros del corazón y van desapareciendo las garras?

-Es raro, -me decía-. Yo no descubro nada. Te lo

digo sinceramente: no descubro nada. Yo sólo entiendo de fuerza. Sé, que en esta vida, se impone el fuerte y oprime, en su beneficio, al débil. Esto es lo único que yo sé. Y creo que dios también lo sabe, desde que, algo puso dentro de mí mismo, que me induce a ello.

—Yo soy más fuerte que tú. Estas manos podrían estrangularte. Esta cabeza vale más que la tuya. Este corazón es mejor que el tuyo. Yo dios, califica al hombre frente al hombre y no al hombre, por la falsa posición que fortuita-

mente puede tener en medio de los otros.

—Te equivocas, —me decía Atul—. Yo puedo más que tú. Yo soy fuerte y tú eres débil. Tú, nada puedes contra mí. Ni aún puedes hacerme objeto de violencias meramente físicas, aprovechando esas tus nobles y fuertes manos. Y si te atrevieres a tocarme, cien manos, caerían sobre ti, para aniquilarte y defenderme. Darían contigo en un calabozo o te harían perecer.

-Porque tú eres bastante malvado, para rodearte de

un poderio que no puedes, ni debes tener.

—¿Y qué me importa? En la realidad de los hechos, ese poderío existe. Por engaño, por maldad, por cualquier causa: existe. Y por la razón de existir, yo soy fuerte y tú eres débil. Y quiero que lo sepas: tus mismos compañeros de martirio te aniquilarían. Ellos mismos y no otros.

-Porque son estúpidos, -gritaba yo-. Porque son

imbéciles que miran y no ven.

-¿Y si no existiese la imbecilidad humana, como po-

drian entonces, dominar los canallas?

Yo me callaba. Atul se reia. Y por duro que fuese, debía convencerme: era solo un esclavo de Atul. Y no podía ser de otro modo: yo, solo era un esclavo. Pero a veces me venía desde muy abajo, un ferviente alarido y una sorda protesta. ¡Porque, yo dios, hice a los hombres, tan estúpidos, tan ciegos y tan cobardes!..... En realidad de verdad, no acerté mucho al poner en la humanidad, un alma de rebaño. A mi lado circulaban los obreros. Como yo, circulaban, por esos inmensos galpones, en medio de las maquinarias, junto a las correas sin fin, vestidos de harapos, mugrientos, llenos de carbón. Eran como yo, esclavos de la fábrica. La misma cadena nos ligaba. Como yo, sufrían, bajo la garra de Atul. Entonces, los obreros eran mis hermanos.

Eran muchos: innumerables. Se contaban por miles. Yo no los conocía a todos.

—Son millones, — me decia Atul—. Es todo el rebaño humano. Si aquí no se reunen todos, allá lejos, en el campo, en las minas o en las fábricas, otros amos, iguales a mí, se encargarán de reunirlos. Son millones.

Los había de todas edades. Algunos habían envejecido en la fábrica. Llegaron al mundo en aquellos caserios y allí se ligaron a la empresa. La cabeza, ya se les cubría de canas. Y seguian allí, pobres explotados, dóciles a la máquina y al capataz. También los había jóvenes, robustos y vigorosos. Sus recios músculos se ceñían, se hinchaban, manejando esas máquinas. Había un poema de vida en esos músculos crispados en la faena. Yo los admiraba. Jamás nunca, se hiciera una máquina, tan perfecta y maravillosa como aquellas: recias, viriles, más fuerte que el acero y que yo, dios, hice a través de los siglos, siguiendo el dédalo infinito de mis designios. Me recreaba poniendo mis ojos en el hombre: la más prodigiosa de mis creaciones.

—Puse, al hacerles, —le decia yo a Atul—, la esencia de mi potencia creadora.

—A decir verdad, eres justo, —me contestaba—. Goza con tu creación. Yo me limito a explotarla.

A modo de plomo derretido, me ardían sus sarcásticas respuestas. ¡Pobres Hombres! ¡Tanto cuidado que puse para hacerlos! ¡Y tan miserable, su vida! Es la verdad: el milagro de la vida, a menudo, no se pone a tono con mi abnegación de Creador.

También los había enfermos: jóvenes y viejos. Minaban las enfermedades esas naturalezas de acero. Se corroian los pulmones. Hacían estragos, a veces, las enfermedades. Con una indiferencia bestial, como si se tratase de inútiles deshechos, la fábrica los arrojaba. Irían a morir en cualquier parte, solos tal vez: desamparados.

-Mi fábrica, -decia Atul-, no es un depósito de escorias. El hombre que no me sirve, sencillamente, se va. Lo

despido. No produce. Es una carga.

—Hubo una época, —le contestaba yo—, en que tú tampoco producias. Sin embargo, yo te protejí y pudiste vivir. Tendí a tu alrededor, una red de cariño y de conmiseración. Pudo faltarte el apoyo inmediato de una madre. Pero junto a ti, mil corazones se apretaron para darte calor y hacerte vivir. No arrojes sobre el hombre, lo que éste, por mis mandatos, no te dió.

Se reia Atul.

—Que busquen la protección cerca de quien pueda dársela. Mi fábrica no es un depósito de deshechos. Y tú, hazme el favor, deja la prédica de la bondad, para quien quiera oírte. Para tu padre, el obispo, por ejemplo. No me prediques a mí, porque yo, poco entiendo de sermones.

Y debia convencerme que para Atul, la justicia y la

bondad, apenas si eran vanas palabras.

Mezclados a nosotros, también trabajaban niños; algunos muy pequeños. En medio del humo y del ruido infernal de las máquinas, se marchitaban sus rostros. Se ponían amarillos, macilentos. Se teñían de ollín. Se plasmaba su alma en sacrificio y decepciones.

—Al menos éstos, podrían ser libres, —le decia yo al tirano.— Tú fuiste libre. Cuando eras pequeño, fué de tu agrado correr y gritar por un jardín, por una calle, por la pradera.

-No es mía la culpa, -me contestaba-, si ellos nacieron esclavos.

En la fábrica, también trabajaban mujeres. Había reparticiones enteras servidas sólo por ellas. A nosotros no se nos permitía llegar hasta allá.

-No conviene, -decia Atul-, confundir los machos

con las hembras. Sería indecoroso y perjudicial.

Yo me callaba. Pero me torturaba el negro destino de esas pobres mujeres. Algunas, próximas al alumbramiento,

con unas barrigas enormes iban a las faenas. A menudo, los hombres, cínicamente, les decían groserías. En mi alma nacía la protesta por el criminal abandono y la brutal opresión de mis elegidas. Puede el hombre enlodarse en la maldad y el crimen; pero que tenga, al menos, respeto por el vaso santo en que se incuba la vida que ha de venir. Yo dios, puse aquí en la tierra a las madres para que cumplieran mis designios. Y por ellas se cumplen mis altísimos destinos. No tiene derecho, entonces, el hombre para abandonarlas, ni para vejarlas.

Atul se reia.

—El dueño de un rebaño, —me decía—, no puede pararse en consideraciones. O la bestia sirve su destino, o no lo sirve. Si no lo sirve, se la elimina. La hembra grávida, protegida del cielo y elegida de dios, no se cubre por ello de irresponsabilidad. Debe soportar la carga como la soportan todos. Por dura lógica debe soportarla. Así, su producto, desde las entrañas, conocerá la cadena y se adaptará a ella.

—Tú violas mis leyes, —le gritaba yo—. Violas también las leyes de los hombres. Las leyes de los hombres te prohiben traer niños a las faenas y te obligan a protejer

la maternidad.

—Yo me río de las leyes de los hombres. Las leyes se hicieron para quienes obedecen; no para quienes las hacen. Estas leyes las hice yo. Mejor, las hicieron los legionarios de mi casta. Yo me río de las leyes de los hombres. Si el oro no hiciera el prodigio de la irresponsabilidad, yo

no veo para qué podria servir el oro.

Era feroz Atul. Ladino, astuto, inteligente, un conocedor profundo de la psicología y de las pasiones humanas, bajo el dorado barniz de su grandeza, ocultaba un alma negra, repleta de odios y de satánicos recursos. A nosotros nos oprimía. Y entre sus garras, viviamos nosotros, bajo el imperio de la ley de bronce. Era el amo. Y tenía cinismo bastante para vanagloriarse de sus hazañas y hacerme confidencias.

-Tú y esa gente, -me explicaba-, para mi, cons-

tituyen una mercacia. Y porque son una mercancia, yo la compro con dinero. Tengo, por lo tanto, el derecho y la libertad, para elegirla y seleccionarla. Puedo, entonces, despedir a la bestia que no me rinde beneficios. A ésto, los hombres le llaman libertad.

-Pero yo, tengo el derecho para eludir tu cadena, Tengo libertad para negarme a tus abominaciones.

-Tú, -me contestaba-, apenas si tienes libertad para morirte de hambre. Ahi tienes la puerta. Vete. Mi fábrica, puede necesitar tu concurso; pero tampoco puede aceptar tus insolencias. Vete. Y apenas te hayas ido, cien se presentarán para reemplazarte. Y allí afuera, encontrarás, otro amo como yo, para esclavizarte. Y, tal vez, en forma mucho más inhumana todavía. Cuando el hombre no tiene libre su estómago, le es ridículo hablar de libertad.

-Pero tú no tienes derecho para esclavizar a tus se-

mejantes.

- -¿Y qué me importa a mí, el derecho? Para comodidad nuestra, se disfrazan a veces las cosas. Y a la fuerza, se le dice, derecho. En la práctica, corrientemente, ese derecho, es sólo una justificación del fuerte. Yo me río de los derechos de los hombres. Y, por lo mismo, porque para mi, no existe otro derecho que mis apetitos, vo exclavizo a los hombres.
- -Pero tú también eres hombre. Yo no te distingo de los demás.
- -¿Y a mí, qué? Los demás me distinguen. Soy libre. Y por serlo, tengo libertad y poderio para esclavizar al re-baño humano. Y tú, no seas impio. No blasfemes en contra de una de las mayores conquistas de los hombres: la libertad.

Se hacía horrible por su sarcasmo, esa su risa de demorio.

-No me explico porqué se te ocurren tamaños disparates, -me agregaba-. Para tu bien yo te lo digo: No blasfemes en contra de la libertad. Te apedrearían. Aprende de mí. Yo alabo la libertad. Como yo, la alaban los de mi casta. Y siguiendo a mi casta, toda la humanidad, aún aquellos a quienes perjudica, le rinden alabanzas. Se hacen necesarios los mitos a mis legiones, porque en ellos se fundamenta su poderio. Nada digas entonces, en contra de la libertad.

—Pero sólo tú eres libre. ¿Qué libertad puedo tener yo, y los infelices de mi clase, cuando tú y los tuyos, nos encadenan por la necesidad, la más eficaz y terrible de las cadenas? Yo debo alimentarme; yo debo vestirme; yo requiero de una habitación para vivir. Si la satisfacción de estas necesidades, no depende de mí, sino de los intereses y caprichos de tu casta, ¿dónde queda entonces mi libertad?

—Tienes razón que te sobra y tu sabiduría es grande, —me decía—. Pero no blafesmes. Nada digas en contra de la libertad. Por lo menos, desgraciado, tienes libertad para morirte de hambre.

Al caer la tarde, soltaba la fábrica su presa. Salíamos los obreros de las faenas. Nos dispersábamos por el vasto caserío. Salíamos agotados, rendidos. Como animales fatigados, nos dirigíamos a nuestras casas. Nos encerrábamos en nuestras inmundas habitaciones. Nos tendíamos en nuestros sucios lechos.

La Empresa no nos daba habitación. Se la daba a los jefes. Los obreros, debíamos arrendar las nuestras. Eran sórdidos y mal olientes los conventillos que circundaban la fábrica. Por sus miserias y depravaciones, se hacía horrible la vida en esos conventillos. Ese hacinamientó de carne humana, reunido a la miseria moral y material, a la grosería, le daba a la población caracteres tenebrosos. El mismo Atul, me lo decía a veces: "Eso no merece el calificativo de humano. Tiene más bien las características de un corral. Y esa gente, antes que a un grupo de personas, se asemeja a un piño de animales". Eso decía Atul. Y yo que vivía allí lo comprendía de sobra. Miraba al tirano y guardaba si-

lencio. Allí se alojaba el material humano, requerido para las faenas de Atul.

A menudo, al salir los obreros de los talleres por las tardes, muchos desfilaban a las cantinas. Allí se embriagaban. Le dejaban al tabernero aquéllo que han dado en llamar el sudor de la frente. Había entre ellos desapegos, riñas y a veces relucía el puñal en el antro asqueroso de la taberna. En tanto, allá en el conventillo, la mujer y los hijos, tal vez sufrirían hambre, desnudez y miseria.

—Es esto una delicia, —me decía Atul—. ¿Te das cuenta? Yo puedo darle una casa a mis máquinas. Se la doy. ¿Ves esos galpones? Son flamantes. Algunos podrían ser palacios para ti. En cambio no le doy casa a mis obreros. ¿Acaso lo crees injusto? Nó. No lo es. Soy libre para dirigir mis negocios. Por ello, cuido de estas máquinas que se pueden destruir. Esas otras máquinas, los obreros, tan necesarias como éstas, me las das tú: dios. Las tengo por miles; por millones, si se quiere. ¿Te das cuenta? Implicaría torpeza negar un profundo sentido de sabiduría en todo esto.

Se reía. Me miraba como desafiándome a contestar. Yo me callaba.

—Quiero que detengas tu atención en algunos detalles. Dentro de una madeja habilmente tejida, la presa que yo arrojo, la recibe otro de mi legión. Ahí está el propietario que te da una pieza de arrabal. Más allá tienes al tabernero que te da la bebida. Más allá se ubican cientos o miles de interesados en explotar al hombre y en beneficiarse con su miseria. ¿Acaso lo crees malo? ¿Acaso lo crees reñido con la sabiduría? Quiero que me contestes.

Yo me callaba. Y Atul, sonriente, satisfecho, seguia hablando:

—No quiero que te hagas ilusiones. Quiero que pongas tus ojos en esta bella realidad. Y entonces, ahí tienes ante tu vista el cuadro estupendo: Primero, la fábrica con su puñado de esclavos, explotados y oprimidos. En seguida, la taberna con sus reyertas, sus groserías y sus bestiales tonalidades. Después, el cuarto maloliente y en ese cuarto, el miserable latir de la especie: el padre, la madre, los hijos, todos revueltos, dando la fisonomía típica, no de una familia, sino de un grupo animal, groseramente inmundo. Más allá, el prostíbulo y la ramera que vende su carne. También la cárcel como sitio de expiación y de castigo para la bestia infeliz que, por lógica rigurosa, hubo de ser bruto. Sólo son detalles. Pero en el fondo encontrarás también lo que place a Satanás: un infierno dantesco, en el cual se confunden la grosería y la miseria, la bajeza y la abyección. ¿Era esto lo que deseabas observar en este mundo? Ahí lo tienes. A esta condición hemos relegado a los hombres, mis legiones y yo. Te lo juro: es esto delicioso y demuestra una altísima sabiduría.

Me molestaba el grosero cinismo de Atul. Pero se deleitaba el bribón haciéndome confidencias. Muy a menudo manifestaba un desprecio hiriente por nosotros, los obreros. Muchas veces al salir de la fábrica, me habló de este modo:

—He ahí a mi rebaño. ¿Acaso no te interesa? A mi, me interesa. A veces huele mal. A veces, es también soberbio y levantisco. Pero me interesa mi rebaño. Y quiero que me encuentres razón: De él arranca mi poderío. Sin este rebaño, yo nada podría. Es el creador de la riqueza. Da una razón de la humanidad, condenada por dios al trabajo. Los libros de los hombres alaban a este rebaño. Lo llaman pueblo soberano. Dicen de él, muchas cosas. Bien. Sólo secundan mis intenciones. Esos aplauden. Para mí, ese pueblo soberano, creador de la riqueza y de la grandeza terrena, es solo mi rebaño. Y no más.

-Eres un canalla, -le gritaba yo.

—No. Sólo soy sincero. ¿Pero acaso no te place la sinceridad entre tú y yo? Ser sinceros para con los demás, no sería propio, ni menos sería conveniente. Pero entre tú y yo, ya es diverso. Yo te lo digo: es mi rebaño. En la fábrica había gerarquías. Quiero decir, se organizaban y se dirigian las faenas por algunos que mandaban a los otros. De este modo había una larga cadena de subordinaciones.

El jefe superior, especie de dios omnipotente en la fábrica, era Atul. Era el amo. Y le daba tal calidad la circunstancia de ser el tenedor de la mayor parte de las acciociones de la Compañía. Era el inspector-gerente de la Empresa. Pero por debajo de Atul, había muchos otros, que de mayor a menor, hacían una larga cadena de subordinaciones. Había gerentes; subgerentes; jefes; subjefes; jefes de sección; mayordomos; capataces; jefes de cuadrillas; etc. Se me hacía interminable ese encadenamiento de un hombre a otro hombre, para ejercer la autoridad.

En comparación con los que le seguían, Atul era bueno. Joven, hermoso, arrogante, astuto e inteligente, sabía
dominar a los hombres. Profundo conocedor de la psicología y de las pasiones humanas, Atul, por ridícula paradoja, era querido de los obreros. Próximo a la fábrica,
rodeado de jardines, se levantaba uno de sus palacios. En
ese palacio pasaba Atul largas temporadas. Cuando estaba
alli, vivía en contacto con nosotros. Casi a diario visitaba
los talleres y circulaba entre los obreros. A su modo, nos
oia y atendía nuestros reclamos. En algunas ocasiones, lo
ví hacer justicia humana, en forma de captarse la simpatía
de los humildes y de los oprimidos. Lo ví proceder de
acuerdo con los dictados del corazón. Yo lo observaba.

—No te asombres, —me decía—. A veces me duele esta miseria. Y por ello, a veces, soy más Satanás que hombre. Pero sólo son detalles: simples accidentes que juzgo necesarios para desarrollar mi obra. (El bribón, cada vez que hablaba de bondad, colocaba primero a Satanás y después al hombre).

En cambio los otros, los que le seguian, eran rudos y brutales para tratarnos. Eran feroces, despóticos, autoritarios, a tipo de piedras. Hacían, del vasto establecimiento, un antro de atrabiliaria esclavitud. Nos vejaban. A veces

nos trataban como a perros, de un modo tan estrafalario que nos era horriblemente quemante. Era la multa, el medio corriente para castigarnos. Un atraso involuntario, una falta de atención o diligencia, una protesta o una leve insubordinación, se castigaba con multa. Esto es, con una disminución del salario. Si la falta era muy grave se expulsaba al culpable. Debía salir de la fábrica para continuar sobrellevando sus miserias en otra parte. Y aun se daba el caso de que le mandase a la cárcel. Era horrible esa esclavitud. Y repito que nuestros jefes eran feroces para tratarnos. Sobre todo, los inferiores con alguna autoridad, tales como los mayordomos, capataces o jefes de cuadrilla, muy a menudo eran inhumanos. Algunos hasta nos aporreaban. Utilizaban los puños para tratarnos. Vi yo, en algunas ocasiones, esas manos innobles cruzar el rostro de los obreros, para largarlos al suelo, sangrando por la boca o por la nariz. Me hervía la sangre. Rechinaba los dientes. Atul me miraba. Se ponia serio. Prohibía y sancionaba tales vejámenes. Era mejor que los otros.

—¿Ves? —me decía—. Esos son mis auxiliares. Son feroces. Yo puedo condolerme de la miseria humana. Esos no se compadecen jamás. Y advierte que son de tu misma condición. Son tan esclavos como tú. Como tú reciben un salario. Y como tú, se encadenan por una razón de hambre a la fábrica. Pero les basta un ápice de autoridad o poderío; les basta una simple expectativa para llegar a ser poderosos. Y ahí, los tienen. Son más feroces que yo. Así son los hombres.

Yo me callaba. En verdad que a veces se me hacia

incomprensible todo aquello.

—¿Crees, — me decía Atul—, que algún dia sacudirán los hombres mis cadenas? Con gente de esta pasta, no lo esperes. Si yo desapareciere, ellos ocuparían mi lugar. Serian duros y feroces. Quizás, más aún, de como lo son ahora. Por lo que a mí respecta, sólo digo que me son necesario. Entonces, los recompenso. Por eso, les doy una

casa para que se alojen y les doy un salario superior a los demás. Eso es bastante para mantenerlos contentos, con su corazón repleto de hiel y con sus colmillos envenenados. Son, al fin, los perros que encadenamos a nuestras empresas, para que las resguarden y las hagan prosperar.

Por momentos, se hacía irritante el desprecio y el cinismo de Atul para calificar a sus auxiliares.

-Si tú vivieres en el campo, -me agregaba-, para resguardo de tus intereses y de tu vida, te rodearía de una cuadrilla de perros. En caso de peligro o de ataque, ellos saldrían a ladrar al camino. Morderían y sacrificarían al agresor. Recibirían golpes; tal vez heridas. Pero chillando y ladrando, defenderían, a colmillo limpio, tu casa y tu vida. Serían, sencillamente, perros guardianes. ¿Por qué entonces, no habría de rodearme yo también, de perros guardianes, para defender mis intereses? Sólo he copiado lo que he visto en este mundo creado por ti. Mis gerentes, mis sub-gerentes, mis oficinistas, mis empleados, mis mayordomos, mis capataces, todos, sólo son, perros guardianes, de lo que tú dices, mi latrocinio..... Y no son los únicos..... Hay otros..... Más distantes..... .... Más poderosos..... En realidad de verdad hay mucha sabiduría en este mundo en que vive el hombre.

Yo me callaba.

Y así trabaja Atel, en la fábrica de armamentos de Atul. Fabricaba, Atel, artefactos para matar a los hombres.... ...... Por momentos pensaba en la ironía de mi humano destino, que me llevó a mí, precisamente a mí, a una actividad como aquella. Atul se burlaba. Agotaba su saña diabólica para representarme mi absurda condición.

-Hombre, -me decia-, es el colmo. Que yo me dedique a estos tráficos e industrias, se explica. Al fin, soy Satanás. Pero que tú también contribuyas a ello, ya es, sencillamente, monstruoso. Si esto lo hace dios en persona, dime: ¿qué queda para el hombre?

Yo no respondía. Había ido allí para observar y para vivir. Por otra parte mi libertad era tan grande, que por momentos me convencía que no podía moverme de esa fábrica. De hacerlo, me exponía a caer en la miseria y en el hambre. Pero juro que me desconcertaban mi debilidad y mi desamparo, como mi falta de aptitudes y recursos en contra de las circunstancias.

—Tu destino, —me agregaba Atul—, es un sarcasmo. He aquí, que tú, dios poderoso y omnipotente, el único dios verdadero, resulta en definitiva un abnegado servidor de Marte. Ni más ni menos. Porque aquí estamos en el templo excelso de Marte; el dios de la guerra. Como se explica este contrasentido?

Nos enredamos en discusiones. Mutuamente nos insultábamos. No era muy amable nuestro lenguaje.

—Eres un canalla, —le gritaba yo—. Eres un malvado. Te doy de libre elección los más ruines oficios. Ahí tienes a las bestias errantes. Si era tu ánimo ser feroz, bien pudiste imitar al tigre, a la hiena o al reptil y con ifigie de hombre, pudiste aguardar, a tus víctimas, en los caminos, para asesinarlas por la espalda. Es, al fin, tu destino, hundirte en el estercolero y vivir en la inmundicie. Pero al menos, pudiste respetarme y evitarme un dolor y una vergüenza: tú has hecho de la matanza un oficio.

-No es cierto, -me decía-. Vo no mato a nadie. Son otros quienes se encargan de de matar.

—Hipócrita, —le gritaba yo—. Malvado. Quien sugiere los motivos e induce a otros a la acción, es tanto o más responsable que el que obra. En la sombra, tú y los tuyos, tejen los inmundos manejos que arrojan a los pueblos contra los pueblos. Sois vosotros, quiénes les proporcionais, las garras a la bestia. Como soy vosotros, los cobardes y los indignos que, —una vez producida la hecatombre—, eluden toda responsabilidad.

Se reia Atul. Se hacía ruldosa su risa.

—Eres un insensato, —me decía—. Eres un ingenuo. Quiero creer que también eres un tonto o un loco. Nadie te impide a ti dedicarte al oficio que te acomode. Ya te lo he dicho: eres libre. ¿Por qué entonces habría de impedírseme a mí, la elección de un oficio?

Me exasperaba todo aquello. Ya me sentía con ánimos

para extrangular a ese granuja.

—A sangre y fuego, —me agregaba—, los hombres conquistaron la libertad. ¿Acaso no te lo han dicho nunca? ¿Acaso no te han contado nunca, como los hombres fueron libres? Pues bien: lo natural, para nosotros, es aprovechar la conquista de nuestros mayores. Hay libertad de trabajo. Hay libertad de industrias. Yo elegí este oficio. ¿Qué hay en ello de particular?

Yo preferia no rebatirle.

—Tu opinión, —me agregaba—, no vale nada. Tú dices que yo soy un criminal y un bandido. ¿Y a mí qué? La opinión de un mugriento como tú, interesa poco. Ahí tienes a los demás hombres. Esos me aplauden. Entre otras cosas, dicen que yo soy un héroe de estos tiempos. Y agregan que yo soy un paladín del progreso. ¿No has visto nunca mi retrato en los diarios? Esta fábrica es maravillosa. Pocas cosas hay en el mundo más maravillosas que esta fábrica. Sólo para ti es una monstruosidad. Debes comprender entonces, que no es aceptable tu opinión. Es más valiosa la opinión de la gente sensata que me aplaude.

Yo me reía. Por lo bajo me recriminaba a mí mismo. "¡Porque, hice yo dios, tan imbéciles a fos hombres!"......

.... Y Atul gozaba haciéndome sus confidencias.

-Escucha, -me decía-. Sin pasiones ni malos modos, pongamos nuestros ojos, tú y yo, en esta cuestión. Mejor, quiero que tú te pongas en mi lugar. Díme: ¿qué harías tú si fueras dueño de esta fábrica?

—Haría estallar los polvorines y la haría volar por los aires. Eso haría.

—Eres catastrófico, amigo mío. Vas errado de juicio. Entiendes muy poco en el arte de vivir. Discutiamos. Atul, se burlaba de mi en todos los tonos. Por momentos, su lenguaje se hacía más cínico y más cortante.

-Eres un ingenuo, -me decia-: Eres un imbécil. El arma existe, porque existe la necesidad de usarla. Recaigan, por tanto, las maldiciones sobre el canalla que así dispuso las cosas. Si a los hombres pudo darle garras y colmillos y en su lugar les dió armas, balas y municiones, la culpa no es mía. Pero yo soy hombre y peca de incauto quien pretenda suponerme con otras modalidades, inclinaciones e instintos, que no sean propios del hombre. La guerra será todo lo que tú quieras; incluso, una monstruosidad. Yo lo digo: es el hecho que prueba la torpeza mavor del hombre. ¿Y a mi qué me importa? Eso a mi me deia sin cuidado. Yo sólo digo que la guerra me interesa y me conviene. Por si lo dudas, he aquí la confirmación: si estalla un conflicto, cualquiera de los dos pueblos en guerra, o los dos a la vez han de comprarme los armamentos que necesitan para exterminarse. Aun podrían hacerlo los propios enemigos de mi patria, para matar, por supuesto, a mis compatriotas. Y yo, no tendría, el menor escrúpulo en venderles armas y municiones. Qué me importan a mi, el patriotismo o las sensiblerias? Pues nada. O si se quiere, bien poco cosa. Porque eso queda para los demás: para el rebaño. Para mí, tanto como para los de mi casta, el patriotismo se identifica con el interés que tenemos en conservar nuestra situación y en aumentar nuestras riquezas. A mayor consumo, es evidente un mayor rendimiento. Y a un mayor rendimiento, es evidente, también, una mayor ganancia. No entender un problema tan sencillo y tan simple, significa ser un estúpido. ¿Qué me dices?

Yo le dejaba hablar.

—Sigamos. Por una parte, con el aumento de la venta, aumenta la ganancia. Por la otra, disminuye el costo de producción. En caso de guerra, el soberano pueblo, —estos obreros, estos empleados, digamos todos estos esclavos que trabajan en la fábrica—, deben ir a la guerra. Para re-

emplazarlos, yo llamaria a trabajar, en estos talleres, a las mujeres y a los niños. Y, por supuesto, que a ellos les disminuiría el salario. Así habría mayor entrada y menos costo. Dime: ¿hay alguna dificultad para entender estas cosas? Yo creo que no. Para mi la guerra es el más estupendo de todos los negocios. Es una delicia. Y lo es también para muchos otros; aunque no se dediquen a estas inocentes industrias. Yo no voy a la guerra. Los de mi casta, tampoco van a ella. Se necesitaria ser un estúpido para ir allá,, exponiéndose a que a uno lo maten. Nuestra misión es otra. Precisamente, consiste en hacer la guerra y en lucrarnos con ella. Y nada más. Hay muertes. Hay ruinas. Hay duelo. Un rio de dolor y de miseria se derrama sobre los hombres. Todo eso es verdad. Reconozco que son feroces y bestiales estos ajustes entre los pueblos. Pero qué ¿me importa a mi todo eso? En tanto no me maten a mi, o me arrebaten o me destruyan mis riquezas, allá hagan los demás, lo que se les venga en ganas. Precisamente, la habilidad nuestra consiste en hacer la guerra y en arreglar las cosas de tal suerte que, en tanto nosotros sacamos provecho de la contienda, sean los otros los que vayan a la matanza. Para conseguirlo, fomentamos los odios y las rencillas entre los pueblos; despertamos la codicias territoriales; ponemos ardores de lenocinio en la disputa de los mercados; creamos rivalidades y fantasmas. Y así, circula, fecundo, el odio entre pueblo y pueblo, entre raza y raza, a través de las fronteras. Hacemos perder a la inmensa multitud la mira de sus conveniencias. Loca, rabiosa, con ardores bestiales, la largamos a la matanza. Es el soberano pueblo, diré mejor, los esclavos, los que mueren y sufren, Y hay para ellos, miseria, luto y dolor. Ellos que nada tienen que proteger o defender a menos que no sea la carga miserable de su vida. Quiero decirlo en una sola frase: En una guerra, son los esclavos los destinados a morir. Nosotros, los amos, nó. Mientras exista una casta que haga la guerra y no vaya a la guerra; mientras exista una legión de esclavos, posibles de enviarlos al sacrificio, así como se enviaria a los animales al matadero; mientras la dolorosa responsabilidad no recaiga sobre los verdaderos culpables, y en tanto, el soberano pueblo tenga el alma sucia para aullar como una jauría de perros, clamando
sangre y exterminio, se mantendrá el hábito. Y habrá,
guerra, sangre, muerte y dolor. Por algo dios, hizo torpes
a los hombres, para que Satanás y los suyos se lucrasen
con tu torpeza.

Eran tan cínicas las declaraciones de Atul que me des-

esperaban.

—Hubo yerro en mi, —decia yo—, en no haber establecido de verdad un tribunal ultraterreno para juzgar yo, los crimenes de los hombres.

—En verdad, —me contestaba—, hay muchos yerros en todo lo que has hecho tú dios. Ese puede ser uno. Pero en todo caso, yerro, es. Y yo y los míos lo aprovechamos. Y date cuenta que la ironia y el sarcasmo te persiguen. Una guerra, acto de brutalidad y de fuerza, siempre se hace bajo tus auspicios. De dos pueblos en guerra, no se podría decir cual te es más piadoso y reverente. Tanto de un lado como del otro se te invoca con extraordinario fervor y en todos los tonos, se implora tu protección y tu poderío. Digamos que en nombre de DIOS, invocando a DIOS y ante DIOS, se hace la matanza. ¿Acaso tiene algo de particular? Nó: nada tiene de particular. Porque la bestia debe acudir a la bestia cuando sus inmundas inclinaciones se tornan afines.

—No es verdad, —gritaba yo—. Eso no es verdad. Yo dios, puse el ataque entre animal y animal y aun pude extremar los rigores hasta el exterminio. Pero no existen las mismas razones entre manada y manada. Por tanto, la manada que es un pueblo, al chocar contra otra manada, formada por otro pueblo, se sale de sus caminos y extrema el rigorismo natural.

—Estas equivocado, —me contestaba—. Dentro de la lógica humana, cabe el choque entre manada y manada. Por otra parte, por algo es el hombre el rey de la Creación. Algún atributo ha de tener que le permita colocarse sobre las bestias. Los demás animales, forman manadas

para atacar a otras especies. Ahí están los lobos, por ejemplo. Los hombres nó: se atacan entre ellos mismos. Por algo son hombres. Cuando hay ataque, hay guerra.

Frecuentemente Atul, en el curso de sus cínicas confidencias, abandonaba su diabólico sarcasmo y mudaba de acento. Se ponía serio y me hablaba de esta suerte.

-A veces, me hago el propósito de comprender estas cosas y a decir verdad, no las comprendo. La guerra ha sido, es y será una necesidad orgánica del grupo social. Es el desahogo natural de la bestia que, por codicia, por torpeza o por ferocidad, requiere atacar y matar para satisfacerse. Sólo eso es la guerra. Por tanto, yo hombre bueno que cruza por este mundo, debo proyectar al cielo, maldiciones y blasfemias, en contra del Gran Canalla de la Altura; porque ante todo es dios, el gran responsable. Con una crueldad maldita, lleva aun, hundidas sus garras en las entrañas de la humanidad, para desangrarla. Pero bien comprendo yo la sabiduria y la bondad de dios para asombrarme de ellas. Lo que no comprendo es la miseria y la imbecilidad de los hombres para afrontar y resolver el problema milenario de la guerra. Si alguien o algo, me hiere o amenaza, lo natural es que yo me defienda, y pudiendo hacerlo, prevenga el ataque o la amenaza. Procediendo de este modo, sólo sigo a dios, (llamémoslo así), y cumplo la más elemental y humana de todas las leyes de semejante granuja. Perfectamente. A través de los siglos, la guerra ha sido el peor azote para la humanidad. Sin embargo, la humanidad, pese a sus torturas y a la sangre vertida, aún lleva clavado en sus entrapas el puñal de Marte. Hasta hoy no ha sabido ni ha podido eludir el peligro. Y es esto lo que me confunde y me decepciona. Se trata de un problema humano y por ende, el hombre debe tener capacidad para resolverlo. Si la bestia del cielo, es bastante cruel para inducir al hombre al aniquilamiento, yo digo que el hombre debe vulnerar el imperio de dios y por ello, debe resistir a sus canalescas seducciones. Debe hacerlo por los fueros de la inteligencia y por los fueros del instinto. Pero sucede que estas bestias se colocan más allá de

la inteligencia. Aún es poco: su ceguera y su crueldad las lleva más allá de instinto. Y entonces, fuera de toda razón y en pugna con el instinto, se llega al terrible resultado: la guerra, diré mejor, el suicidio colectivo de la sociedad. ¿Acaso no te abisma tanta sabiduría?

Se callaba. Se exaltaba, enseguida, y sus manos se tornaban terriblemente nerviosas

—Yo quiero que seas hombre y que como tal, me contestes. Quiero que me lo digas también con honradez. Díme: ¿No encuentras estúpido todo ésto?

Yo me callaba. Confieso que no encontraba palabras para responder. Allegaba a veces, algunas frases a título de descargo.

—No van los hombres, —decia—, por los caminos que yo deseo. Reservo para el futuro, el chispazo que ha de alumbrar sus conciencias y ha de orientarlos por los buenos senderos.

Atul se irritaba. Se ponía rojo. Y las palabras y las

frases brotaban de su boca, como proyectiles.

-¡Ingenuo!, -me gritaba-, ¡Malvado! Torpe, además. La realidad para tí vale nada. ¡Desgraciado! Toda la historia se opone a tus ridículas quimeras. A través de los siglos, la guerra va dejando inmensos amontonamientos de cadáveres. Pero la experiencia aún es poca. Sigue por tanto el amontonamiento. Yo fabrico armas y municiones. Muchos otros, hacen lo mismo que yo. Inundamos a los pueblos con nuestros armamentos y los pueblos, se los disputan, tanto como lo harían con un tesoro. A veces hay naciones que se mueren de hambre. Por miles o por millones, se arrastran a veces, por las calles o por los campos, los hambrientos. Pueden, los pueblos carecer de medios para comer; pero lo que no les faltará nunca, serán recursos para armarse: para mantener grandes ejércitos, grandes flotas y también para comprar municiones. Después, por un motivo cualquiera, viene el conflicto. Hay guerra y destrucción de vidas y de riquezas. Hay muerte y luto. Dime: ¿implica sabiduria todo ésto? La más torpe de las fieras no lo haría. No conozco el caso de carniceros que, por días, por meses o por años, se agucen las uñas para atacar. No lo conozco. Díme dios: ¿dónde está el chispazo que ha de alumbrar la conciencia de los hombres?

Callaba Atul. Se ponia sombrio; tenebroso. Seguia

sus terribles argumentaciones,

—Bestias como éstas no merecen distinción. Para arrastrarlos al despeñadero, no requiere Satanás, hacer derroches de astucia o de inteligencia. Es por ésto, que yo Satanás, con diabólicas alegría a veces, y en otras, con una lástima repugnante, me hundo en el terrible estercolero. Revuelvo pasiones y bajezas. Y como si se tratase de perros, largo yo a los pueblos, a los horrores de la guerra. Seres que tienen un alma tan inmunda y tan tarada, no merecen otra cosa.

Se crispaban sus labios por el desprecio. Se callaba. Cambiaba el rumbo de sus pensamientos.

—Se habla de valor. Dicen que el valor es una altísima cualidad humana. Se dice que hay valor cuando no se teme al sacrificio ni a la muerte. Entonces, a título de mucho valor, los pueblos se destrozan. Y a los que mueren en una guerra se les llama valientes. Pero si a uno de estos valientes, yo les exijo la vida para salvar o prevenir la vida de los demás, quizás si estarían dispuestos a darla. Digo por tanto, que se ha falseado el alcance moral de una de las grandes cualidades humanas. Y por eso a la brutalidad se le ha llamado valor.

Yo no le interrumpia. Pensativo y cabizbajo, Atul, me hablaba.

—La conciencia moral del hombre, ya repugna ciertos hechos. Derramar sangre y matar, a menos que no sea para defenderse, ya no es una hazaña. Yo personalmente, no lo haría; yo, el Malo Sumo, a quien, ni la sangre ni el daño pueden significarle escrúpulos. Dime: ¿soy yo, Satanás, el llamado a decirles a los hombres, que no deben confundir la brutalidad con el valor?

Diga, ahora, alguien, si Atul no tiene razón. Diga alguien, si las palabras del canalla, carecen de sentido, o importan, una dolorosa, pero tremenda realidad. Sombrio, con la cara turbia y la mirada extraviada, Atul, continuaba sus confidencias.

-Desde hace siglos, se tratan de evitar los conflictos que surgen entre pueblo y pueblo. Para conseguirlo, los hombres han recurrido al papel. Se dice entonces, que los pueblos, firman tratados de paz. Hay desgraciados que se imaginan que con buenas palabras o con un idealismo dulzón, es posible modificar a la humanidad. Yo Satanás, rey del Averno, me río de los tratados y de los tribunales humanos. Yo sigo produciendo armamentos. Desde esta fábrica he tendido una red malévola y tenebrosa para darle mercado a mis productos. Yo subvenciono diarios. Yo compro conciencias. A dinero, compro yo a veces, a los cabecillas que guian a los pueblos. Yo propago falsas alarmas y suspicacias diabólicas. Y utilizando el miedo, eso que tú dios pusiste en el corazón de los hombres, yo creo fantasmas y mentiras monstruosas. Y yo también, con mi dinero, para hacer posibles mis tráficos, utilizo a veces, una mercancía vilmente hermosa y cuyo poder de seducción es grande para el hombre. Son muchas las mujeres, agentes de esta fábrica, que maniobran en la sombra para secundar mis apetitos. Algunas son mujeres bellisimas, verdaderas diosas para los hombres; aunque en realidad de verdad, sólo sean repugnantes prostitutas. Sí. Pero ellas obtienen lo que yo deseo. Y entonces, por este y por otros recursos, se obtiene el resultado halagador para mí, comprobable, dia a día, en esta fábrica: los elementos para matar se desparraman abundosos por todo el mundo. Esto hago yo. Y este camino que yo sigo, los siguen, por idénticos motivos, los otros, los grandes canallas de la tierra, -industriales, banqueros, gobernantes-, toda esa jauría infernal que comercia con la muerte y se beneficia con la matanza. Y así, dominada la sociedad por nosotros y por nosotros dirigida, ahí, está a la vista la dolorosa situación de la hora presente. Los pueblos, resguardan y fortifican sus fronteras. Hay entre ellos, discordias y desapegos. Este de aqui, pretende arrebatarle una parte de su territorio al de más allá. Unos pretenden supeditar a otros, por una, por dos, por tres, por muchas razones; todas muy plausibles a juicio de hombres sensatos. Se habla de la conveniencia de atacar o de prevenirse de este vecino o de este otro. El de aqui, quiere arrebatarle el mercado o aniquilar económicamente, al de más allá. En resumen, transformamos a la humanidad entera en un gigantesco hervidero de los más criminales apetitos. Yo y los míos, nos reimos de los tratados y de los tribunales humanos. Nosotros jugamos a nuestro antojo con las torpezas, con la ferocidad y con las pasiones humanas. Y por eso, así como no me es difícil mover un sucio mecanismo para darle mercado a esta fábrica, en cualquier momento y en un punto cualquiera, generamos motivos y se produce la explosión. Fermentan las iras, las codicias y las bajezas: viene la guerra. Y ahi quedan al margen, las ligas, los tratados, los papeles y los tribunales. Los perros que se pelean, no han menester de idealismos ni de buenas palabras. Han menester el látigo y el apremio cuando caen en la desgraciada condición de irritarse. Yo Satanás, me he reido y seguiré riéndome de las imbecilidades terrenas. Fomentaré la guerra. Será esta, como una semilla maldita, destinada a no extinguirse entre los hombres. Brotarán fecundos, el odio, la violencia y la opresión. Y la tragedia seguirá por los siglos de los siglos. Porque así es el hombre. Porque así lo hizo dios.

Se dirigia a mi. Le brillaban los ojos. Se hacían feli-

nas y penetrantes sus miradas.

—Cuando no se tiene el control de las causas es ridículo pretender dominar los efectos. No se trata de evitar un mal: se trata de mudar una calidad humana. La agresión es un atributo humano. Quien habla de agresión, supone egoísmo e instinto. Y quien habla de instinto, habla de la vida misma. Es por tanto, la vida humana, la que lleva en el fondo el estigma maldito. Yo sostengo que a estas pobres bestías les falta un alma limpia. Y eso, quiero que tú lo compruebes sobre la faz de la tierra y bajo la luz del sol. Si al azar, en un camino, se encuentran un perro que lleva una presa con otro que no la lleva, en el acto, debe plantearse entre ambos, un

problema instintivo de ataque y de violencia. Habrá agresión y el fuerte debe aniquilar al débil. Valga este ejemplo para aplicarlo a la sociedad humana. Porque este episodio, con idéntica significación, ocurre entre individuo e individuo y entre pueblo y pueblo. Ocurre hoy. Ha ocurrido en el pasado. Debe ocurrir en el futuro. ¿Pero acaso no has oído decir nunca que el hombre es un lobo para el hombre? A los hombres sabios he oído hablar de imperialismo, de hegemonia, de dominación. Con estas u otras palabras denominan el abuso de un pueblo fuerte, que de uno o de otro modo, ya sea por la presión económica o por el predominio de las armas, invade y domina a un pueblo débil. Muy bien. Pero este abuso, en cuanto traduce la acometividad de los grupos humanos y sus groseros apetitos, existe desde que se tiene conocimiento. Allá, en la época de las cavernas. pudo ser un fenómeno individual, circunscrito al hombre salvaje que acomete por igual, a los demás hombres como a los otros animales. Pero apenas aparecen los primeros grupos sociales, las tribus o las hordas, toma los caracte res, que sólo con mínima variaciones se mantiene hasta la fecha. Y entonces, de acuerdo con las necesidades de cada época o de cada pueblo, la violencia, ha regido en última instancia, las relaciones de los grupos humanos. Para demostrarlo, ahí está la historia entera. Las emigraciones de tribus o de hordas que, buscando su acomodo, circulan de una parte a otra, y aniquilan a los que encuentran a su paso; las grandes invaciones y las luchas de exterminio; la creación de imperios, grandes o pequeños, que sojuzgan a los vecinos y los hacen sentir el duro peso de la conquista; la esclavitud que se erige como un derecho brutal del fuerte, tanto como el maquiavélico tutelaje de las grandes potencias de hoy, con sus inmensas flotas y sus fortísimos ejércitos, son todos rasgos de una misma inclinación biológica: sojuzgar, poner al débil bajo el control del fuerte; digo, hacer de la brutalidad y del abuso, un medio natural de entendimiento humano. Tú dices que yo soy un asesino y un malvado. Lo dices, porque yo fabrico estos armamentos y los distribuyo entre los pueblos. May bien. Quiero

suponer que mañana, no existan las fábricas de armamentos. Más aún: quiero suponer que no exista ningún medio de ataque. A falta de armas, los hombres se atacarían con las manos, con los pies, con los dientes, tal cual lo hacían en la época de las cavernas; tal cual lo hace el animal que carece de medios artificiales de agresión. Hemos de reconocer entonces, que en la tremenda tragedia de la guerra, como en el entredicho entre persona y persona, es la vida misma la que actúa dentro de sus límites naturales; porque la vida, fué creada por dios como una entidad de lucha y de consiguiente, fué creada para agredir y para defenderse. Que el perfeccionamiento moral de la especie puede temperar en parte, las morbosas inclinaciones del hombre de hoy, también es cierto; pero que aún vamos hundidos en la brutalidad y en la bajeza, tampoco puede negarse, y por eso, en bajeza y en brutalidad, se traducen nuestras actividades. Dentro de la fauna no conozco el caso de animales que especulen y que luchen con el dolor y con la sangre de los demás. Atacan, sí. Matan, también. Pero lo otro, no. En cambio en la especie humana ocurre algo diferente. Porque vo vendo elementos de exterminio, tú dices qu vo soy un perverso. Muy bien. Yo soy un mercader y hago mi negocio Yo comercio con la muerte. No lo niego. La guerra para mi es un negocio estupendo. Soy libre y por eso nada me impide hundirme en la sangre, para extraer de alli, el oro. ¿Pero acaso los demás no hacen lo mismo? En torno de dos puebleso en lucha surge, inevitablemente, la negra codicia. Los neutrales lucran con el dolor y con las miserias de los pueblos en guerra. Y a veces, también para lucrar, son ellos quienes, preparan, fomentan y hacen estallar el conflicto; como son ellos quiénes mantienen la contienda y el desangramiento de los combatientes. Los perros en un caso parecido, no proceden así: tienen, de la responsabilidad, un sentido más alto y menos egoísta. Pueden mezclarse en la lucha y en tal evento, muerden y ahullan; pero no pretenden un provecho reflexivo, a costa del desangramiento de sus semejantes. Ante una realidad como ésta, así tan triste y vergonzosa, ¿quién se atreve a decirme que yo no tenga razón? Yo digo y repito que a estas pobres bestias les falta un alma limpia. Sólo ésto es lo que requieren los hombres para desterrar la guerra, como también para eliminar ese conflicto permanente que existe entre los individuos. Pero como dios puso podredumbre en el fondo de las almas, persiste y debe persistir el vejamen y el abuso. Por tanto, desde una punta hasta la otra punta de los tiempos, el fenómeno ha de tener los mismos caracteres. Tú me hablas del chispazo que ha de alumbrar las conciencias. ¡Nó! Yo te lo digo: nó. Mil veces, nó. Eso es una tontería. Mientras fermenten los malos apetitos, y en tanto, en lo hondo de la vida, no se modifiquen los instintos que la hacen agresiva y atrabiliaria, debe seguir la tragedia. Otra debe ser tu acción. Debes limpiar la conciencia de los hombres. Debes arrancar de ella, sus odios y sus extravios bestiales. Debes purificarlos con un dolor enorme, infinito, como jamás nunca lo sintieran; porque son el dolor y la experiencia amarga, los mejores correctivos de la fiera humana: los que se hunden en las profundidades de su vida para remover alli, el grosero y nauseabundo amasijo, que tú dios, pusiste en ella. Sólo por la vía del dolor entrarán los hombres, por el buen camino que tú sueñas para la humanidad. Y cuando ello ocurra, yo Satanas, aplaudire tú obra. Desde entonces, me ahorraré el asco y la vergüenza de seguir con las manos hundidas en la sangre, martirizando a un pobre rebaño, torpe, ciego e inmundo, incapaz de elevarse a un nivel moran superior al de las bestias. Yo, Satanás, te lo digo.

Las recias palabras de Atul, como su tremenda sinceridad, me aturdían; me desorientaban. Se me iba el pensamiento por un laberinto de preocupaciones. Atul, me hablaba de egoísmo y de agresión. Pero yo dios, necesito del egoísmo para mantener la vida. Y requiero, además, de la agresión para derribar a los canallas: a los de la hora presente, como a los de ayer, como a los que vendrán mañana. Para Atul, sería muy provechoso, transformar a la sociedad, —y especialmente dentro de ella, a los explotados y a los humildes—, en un manso rebaño, dócil a la explotación y al látigo de los poderosos. Nada más cómodo y por

supuesto más beneficioso, para Atul y los suyos. Pero los opresores deben caer. Son la escoria necesaria y fatal de la humanidad que se desarrolla. Si resisten, por la agresión y por el ataque deben ser derribados. Los que para dominar emplearon la fuerza y el abuso, es lógico que caigan, por los mismos procedimientos, si así, lo exigen, los intereses superiores de la especie... ¿Pero acaso, yo dios, fui torpe para disponer así las cosas?...... Me serenaba. Yo dios, no me equivoco. En el amasijo total de la especie, yo pongo todos los matices: la luz, tanto como la sombra; la agresión tanto como la cobardía; el egoismo tanto como el altruísmo sumo. Yo dios, lo hago; porque puedo hacerlo. Y yo dios, sé, lo que hago. Atul tiene razón, porque Atul es un sabio: la vida ha sido forjada como entidad de lucha. Entonces, por destino ineludible, debe ser combativa. Para obtener su evolución y su engrandecimiento, hube de ponerla en engañoso antagonismo conmigo mismo. Por tanto, la vida, debe alzarse ante dios para dominarlo, para conquistarlo, para disciplinarlo, para someterlo a su voluntad. Quien pretenda, por consiguiente, privar al hombre de sus estímulos de lucha y dominación, no lo comprende, ni comprende el sentido de la vida humana. ¿Pero acaso esto significa que los hombres deben utilizar de un modo grosero y absurdo, lo que yo dios, les di, hasta el extremo de tornarse suicidas? ¡Nó! Y por eso, hemos de reconocer que Atul, -por supuesto que sólo en parte-, tiene razón. Este rebaño sucio de alma, con la conciencia ulcerada de odios y de malas pasiones, con sus violencias sanguinarias y con sus abusos brutales, ya se ha colocado fuera de su época en el tiempo, y por ello, importa una monstruosa aberración. Alguna vez los hombres deben retirar las manos de la sangre y algún día, los pueblos deben abandonar su carácter de manadas carniceras. La Naturaleza omnipotente, no puede realizar sus designios en un instante. Requiere de siglos para obtener las transformaciones que constituyen el progreso. Yo dios, hice y largué por el mundo, al hombre primitivo: aquella pobre bestia errante de las cavernas. Era una bestia como otra cualquiera. Porque yo lo quise, se

despertó en seguida el espíritu gregario y esos hombres errantes se agruparon y formaron tribus y pueblos vagabundos. Allá lejos, hace miles de años, esos pobres pueblos, sólo pudieron subsistir, atendiendo a sus dos necesidades inmediatas: alimentación y defensa. La agresión y la guerra fueron condiciones esenciales del vivir. Pero seguia dios inclinado sobre esas bestias primitivas y derramaba sobre ellas sus primores y sus anhelos. Se crearon los grandes estados; la guerra se hizo intermitente y dejó de ser el modo de entendimiento normal entre pueblo y pueblo. La bestia cambiaba de fisonomia. Y ha seguido cambiando. A la fecha, la envoltura cavernaria de hace siglos, ha desaparecido; ya se perciben en el hombre los primeros rasgos de lo que yo dios quiero para la humanidad. Y he aqui que los hombres vuelan por los aires como los pájaros. Y se hunden bajo los mares. Y hacen prodigios bajo el sol. Entonces, por propia dignidad, ya deberian sentir repugnancia para hundir sus manos en la sangre fraterna. Ya deberían distanciarse de la bestia feroz aquella que yo dios, acogi en las selva y a quien di alojamiento y acomodo en las ramas de los árboles o en los accidentes del terreno; tal como lo hiciera con los demás animales. Sin embargo, triste es decirlo, no ocurre así. Se fomentan la agresión y la ferocidad y, tal como dice Atul, se desciende al nivel de los perros. Existen todavia, multitudes desorientadas y conducidas por fascinerosos que juegan y lucran con la vida y la miseria de los pueblos. Se tolera aun, el sable y la espada. Hay libertad para fabricar armamentos y explosivos. Se permiten los tráficos inmundos y la bajeza llega a sus últimos límites, con canallas como Atul que inundan las naciones de elementos para matar. Se siembra el odio y los libros de los hombres se encargan de desparramarlo. Hay patrias carniceras que proceden así como lo harían las aves de rapiña, o el perro simbólico que Atul ponía por ejemplo. Hay fronteras y limites convencionales e ideas torpes y agresividades siniestras. Hay pueblos que se dejan guiar por degenerados que hacen de la guerra un culto y del ataque y del robo un hábito. En los templos y en las escuelas se

predica un patriotismo agresivo y criminal. En las plazas y en las calles, se levantan estatuas a los héroes sanguinarios, para demostrar que los hombres aún rinden homenaje a la brutalidad. Se envenena el alma de los niños y desde pequeñitos se les habitúa al rencor, al desprecio o a la codicia. Hay padres, madres, maestros o amigos que predican el engrandecimiento de su patria en desmedro de las otras patrias del mundo. Hay bajezas extremas y al hombre que dicen libre, se le obliga a recluirse en los cuarteles para que aprenda alli, el oficio del asesinato; como se obliga también a esa inmensa legión de esclavos, el soberano pueblo, a dejar en las batallas, su sangre y su vida, defendiendo los intereses o el lucro de canallas como Atul, que no van a la guerra, pero que se benefician con ella. Hay diarios y libros y en ellos, se alaba ese valor que al decir de Atul, no debe confundirse con la brutalidad. Todo esto existe. Y esta y no otra, es la terrible realidad..... Yo digo, entonces, lo mismo que Atul: requieren los hombres de limpieza moral; requieren de un alma limpia y de un sentido superior de la vida. Porque ya es tiempo que se purifique la conciencia de los hombres y que desaparezcan sus odios, sus extravios y sus bajezas..... Pensaba. Se me tornaba sombrio el pensamiento. La realidad se me hacia dolorosa e hiriente. Ahí veía dispersas por el mundo, a las grandes y a las pequeñas potencias. Las veia preocupadas de sus rencillas y de sus inmundos menesteres, presas de continuos sobresaltos y de zozobras permanentes. Con una hipocresia inaudita, en todas partes se hablaba de paz. Para todos era indispensable evitar la hecatombre. Y sin embargo, en todas partes había grandes ejércitos y gigantescas armadas y eran febriles los preparativos para atacar y para defenderse. Este pueblo de aqui, femía al de más allá. Este a su turno estaba celoso del engrandecimiento de un tercero. Entre nación y nación había intereses contrapuestos y en todas partes era evidente una efervecencia oculta y miserable para sacudir los espíritus e inducirlos a la rapiña y al logro indebido.

—¿Bestias? —me preguntaba yo—. ¿En verdad, son sólo bestias estos desgraciados?

Me ponía muy serio y no quería convencerme. Pero la visión maidita no se me apartaba de los ojos. Gobernantes, diplomáticos, estadistas, estrategas, mercaderes: ahi los veía a todos revueltos a modo de una negra bandada de buitres sobre los humanos destinos. Es esta pléyade de miserables, la que domina a los pueblos y mantiene encendidos, sus groseros apetitos. Y esta gente es irreductible; porque, podrá variar el curso del tiempo y podrá modificarse el universo entero, antes de que sufra una modificación el alma inmunda de estos hombres. Sólo la muerte, puede ocultar, piadosamente, esta mala semilla, para hacer posible su sustitución.

—¡Bestias!, —me decía por lo bajo—. ¡Sólo bestias! Y con esta clase de bestías no se obtiene nada.

¿Pero acaso Atul tiene razón? ¿En verdad, le es imposible a dios, purificar la conciencia de estos infelices?..... El pensamiento tenebroso de un dolor inmenso y de una tragedia espantosa, me rondaba por la cabeza. Es la muerte un remanso de olvido y a su fondo van rodando las escorias y las felonías. De una hecatombe colosal, puede surgir un alma nueva, para apegarse como un destello de luz, a las generaciones de hoy, como a las que han de venir. Es cierto. Pero me dolía, el negro destino del hombre y una pena inmensa, se me derramaba en el espiritu, cuando miraba yo, a este mi pobre rebaño y lo veia impuro aun, hundido en la sangre y tarado de groseros ancestralismo.

A mi iado, Atul meditaba. Confieso que solo verle así, me quemaba la sangre y me crispaba las manos. Atul se abismaba ante la torpeza humana. Me hablaba de limpieza moral y de un sentimiento superior de la vida. Se mostraba contrito. Y, sin embargo, fabricaba elementos para matar. Se dedicaba a tráficos inicuos e inundaba a los pueblos con sus armamentos. Explotaba en su beneficio los apetitos sanguinarios de la especie y por todas partes fomentaba la discordia, la torpeza y la agresión. Así tan sincero era Atul. Y por eso, sus ofensas me ardían. Y me quemaban sus pa-

labras. No podía contenerme. Y entonces, con furor, con rabia loca, le insultaba.

-¡Malvado!, -le gritaba-. ¡Canalla! ¡Hipócrita! Aun tienes audacia bastante para mostrarte condolido y para enrostrarle a dios, esos que tú dices, sus desaciertos. Bonita estampa la tuya que clama contra la ferocidad humana y que, sin embargo, inunda al mundo de máquinas para matar. Bonita estampa la del canalla que proyecta sus iras al cielo e implora un auxilio que le saque de la sangre y del fango, en tanto mueve legiones y riega odios y pasiones malsanas para extraviar a los seres. ¡Ah! Pero he de demostrártelo. Iluminaré la conciencia de los hombres. Les mostraré a sus verdugos y a sus falsos profetas. Levantaré el tapiz de mentiras que hace sombra a los espíritus. Y haré que los pueblos utilicen los atributos que yo les dí: la brutalidad y la fuerza. Fermentará el odio con una furia atroz. Vendrá, como tú lo quieres, un dolor enorme y una prueba horrible. Y habrá guerra entre los hombres. Caerán las cadenas y se iluminarán las almas. Claros como la luz del día, se harán la ignominia y el delito. La humanidad sacudirá sus puños y al fin sabrá utilizarlos. Haré como el segador de la leyenda que pone la hoz y el fuego a la cizaña. Sois vosotros los que extravían a mi rebaño. Pues, entonces, para vosotros habrá de llegar la hora amarga de la ira y del castigo. Dios ha de seleccionar la semilla para hacer de esta miseria una humanidad mejor. De aqui, de alli, de todas partes, de toda la faz de la tierra, os llegará el vendaval que ha de arrastraros a todos vosotros: a tus legiones y a ti. Rie, por tanto, mientras puedas reir. Rie pensando en la estupidez de mi rebaño. Pero cuando llegue el momento terrible y los hombres te descubran y te persigan, —lo mismo que a los malvados de tu ralea—, yo estaré también junto a ti para decirte que rías y te recrees con tus felonías. Como la escoria he de dejarlos, a la vera del camino. Desaparecerán dentro de esta frontera y más alla de ella, los sinvergüenzas con efigies de hombres y almas de tigres que hacen de la maldad un oficio y de las discordias y de las rencillas un hervidero de atropellos y de dolores. Volverá la humanidad a sus primitivos acomodos. Dejaré a los hombres frente a frente, en la condición de dañarse; siempre que las trabas morales, no se lo impidan. Pero ya no habrá manadas, que ciegas, se destrocen, para servir tus intereses y los de tu casta.

Se reía Atul. Se divertía con mis furores y amenazas.

-Eres subversivo, amigo mío, -me decía.

—No, le contestaba yo—. Solo soy hombre. Como hombre, tengo el deber de encauzar a los hombres por rutas mejores.

Se reia el bellaco. Se reia.

—Es verdad. Tienes el deber. Y te asiste el derecho. Todo sin perjuicio de caer en una cárcel..... Pero no. Quiero que mires esa fábrica. ¿La ves? Es el templo de Marte. Y Marte es poderoso dios. No la olvides. Yo te lo digo: es muy poderoso.

Y a nuestra vista, la fábrica inmensa, a modo de una bestia enorme que reposa, lanzaba pausadamente sus humos, por las altísimas chimeneas.

## VIII

Conversábamos, Atul y yo. Eran muy frecuentes nuestras conversaciones. Casi a diario por las tardes, una vez terminada la faena, nos reuníamos para charlar. Próxima a la fábrica, se levantaba la casa de Atul, diré mejor su palacio, rodeado de árboles y de lindísimos jardines. A mi no se me permitía entrar en el palacio. Irónicamente decía Atul que yo podía mancharle sus muebles o sus pisos relucientes. Por mi parte, no tenía ningún interés en entrar en su madriguera. Me era bastante la pocilga en que yo vivía. Todo lo cual no era obstáculo para que el potentado y el proletario, amigablemente, debajo de esos árboles del

jardin, se reunieran en aquellas lindas tardes de verano para charlar.

Una tarde, en el sitio de costumbre, yo le esperaba. De repente, pasó frente a mi, la mujer de Atul. No me miró. Lo que no se opuso para que mis ojos centelleantes, se clavasen en sus pantorrillas. En verdad era linda esa mujer y tenía muy bonita pantorrilla.

A poco pasó de nuevo. Y esta vez ya se dignó mirarme. Y apenas hubo pasado, yo de nuevo, la miré a las piernas.

En seguida, pasó por tercera vez. Y ahora si que, además, de mirarme, me sonrió levemente. Se fué y mis ojos, con brutal insistencia, se clavaron de nuevo en sus bellísimas pantorrillas. Me quedé pensativo en aquel banco y tuve la impresión de que una diosa había pasado ante mis ojos. Aquella tarde, meditabundo y cabizbajo, volvi a mi cuarto. Por momentos me dolía, ese mi traje raido de obrero harapiento...... Se me alababa. Donde fuera había lisonjas y alabanzas para mi belleza varonil. ¡Cuántas mujeres pusieran en mi sus ojos y notara yo en el fondo de esos ojos el entusiasmo instintivo de la especie! Era la verdad. Sí Pero...... En fin: ocurre a veces, que pese a nuestra belleza, no podemos hacernos ilusiones.

## 1X

Era muy sabio Atul y su sabiduria era grande. Por momentos, me dejaba muy pensativo.

—Este mundo —me decía— está agonizando. Tú mismo, dios, lo ha destinado a una horrorosa soledad. A la fecha, los sabios, ya caen en cuenta de la terrible tragedia de la Creación. Por millones aparecen en el infinito esos globos negros, apagados, gigantescos cadáveres, en vías de un absoluto desamparo. Crece de un modo prodigioso el número de éstos globos muertos o moribundos.

Sólo tú sabes si algún día la gigantesca bóveda del firmamento ha de cubrirse totalmente de luto. El sistema solar y con él la tierra, ya van en agonías. Días llegarán en que todo se hunda en la sombra, en la muerte y en el silencio. Sin embargo, tú dios, consciente de un término tan monstruoso como siniestro, has esparcido por la tierra, infinitamente fecunda, la vida. Dime miserable: ¿por qué lo hiciste?

-Lo hice porque podia hacerlo.

-Si. Lo has hecho porque podías hacerlo. Pero yo te confieso que se me va el pensamiento y que me germina una negra ilusión. Allá lejos, en la consumación de los siglos, cuando se apague ese sol que nos alumbra y cuando para la tierra no haya noches ni dias, porque todo será una noche horrenda; alla, cuando el hombre y toda la creación de este globo, agoten sus posibilidades y se estrellen contra lo imposible, contra lo fatal, así como se estrellaría un insecto contra una muralla de granito; allá, cuando la humanidad agonice, y con ella, la vida toda, porque la habrá cogido el frío del espacio o la asfixia del vacío; sólo allá lejos, cuando la muerte vaya borrando a los últimos hombres, yo abrigo la esperanza de que, por lo menos, éstos últimos, levanten los puños apretados hacia la altura, para largar hacia dios, la más negra y la más horrenda de las maldiciones.

-Pero, ¿por qué? -le interrumpia yo.

Atul, me replicaba con furia y atropelladamente.

—Por estúpido; por cruel; por malvado. Cuando se ha puesto como destino postrero de este mundo, a la soledad, al silencio y a la muerte, las criaturas tienen derecho para revelarse en contra del monstruo que las creara y maldecirle una y mil veces, por su yerro inmenso de no haber puesto un fin posible y un objeto a lavida.

-Dime -le preguntaba yo-, a tu juicio, cual debería

ser el fin posible de la vida?

Me miraba. Cavilaba. Me contestaba.

-Estimo como fin posible, la realización última de la especie. Dicho en otros términos, un estado límite en el

cual la amplitud de la vida, tanto como su poderio, perfección y bienestar, constituya la última aspiración posible.

-¿El paraíso, por ejemplo? ¿La gloria de los creyentes? Ese sería un estado límite.

Se irritaba. Hablarle a Atul del paraíso o de la gloria equivalía, poco menos que a darle de bofetadas; nó porque se considerase arrojado para siempre de tal maravilla, —tal como lo sostienen los hombres sabios—, sino porque para él, de todas las ilusiones humanas, no había ninguna más torpe que aquélla.

-Eres un canallas -me decía-. Quién encadena una serie de fenómenos, sin poner como término de ellos, un resultado definitivo, es un imbécil. Ello equivale a no tener previsión para sondear el futuro, o lo que es lo mismo, a carecer de dominio sobre los efectos remotos. Yo digo que el Supremo Hacedor es un imbécil, porque al crear la vida y sobretodo, al estimular y desarrollar preferentemente la especie humana, lo ha hecho y lo hace, ignorando o suponiendo ignorar la hecatombe definitiva, que dará al traste con todas sus preocupaciones. Un globo negro, como un frio fantasma rodando por el infinito espacio: he ahi el destino postrero de este mundo. De modo entonces que dios, al crear vidas y al hacer prodigios, para después hundirlo todo en la ruina y en el silencio, ha puesto de manifiesto una inconsciencia criminal y una estupidez tan calificada, que seguramente un niño, no la tendría. Si es la muerte el último límite, yo digo que la muerte no es una razón postrera, porque su carácter de quietud definitiva, es incompatible con los esfuerzos y con los cuidados que dios puso para crear y para mantener la vida. Resulta entonces, que el proceso total de la vida es algo inútil; tan inútil como lo sería un castillo de naipes. Y quién hace algo inútil es un imbécil. ¿Qué me dices?

Yo me entretenia con las arengas de Atul. Le replicaba.

-Yo no te digo nada. O mejor, digo que, cuando no se tiene capacidad para relacionar el tiempo con el coeficiente evolutivo de la especie, y cuando la fantasía carece de consistencia y no puede sospecharse lo que será la humanidad en un futuro remoto —miles o millones de siglos o milenios—, no se tiene derecho para abrigar pesimismo sobre los destinos humanos.

-¿De modo que tú abrigas esperanzas, sobre los resultados últimos de la especie?

-¡Nó! Este es un problema sobre el cual no he de contestarte. Porque, es grande tu insolencia, para pedirme cuenta, a mi, dios, sobre estas cosas. Sólo quiero hacer resaltar tu insensatez para apreciar los fenómenos. Tú te quejas y dices que el fenómeno de la vida, no tiene un fin posible. Yo digo que tus lamentos son infundados. Lo son, en primer término, porque nadie puede sospechar las realizaciones futuras de las especies vivas. Tú, das como segura para la vida, una catástrofe definitiva y final. Agotada la fuente de energia que es el sol, según tus deducciones, debe extinguirse también la vida. Que hay antecedentes para deducirlo, los hay. Pero que llegue a verificarse con la absoluta certeza que tu vaticinas, es también, discutible. En seguida, es absolutamente ilógico pretender estados límites definitivos. Una concepción de esta especie carece de razón; porque un estado definitivo implica inmovilidad. Y la inmovilidad, es incompatible con la Naturaleza Creadora. Tú sostienes quee la muerte, debe ser el resultado postrero. Bien. Y eso ¿qué significaría? No significaría nada. Porque yo dios, creo, mato y vuelvo a crear. Nadie puede sostener por tanto, que el ciclo vital, en actual desarrollo en este mundo, sea el tipo definitivo de organización vital. Puede aniquilarse, por la quietud, por el silencio, por la muerte, como tú dices. Pero al correr de los siglos, puede también adaptarse a otros medios, para dar paso a otras formas de vitalidad, susceptibles de resistir, aun en las tremendas condiciones, que tú supones como postreras en esta tierra: el frio absoluto del espacio, la falta de aire, o la ausencia de la luz y del calor solar, como estímulos vitales. Hemos de concluir, entonces, que abrigar un pesimismo tan anticipado sobre los destinos postreros de la vida, importa una audaz aventura del pensamiento, no exenta de una excesiva temeridad...... Quiero, por último, desechar todas las posibilidades. Mún en este caso, la vida se justificaría por esta razón: sólo sería una diversión del dios Omnipotente. Díme: si yo dios, no pudiera divertirme, ¿para quién se habrían hecho, entonces, los divertimientos?

Estas declaraciones producían en Atul, el efecto del trapo rojo para el toro bravo. Me insultaba. Se serenaba. Me volvía a insultar.

—Si tú eres torpe, no hay motivos para exigirme que yo también lo sea. La desfrucción y la muerte, serán los resultados definitivos en este mundo. En la consumación de los siglos, los hechos me darán la razón. Pero eso aún está lejano. Tú dios, debías hacer del absurdo, un sistema. Y por lo mismo, así como le negaste un fin posible y un objetivo último a las especies, debías negarle también, a la vida de cada individuo una finalidad probable digna de aceptarse. Yo soy un ser vivo. Soy un hombre. Aquí me tienes. Dime: ¿para qué me creaste? ¿Cuál es el objetivo que tuviste en vista, tú dios, para crearme?

- Vivir! -Le contestaba yo.

Wir? ¿Y sabes tú, insensato, lo que es vivir? Quiero supcher que este ingrato oficio de vivir sea llevadero. Sentirse conforme con la vida propia, así como ella es, seria una finalidad. ¿Pero es posible que esto ocurra? ¡Nó! No puede ocurrir; porque la estructura intima de la existencia v el juego de sus impulsos vitales, hacen ilusorio, aun este objetivo, que seria el más modesto de todos. Instintiva o conscientemente, se genera en el ser vivo una tendencia perpetua a la superación, tan intima y tan calificada, que puede estimársela como una aptitud esencial. Si una célula pudiera llenar y acaparar el universo, lo haria. Con mayor razón lo haría el hombre. La ambición realizada hoy, ya mañana, no satisface. Surgen otras ambiciones y la meta se aleja. No hay un limite para esta insensata persecución de la grandeza. Resulta entonces, que el continuo vaivén de sus estímulos, colocan a la vida en la angustiosa situación de ir rodando tras un objetivo que no se alcanzará jamás.

¿Para eso me creaste? ¿Es esa, tu sabiduria?

Precisamente: esa es mi sabiduría. Y para eso te he creado. Si conseguida una realización, en el acto brotan nuevas ambiciones, y otros objetivos aparecen por delante, sólo querrá decir que el objetivo último de tu vida, el objetivo para el cual, yo dios, te he creado, es el que está próximo a realizarse. De modo entonces que en cada momento, tu vida tiene una finalidad, tiene un motivo que te induce a vivir. ¿Por qué, entonces, eres blasfemo e imputas a dios una insensatez que sólo deriva de tu falta de comprensión de la vida?

Me miraba. Se reia.

-Es interesante -me contetaba-. Ahora resulta que yo soy un imbécil y un blasfemo, porque no llega a convencerme tan estupenda sabiduría. Pero entretanto, junto con este imbécil que yo soy, hacen el camino por este mundo, millones y millones de seres, que en cada momento, lloran, sufren, caen, se levantan y vuelven a caer, precisamente, porque no son sabios, y por ello, no comprenden al sapientistmo monarca de los cielos. Tú has hablado de vivir. Bien. Yo soy un hombre. Tal como los demás, he vivido. Digamos de paso que mi vida tiene mayor amplitud que la vida de los demás. Y, sin embargo, la felicidad no la he gustado nunca. Jamás he tenido un momento de calma, de confianza o de sereno regocijo. Enfermedades, zarpazos imprevistos del destino, sinsabores, amarguras: he ahi los matices diversos de la cadena que ha ido pasando por mi conciencia. Eso me ha ocurrido a mi que soy un potentado, un poderoso entre los hombres. Dime, ¿qué queda para los demás? ¿Qué queda para los proletarios que componen la inmensa multitud, para quienes, los problemas del pan y del abrigo, son problemas permanentes y de cada instante? Sin embargo, tú tienes la candidez y el cinismo de decirme que me has creado para eso: para que yo viva, ésto es, para qué, pacientemente, como la más estúpida de las bestias, soporte un fracaso y otro fracaso; soporte a menudo, el ensañamiento siniestro de un destino contra el cual nada se puede; finalmente, para qué, después de una jornada tan buena y tan agradable, caiga en cualquier parte y remafe en la muerte, una miserable trayectoria por este mundo. La tragedia de la muerte, con sus pavorosos relieves, debía ser el término lógico de la inmensa sabiduría del Hacedor. ¿Para eso me creaste?

Yo le dejaba desahogarse, aunque las infantiles preocupaciones de Atul, por momentos, me movian a la risa. Seguía con sus amargos reclamos.

—Has hablado de diversión. Muy bien. Aunque no lo quisieras, has dicho una cínica verdad. Porque si considero mi vida, debo convencerme que soy un estúpido juguete entre tus manos. Yo soy para dios, así como lo es el ratón para el gato. ¿Pero acaso, no has visto nunca como hace el gato con el ratón? Lo aprisiona. Juega a veces con él. Se divierte con su terror y con sus angustias. Y al fin, lo mata. Eso hace el gato. Díme, ¿acaso dios, no hace lo mismo con cada uno de nosotros?

Se callaba Atul. Se quedaba sombrio. Seguia hablando.

-Torpes e incapaces los hombres, para abocarse a la fria interpretación de los hechos, crearon fantasmas. Separaron la actividad natural y hablaron de Dios y de Satanás. Las esperanzas y los terrores se proyectaron hacia el infinito para delinear a éstos dos símbolos. Dijeron de un Dios, sabio y perfecto; también bondadoso y justo. Hablaron asímismo, de otro dios, más pequeño si se quiere, pero como el otro intemporal y eterno. En este personaje encarnaron, los aspectos malos y nefastos de la vida: las bajezas y los infortunios. Era demasiado grande el problema para la mentalidad humana. Por eso, difusa, tras de estos mitos, quedó y sigue oculta la Bestia Omnipotente, el Dios Verdadero, la Inmensà y Bestial Naturaleza, informe y al margen de la comprensión y de los alcances humanos. Fría, muda, despiadada y brutal, la Bestia Irresponsable, prosigue a través de los siglos, su tremenda actividad. En su entraña perversa, mil veces maldita, fluyen y refluyen los fenómenos. Destino, Dios, Fatalidad, Demonio, Naturaleza, Providencia: así la llaman los hombres. ¿Pero acaso importa algo la denominación? Al arbitrio del Monstruo Omnipotente, se desarrollan la vida y el universo. El gigantesco poderio de la Bestia, derrama sus veleidades sobre el mundo. En el charco inconmensurable de la Creación, las Manos Malditas, tejen la dolorosa y grotesca tragedia. Ahi, sobre la faz de la tierra, está la inmensa varialidad. Unos rien; otros lloran. Aquí nace uno, en tanto que más allá, muere otro. La sangre y el dolor inundan a las generaciones. De un modo imprevisto, se alarga a veces la mano irresponsable. para dar el zarpazo: alguien, muere. O bien el dolor o la desgracia dejan gimiendo a seres inocentes. Los hombres se conmueven ante la negra injusticia. Unos rezan a dios: otros culpan al Destino o a la Fatalidad; otros permanecen mudos y aprietan los dientes y los puños, como ansiando buscar y encontrar al responsable, al que tramó la desgracia y la hizo fluir en dolor sobre el mundo. Y en tanto pasan los seres y las cosas, sigue lejano, inalcanzable e informe el Siniestro Canalla. ¿Quién lo hizo? Los nombres se confunden. Dios, Demonio, Destino, Fatalidad, Providencia: no importa. Pero mientras fluyen las lágrimas y las angustia se anuda al corazón, aqui mismo, rodeando al ser indefenso, teniéndolo sumergido en su seno infernal, sigue estático e impenetrable, mudo y brutal, el Dios Poderoso, que aún los hombres no saben conocer. Allá arriba, lejanos y misteriosos, los cielos tienden su manto, tachonado de estrellas. Alrededor nuestro el mundo extiende la variabilidad inmensa de sus manifestaciones: Animales, plantas, otros hombres, fuerzas misteriosas e invisibles, oportunidades siniestras, fenómenos grandes o pequeños que por millones se entretejen unos a otros; en resumen, un inmenso hervidero en que todo se entremezcla y se confunde y de donde emana un largo lamento de angustia, de dolor. He ahí, a Dios. Eso que nos contiene y nos empuja y nos mueve y nos hace caer y levantarnos; eso que juega y se divierte con nosotros, tal como lo haría un gato con el ratón; sobre todo, eso que nos hace sufrir y hace de nuestra vida un tejido de

sinsabores y de amarguras: He ahi a Dios. Y entonces, ya se le llame Destino o Fatalidad, o se le llame Dios o Demonio. será siempre el Gran Irresponsable, que maneje entre sus manos, la fantástica tragedia de toda la Creación, Hay aun. infelices que hincan en tierra, la rodilla e imploran a la Bestia inconmovible. Sus ruegos y plegarias, apenas si son inútiles palabras. Porque la Bestia, hoy como ayer, y como lo hará mañana, sigue descargando sin piedad el látigo, sobre todas las criaturas. Cuando pienso que mi vida no me pertenece y que en torno mío hay un Monstruo que en un minuto cualquiera, puede hacer de lo que yo soy, un monfón de podredumbre, me sobreviene una rabia loca y no puedo contener la maldición. ¡Quién pudiera, formar un torbellino de afilados puñales, para largarlo con saña diabólica y con ira ferviente, en contra de la Bestia Inmensa, -Dios-, que a tu juicio fué sabia y prudente cuando nos creó, para asignarnos, lo que también a tu juicio, es el gran objetivo de nuestro paso por este mundo: ¡vivir!

Para infortunio mío, en esos días, se produjo un gran terremoto que afectó a un extenso territorio. El fenómeno ocurrió en l anoche y fué un cataclismo de grandes proporciones, porque se derrumbaron ciudades enteras y por todas partes, sólo quedaron montones de escombros. Los muertos se contaron por miles y sobretodo, perecieron muchas mujeres y niños. El número de heridos también fué muy grande. Con una rara crueldad, la Naturaleza ensoberbecida, se ensañaba con el hombre: a continuación el terremoto mismo, se siguió un verdadero diluvio, que aumentó hasta lo indecible, la angustia y la desesperación de esa pobre gente. Todos nos sentíamos conternados ante ese azote terrible que arrojó una honda de luto y de dolor sobre la tierra. Como se comprende, la saña de Atul para recriminarme, fué grande.

—La Bestia, a veces, necesita de esparcimientos. No le es bastante el número de víctimas que sacrifica minuto a minuto: requiere aumentar su orgía destructora. Y entonces, tal como la fiera que sale de prisión, se entrega a estos desbordes inauditos de crueldad. No es esta su primera haza-

ña; tampoco será la última. A través de los siglos, la fierra, por mandato de Dios nuestro Señor, va haciendo su historia. Va dejando estos cataclismo y con ellos, estas masas enormes de luto y de dolor. Dicen los hombres sabios que es ésto, necesario y que la tierra por destino lógico, tal como el hombre, necesita de estas crisis para amoldarse al curso de sus destinos. Muy aceptable la opinión de los hombres sabios. Pero lo que el hombre no podrá aceptar jamás, es el ensañamiento estúpido y la crueldad mil veces sanguinaria, del Cobarde, que así, alevosamente, descarga estos azotes. En fenómenos como éstos no intervienen manos humanas. Son manos divinas, las que intervienen; tal como sucede con otras catástrofes colectiva, en las cuales, como en este caso, se pone a prueba la bondad de Dios: erupción de volcanes, hundimiento de continente, salida de mares, naufragios, aludes y tantas otras hazañas semejantes. En la bestia que ataca a otra, hay una razón. Hambre, perfidia, bajos instintos, maldad; cualquier cosa: hay una razón. La fiera errante, al agredir, afronta también una responsabilidad. Tú dios, vas más lejos. ¿Necesitabas artarte de sangre, de lamentos y de dolor? Pues en este caso lo has conseguido. Quizás lo conseguiste sólo a medias, pero no importa: es bastante. Lo hiciste como acostumbras hacerlo, con esa valentia única que te enaltece: de noche y cogiendo a los seres en la absoluta indefensión. Fué hazaña grande y acción meritoria para tí, alargar tus manos cobardes en la sombra para producir la tragedia. Por miles, quedaron sepultados, los seres, bajo los escombros. Por miles murieron en agonías horribles. Muchos lograron escapar con brazos menos, con piernas menos, lesionados, magullados, heridos. Como nunca, fué desgarrante y doloroso, el lamento que esa noche surgió de entre las ruinas, de lo que, sólo momentos antes, fuera el hogar -nido de paz y de regocijo-, para tanta gente. Y si grande es el dolor en el mundo, ahí lo fué mayor. Díme, canalla: ¿Es esta la bondada tuya? El siniestro pasó: ahora ya va hacia el olvido, en fuga hacia atrás, en el tiempo. Pero por la faz de la

tierra, los que salvaron, dirán la leyenda de la hora amarga. La mujer de aquí, llevará luto por el hijo que se le murió. Este hombre, lo llevará también, por alguien que cayó en la noche maldita. Ese llevará un brazo menos; aquel, una pierna y los demás, diversos recuerdos del cariño de los cielos. Díme: ¿Para perseguirlos y torturarlos de este modo, para eso, creaste a los hombres? Vivir ¿importa soportar también, esta miseria?

Yo me callaba.

-Los que te representan en este mundo, dicen que tu mandas estos azotes para castigar a los hombres. Porque los hombres pecan y te ofenden, por eso, tú los castigas. Si se te supone castigando el pecando, he de recordarte que los niños, —esos que venían de nacer— no habían pecado todavía. Así como lo es la gota de rocio, así, pura y simple, eran su vida y su alma. Con sus balbuceos infantiles, con sus risas espontáneas, con sus juegos y bullicios, esos niños ponían esperanza y calor en los corazones. Satanás en persona habria retrocedido ante el sueño inocente de esas criaturas. Tú, dios, nó.. Se alargó tu mano cobarde, se sacudió la tierra, se hundieron los edificios y los que murieron primero, fueron los niños: los que no habían pecado nunca; los mismos que tú, miserable, defiendes, diciendo que son las esperanza de los días que vendrán. ¿Es esa tu bondad? ¿Es esa tu justicia? ¿Por qué haces estas cosas, por eso, los hombres te rezan y te llaman bueno?

Confieso que el lenguaje de Atul me molestaba. Porque cada vez que me tocan ciertos temas, me invade un desaliento que me desprime. Pero Atul, era implacable y

seguia sus querellas.

—Yo defiendo los fueros de la vida. Digo que si la creaste, no te fué lícito hacerlo, para martirizarla; menos de un modo cobarde como acostumbras. Si dios quiso divertirse, para conseguirlo, le estaba vedado descender al crimen y a la abyección.

-Eres injusto -le decia yo.

Pero Atul, no me dejaba hablar. Me miraba con ojos encendidos por la ira.

—¿Yo injusto? ¿Entonces, para no serlo, quieres que me agregue al tropel de imbéciles que, después de hazañas como éstas, te rezan y te imploran? Nó: yo no sé rezar. Pero sé decir la verdad. Creo que llega el momento amargo de decirtela. Los hombres dicen que yo soy malo. No lo niego. Pero Satanás, malo así como los hombres lo suponen, no es reflejo, ni mascarada, ni sombra, de la suprema ferocidad de dios, que hace de cada vida un juguete, y de la vida total, la más estúpida de la tragedias. Los hombres llaman bruto, al ser que, negado a la razón y a la conciencia, tiene como hábito, la destrucción y el ataque. ¿Quiere ,por ventura, que yo te lo diga? Pues, te lo dirê. Yo, Satanás, Príncipe de las Tinieblas, tengo el derecho para decírtelo. Nadie más bruto que tú —óyelo bien—, Tú, Dios Creador, — supremo guía de la vida y de sus destinos.

-No es verdad -le decía vo-. Eso no es verdad. Reconozco que es complejo el entrabamiento de los fenómenos y que es confusa la comprensión de los fines. Pero eso no autoriza a nadie, para clamar al cielo y pretender una justificación de sus yerros y de sus abusos, invocando al rigorismo natural. Es cierto que sobre todos los seres, pesan el apremio y el rigor. Yo dios, sé lo que hago y sostengo que no puede ocurrir de otro modo. Pero eso que tú dices no es verdad. Tú eres unilateral para juzgar los fenómenos. Exageras los rigores del acaso. El Destino importa el desarrollo de dios en el mundo. Por eso el Destino es ineludible y fatal. Y por eso también, lleva en sí, el doble sentido de la Creación: to negativo y lo positivo, la luz y la sombra, la vida y la muerte. No es, precisamente, del Destino de donde nos viene la mayor suma de amarguras y desgracias. La vida del hombre, puede y debe ser mejor. Yo dios, no autorizo, este estrafalario sucederse de amarguras que tus legiones tejen en este mundo.

Le brillaban los ojos. Su lengua se hacía terrible para

largarme a la cara, borbotantes e hirientes, las maldiciones.

-¿Lo niegas? -me gritaba-. ¿Te atreves a negarlos? Yo apenas si me he referido a un pequeño aspecto del problema: a la acción directa de dios mismo sobre el hombre. Cuando una desgracia nos alcanza, y de ella, no podemos hacer responsable a nadie, hablamos de la Fatalidad o del Destino. Tras de estos vocablos aparece como responsable directo, dios. Pero hay algo más. El hombre vive sobre la tierra. Y sobre la tierra existen también otros hombres y otros animales. Por el solo hecho de convivir, se crean, entre los componentes de la especie humana, como entre éstos y los individuos de otras especie, una serie de relaciones que le dan a la vida, tales caracteres de brutalidad y de miseria que infunden asco y piedad. Si quieres convencerte de ello, extiende tus ojos por el cuadro de la vida..... Ahí tienes, por ejemplo, a la oveja tuya: símbolo de bondad y de mansedumbre. Sin embargo, pese a su bondad y a su mansedumbre, ataca y destruye a la planta: ese ser vivo que tú creaste, y que tú sabes, sufre, agoniza y cubre dolorosamente sus heridas. Eso hace la oveja. Quiero agregarte que yo, sin ser un simbolo, no te muerdo a ti...... Ahí tienes al tigre, al león, al lobo, a un carnicero cualquiera, que día a día, manchan de sangre las praderas, sacrificando a los demás animales, incluso a la oveja indefensa, símbolo de la bondad y de la mansedumbre. ¿Esa es tu bondad? ¿Acaso pusiste la bondad, en las agonías del animal que muere?..... Ahí tienes a los pajarillos: los cantores de las selvas y de los campos. Son lindos. Y sus trinos repercuten en el alma. Son los divinos cantores de tus grandezas. Si. Pero en el perpetuo accidente de su vivir, largas en contra de ellos, como una flecha, al ave de rapiña. Y en un segundo, ese atado de armonía, deviene en un sangriento despojo. ¿Es esa, la bondad tuya?..... Vé hacia el mar y sondea sus aguas inquietas. Pon tus ojos en el alegre pecesillo que irradia la blancura de sus escamas en el azul de las ondas. Sigue su derrotero. Y observa también,

-por si le ves-, al poderoso tiburón o al monstruo cualquiera que pusiste en el agua, para ultimar al pecesillo, para hacerlo desaparecer en un segundo, en medio de la congoja brutal de una agonía. ¿Es también, esa, la bondad tuya?..... Penetra en el interior de la selva. Pon tus ojos en el boa que acecha; en el tigre que aguarda el paso del rebaño; en el león que se oculta para cazar. Sigue las hazañas de esos grandes bandidos de la selva. Dime: ¿acaso hay bondad, en sus diabólicas correrías?..... Observa la vida de un animal cualquiera, grande o chico; mamífero, ave o reptil; los que se arrastran por el suelo, o los que vuelan por los aires, o los que nadan por las aguas. Más aún: observa la vida del mundo microscópico. Díme: ¿acaso, no es una condición de vida para todos los seres vivos, la lucha, el ataque y la destrucción? ¿Acaso no se requiere el sacrificio de incontables vidas, para nutrir y sostener, a otra vida? Dime, canalla: ¿es esa tu bondad?

Se irritaba Atul. A veces, ya presentía yo, sus blancas manos, nerviosas y fuertes, apretándose a mi cuello, para estrangularme, para desorbitar mis ojos, en tanto que esc Atul, me diría con furia atroz: "Donde, pero donde, pusiste la bondad, miserable?.....

Yo me callaba. Me ponía sombrio. Era verdad lo que decía Atul, y por ello, Atul, tenía razón: para mantener la vida de los seres superiores, especialmente si se trata del reino animal, es indispensable el sacrificio de muchas vidas..... "Yo dios, cruel?"..... "¿Fué un yerro mío, ordenar así las cosas?"...... Se serenaba Atul. Lánguidamente miraba a otra parte.

—Se habla también de la Sabiduría del Supremo Hacedor. Se dice que es infinita su sabiduría, como infinitas son su justicia y su bondad. Debe ser así.

Se calla. Enseguida, con un sarcasmo feroz, seguia

-Yo dios creo una especie. Junto a esa especie, creo otra. Más fuerte o menos fuerte: poco importa. No les ordeno que se ataquen o que se destruyan. Eso tampoco

me es necesario. Porque en cada ser yo dios -como fundamento y esencia de su vida-, pongo instintos poderosos, ciegos: arraigos increibles a una forma y a un estado. Esa es mi ley. Estos instintos o energias vitales, obran y reobran sobre los individuos, con los caracteres de algo ineludible y fatal. Ante el peligro de la muerte -el mayor de todos- se revelan todas las aptitudes del instinto. El ser vivo, sea cual fuere su categoría, se transforma en una fiera. A trueque de conservar su vida, ataca, mata, aniquila, destruye. Si le fuera posible, desquiciaria el mundo, el universo entero a trueque de subsistir. Y entonces, apretado por las angustias comunes, por las necesidades, dolores y torturas, inherentes al hecho de vivir, el ser vivo, creado por dios, se transforma en un elemento de destrucción, de ataque y de muerte. Ahí están sus hazañas esparcidas por el mundo. Va más lejos mi sabiduría: hago una tramoya de una lógica perfecta. Por tanto, si en un polo he colocado el payor a la muerte, en el otro coloco el amor y el apego a la vida. Surgen ambiciones; se despiertan delirios de superación y de grandeza; surgen bestiales egoísmos, que de un modo fatal, obligan a una criatura a sacrificar a otra para satisfacer sus apetitos...... He ahí la técnica del Creador. De acuerdo, con esta técnica, el animal fuerte que yo puse junto al animal débil, y el animal débil que yo puse junto al animal fuerte, apretados por las necesidades bajo el imperio del instinto, en razón de vida se atacan y se destruyen. He ahí, a mi obra. Mejor, he ahí, al cuadro pavoroso de la Creación, que en todas partes y de un modo permanente, determina, en primer lugar, una lucha atroz entre especie y especie; en seguida, una lucha atroz entre individuo e individuo; más allá, el aniquilamiento brutal del animal débil por el animal fuerte; en definitiva, un torrente de sangre para inundar toda la tierra. Esa es mi obra. Por siglos incontables, se prosigue la tragedia inmensa. Minuto a minuto me arrullan un confuso clamoreo y un largo lamento de amargura. Sólo he arraigado en la tierra un fenómeno: la vida.

Me miraba Atul. Se encendían sus ojos. Y esos ojos, me eran como puñales.

-¿Dónde está tu sabiduría? -me gritaba-. ¿Dónde está tu sabiduría, miserable? Cada vida para tí, es un tejido perpetuo de congojas y de pesadumbres. Eso es vivir: la misión que tú nos asignas en este mundo. Y después, en un momento cualquiera, nos aniquilas, nos destruyes. ¿Esa es tu bondad? ¿Esa es tu sabiduría? ¿Esa es, tu justicia? ...... Sin embargo, así, cruel y bruto com eres; infinitamente cruel e infinitamente bruto, aun hay infelices que te claman y te rezan; aún hay desgraciados que levantan templos y altares en tu honor y te dice: "Dios mio: padre nuestro que estás en los cielos"..... Imbéciles los hombres. Infinitamente imbéciles los hombres. Seguirán rezando. Sí. Seguirán inclinados ante tu grotesca figura. Tal como han seguido y siguen ligados a mi cadena; tal como siguen baio la garra de Atul y de todos los canallas que circulan por el mundo.

Se callaba Atul. Por momentos, yo temia sus arrebatos. A veces, me alarmaba ante la fiereza felina de sus ojos. Me eran como puñales esos ojos..... Proseguía sus

amargas querellas.

—Tú dios, eres el único culpable. Mala levadura pusiste para forjar la vida. Sea maldita, una y mil veces, tu obra...... Ahora has venido a la tierra. Has querido gustar vida humana. Eres hombre. Aquí estás. Sólo eres un hombre. Entonces, sufre. Es necesario que sientas en carnes propias, tus propios desatinos.

-Es falso -le decia yo-. Los hombres no van por los

caminos que yo he trazado para ellos.

—Mientes. Eres un granuja. Yo no he hablado de los hombres. He hablado de todos los seres. En la estructura intima de cada vida, van los mismos estigmas. Por tanto, tus justificaciones, nada valen. Pero quiero seguirte. Consideremos al hombre. En realidad, es el hombre, el animal preferido. Se observan en él, los influjos más inmediatos y enérgicos del Creador. La especie humana es la preferida

de dios, tanto que, que bien podría decirse, que el fenómeno de la vida, ha tenido y tiene como finalidad, la creación del hombre, como tipo último y superior de toda la organización vital. Perfectamente. Pero dime: ¿Acaso no sabes quién es el hombre?

Me miraba Atul. Bajaba la vista. Hablaba como consigo mento.

ambición, fatuidad, soberbia, envidia, agresividad: un cúmulo increíble de pasiones encontradas y de apetitos en desorden. Sí: todo eso. Y cubriendo todo eso, la figura grotesca de un bicho en dos pies. ¿Esa es tu creación favorita? ¿Eso es un hombre? Una bestezuela así, reducto de todos los estigmas ¿eso es un hombre? ¿Acaso debe aprender algo, el hombre? ¿Acaso no se ha concentrado en él toda la inmundicie de la vida?

Me miraba Atul. Le temblaban las manos.

-Aquí me tienes. Sólo soy, un hombre. Aquí estoy. Pero te confieso que a veces, siento la intima vergüenza de mi mismo. Tu dices que Atul es malo. Dices que Atul es un canalla que desparrama la desgracia por el mundo. Si: es la verdad. Pero algo que va en mi sangre me induce a proceder de ese modo. Desde lo mas profundo de la vida me viene el alarido. Los apetitos, me brotan. Me veo impulsado al abuso. Me veo impulsado al atropello. Todo me induce a obtener mi beneficio con un minimun de esfuerzo y en desmedro de los demas. Yo escucho ese alarido. Ese alarido me doblega. Y obro. Y soy, lo que soy. Entonces, miserable, si te avergüenza la miseria humana, ¿por qué me hiciste así? Si no pusiste limpieza en el fondo de mi vida. ¿Por qué has de exigirmela para mis actos? Si me forjarte con instintos de bestia, -más bestia que la más feroz de todas las bestias-, ¿por qué debo obedecerte y debo retirar mis garras en la sangre y del fango?

—Hay hombres, —le contestaba yo—, que estreman el rigorismo natural. Yo no puedo privar a la vida humana de su vitalidad ni de sus energias. Debo poner en ella mati-

ces diversos y debo acudir a un aparente contrasentido para obtener mis fines. Pero los hombres que a título de amoldarse al sino natural, se trasforman en perros de presa dentro del rebaño, merecen la censura y la represión. Yo no acepto a la bestia que muerde, y mata, y destruye y hace insaciable su codicia.

Se reia Atul. Se reia con sorna. Se serenaba.

—Es interesante. ¿De modo que se te antoja sencillo, con buenas palabras y con buenos propósitos, trasformar un bruto en un santo? Es, sin duda, un remedio excelente. Por mi parte, yo sostengo que el hombre por naturaleza es perverso, tal cual lo son todos los animales. Es la estructura de la vida, la deficiente. Meclazte en ella, a dios y a Satanas, o lo que es lo mismo, pusiste en ella, tendencias y elementos antagónicos y es o te ha significado a tu obra, una valla insalvable a toda rectificación. La vida, sera siempre una miseria y nada mas.

Se callaba Atul. Tenía, por momentos, melancólicos

arranques de sinceridad. Me hablaba de nuevo.

—Solo tu y yo, conocemos la angustia horrible y el doloroso debatirse de toda la Creación. Somos inseparables. Me has gravado con el siniestro destino de cargar con los factores negativos de las cosas. Los hombres me llaman Satanas. Dicen que soy el enemigo de Dios. Para ellos, yo soy el responsable originario de los dolores y de las desgracias. Racaen, por tanto, sobre Satanas, las injurias y las maldiciones. Las victimas, claman ira y venganzas. Te dejan intocado a tí, el maldito, que asi, hizo las cosas. Muy bien. Por fortuna, yo compruebo una y mil veces, que la vida es una negación. De las profundidades de la vida misma, arranca la razón de mi predominio. En el hombre, como en todos los seres vivos, prevalece Satanas, sobre dios. Por eso, esta vida, sera dura, despiadada y brutal por los siglos de los siglos.

—Te equivocas, —le decia yó—. Estás equivocado. Voy haciendo la luz en las conciencias y esparciendo la buena semilla en los corazones. Eso voy haciendo. Se van diluyen-

do las tinieblas y mis pobres criaturas van enderezando sus rumbos por rutas mejores. Días llegarán en que la hoguera alumbre. Y entonces, quizas, no habrá un solo hombre que se avergüence de serlo. Pacientemente voy haciendo la jornada.

—Y entretanto, —me decia Atul—, yo tambien, pacientemente, voy torturando a esta humanidad. La voy ahogando entre mis garras. Y yo te lo digo: jamás nunca habré de soltarla. Me hundiré con ella. Y cuando me hunda, todavia llevare la garra apretada. Y por mi obra, dentro de esta relativa permanencia del hombre, el dolor sera eterno, y el mal sera implacable.

Se hacian dolorosas nuestras conversaciones. En verdad era muy sabio Atul y su sabiduria era mucha. A veces, nos separabamos silenciosos y sombrios. Nos ibamos, él a su palacio y yo a la pocilga en que me alojaba. Yo me iba pensativo, cabizbajo, revolviendo trenos y cavilaciones... ..... "¿Ha sido, en verdad, un yerro mio, crear la vida? ¿Tiene razón Atul para recriminarme?"..... Al crear la vida y al colocarla en relaciones con el mundo, yo dios, puse en ella misma, el jermen de su desarrollo y engrandecimiento. Yo di a la vida una estructura y le señale una dirección. La hice pequeñita e insignificante. Pero así diminuta e insignificante como era, la puse frente a mi para que iniciara la jornada heroica de conquistarme y confundirse conmigo. Ese ha sido y es su destino. Yo no dicto leyes. Me basta con imponerlas. Y lo hago de tal suerte que mis leyes se confunden con los hechos, hasta el punto de transformarse los hechos mismos, en mi ley. Mas fuerte que las amenazas y las sanciones, en cada ser, acumulo la energia vital que lo obliga a levantarse y venir hacia mi. Instinto, inteligencia o intuición sea lo que fuere, poco importa. Yo solo digo que la vida no puede eludir mis designios. Yo dios, no puedo bajar junto a cada cual, para señalarle sus derroteros y enseñarle a vivir. Nó; eso yo no lo puedo hacer. Tampoco me oirian los hombres si yo lo hiciera. Menos, puedo tomar de la mano a cada criatura para guiarla

por el mundo. Debo proceder de otro modo. Debo colocar en la vida misma, los factores que permiten, no solo su conservación, sino tambien su desarrollo. Por eso, a medida que pasa el tiempo, las generaciones se van capacitando mas y más, porque la misma especie, va creando nuevas aptitudes, necesidades y recursos. Es mi ley. Para obtener que se cumpla, pongo en los individuos, dos tipos diferentes de estimulos: uno positivo, que seduce a los seres y los dispara tras de sus esperanzas y otro negativo que los apremia y los oprime, cuando se niegan a seguir. El doble juego de estos estimulos engloba la razón profunda del progreso y del desarrollo, tanto de la especie como del individuo, Es por eso, que yo dios, trasformo a la vida en un inquieto torbellino y a veces en un hervidero atroz. Mezclo en ella, la grandeza y la miseria, el placer y el dolor. Hago que la vida se levante, que brame, que se agite, que sufra, que se desespere. Pero en medio de sus inquietudes y de sus violentas convulsiones, yo obtengo mis propósitos: la vida se perfecciona. Arroja las escorias y las podredumbres; se fortifica; adquiere poderio y capacidad. Por tanto, el dolor, no es una maldición del cielo o un recurso estupido de dios. Nó. Antes por el contrario: es uno de los fundamentos indispensables del progreso y de la evolución. Sin el dolor y sin el azote, la humanidad no se movería. Se quedaria, estupidamente, estática. Y con ello, violaria el sino que yo dios le impuse: desplazarse; progresar; adquirir dia a dia, nuevas aptitudes y una capacidad mayor. Antes que el halago del placer, es el apremio del dolor, el fundamento esencial de la vida. Lo es, porque hiere la sensibilidad y pone alerta a la conciencia. Es el dolor, lo que obliga a los seres a reaccionar y a poner en juego todas sus aptitudes y recursos, desde luego, para eludir los sinsabores y quebrantos, y enseguida, para superarse en la persecusión de lo que, yo dios, puse como meta de sus destinos: la felicidad. La tragedia es necesaria al progreso. Por tanto, el mal y el dolor, como factores negativos de la vida, seran eternos. Tal como lo sostiene Atul, Satanas, ira con la humanidad, tanto

como yo dios, hasta que la humanidad se hunda en la muerte. Por eso, Atúl es mi amigo. Digo mas: es mi compañero inseparable. Porque dios y Satanas, solo constituyen los polos del maravilloso prodigio. Los dos, vamos profundamente hundidos en la vida. Es ella, el reducto que nos contiene; como tambien, el asiento, donde a veces chocamos con un furia atroz. En la maravillosa estructura de la conciencia, uno pugna hacia la luz, la esperanza, la grandeza, la felicidad, el placer; el otro sujeta y arrastra hacia la miseria, la decepción y el dolor. Uno proyecta la vida hacia el infinito y prende a ella, el ansia ferviente de la superación y de la conquista; el otro la arrastra hacia los abismos de la desesperación, del infortunio o de la pequeñez. Uno, alza la frente soñadora para que reciba la caricia del sol; el otro, hunde los pies en el fango y dificulta la marcha. Grandeza y miserla: idealismo y grosería: hombre y bestia; luz y sombra he ahi la trama permanente de la vida. Atul, que es un sabio, cuya sabiduría es mucha, sostiene que esta trama importa una estúpida diversión. Habla de la ferocidad de dios, para disponer las cosas. Participa, Atul, de la insensata soberbia que han tenido y tienen los hombres para apreciar sus vinculaciones, con la Naturaleza Creadora. Eregirse en objetivo único y privilegiado, dentro de la Creación, no significa, seguramente, un acierto de la mentalidad humana. La vida del hombre, tanto como la organización vital en la tierra, es sin duda, un inmenso milagro. Yo dios, lo digo. Y si lo digo, alguna razón ha de asistirme para sostenerlo. Pero subordinar el universo, a la protección y al acondicionamiento de la vida, y dentro del cuadro vital, preferir, por sobre todas las cosas, la vida humana, importaria limitar mis actividades, y con ello, restarme el arbitrio omnipotente que es propio de dios. Es por eso que el desenvolvimiento del mundo, se opera con independencia de la sensibilidad de los seres. Para dios, bien poco significa una vimanas. El llanto de un individuo, o el sacrificio de uno o de muchos de ellos, no puede detener, la acción de la Nada humana. Bien poco significan tambien, muchas vidas huturaleza Creadora. Para ella, las especies y los seres, solo constituyen el amasijo de cada instante, de donde, día a dia, ya brotando la nueva simiente destinada a propagarse por las rutas infinitas del futuro. Asi lo exigen, en primer termino, el mantenimiento de la relativa armonia que debe reinar en el universo entero, y en segundo lugar y muy especialmente, la evolución y el aumento de poderio de la es-pecie. El hombre de hoy existe, porque es la plataforma del hombre que vendra mañana; como este a su vez, lo será de quien le siga. Si de una generación a otra, aumentan las aptitudes del individuo, ese aumento puede significar una conmoción que se traduzca en amarguras, desasosiego, dolor: lo que se quiera. Pero que es necesario, lo es. Por eso, los seres, se revuelven en el confuso torrente de los hechos. Chillan, rugen, maldicen, mueren: es su destino quedar regados a lo largo del sendero. Pero es de este modo, como dios consigue sus objetivos. Sólo yo dios, sé, si esta tragi-comedia ,es una estupida diversión o es el ultimo y porten-toso esfuerzo de la Actividad Creadora. Digo por tanto, que no le es lícito al hombre confundir mis atributos, ni separa el doble aspecto de la Creación. Luz y sombra, vida y muerte, bien y mal: eso soy, yo dios. A veces, se me supo-ne paternal y bondadoso. Pues quien lo asegura, tiene la razón. Con más frecuencia de lo que sostiene Atul, dispenso, la satisfacción, el triunfo y la alegría. Pero a veces, también soy un verdugo sanguinario, que con un ensañamiento incomparable, desangro a los seres y descargo so-bre ellos, sin piedad, los azotes. Si cuando esto ocurre, los hombres culpan de ello, a Satanas, la responsabilidad no es mia...... Sostengo, no obstante, que dios, no olvida a sus criaturas. La contradicción aparente que en el fondo hace posible el progreso, a criterio de hombre, ha hecho antagonicos el bien y el mai. Yo dejo al hombre con sus preocupaciones y con sus simbolos. Lo dejo con Dios y con Satanas y allá se las entienda él, con ellos. Estas creaciones ficticias, nada significan para la actividad omnipoten-te..... Pero si a Satanas, se le estima como el simbolo

del mal y del dolor, y por ello, Satanas, es un enemigo del hombre, tan repudiable y repelente, como es posible serlo en este mundo, hemos de reconocer que el mito creado por los hombres, sigue desde muy cerca la realidad de los hechos. El doloroso drama del progreso, en el fondo, solo implica una perpetua cruzada en contra del mal y del dolor. Digamos, en contra de Satanas. Liberarse de la angustia; liberarse del dolor; escapar de la garra que oprime y volar hacia la luz, hacia el placer y la satisfacción: he ahi el anhelo permanente de la especie. Asi cumple la especie su sino ineludible: ese que yo dios he trazado para ella. Entonces, si la simpatia del hombre me sigue y hacia mí convergen sus aspiraciones de grandeza, de perfección y de felicidad, lógicamente, yo dios, he de ser el enemigo de Satanas. Y entre él y yo, ha de haber conflicto y lucha. Los hav. No dispongo de ejercitos ni de legiones de ángeles para batir a mi enemigo. Pero lentamente lo voy derrotando, sometiéndolo, mutilándolo en la vida misma: lo voy arrojando, asi como se arroja a la escoria que ya cumplio su misión. Nuestro entredicho no terminara nunca. Hoy puede tener una fisonomia; mañana tendrá otra. A veces, el paradógico antagonismo puede ser hondamente discordante, asi como lo son el dia y la noche, A veces, puede revestir caracteres mas suaves. Pero yo lo digo: lentamente, lo voy mutilando y arrojándolo de la vida. Voy cortando sus pezuñas; voy dulcificando a la bestia para encadenarla a mis triunfos. Por eso, día a día, año a año y siglo a siglo, voy arrojando en las conciencias la semilla fecunda de la vida nueva que ha de venir. Aun vamos cerca de los fondos primitivos. La época cavernaria, con sus horrores y sus violencias, apenas si dista un paso, de la época nuestra, que, soberbiamente se dice civilizada. Es por eso, que tras la estampa del hombre de hoy, muy a menudo, aflora la bestia primitiva, con sus habitos groseros y sus diabolicas inclinaciones. Esa es la verdad. Pero en el frío silencio de su acción, la mano de dios sigue laborando. Labora un siglo. Y labora otro siglo. Hace del tiempo, el medio natural que

conduce a la victoria. A través de las centurias, es la humanidad como un inmenso rebaño, que va saliendo de la sombra y de la penumbra, para ir penetrando mas y mas, en un mundo nuevo, cuajada de luces y de fulgores. La lucha prosigue. En la inquietud perenne del vivir, los anhelos y los dolores, fluyen y refluyen. Por la cabeza de la bestezuela torpe, cruzan, la esperanza próxima o la lejana ilusión. Por otra parte, en carnes vivas, siente la humanidad el acicate de sus angusitas. Como si los oprimiese un puño maldito, muy a menudo, los hombres, deliran y se desesperan, anhelando las próximas conquistas. Hay inquietudes, dinamismo, ataques, decepciones, sangre, dolor. Con sangre y con dolor, va marcando la humanidad el sendero de su perfección. Pero en el confuso enhebramiento de los hechos, la ley de dios se va cumpliendo y la vida se va trasformando. De cada trance doloroso, brota una nueva forma. Para el futuro, la vida se hace mejor. Disminuyen, la injusticia, el abuso, la perversidad. El imperio del mal se ha reducido, y al limitar la fiereza de bestia que va en cada hombre, se ha derrotado a Sataras. En adelante, el hombre, habrá ganado en perfección y en capacidad. Digo por tanto, que es un deber del hombre, mutilar dentro de si misma a Satanas. Por que haciéndolo, cumple con el deber que yo dios, le impuse: progresar, desarrollarse, ascender por un camino indefinido de poderio y de perfección; ir penetrando en ese halo de esperanza que yo pongo como seducción de la jornada...... Y la lucha prosigue. Proseguira siempre. El trabajo de dios no se defiene jamas. Obtenida una realización, nuevos horizontes surgen por delante. Los tesoros del cielo y las potentes energias de dios, siguen irradiándose sobre los hombres. Brotan aspiraciones nuevas y nuevas congojas apremian a la humanidad. En el seno del tiempo, sigue incesante, el laborar del Creador: sigue obrando la acción inconfundible de la Naturaleza Soberana, que a la par, seduce y obliga; pero que en todo caso, arrastra a sus pobres criaturas, por el rumbo determinado por ella. Yo dios, no puedo guiar de otra manera

a los hombres. Sí. ¿PERO FUE UN YERRO MIO, CREAR LA VIDA?..... Por momentos, me ha dejado muy pensativo, la extraña filosofia de Atul.

A veces eran mas optimistas nuestras charlas. En esas lindas de tardes de verano, cuando al marcharse el sol, dejaba sosiego y fulgores en los horizontes, prendía en mi el entusiasmo y se hacian fervientes mis arrebatos. Por momentos, pasaban por alli, por la calle, frente a los jardines de Atul, lindas mujeres y robustos mocetones. Sentiamos sus risas y sus bullicios. A veces, sorprendiamos sus coloquios y sus reclamos. Mas alla, próxima también a nosotros, había una lindísima piscina y en ella, por las tardes, se bañaba la gente. Nos llegabn de alli, gritos, exclamaciones, bullicio, alegria. Desde nuestro retiro, veiamos a hombres y mujeres semi-desnudos, mostrando, principalmente estas ultimas, el encanto y la gallardia de sus formas, cubiertas apenas, por ligeros y tentadores ropajes. Me cogia el sano regocijo de la hora y era grande mi entusiasmo y profunda mi satisfacción.

—Mira, —le decia yo, a Atul—. Hunde tu vista en los cielos. Sin una mancha, hay allí un prodigio de colores. Y alternan, el oro con el violeta y còn el rojo. Y en el silencioso laborar de un mundo que rueda, hay un profundo regocijo para la tierra toda. Escucha. ¿Oyes como cantan las avecillas? Ha terminado la diaria faena y ahora se recogen a sus nidos...... Y mira esa gente que pasa y esas mujeres que ponen, allá en esa piscina, la celeste tentación de su blancura. Yo dios creador, prendo una maravilla de los cielos, sobre la maravilla mayor, que aquí en la tierra, hace el milagro omnipotente de mi poderio.

Se callaba Atul. Por momentos se sonreia levemente.

-Sigue, -me decia-. Habla.

Y yo hablaba.

-Fue poco para mi, ordenar la inmensidad de los or-

bes. Fue poco encadenar, por formidables energias, un astro a otro astro y hacer el universo entero, la maquinaria prodigiosa, que se mueve, segundo a segundo, en el remanso infinito del tiempo. Fue poco. Y entonces mi sabiduria dió un fruto mas y surgio una maravilla mayor. Surgio la vida. Y fue la vida, la entidad privilegiada y triunfante, que hace honor a la creación y es orgullo de dios.

Se sonreia Atul. Me pedia que hablase.

- -Y ahi tienes a la vida. Quiero que pongas tus ojos en esos hombres y en esas mujeres que pasan. Mira y obsérvalos en esa piscina. ¿Ves? Se recogen los musculos y por sí mismos, hacen un inquieto poema que canta y que vibra y que es símbolo de fuerza y de juventud. Pongo delicadeza, blancura y recreo en la carne de la mujer. Y esa carne, se diviniza y se hace un cúmulo de armonia y de tentación. Y tus ojos se cargan de magnetismo para perseguir sus tesoros. Y tu vida toda, anhela, la deliciosa conquista..... Entonces, combino figuras y ajusto formas; distribuyo blancura y reparto armonia; en la fragilidad de la carne, pongo vigor y juventud. Esto es, creo el tipo primero de la belleza mia: viva; palpitante; delicada; recreo del artista que la inmoviliza en el marmol, en el bronce o en el lienzo; recreo sublime del alma que presigue la forma y vuela hacia ella, asi como la mariposa vuela hacia la luz. Creo, la BELLEZA INMORTAL, metida toda entera en un lindo cuerpo de mujer.
  - -Sigue, me decia Atul-. Sigue.
- —Le doy a la carne una estampa. Y tras de esa estampa, pongo a la maquinaria, prodigiosa que hace el supremo milagro de la Creación. Pongo un trozo de carne junto a otro trozo de carne. De mil maneras, entre ellos, establezco interdependencia y armonia. A modo de ruedecillas que contribuyen a una labor, combino los componentes de la delicada estructura. Se influencian, se amagan, se subordinan; esta determina la función de la otra; esa a su vez, regula a la de mas alla. Y he aqui, que, de unos miserables trozos de carne, surgen organos perfectos, motores mara-

villósos que trabajan y en un prodigioso equilibrio, hacen de muchas funciones, una solo función: HACEN, LA VI-DA. Quiero que preocupe tu atencion, eso que tu eres, Quiero que se detenga tu pensamiento en el continuo rebullir de tu organismo. Tu, no sientes su labor. Pero ese organismo, ajeno a tu conciencia, trabaja segundo a segundo. La sangre circula a torrentes. Grandulas pequeñitas derraman energias extraordinarias. Hay una intensa inquietud en los nervios que laboran y trasmiten la imponderable sutileza de las imagenes. Los organos se nutren y se descargan: hacen un trabajo gigantesco. Con carne, con sangre, con huesos y con nervios, hago yo dios, un divino amasijo, que por si solo constituye un cúmulo de sabiduria y de grandeza. Dime: ¿has pensado alguna vez én lo que es tu corazón? Tu corazón labora un día, un mes, un año, diez años, treinta años, cincuenta años; a veces, cien años. Es continua su marcha. Es una máquina que sin detenerse un instante, puede caminar durante un siglo. Jamas nunca, maquinaria humana, aunque se forjase en aceros mil veces endurecidos, podría resistir tan larguísimo trabajo. En cambio, dios, sin aceros ni metales, con un blando trozo de carne, te hace el prodigio. Eso hace dios. Como te hace tambien, el milagro continuado, de mantener minuto a minuto, la actividad vital, con toda la maravillosa correlación de sus fenómenos.

Se callaba Atul. Muy serio, clavaba sus ojos en el suelo.

-Sigue, -me decia-. Sigue.

—No bastaba crear la maquina. Ni hacerla resistente. Ni hacer complicadamente maravilloso, su funcionamiento. Habia que hacer algo más. Y entonces, puso dios en esa maquina, algo inquieto y movedizo, tan sutil e imponderable que se estima como inmaterial. Y he aqui que tu, hombre, con la forma que yo te dí, ya construido con la extraña arquitectura de millones de vidas que se coordinan, experimentas dentro de tí, una inquieta efervecencia que te capacita para sentirte a ti mismo; pera convencerte y comprobarte que algo difuso, que tu sientes, pero no comprendes ni puedes esplicar, se anida dentro de tí. A eso, los

hombres le llaman alma; le llaman conciencia; le llaman de muchos modos. Sobran las palabras. Yo solo digo que di a los hombres una CONCIENCIA y que eso, es ya un supremo prodigio y un supremo bien.

Reverente Atul, me escuchaba.

-Continua, -me decia.

-Creo el fenómeno. A una conciencia, la hago mas o menos compleja; mas o menos poderosa. Despierto apegos bestiales. Creo y confundo instintos y los entrevero. En terror, en ira o en anhelo, anclo a un ser vivo, sobre la costra de un astro moribundo: la tierra. Pero concentro en el hombre mis cuidados y por eso, como gala de su conciencia, le doy el pensamiento, la razon: la facultad de comprenderse y de comprender al mundo que le rodea. Y por dár-selos, le doy la escala maravillosa que se tiende entre el abismo y la grandeza; entre la miseria terrena y dios. Y el hombre se aventura por esa escala dorada. Se hunde en el anchuroso caudal de los fenómenos y con fiebre loca, los analiza y los revuelve, como lo haria un niño que buscase un tesoro. Observa, experimenta; descubre leyes; invade el arcano y sondea sus misteriosas profundidades. Se escapa de su mundo y sorprende a los astros en sus fantásticos carreras; sorprende a los mundos en su vertiginoso rodar. Dispara sus ojos al cielo o los concentra en los abismos intimos de la última pequeñez, para sorprender allí la loca inquietud de los atomos. Nada escapa a su curiosidad. Porque hace el hombre de su inteligencia y de su pensamiento el ariete secular que destruye vallas y despeja horizontes y hace posible la suprema conquista del Creador. Y he aquí, que por haberle dado yo todo ésto, el hombre me sorprende en la misteriosa actividad que mueve mundos y los somete a leyes, a la par que me conquista, buscando los ca-minos naturales que han de fundir su cabeza con la mía, en los hondos arcanos de toda la creación. Es el conocimi. Y entonces, trozo de carne transitoria y destructible, te prendes a la inmortalidad de la especie. Se te hace placentero mi halagüeño llamado. Y amas, Amas a la mujer. Y pones en ella, tu vida, tu idealidad, tu fervor y tu recreo. Se inflama tu carne y se llena de luces tu espíritu. Y cumples mis leyes. Y amas a tus hijos. Y tu, que amas tambien a la vida, aun puedes renunciar a ella, por defender a esos que yo hice de tu carne. Porque yo dios, así lo quise para que la especie no muera. Y entonces, rasgo de inmortalidad que va en la carne y en la sangre, por el afecto te ligas a mi. Adorando a la mujer, al hijo, al padre o a la madre, en suma, por obra de esos sentimientos que yo puse en tu corazón y que te ligan a los seres y a las cosas, haces lo que yo deseo: permaneces y te fundes conmigo a traves de los siglos.

Apenas si se animaba la cara de Atul, por un leve destello de ironia.

He ahí, a mi obra. Primero, una forma sensible que toma sus caracteres mas excelsos en un bello cuerpo de mujer. Enseguida trás de esa forma, el maravilloso ordenamiento de millones de vidas. Después, en medio de este rodaje fantástico, el reververar de una conciencia. Más allá, la inteligencia y la razón, como factores de conquista y de victoria. Y también él amor, como apego luminoso que liga a la criatura a su Creador. A todo esto, se le llama VIDA: la inquieta bandera que se agita sobre un globo moribundo. Y ahí tienes, a la vida del hombre: soberbia, triunfadora, poderosa, con afanes perennes de rebelión y de conquista. Yo te lo digo: es el milagro supremo.

Vagamente, Atul, clavaba sus ojos en el suelo. Sus labios se tornaban irónicos y despreciativos. Yo terminaba mis observaciones.

—Y se curva dios, sobre la vida. Pasan centurias y mas centurias. A modo de lluvia divina, caen las primicias sobre la humanidad. En raíz de carne pasajera, se agitan los fulgores inmortales que desde la tierra se disparan al infinito. La vida del hombre se torna soberbía y portentosa.

Es una deidad chica, para acoger lo permanente, lo que no muere, digo, la esencia misma del dios Creador: poderio, sabiduria, audacia, exceltitud, belleza. Y solo esto es una vida: un dios pequeño que crece, y crece, y crece con la tendencia ciega de fundirse con su Creador. Seamos sinceros. Dime: ¿no encuentras grandeza en la vida del hombre?

Cómo si despertase de un sueño, Atul, me miraba.

-Sí. No lo niego: hay grandeza. Mucha grandeza. Es la verdad.

—Y entónces miserable, —le gritaba yo—, ¿por qué pretendes desformar mi creación favorita? ¿Por qué pretendes restarle belleza? ¿Y mutilarla? ¿Y hundirla en la angustia y en el dolor? ¿Acaso no eres, sólo por esto, un enemigo del hombre?

Se reia Atul. Me miraba socarronamente.

-Yo no soy enemigo del hombre. Jamás lo he sido. Antes por el contrario, soy su amigo. Y me admiran sus grandezas. Yo no digo nada. O mejor, digo que tienes toda la razón: nada hay más maravilloso y más excelso que la vida humana. Por haberla hecho así como la hizo dios, me merece un profundo respeto. Sinceramente: un profundo respeto. Si. Pero porque, -digo yo-, ¿entremezclada, a tamaña maravilla, puso dios, tanta miseria y tanta ruindad? Un lindo cuerpo de mujer, es sin duda, un portento. Pero la belleza de la forma, constituye la excepción. Lo común es la estampa vulgar del bicho humano, -hombre o mujer-, estampa ésta que no tiene nada de bello ni de interesante. Antes por el contrario, muy a menudo se ven espectros con figura humana, tan irrisorios, tan repelentes que desafían cualquiera descripción..... Tú dices que el organismo humano es perfecto y maravilloso. Eso tampoco lo discuto. Pero es menester agregarle una cualidad que tú no mencionas: es repugnante. Tú, reunido con tus camaradas, hueles mal. A ti, a mi, a cualquiera, nos salen de la nariz, de los oidos o de los ojos, secresiones y deshechos que no van muy a tono con la maravilla. Y tú, yo, todos, -desde la princesa hasta el mendigo-, arrojamos, periódicamente, unas substancias hediondas y putrefactas, en los lugares familiares de la casa. ¿Eso también, es grandeza?

Se reia el granuja. A mí, me crispaba los nervios el cinismo de Atul. Y tanto me molestaba que cedía mi entusiasmo ante el deseo de tomarlo por el cuello para sacudirlo y decirle: "Canalla, bandido, mal intencionado". Me reprimía. Le dejaba reir. Le dejaba hablar.

—Es perfecta la maquinaria. Pero es sucia y repelente, sobre todo cuando se trata de personas como tú y los tuyos, que poco saben de agua y de jabón..... En otros sentidos, tus ponderaciones tampoco se justifican mucho. Bastan, a veces, algunos microbios, para socabar y destruir esa fortaleza superior al acero que tú le asignas. Y cosa curiosa: fué dios quien hizo también a los microbios...... Y en cuanto a lo demás, a la conciencia, al pensamiento y al corazón, es mejor, callarse. Bien sabemos, lo que es la conciencia de los hombres y sobre todo, su corazón. ¿Para qué hablar entónces? A veces el tigre o la hiena, tienen una conciencia y un corazón limpio que el hombre.

Yo me confundía. El despecho llegaba a desorientarme. Se me hacía tan cínico Atul, que por momentos, para mi, no merecía otra cosa que golpes. Debía contenerme pa-

ra no golpearlo. Y él, riéndose, me hablaba.

—Aquí, como en todos los aspectos de la Creación. te siguen tus yerros originarios. Fuiste torpe para no separar la grandeza de la miseria. No había notivos para confundirlas. Si fué tu ánimo hacer un prodigio, bien pudiste hacerlo completo. No te era lícito hacerlo descabelladamente ,dejando grietas, lacras y defectos, que le restan todo mérito a tu obra. Para mi la tarea es fácil. Tus farsas y entusiasmos, me mueven a la risa. No va mal eso de ilusionar a los hombres. Yo digo que los hombres deben ilusionarse. Pero tras de la ilusión, está la realidad. Y es allí dónde no puede discutirse mi predominio. Yo lo confieso sinceramente: es la vida, una cosa muy bonita. Y fueron muy grandes, el poderío y la sabiduría de dios, al crearla. Todo lo cual debe entenderse sin perjuicio, de ser la vida,

—bella y perfecta como se la supone—, la victima noble del Espiritu del Mal.

Se reia. Me miraba con ojos piadosos.

—¿Requieres de un símbolo? Yo te lo daré. Una mujer hermosa a quien un buitre feroz le roe las entrañas: he ahí a la Humanidad. Ayer. Hoy, Y mañana. Hasta que esta miseria se hunda en la muerte. Yo Satanás, he de ser el buitre hasta la hora postrera.

Se reia el canalla. Se reia ruidosamente. Y yo, antes de aporrearlo, prefería levantarme y marchar a mi pocilga. Con un cínico mo Atul, ni aún era posible, ser entusiasta.

. .

Era muy sabio Atul y su sabiduría era grande. Pero era también, un cínico. A veces, sus confidencias se teñían de un cinismo tal, que me desalentaba. O desataba mis furias y protestas. Se mostraba él de buen humor y eso me irritaba más todavía.

—Son unos canallas, unos bandidos. Son las bestias carniceras, los pulpos que se nutren con la sangre de la humanidad. Pero habré de iluminar la conciencia de los hombres. Y entonces, cuando llegué la hora de la ira y del castigo, ya veré si es tan bueno tu humor y si sigues riendo como ahora.

Así le decía yo. Me miraba. Se reía. Hasta tenía el atrevimiento de punzarme con el dedo a título de broma y de confianza.

—Eres un tonto, —me contestaba—. Y quiero recordarte que te ha cogido el hábito. En tí, prima el obrero mugriento de una fábrica, sobre el filósofo sereno capaz de comprender la realidad. Me molestan, la cantinela del rebaño y sus ridículas amenazas. Es ya muy viejo y estúpido ese quejido. Sería preferible para mí, oír hablar al pensador antes que al descontento de mis talleres.

Yo prefería callar.

—Te confundes amigo mio, —me decía—. Sencillamente te confundes. Te resultan inexplicables algunas cosas de este mundo. ¡Claro! Lo raro sería que para dios, no hubiere cosas inexplicables en el mundo.

Yo le miraba y me daban unos infinitos deseos de tomarlo por el pescuezo y sacudirlo. Y él, notando mi enojo

se burlaba de mi.

-Te pondré un problema, -me agregaba.

Hasta se atrevia a ponerme problemas, el granuja... -Mis legiones esclavizan a la humanidad. Para mis legiones, la humanidad, algo así como es una bestia mansa, grande estúpida, habituada al azote y el apremio. Por eso, día a día, recibe los azotes y sin embargo, sigue suieta a su cadena. Ni más ni menos. En cualquier momento, podría esa bestia, henchir sus músculos y romper sus amarras. Podría aniquilarnos a todos nosotros. Pero pasa y pasa el tiempo y las legiones de Atul, prosiguen su tremenda diversión. Guían de la nariz a la pobre bestia. La azotan. Y el pueblo inmenso, trabaja, se desespera y llora, bajo la garra de esos que tú dices, unos canallas. Y yo te lo digo: la opresión durará mucho tiempo todavía. Entonces, he aquí mi problema: ¿cómo se explica, que disponiendo la bestia de la fuerza, por cuanto tiene a su haber el número, no rompa sus cadenas y antes por el contrario, siga sumisa y esclava? Mis legiones forman un grupo reducido. Apenas si representan un puñado dentro de la humanidad. En cambio ustedes, los esclavos constituyen la multitud, digo, la masa enorme del género humano. Si los fenómenos sociales se traducen en conflictos de fuerza, ¿por qué disponiendo el monstruo de la fuerza, no obstante, lo dominamos, nosotros? Este es mi problema. ¿Qué me dices?

-Yo no te digo nada, -le contestaba yo-. No me explico porque suceden estas cosas.

Pese a su cinismo, me agradaba oirle hablar. Yo me hacía el inocente. Y él, también.

-Eres un ignorante, -me decía-. Te mandaré a la

escuela. Nó: tampoco sabrían decírtelo. Yo mismo, Satanás, quiero ilustrarte. Yo mismo, te mostraré el IMPERIO DE ATUL. Escucha.

Y me hablaba, Atul. Me hablaba largo rato. Lo hacía con un cinismo aterrador que por momentos me desesperaba. Pero yo me contenía y le dejaba hablar. Y él, hablaba.

-Si el hombre fuera menos torpe, menos imbécil, seguramente, el influjo de Atul, seria escaso. Pero malas manos hicieron al hombre. Y por eso, es así: torpe y duro de cabeza. Entonces, saber explotar la torpeza humana, es uno de los factores básicos, del imperio de Atul. Excuso decirte que Atul y los suyos, conocen esta industria..... La bestia humana, es además, un animal cobarde. Tiembla ante dios y tiembla ante sus congéneres. Fué mi dios, quien puso en el alma de los hombres el miedo y la cobardía. Por tanto, conviene hacer honor a la obra del Creador y aprovecharlos..... El hombre, según lo afirmas, es un sabio. Escala el cielo; desciende a los abismos ínfimos de la pequeñez: hace muchas cosas. Tu optimismo no es escaso, Por nuestra parte, aprovechamos la sabiduría del hombre. El animal torpe, miedoso y además ignorante, no es precisamente, una excepción. Porque mi dios, entre el hombre que apenas sabe hablar y el genio que escala los cielos, puso una distancia enorme Por desgracia para la especie humana, los que remontan hacia arriba, son pocos; en cambio, los que caminan como reptiles a raz del suelo, son muchos. Es pues, la ignorancia de la inmensa multitud, incapaz para comprender sus derechos y bastante dócil para reconocer amos, otro de los pilares del imperio de Atul.... .... Entre el hábil y el torpe, hay diferencia de poderío. También la hay, entre el audaz y el cobarde; tanto como entre el sabio y el ignorante. Si a estas desigualdades, se suman otras, sobre todo aquélla que se refiere a la riqueza, —el rico es más poderoso que el pobre—, resulta que mi dios, dió también el estrafalarlo fundamento, para dividir a los hombres en fuertes y en débiles. Que esta desigualdad puede ser irracional, estúpida o sin consistencia, -lo que se quiera-, no importa. Sólo basta decir que existe y que constituye otro de los pilares de mi imperio..... La vida como entidad de lucha, hace posible, el sojuzgamiento de unos por otros. Este sojuzgamiento importa, el empleo de la fuerza. Atul y los suyos, la utilizan. No sólo aprovechan la fuerza ficticia que arranca de una posición falsa, sino que utilizan además, la fuerza real y eminente. La policia y los tribunales, y más allá de ellos, la cárcel, en todo momento pueden demostrarte su eficacia. Legitima o ilegitima, conveniente o arbitraria, la fuerza, es la malla que oprime a la bestia. O lo que es lo mismo, otro de los pilares del imperio de Atul...... Reúne a estos factores dispersos, otros de menor entidad; levanta sobre ellos un régimen que haga posible la esclavitud de la masa, por unos pocos; deforma los espíritus hasta el punto de hacerles llevaderas la esclavitud y el milagro, se habrá realizado: la humanidad se trasforma en una bestia estúpida, sumisa, paciente y posible de guiar sin mayores contratiempos. Quien lo ponga en duda, observe lo que pasa ante sus ojos. Sólo verá ésto: unos guían al rebaño; cuando éste se niega a seguir, basta que otros lo apremien, de un modo más o meno enérgico y ante estos apremios, el rebaño se somete. Esta y nó otra es la realidad. Resulta en definitiva que la Humanidad, bestia fuerte y poderosa, vive encadenada y rinde tributo y pleitesia a un ídolo con los pies de barro. Eso es todo. Ni más, ni menos; el imperio de Atul es un ídolo con los pies de barro. Si: es un ídolo. Pero braman contra él las tempestades y el idolo sigue erguido. Y vo te lo juro: seguirá erguido por mucho tiempo todavía.

Se callaba Atul, Se concentraba en si mismo para ordenar sus pensamientos. Con una desvergüenza única, me explicaba el sucio mecanismo de su poderío. Yo le escu-

chaba.

Como se vé, es fácil oprimir a los hombres. Es bastante, para ello, reunir en unas pocas manos, las fuerzas de la humanidad. Si tú quieres, basta concentrar en un grupo de canallas, como tú dices, el dominio moral, espiritual y material del mundo. Eso hemos hecho, mis legiones y yo. Para conseguirlo, nos hemos repartido en grupos. Y entonces, cada grupo, forma una legión..... En primera fila, estamos nosotros: LOS TENEDORES DEL DINE-RO Y DE LA RIQUEZA. Formamos por tanto, LA PRIMERA LEGION..... Desde el comienzo de los tiempos, se nos llama, ricos. Hacia nosotros convergen, la envidia y la codicia. No existe un desgraciado que no desate en contra nuestra, las maldiciones y las diatribas. Un torrente de dicterios, nos inunda. Hasta se ha llegado a prohibirnos, estrictamente, la entrada en el reino de los cielos. Esta es la verdad. Pero yo estoy cierto que no habrá uno sólo que no se encuentre dispuesto a ocupar nuestro sitio; también, a renunciar al reino de los cielos, a trueque de nuestras riquezas: estas tierras, estos palacios, estas comodidades que amplifican la vida y la hacen poderosa; que nos proporcionan en la tierra un deleite posible y de calidad más humana que todas las tonterias y quimeras que los hombres pueden imaginar en el otro mundo..... ¿Pero acaso es un crimen, bregar por la riqueza y por el poderío? ¡Nó! No lo ha sido; ni lo es; ni lo será. Antes por el contrario, es la más humana e inmediata de las inclinaciones del hombre. O lo que es lo mismo, es una ley de dios. Y es esto, tan cierto, que uno de los rasgos elementales del instinto de conservación es, precisamente, el anhelo de la riqueza y del poderio. Lo que dios quiere, no es otra cosa que los hombres vivan bien, y en lo posible, hagan de su vida una delicia. La riqueza, sin constituir, precisamente, la felicidad, no obstante coopera a ella. Permite que el hombre, una vez satisfechas sus necesidades de indole material, pueda proseguir sus actividades tras otros objetivos más altos y espirituales. Sabido es, que satisfecha la bestia, bien puede levantarse sobre ella, un hombre. Por tanto, quien aspira a la riqueza y brega por obtenerla, lo hace porque una inclinación natural lo induce a ello. ¿Por qué, entónces, nosotros los ricos, hemos de ser unos canallas, hasta el punto de constituir, la primera y la más importante de las legio-

nes de Satanás? ¿Acaso yo me equivoco? ¡Nó! Yo no me equivoco: somos unos malvados. Hacer de la lucha por la riqueza, un medio para oprimir, vejar, explotar y aún matar a sus semejantes, vulnera los principios más elementales de la convivencia humana y hace del hombre una fiera. Del mismo modo, transformar la riqueza, en el único objetivo de la vida, hace que esta descienda a un grosero materialismo que mutila sus demás aptitudes y la deforma hasta reducirla a un juego miserable de apetitos de corte netamente animal. Nosotros los ricos, caemos tanto en uno como el otro exceso. Cumplimos en mala forma la ley de dios. Mejor: la cumplimos de un modo demasiado estricto. La lucha por la riqueza, -que solo importa una de las formas esenciales de la lucha por la vida-, presupone una mutua cooperación entre los hombres. Nada impediría que éstos, sin abusos, sin atropellos y sin disputas; sin otra medida que el trabajo y la capacidad, -legitimos fundamentos de todo poderio-, hicleran la jornada. En armonía, podrian los hombres levantar la cara al cielo, para mostrar la grandeza de una vida que se siente satisfecha. Pero esto no ocurre, porque nosotros lo impedimos. Nosotros nos aferramos al egoismo, eso que dios también, puso en el fondo de cada vida. Y aferrados a un atributo humano tan esencial, sembramos las discordias, los abusos, las injusticias y los atropellos. Somos los perros de presa que muerden, y destrozan, y arrebatan a los demás, el fruto de su trabajo. Nos negamos al sentimiento y a menudo procedemos con una frialdad horrible, al margen de la conciencia y del altruismo. Hacemos que la lucha por la vida tome caracteres bestiales y degenere en una lucha de fieras. ¿Quieres un ejemplo? Ahí tiene a mi padre. Asesinando, robando, corrompiendo, se hizo rico. Aqui me tienes a mi. Me dedico al înocente juguete de fabricar máquinas para matar. Y lo hago trás de la adyección inmunda de haberme prostituído, uniendo mis destinos a los de una mujer, por un afán de dinero. Ahí, tienes, a los que vejan, roban, atropellan y engañan a sus semejantes. En resumen: a los que explotan a los hombres y los hacen trabajar, para arrebatarles enseguida, el fruto de su esfuerzo. Somos así, nosotros los ricos; porque para nosotros, la riqueza, está por sobre todas las cosas..... ¿Cómo llegamos a tan codiciada categoría? Pues por muchos caminos. A veces, la jornada es fácil Así ha ocurrido en mi caso, por ejemplo. Somos hombres de suerte oue sin esfuerzos, logramos reunir un tesoro. Por herencia, por negocios poco limplios, por esta bendita suerte humana, no exenta de bajezas ni de maldades llegamos a la meta. Es rarísimo el miembro de esta legión que por medios humanos y limpios, logra reunir un grueso patrimonio. Lo común es lo otro: el procedimiento vedado, la maniobra sucia, el abuso y la extorsión. Y así, somos ricos. En la categoría de tales nos repartimos por la tierra para ser, lo que somos: industriales, terratenientes, banqueros, mineros, empresarios; también, gobernantes. Antes, formábamos una casta aparte: éramos nobles. Formábamos la aristocrácia dentro de los pueblos. Y esto nos permitia un olimpico desprecio por el resto de los hombres. Se fueron tan bellos tiempos y ahora, va estamos más diseminados, más diluído en la masa social. Sólo somos los potentados de la riqueza; aunque todavia hay ingenuos que invocan sus títulos y abolengos. Excuso decir, que estos últimos, son los componentes más torpes e imbéciles de esta legión... ...... Por el hecho de concentrar nosotros, la energía económica de los pueblos, dominamos dentro de la sociedad. Tú eres torpe y no comprendes al hombre. Pese a tus bravatas y a tus quimeras, el hombre, es todavía, un animal como cualquier otro. Entonces, tal cual ocurre en el mundo animal, domina entre los hombres, el más fuerte. Es verdad que fisiológicamente el hombre carece de garras y colmillos. Quiero decir, no los tiene, en la medida de las bestias carniceras. Pero eso no importa. Dado el progreso específico, se han cambiado los organismos de la agresión y del predominio. Y por ello es en el área económica donde los hombres ejercitan, su poderio meramente animal. En consecuencia, quien económicamente es fuerte, domina a los

demás; porque animalmente, tiene mayor poderio que los otros. Nuestra riqueza, constituye nuestra fuerza. El poderio que da la riqueza es eminentemente utilitario, porque supone un fin de predominio social: la opresión del débil por el fuerte. Dentro de la sociedad, nosotros los ricos, somos los fuertes. Somos los amos. Y ello, los débiles, -los que carecen de poderio económico-, son los esclavos. Ellos, creen la riqueza y nosotros, a título de poderosos, se la arrebatamos. Para los amos, la vida es fácil. En cambio, para los esclavos, la vida es dura y, si bien es cierto que a veces pueden triunfar, sólo lo consiguen a trueque de sacrificios y aun de lágrimas. No lo olvidemos nunca: el dinero es una deidad muy poderosa..... Al correr de los siglos, hemos hecho de la ayuda mutua, una de las razones de nuestra existencia. Tú idealizas y pierdes el sentido de la realidad. Yo razono y sólo considero la realidad misma. Mis legiones han cimentado un mecanismo tan sutil, tan poderoso y ajustado de tal suerte a nuestras conveniencias, que es, sencillamente, estupendo. Tan maravilloso es que, no sólo obliga a los hombres a mantener nuestra situación e intereses, sino que además, crea en ellos deformaciones morales e intelectuales que los llevan a la inconciencia de sus actos. Es la codicia una virtud nuestra, Pero he de reconocer que en las filas de ésta mi primera legión existen hombres generosos y de alma limpia, capaces de realizar un sano y elevado altruísmo. Sin embargo, inconscientes, tat como lo sería un niño que maneja un juguete peligroso y desconocido, son, como los demás, técnicos de la explotación y de la injusticia. Los casos se pueden citar por miles. El más frecuente es el del hombre enérgico y obscuro, que con férrea tenacidad y trás un esfuerzo titánico, consigue levantarse de la miseria y crearse una buena situación económica, Hombres así, sienten el íntimo orgullo de su capacidad. Y nadie podría decir que no tuviera razón. Evidentemente, la tienen, porque esa fortuna proviene de un esfuerzo personal, a menudo leal y honrado. Sí. Pero en el transcurso de los años, sin saberlo ni pretenderlo, esos hombres han dejado un

semillero de atropellos, arrebatando a sus colaboradores, lo que de justicia les corresponde. ¿Por qué se produce este fenómeno? Sólo se produce por obra de ese mecanismo profun do que impide una equidad mayor en todo lo que respecta a una justa remuneración del trabajo de conjunto que significan la producción, circulación y repartición de la riqueza. La erección y mantenimiento de un régimen que permite a unos, robar a otros, es una de las obras maestras de Satanás. Por eso, el día en que este régimen se derrumbe, el dolor y la amargura de Satanás serán muy grandes. Hay gentes que amenazan destruirlo. Y mi alarma al respecto no es poca. Pero no es empresa fácil derrotar a Satanás. El producto de siglos de evolución, tiene a su haber, la resistencia que, presisamente, le da el tiempo. El régimen puede caer, pero cuando ello ocurra, la conmoción será muy grande. Porque el correr de los años se ha creado una trabazón tal de intereses, que, bien se puede decir, que toda la sociedad coopera a nuestra estabilidad. En esta fábrica, por ejemplo, el fenómeno es evidente. Yo no soy el único dueño. Es cierto que lo soy de la mayor parte del capital. Pero no soy el único. Hay otros. Muchos otros, repartidos en todas partes: en las esferas del poder, en las instituciones privadas, aun entre los mismos explotados: los propios obreros de esta fábrica. Si esta fábrica suspendiera sus faenas, los perjuicios serían muy grandes y muchos serían los dañados. Me perjudicaría vó. Se perjudicarían mis socios. Se perjudicarían los mismos operarios porque no habria trabajo para ellos. Para todos nosotros, el perjuicio sería directo. Pero más allá, habría también un perjuicio indirecto para muchos otros de mi propia legión. Hay cientos o miles de personas que tienen interés en los trabajos de esta empresa. Yo no produzco todo lo que necesito. Alguien debe proporcionarse le hierro, el carbón, las maquinarias, esto es, muchos objetos necesarios a las faenas. Por tanto, si esta fábrica paraliza sus trabajos, hay perjuicios para las grandes empresas mineras o industriales que me suministran lo que yo necesito. Por tanto, la trabazón de intereses y la analogia de conveniencias, no pueden ser más evidentes. Por lógica, entonces, se tiende entre nosotros, una avuda natural, que a modo de una férrea malla, nos agrupa a todos en una legión. Nos ayudamos y nos defendemos mutuamente. Con esa codicia y esa carencia de sentimientos que nos es propia, hacemos la jornada. Lo que para el resto del mundo, puede ser censurable, para nostros no lo es. Somos hábiles y astutos. Somos mercaderes: quiero decir, -imitando tu lenguaje,-somos unas bestezuelas capaces de anteponer la dignidad, la hombría y todo lo que tú quieras, al logro pecuniario..... En razón de nuestra riqueza, somos independientes. Somos libres. Quiero ir más lejos: somos los únicos hombres libres dentro de la sociedad. Esclavizamos a la multitud y para ella, nosotros, somos los amos. Hacemos de la necesidad la palanca poderosa que elimina toda rebeldía. El rebaño requiere alimentarse; debe vestirse; necesita de habitación; en suma, requiere satisfacer sus necesidades esenciales. El único medio para conseguirlo, es el trabajo. Si nosotros le negamos el trabajo, porque está en nuestra mano negárselo, el rebaño cae en la miseria y se expone a perecer de hambre. Ante una amenaza tan poderosa, quiero yo que alguien se atreva a hablar de la libertad. Por tanto el procedimiento es fácil y sencillo: determinar a los amos y a los esclavos, como hace posible también, que la riqueza vaya toda a nuestras manos; porque la multitud, sólo trabaja para onsotros. A esto, creo que le llaman explotación. También podría llamársele robo. Poco significan las calificaciones. El hecho es que nosotros, somos libres. Y tan libres somos, que hasta le encomendamos a otros, la tarea de defendernos y de mantener sosegado al rebaño. Esa no es misión nuestra. Nuestra misión es explotar, esto es, privar a los hombres del fruto de su trabajo, para concentrar en nuestras manos, el limo fecundo que hace el humano poderio: la riqueza, el dinero. Explotando y oprimiendo a los hombres, acumulamos en nuestras manos, todo el poderio social. Desempeñamos el papel de quien ordeña la vaca, para aprovecharse de su leche. Todo lo cual

debe entenderse, sin perjuicio de dar algún exceso a las otras legiones que nos auxilian y nos resguardan. En realidad, las otras legiones se nutren de nosotros, y hay en esto, un claro principio de explotación del hombre por el hombre...... Por destino histórico, somos amigos. Y esto ya lo sabemos. Pero ello no opfa para que a veces, se susciten entre nosotros mismos, feroces conflictos que zanjamos de un modo bestial. No sería propio descender a la estrafalaria tarea de acometerse a golpes. Eso ya no cuadraría con la civilización. Pero disponemos de otros medios no menos eficaces. Por eso, zanjamos nuestras dificultades ante jueces y ante tribunales. Debajo de esa maraña de leves que los hombres sabios denominan derecho, solo somos fieras que se muerden y se destrozan. En algunas ocasiones, la rivalidad rebalza las fronteras. Y entonces, si el apetito es grande y si la ocasión es propicia. descargamos un azote sobre los pueblos: la guerra. Una guerra solo obedece a rencores y bajas pasiones que se agitan en el seno de esta primera legión. Disputas de mercados, codicias territoriales, intereses de dinero: no faltan motivos para poner a prueba la ferocidad y la ceguera de los hombres. Tenemos poderio bastante para arrastrar a la multitud a la matanza. Y la arrastramos. Es la guerra, como tú sabes, el hecho que prueba la habilidad máxima de nuestra legión. Por lo común, nos beneficia a todos. Pero tanto la discordia entre pueblo y pueblo, como entre individuo e individuo, sólo son detalles pintorescos del oficio. Ante todo, hay concordia entre nosotros. Formamos una sola legión: fuerte, sabiamente organizada y férreamente defendida..... Con el poderio del dinero, compramos lo que a veces requieren nuestras necesidades. Talento, conciencias, alabanzas, poderío político, cooperación, perfidia, sumisión, silencio, entusiasmo, en fin, cosas grandes y pequeñas que hacen triunfandores o miserables a los hombres. En realidad de verdad, yo te lo digo: el dinero es un poderoso dios... ..... En resumen, con ser nuestra legión la primera, va siempre a retaguardia y defendida por las demás. Es la legión privilegiada y noble que domina. Es la que hace la guerra y no va a la guerra. Es la que oprime sin disponer de la fuerza. Es la que gobierna sin ejercer el mando. Es la que se apropia de la riqueza sin trabajar. Es el núcleo selecto en que se ubica Atul, príncipe de las tinieblas, espíritu del mal y poderoso director de toda la casta. Atul, bien lo sabes, es dueño de una fábrica de armamentos.

Miraba Atul, las vastas reparticiones de la fábrica inmensa. Sus ojos soñolientos perseguían las gruesas columnas de humo que arrojaban las altísimas chimeneas. Se le notaba satisfecho mirando esa fábrica, Seguía su charla.

-Rodeándonos y en inmediato contacto con nosotros, se ubica la SEGUNDA LEGION: LOS HOMBRES DE MANDO..... Destinamos este oficio para los ambiciosos; para los audaces; para los que quieren ligar su nombre a la historia de los hombres. Por ello, estos mis legionarios son sedientes de renombre y de inmortalidad. Es cierto que su inmortalidad carece de longitud. A veces, mientras viven alcanzan medianamente sus objetivos. El rebaño los reconoce, los sigue o los aplaude. Son los ídolos que dirigen el rumbo de la manada. Pero una vez que han muerto, tiende la muerte sobre ellos, un velo de olvido y de silencio. Tal cual le ocurría a cualquiera. El nombre de algunos resuena por algunos años; por raras excepciones, se les recuerda por más de un siglo; en rasísimos casos salvan unas pocas centurias. Ante la muerte y ante el tiempo no existe la inmortalidad. Pero estos legionarios míos son torpes e ingenuos y aspiran a ella. La vanidad y la ambición los induce a la empresa. A veces son valientes y audaces. Caen: se levantan: vuelven a caer. Hacen el ridículo e insensato papel de un insecto que trepa por una roca enorme, cuya cima no ha de alcanzar nunca jamás. Muy a menudo, el insecto, resbala y cae. Por eso, nada hay más horrible a veces por su desvergüenza, por su pequeñez o por su inmundicie que la vida de estos hombres. Fatuidad, petulancia, orgullo, envidia, brutalidad, traición, perfidia, miseria moral, egoismo, un criterio desforme y reñido con los conceptos del tiempo y de la muerte, energias irreversibles que se hunden en la nada; en resumen, un juego miserable a tipo de bestia que reparte coces para abrirse paso: he ahi, por lo común el destino de esta pobre gente. Los hombres los denominan por el nombre genérico de politicos. Esta palabra, no es, precisamente, una de las más limpias del lenguaje. Yo soy Satanás. Yo vivo y me revuelco en las miserias y bajezas humanas. No me abisman ni me llaman la atención, las unas ni las otras. Pero te confieso que a veces, al considerar la vida de estos hombres, he sentido una impresión de asco y de desprecio. Duro oficio es este oficio de Satanás: debo aceptarlo. Son necesarios a los fines del averno. Y eso basta..... Por ser ambiciosos y audaces, a veces se tornan peligrosos. Es la felonía una de sus virtudes. A veces, no oprimen y nos persiguen a nosotros mismos. A nosotros, que precisamente los destacamos para que cautelen nuestros intereses. Se dice entonces que hay tiranía. dictadura y otras cosas por el estilo. Se invocan, la libertad y la dignidad de los pueblos. Y ocurre que, pese a tanto idealismo, a veces, sigue el puño apretado y nos estruja por igual, a nosotros y al rebaño. Por fortuna, el bruto de este tipo es excepcional. Y cada vez que se levanta, muy luego se le derriba. Lo corriente es lo otro: el hombre de mando, sumiso, ductil, de fácil manejo y que responde a su tarea..... Viven mezclados con nosotros; quiero decir, con la primera legión. Con mucha frecuencia salen de nuestras mismas filas. A veces tienen otro origen. En todo caso, de nosotros arranca su poderio. Los alimentamos, los halagamos, los ayudamos a escalar las cumbres y a llegar al poder. Por amistad, por parentesco, por dádiva, por adulación, a veces por compra directa, o bien, dándoles participación en nuestros negocios, -de una o de otra manera-, los ligamos a nuestros intereses. Y desde que se ligan, ya son los perros fieles que nos defienden. Estos son los perros poderosos, de fortísimos colmillos, que desde lejos, cuidan la heredad de Atul; asi como estos otros, mis gerentes, mis mayordonos o mis capata-

ces, la cuidan desde cerca..... Ayudados e inspirados por nosotros, asumen el poder y ejercen el mando. Desde hace mucho tiempo, quiero decir desde que se tienen noticias de los hombres, el ejercicio de la autoridad ha sido necesario. Para evitar el desquiciamiento de la sociedad, es menester que unos dirijan y ordenen y que otros, sigan y obedezcan. En otras palabras, deben existir los gobernantes y los gobernados. Es grande la sapiencia de los hombres y su experiencia es larga. Muchos han sido, por tanto, los régimenes políticos que han ensayado a través de los siglos. Así por ejemplo, hasta hace poco, hubo reyes, monarcas, soberanos o emperadores, todos personajes fastuosos, a quienes, según se dijo, dios mismo, habría investido del ejercicio del poder y de la soberanía. Eran algo así, como delegados de dios para guiar a los pueblos. Pero dios cayó en desprestigio, quizás si en parte, a causa de los desaciertos de esas gentes. Y lo que es más grave, los sabios descubrieron que los reves, monarcas o soberanos, eran iguales a los demás hombres. Desgraciado descubrimiento digo yo, que solo vino a menoscabar y restarle poderio al imperio de Atul. Las multitudes derrivaron a los reyes, emperadores o monarcas y en su lugar colocaron a un soberano menos digno y de manejo más difícil: el soberano pueblo. Es cierto que todavía existen reyes y monarcas. Pero son unos infelices que ya nada pueden. En todo caso se abrió una brecha considerable en la fortaleza de Atul y por ello, fueron grandes los perjuicios. A todas luces, era más fácil y sencillo para Satanás, manejar y dirigir a un solo hombre, que manejar y dirigir a un grupo de hombres. El trastorno a su vez, hizo posible la ascensión al mando de individuos de baja estirpe, sin abolengos ni sangre azul, y sobre todo, de ideas y procederes muy raros e inconvenientes. Te lo digo de nuevo: significa una pérdida muy grande para los intereses de Atul, aquel desgraciado descubrimiento de los hombres; tan grande, que aun no acabo de consolarme. Pero la vitalidad de Satanás es asombrosa. A veces cae y, en parte, su poderio se derrumba. Se levanta y muy luego se rehace. Ocurrió entonces que derribados aquellos monarcas por derecho divino, le fué necesario a Satanás, entrar en coqueteos y en entendimientos con el nuevo soberano: el soberano pueblo. De él, yo nada digo. O mejor digo, que es en verdad, un soberano. Es cierto que es un soberano torpe, a menudo imbécil y de alcances tan limitados que no sobrepasan a los de una desmedrada niñez. Un niño, grande, cándido, que dispone de una fuerza enorme que no sabe dirigir ni emplear; digamos, un soberano que no sabe gobernarse: he ahi al soberano pueblo. Entonces ¿será difícil para Satanás, enredar en sus redes, a un niño tan grandulón? ¡No! Yo te lo digo: no es tarea difícil. Porque si Satanás, no tuviere capacidad bastante para dirigir y engañar a un niño, yo no veo para qué tendría aptitudes, Satanás. Entonces quiero decirlo de una vez; el Principe de las Tinieblas, perturba, domina y dirige al soberano pueblo, por intermedio de esta segunda legión. Para conseguirlo, se explotan el candor y la ceguera de la manada y se recurre a la astucia y al engaño. Estos hombres se dedican al arte de la Politica, que solo es, el arte malévolo de engañar, explotar y oprimir a los tontos. La opresión puede existir sin el engaño. La explotación, también. Pero es preferible asociarlos; porque no conviene irritar a la bestia. Y he aqui, que estos legionarios míos, hablan de ideales y escalan las alturas aferrados a ellos. Hablan de democracia y de progreso; de la soberanía del pueblo y de la grandeza de la patria; de la justicia y de la libertad. ¡Cuántas cosas dicen estos hombres! Son los técnicos de la mentira y del engaño. Son los idealistas del grupo de Satanás. Bien sabemos nosotros, en qué se traducen, prácticamente, tantos y tan grandes ideales. La democracia se trasforma en un ridículo sarcasmo, porque la manada estúpida, ignorante y todavia oprimida, degenera en un grupo inorgánico de siervos. El progreso, se traduce en explotación. La Soberania del pueblo remata en el filo de las bayonetas o se diluye ante el cohecho desenfrenado, porque la riqueza nuestra, corrientemente hace un dadivoso honor a la soberanía

popular. La grandeza de la patria se acumula en las arcas de los poderosos. Ante la libertad y la justicia, aparecen, el atropello, el garrote y la cárcel. Estos son los resultados prácticos de tanto idealismo. Por mi parte, sostengo que todo esto es bastante para reducir y engañar a este nuevo soberano que aun, poco o nada entiende de soberanía. Nada hay, más grosero y asqueroso a veces, por su iniquidad v su pequeñez, que las grandes jornadas cívicas, mediante las cuales, los pueblos, eligen a sus gobernantes. Pero la generación de los poderes públicos, siempre es, para nosotros, una interesante y delicada maniobra; aunque para los pueblos, sólo sea, una grotesca y estúpida mascarada. El resultado es siempre el mismo: llegan al poder los nuestros, ya sea que invoquen la libertad, la democracia, la justicia, el progreso o tantos otros mitos semejantes....... Llegados al poder, estos legionarios cumplen su misión. Comunmente, lucran, roban y atropellan. Son detalles sin importancia: ante todo nos amparan. Para hacerlo, dictan leves; crean organismos de fuerza o de represión; crean organismos de protección o de vigilancia; en suma, crean el gigantesco engranaje que constituye la administración de un Estado. Es este engranaje, el que oprime al individuo y lo esclaviza. Si alguien se revela en contra de lo establecido, lo toma esa maquinaria y lo estruja. Habrá un juez para juzgar al rebelde y una cárcel para castigarlo. O sea que, en pocas palabras, esta legión, aferra y remacha las cadenas que aprisionan a la bestia: el pueblo inmenso y soberano...... ¿Quiero decir que no sea necesaria la autoridad? No: en modo alguno. Es cierto que un hombre no tiene ningún derecho para imponer su voluntad a otro hombre. Menos, tiene derecho para vejarlo, atropellarlo o explotarlo. Bien podrian los hombres hacer la jornada sin otras relaciones que las propias que nacen de una conciencia limpia que comprende la armonía, la justicia y la cooperación. El hombre no debe necesitar de leyes para vivir y cumplir con sus obligaciones. Puede que algún día se llegue a tan altisimos resultados. Y seguramente cuando ello se obtenga,

será muy grande el dolor de Satanás y su derrota será muy dolorosa. El hecho real es que, el hombre de esta época requiere todavia del vergonzoso apremio del castigo. Hay hombres capaces e incapaces. Los primeros constituyen la excepción. Entonces, en resguardo de los intereses de la sociedad, los segundos, deben agruparse en forno de los capaces, para que éstos, con su talento y sus cualidades, rijan los destinos humanos. Gobernar a los pueblos no es tarea sencilla. Antes por el contrario, se requiere para ello una pasta de deidad. Limpieza moral, sinceridad, talento, valor, energia, desinterés, visión histórica, espíritu de sacrificio y de justicia, en pocas palabras, una vida limpia y poderosa, bastante por si sola, para imponer el respeto y la sumisión al rebaño; he ahí las cualidades que debe reunir un gobernante. Jamás nunca, el gobernante ha sido más grande y más meritorio, que en los casos, en que ha podido gobernar sin disponer del mando. Digo yo: ¿estos legionarios míos, tienen una pasta tan consistente? Nó: son de otra pasta. Son más pequeños: son pigmeos. En tanto los otros personifican la potencia de la especie en desarrollo, estos concentran en sí, todas las bajezas y las malas pasiones. Aquéllos, sirven a la sociedad toda; estos defienden los intereses de una o de varias castas, en desmedro de la inmensa multitud. Los primeros constituyen la pasta excelsa, necesaria a la grandeza de los pueblos; los mios, apenas si son la carroña humana que se cubre de transitorios esplendor.

.... Para que su acción sea eficaz y por ejercer ellos el poder, que es siempre sinónimo de fuerzas; para protejernos y protejerlos, colocamos bajo su dependencia a la ter-

cera legión. LAS GENTES DE ARMAS.

Se callaba Atul. Se quedaba pensativo. Seguia hablando.

-Aquí muy cerca, me agregaba-, hay un bello ejemplar de esta legión.

Desde hacia algún tiempo, se hospedaba en el palacio de Atul un hombre joven. Era alto, fuerte, de buena presencia y tenia inquieta e intensa la mirada. Era muy amigo de Atul. Nosotros los operarlos, siempre los velamos juntos, recorriendo la fábrica. Por mi parte, corrientemente, yo le vela también paseando con la mujer de Atul por los jardines del palacio.

Es un "Cachorro" que promete, —me decía Atul—. Hombres como éstos, ambiciosos, inmorales, enérgicos y audaces, son los que se necesitan para formar esta segunda legión. Este hombre es capaz de todo. Y además es inteligente. Ahora todavía es pobre y apenas si se inicia en la carrera. Pero yo lo ayudaré. Le prestaré mi concurso. Y apoyado por mí, ha de escalar el poder, Ya verás hasta donde llega este "Cachorro". Algún día, oirás hablar de él.

Se sentía orgulloso Atul, con ese hombre. Por mi parte, confieso que no miraba con buenos ojos, a semejante bestiecilla, no me explico, si por ser el asiduo acompañante de la mujer de Atul, o por el posible destino que éste le vaticinaba.

-Los hombres, -me decia Atul-, pusieron marcas donde tá dios, no las pusiste. Para aprovecharla, dividieron la tierra en lotes. Y así dividida, se la repartieron. Pero la tierra a tú decir, es madre soberana, y por ende, en su seno, las bestias se disputan sus tesoros. Los fuertes, mi señor, aniquilaron a los débiles, se apropiaron de la tierra y la inmensa multitud, quedó sin heredad. Para justificar el fenómeno, hablaron de dominio. Crearon un macizo monumento jurídico que, a través de los tiempos, se mantiene. Si ahora, tú discutes el derecho de propiedad o dominio y dices que no es justo, los hombres te dirán todo lo contrario. Te dirán que tú mismo, dios, ordenaste así las cosas. Y te traerán muchos libros para demostrarte que así lo hiciste. Y que bien hecho, está. Fueron más lejos y crearon marcas mayores: señalaron las fronteras y delimitaron los estados; dividieron a la gran familia humana en muchos pueblos. Estos pueblos, echaron muchas cuentas y he aquí que hubo discordia por el vasto mundo. Un hombre, por el hecho de nacer en esta parte de la frontera, puede ser enemigo de otro que nació en el otro lado. Resulta también;

que el asesinato, delito que castigan todas las leyes penales, por la sola circunstancia de perpetrarse en la persona de un enemigo de la patria, lejos de merecer una sanción, merece aplauso y gratitud. En verdad, que son éstas, invenciones muy curiosas y muy interesantes, de los hombres. Porque los hombres son muy sabios..... Con el trascurso de los siglos, los sentimientos gregarios y el espíritu de cooperación, se han ido dilatando. La humanidad, sin límites ni fronteras, podria formar una sola familia. En el hecho, la forma: porque la cooperación entre los pueblos es constante y se manifiesta de muchos modos, especialmente en las esferas económica y científica. Por lo menos, es esta la situación normal, entre pueblos de cultura avanzada. Tampoco existe un motivo para que un pueblo poderoso oprima o aniquile a un pueblo débil. Yo respeto a dios y por lo mismo no siente escrúpulos para rozarme con los hombres. Blancos, negros, cobrizos o amarillos, para mi, ante todo existen los hombres; diré mejor, el hombre. Repito que haciéndonos buenos propósitos, se podría pensar en la gran familia única. Sí. Pero yo, Satanás, necesito manadas de perros para que ataquen a manadas de perros. Debo explotar en mi beneficio, el temperamento egoista y agresivo de la especie humana. Me es necesario que existan Estados grandes y pequeños y necesifo que entre nación y nación, haya intereses contrapuestos y rozamientos peligrosos. Mejor: requiero motivos para fomentar los odios, y así, derrama a torrentes sobre los hombres, el dolor y la muerte. En pocas palabras, por esta y otras razones, necesito que haya, patria..... Libreme el cielo, de blasfemar en contra de la patria. Yo ne inclino ante los sentimientos humanos. El lugar donde yo tengo mis arraigos esenciales, -mi casa, mis parientes, mis amigos, mis amores, mis intereses, la ceniza de mis muertos-; ese pedacito de mundo que es para mí como una cuna de alegría o de dolor, de risa o de lágrimas, es sin duda, un lugar, que por sus simpatías, debe serme preferido. Yo comprendo todo esto. Pero se romperían, los fines del averno, si yo Satanás, no arro-

jase sombra y perfidia, sobre una inclinación que puede ser natural en el hombre. Por tanto, ese sentimiento por el terruño, sentimiento más o menos amplio y más o menos complejo, que pone al individuo, en armonia con el medio ambiente en que vive, por mi obra se ha degenerado hasta trasformarse en un mito. Y he aqui que surge la patria bella palabra que enternece a muchos, que hace llorar a unos, que se liga a la madre y a la tierra que nos vió nacer; pero que más allá, hace también posible, un amontonamiento de hombres y de elementos de matanza, necesarios a los fuertes, para oprimir a los débiles. Tal como la justicia, la libertad o la democracia, para Santanás, la patria es sólo un ingenioso enredo que permite a las hordas de Atul la extorsión y los abusos. Necesitamos gravar a los Estados con la compra de armamentos; porque es necesario permitirle a los mercaderes de la muerte hacer su negocio. Los pueblos, guiados por nosotros, necesitan también, acometer, aniquilar, y arrebatar sus riquezas, a los otros pueblos que se estimen enemigos. Se obtiene esto, mediante la guerra; porque es ésta, el medio natural, que permite a mi legión, robar v matar, conforme a derecho, utilizando a los esclavos: los que dejarán, su sangre y su heroísmo en las batallas, aunque después, en el reparto, nada les corresponda. Y muy especialmente, es indispensable también, crear la fuerza material que se requiere para mantener oprimido al rebaño. Para conseguir todos estos objetivos, yo necesito que haya patrias; porque si no las hubiera, no sería necesario el ejército. Como se comprende, la fuerza armada, para mi, es indispensable. Si algún día, aburrido de mis abusos y de la opresión, tú te revelas y sublevas a los operarios de esta fábrica, yo traigo aquí, armas y soldados. Y sencillamente. te aniquilo. En tal caso, la patria, el caro suelo que te vió nacer, sería para tí, una delicia..... Y ahora un brevísimo esquema: primero, el amo: libre, soberano, fuerte. Enseguida, el gobernante; digo la pantalla trás de la cual se oculta el amo. Después, el brazo ejecutor y la garra dura que oprime y destroza. Dime: ¿No te convences de la extra-

ña sapiencia de este acomodo? Entonces, cuenta entre las legiones de Satanás, a LOS HOMBRES DE ARMAS; porque ellos forman MI TERCERA LEGION. Yo Satanás, digo muy poco de esta gente. Tienen su virtud caracteriistica, tal como la tienen los miembros de las otras legiones. Los ricos, son unos malvados; los hombres de mando son, pérfidos; estos son torpes: constituyen el núcleo más ciego de mi banda. Hay excepciones y eso me tortura y frecuentemente, me desasosiega. Pero lo corriente es lo otro: seres desmedrados, de evolución moral retrasada, resabios de épocas remotas, en las cuales, era la brutalidad, el atributo humano que hacía posible la subsistencia de los hombres. Nosotros los utilizamos. Explotamos sus apetitos y su ingenua credulidad. Son candorosos y por momentos, hasta podrian llorar por imaginarias tonterias. Pero así, ciegos y torpes como pueden serlo, llenan su cometido. Constituyen el duro látigo que hace posible la esclavitud de los hombres. En tiempos de guerra, son ellos, principalmente, los que demuestran la bestilidad de la especie: demuestran que el hombre es una fiera que ataca en manadas. Por eso, hieren, degüellan y matan en los campos de batalla; vejan a las poblaciones y violan a las mujeres en los pueblos invadidos. La soldadesca enfurecida y sin control, es uno de los exponentes interesantes de la bestia humana..... Y en tiempo de paz, son los sostenedores del poder. Son los que acometen y ametrallan al pueblo soberano, cuando este pueblo, haciendo alarde de su soberahía, protesta y sacude sus cadenas. Nosotros, para conformar a estos legionarios, en todas partes, les damos un sueldo y un uniforme. Y esto es bastante para mantenerlos contentos. Los subordinamos a la segundo legión, los ligamos al poder y ellos por lo común, obedecen a los hombres de mando.

Se detenía Atul. Con toda evidencia, una súbita preocu-

pación, se le hacía presente.

-El débil que, con apariencias de fuerte, emplea la fuerza, se expone a ser derribado por ella misma. No es poca mi inquietud, cuando pienso que esta tercera legión

puede darme un desagrado muy grande y puedo recibir de ella un golpe muy doloroso. Algún día, puede volver en contra nuestra, lo que nosotros mismos, le hemos dado: sus armas. Que al filo de la espada bien puede caer Satanás.

-Eres un sabio, -le decía yo, irónicamente.

El lenguaje de Atul se tornaba aun, más melancólico.

—Por ahora, les prohibimos deliberar y según nuestros mandatos, la fuerza armada es esencialmente obedeciente. Pero nadie puede asegurarnos que nuestros mandatos se cumplan en todo momento. Antes por el contrario, esta gente se entrega a veces, a esparcimientos peligrosos. Derriva gobiernos; persigue a pocos o a muchos hombres. Por lo común, lo hacen dirigidos e inspirados por nosotros mismos. Pero se apiade el cielo de Satanás y de sus legiones, el día en las gentes de armas cambien su actitud y sean lo que han debido ser siempre: la fuerza material del pueblo, eregida por el pueblo, para defender, no los intereses de una casta, sino los intereses del pueblo. Cuando pienso en esto, se me descompone el ánimo y son grandes mis furores y mis pesadumbres: se me llena la vida de sombras.

-Ciertamente, -le decía yo-, tienes la razón: ha de

llegar el día horrendo de la ira y del castigo.

Como fiera a quien acosan con hierros candentes, Atul, se desataba en improperios y en bravatas. Pero se serenaba a poco, y de buen humor proseguía sus confidencias.

—Yo soy justo y soy sincero. Y bien sabes que mi justicia es grande y mi sinceridad, es mucha. Por tanto, he de hacer distinciones y para juzgar a mis legionarios he de tener criterios diversos. Hay gentes de armas que destinamos a la matanza y a la guerra. Son éstos, los guerreros; digamos los profesionales del oficio. Cuando descargamos ese torrente de luto y de dolor que es una guerra, son éstos los que actúan. Porque bien sabes que es grande la cordialidad que existe entre los pueblos. A menudo se me imaginan, todas las patrias del mundo, algo así como un grupo de gatos, que, en la sombra, con los ojos bien abiertos y las uñas afiladas y listas, sólo esperan la ocasión propicia para ata-

carse. Atul, declina toda responsabilidad: fué mi señor de los cielos, quien hizo así las cosas. Tanto amor, obliga a los pueblos a vivir con el arma al brazo. Obliga también a segregar del medio social, a todos esos hombres viriles y enérgicos, que constituyen el ejército, -hombres que podrían ser factores de producción y de grandeza-, pero que deben llevar un vida pasiva, a veces ociosa, todo porque esta bendita cordialidad humana lo requiere de un modo eminente. Nosotros decimos que los guerreros, en épocas de paz, son los baluartes de la patria. Y en verdad que lo son, porque, -como ya lo sabemos-, también nos sirven para atacar y aniquilar al soberano pueblo, cuando éste tenga la desgraciada ocurrencia de revelarse..... Iunto a los soldados existe otra especie de gentes de armas: me refiero a la Policía, o defensores del orden público como también se les denomina. Estos hombres, tienen un contacto directo con el pueblo. Su acción es continua y obran en todo instante: son los que emplean la fuerza cuando ella es necesaria. Son los mantenedores del Orden Público.

Se detenía Atul. Continuaba enseguida:

-Los hombres sabios, hablan del orden público. Yo no discuto con los hombres sabios. Pero justifico la existencia de la autoridad y por lo mismo, -si ésta es necesaria-, hemos de concluir que el orden público también lo es. Porque, si entre los bichos que forman una sociedad, no existiera una relativa armonía, sobrevendría un cataclismo tan grande, que el mismo Atul, se horrorizaría. Por tanto, la función pública de mantener el orden es necesaria; porque es necesario que un hombre investido de autoridad y con su poderio amplificado por el arma, sea una garantía, de paz, para el resto de los hombres. Si yo soy débil y si tú eres fuerte; si tú, dándole ejercicio a esas tus nobles manos encallecidas, me tomas por el pescuezo y me sacudes, es natural que otro más fuerte que tú, evite la agresión y me resguarde del abuso. La Policia desempeña, entonces, una alta función social de una trascendencia indiscutible: impide los conflictos que pueden originarse entre los particulares y protege a los débiles en contra de los atropellos de los fuertes. Muy bien. Hemos hablado teóricamente. En la práctica, la Policía existe para el fin antes mencionado; pero, existe tambiér, —y muy principalmente—, para defendernos a nosotros. Ella y los jueces, representan el imperio de la ley y son sus defensores naturales. Pero como la ley la dictamos nosotros, se explica entonces, que tanto la Justicia como el organismo policial, existan para resguardarnos. Por eso, son los guardianes que defienden nuestra situación, a la vez, que por la fuerza permiten a las hordas de Atul la prosecusión de su tarea. Si alguien lo pone en duda, que grite, que proteste o se revele. Muy lugeo ha de aparecer sobre su cabeza el garrote, y tras de la consiguiente caricia, lo demás: el calabozo, el apremio, el castigo. Creo que esto, no lo ignoras.

En verdad, era así. Debido a mi carácter de agitador obrero, mis relaciones con la Policía, no fueron nunca muy cordiales. En más de una oportunidad, tuve con ella alguanos lances pintorescos, en los cuales, por supuesto, el unico perjudicado fué siempre Atel.

—Y resulta asi, —agregaba Aful—, que el orden público, es un mito tal como lo son la democracia, la patria o la soberanía del pueblo. Se ha desfigurado la función y por eso, trás la pantalla que invocamos a cada instante, se oculta la realidad pura y simple: la creación de un mactzo organismo de fuerza que permite la opresión de la multitud por los poderosos. Eso y nada más, es la Policía. Digamos: una de las legiones de Satanás.

-¿Lo será siempre?- le preguntaba yo.

Atul no se daba por aludido.

—Pienso a veces, —continuaba—, en el destino de esta pobre gente. A menudo, se obliga a estos pobres hombres, que desempeñan una función noble y necesaria, a ser las víctimas humildes de los irresponsables que en la sombra tienden sus redes y hacen jugar sus innobles apetitos. A veces, se comete con ellos la ignominia de obligarlos a utilizar la fuerza defendiendo intereses que le pueden ser contrarios.

-Ocurrirá siempre así? -insistía yo. Supongamos que alguna vez, el mito desaparezca. Supongamos que.....

Me miraba Atul, intensamente.

-Eres un canalla, -me interrumpia-. Desastre tan horrible no debe ocurrir. Y si pese a todo, sucediera: ¡pobre Satanás!

Yo me reia. Y Atul, también.

—Las gentes de Armas, —agregaba—, van uncidas a mi carro. Son dóciles y lo seguirán siendo. Yo te lo digo...

Y resulta así, que ya son tres mis legiones. Pero no bastaban.

Era tan cínico el lenguaje de Atul, que me movía a la risa. Me hablaba con una naturalidad tan grande y de un modo tan sencillo y amistoso, que yo, por momentos, me sentía inclinado a decirle: "Mira hombre: no seas sinvergüenza". Pero prefería callar. Eran muy interesantes las disertaciones de Atul para interrumpirlo.

-Solas y aisladas estas legiones, perecerían. Revelada la multitud, poseedora de la fuerza, nos aniquilaría a todos nosotros. Aventaría a los gobiernos, hecho que ha ocurrido en más de una ocasión. A nosotros, los ricos, nos arrebataria nuestras riquezas: nos arrastraria por las calles; nos colgaría de las horcas. Destruiría los ejércitos. La multitud, tiene a su favor el número y dispone de la verdadera fuerza. Es insignificante nuestro poderío comparado con el suyo. Y aunque sea doloroso, he de reconocer que la multitud sublevada es terrible. Era necesario entonces, para mantener tranquila a la bestia, para hacerla sumisa y paciente, destacar a una cuarta legión. Por eso forman la CUARTA LEGION DE SATANAS, LOS CORRUPTORES de la personalidad humana; los CORRUPTORES DE LA CONCIENCIA DE LOS HOMBRES; los que deforman sus cualidades y los envilecen, para encadenarlos y ponerlos, obedientes, bajo el control de nuestras pasiones. Es ésta, mi Cuarta Legión. Y yo te lo digo: son éstos, grandes legiona-rios de Atul...... Forman la legión más numerosa. Son miles. Nó; son millones. Los hay de todas las categorías,

de todas las edades, de ambos sexos y de todas las condiciones. Aún los hay, —y muy estimados de nosotros—, ente tus propios elegidos: entre los que extienden por el mundo el emperio de la verdad, de la belleza, del talento, de la justicia o de la bondad. Estos aportan un concurso valioso en alto grado. Reunidos a los otros, hacen el milagro continuo de servir eficazmente, los intereses de Atul: el principe del mal v de las tienieblas..... Son mútiples v delicados los trabajos de esta cuarta legión. Sus hombres, publican libros, diarios o revistas; predican; enseñan; hablan; forjan principios y sistemas; revolucionan a veces a los hombres con grandes ideales: Tan grandes, como grande es la mentalidad del soberano pueblo. En pocas palabras, cimientan LA ESCLAVITUD MORAL DE LOS PUEBLOS, de tal suerte, que los pueblos se mantienen sumisos, oprimidos, sumergidos en un ambiente malsano que solo nos beneficia a nosotros. Por obra de estos legionarios se forman los hábitos v se cimientan las costumbres. Y unos v otras, se hunden en las masas, formando una gigantesca madeja que inmoviliza a los espíritus. La fuerza bruta no es razón de cohesión ni de obediencia para un pueblo. La fuerza bruta, cede ante la fuerza bruta. Y no olvidemos que es la multitud quien posee la fuerza. Entonces, más sutil y más eficaz que la fuerza bruta, estos legionarios crean la fuerza moral. Y así se opera el milagro: la multitud se transforma en un juguete y cae bajo nuestros apetitos y depravaciones. ¿Quieres un ejemplo? Ahí tienes a los pueblos, cuando prende en ellos el ardor guerrero. Ciegos y embrutecidos, piden a gritos, la guerra. Porque en el fondo, el hecho real, es solo éste: los principios ambientes aprisionan o deprimen al hombre con más fuerza que las cadenas y que las amenazas. Lo que te enseñaron que era malo, es para tí una traba. Y lo que te enseñaron que era bueno, es para ti, un estimulo y un hábito, con fuerza bastante para hacerte esclavo. Ante todo, esclavo de ti mismo; enseguida, esclavo nuestro. Y ahí están los resultados: la multitud se mantiene obediente e incapaz. Digo entonces, que esta mi cuarta legión, opera

con la TORPEZA HUMANA. La dora de mil matices y la explota de un modo maravilloso..... ¿Quienes son estos mis legionarios y donde se encuentran? Soy sincero y te lo diré. Ellos te toman desde que naces. No te abandonan si no cuando ya has muerto. Dia a dia siguen tus pasos. Están próximos a ti; te rodean; conviven contigo. Por eso, los encuentras en el hogar, en la escuela, en el circulo de tus amigos, en la iglesia, en la vía pública ,en todas partes: donde vavas. Más aún: influyen sobre tí de un modo inconciente. natural y espontáneo, Ellos forman el ambiente que te rodea y por eso, aunque pongan en tí su amor y sus mejores propósitos, sin embargo, —estúpidamente de buena fe—, te oprimen y te deforman. Nunca podrías dudar del cariño de tu padre, de tu madre o de tus hermanos. Pero aún ellos, los más cercanos a tí, en el calor del hogar, arraigan en tu alma, los primeros fundamentos de tu futura personalidad y te transmiten un modesto bagaje de rutina. Y más allá de éstos, los otros: el maestro que te enseña la sumisión a la autoridad, el respeto al orden público y el acatamiento de las lese, y hace de ti, un pobre hombre, que a título de mucho respeto, se deja explotar, y es por ello, un miserable; el amigo que, sinceramente estúpido, te discute y te convence y obra que, sinceramente estúpido, te discute y te convence y obra en tu ánimo con fuerza bastante para reprimir tus rebeldías o para apegarte al rebaño; el hombre de influjo o de respeto, que por sus riquezas, por sus años o por su posición, es un idolo para ti, aunque tras la pantalla de ese idolo se oculte un imbécil; el orador que te azuza y en torrentes de palabras, arrastra tu espíritu hasta el punto de negarlo a razones y a control; el periodista que sembrando sus odios o sus torpezas en la multitud, te seduce, o te convence o te inflama, inculcando en tu alma los grandes ideales de Satanás, o hace de ti una bestia inconsciente o un bruto enfurecido; el hombre de ciencia o de talento que pérfidamente, escribe libros, y con sofismas o errores, desfigura la realidad y te demuestra que las cosas no pueden ordenarse de otra manera de como lo están; el genio de la especie, -sabio, filósofo o artista-, que legitimamente conquista la fama, pero que, fuera de la órbita de su acción cae en el yerro o en la torpeza común y a la vez que impone respecto al rebaño por sus méritos, irradia sobre él, su pusilanimidad o sus miserias; el moralista que te enseña un tipo de moral acorde con el apocamiento o la explotación; los que te enseñan a odiar y los que te enseñan a querer; los que cierran tu cabeza al análisis y a la verdad y te anclan el PREJUI-CIO en el alma, como tremenda amarra que tu no puedes cortar: los que te engañan, o te seducen, o te dominan y hacen de tí un estúpido animal, paciente y bueno, tolerante al látigo y al abuso, apegado sin asomos de conciencia a tu redil; en pocas palabras, LOS QUE TE ENSEÑAN A SER UN IMBECIL Y TE TRANSFORMAN EN UNIDAD DE RE-BAÑO, privándote de tu libertad moral e intelectual, el mayor de tus tesoros, esos son lo que forman ésta mi CUAR-TA LEGION. Y te lo repito de nuevo: son éstos, grandes legionarios de Atul. Son los sublimes artífices del averno, que cimientan, la razón profunda de la esclavitud. Por eso, son los muy amados de mi corazón. Por su obra, se nos hace sencillisimo el manejo de la bestia. Y quien lo dude, ahí, sobre la faz de la tierra tiene la demostración. Con el soberano pueblo, nosotros hacemos lo que se nos antoja. Lo hacemos convulsionarse y bramar de entusiasmo; lo mandamos a la guerra; lo apaciguamos; lo hacemos sumiso y odediente. En verdad, es esta cuarta legión, el resorte maravilloso que nos permite el dominio del mundo. Por su obra, en cada hombre, encontramos una bestia mansa, sumisa v posible a la explotación y al abuso.

Se callaba Atul. Miraba vagamente a la lejanía, como si quisiera poner sus ojos en los confines de su imperio. Yo lo seguía en su intención. Y me era doloroso pensar que, dentro de la tierra, no tenía límites, el imperio de Atul. Seguía hablando.

—Muchas cosas he de decirte y he de ponerte en camino de muchos misterios. Alguien, hace tiempo, encontró un medio de divulgar la palabra escrita de un modo rápido, fácil y abundante. Dijeron los hombres haber inventado la imprenta. Se conmovieron los cimientos del imperio de Atul y las amarguras de Satanás fueron muy grandes. Empezaba a irradiarse la luz y se reducian las sombras. La ignorancia, -que bien sabes, es uno de los fundamentos de mi poderio-, tenía un brusco menoscabo y la semilla de dios, empezaba a caer abundantemente sobre los hombres. Pero Satanás se rehace: largó sobre la maravilla un río de oro. y si, bien es cierto que, no le fué posible desviar el curso del torrente, por lo menos, lo cubrió de inmundicia y de maldad. Ahí tienes ahora, circulando por el mundo, diarios, revistas, y otros papeles impresos. Constituyen, todos ellos, la ubre maldita de donde bebes, tus ideas torpes y tus prejuicios. ¿He hablado de la prensa? Convengamos en que sea asi. Yo te lo digo: he ahi, la prostituta. Y por desgracia. también para mí, pese al oro y al esfuerzo titánico, por corromper o ponerle cadenas al talento, todos los días y de todas partes, llegan dardos envenenados que horadan las entrañas de Satanás y lo desesperan de dolor. ¿Por qué, -me pregunto a veces-, los hombres inventaron la imprenta? ¿Y por qué, siguen inventando otras cosas, tan perjudiciales para Satanás, como aquélla?...

Me miraba él a mi y yó, le miraba a él. Y ambos nos

reiamos. Era un cínico ese Atul.

—¡Bah! —me decía—. Para decirte que la prensa o mejor, quienes la dirigen y dominan, forman un núcleo selecto, dentro de esta cuarta legión, creo que es bastante.... Y hay un otro núcleo selecto. Y éste, alguna atigencia dice a tu persona.

Yo le escuchaba con más atención.

—¿Quieres que sea cordial contigo? Pues sea. Y para probarlo, vaya una declaración: yo amo a tu padre, el obispo. Lo amo de verdad; porque se cuenta entre los grandes dignatarios de esta cuarta legión. No diré tu padre, para no ofenderte. Diré mejor: el CLERO.

Aquella refinada maldad de Atul, por momentos, se me hacia simpática: precisamente por su refinanmiento. Le mi-

raba. Me contenía. Y le dejaba hablar.

-Con el clero, -me decía-, nos pasa algo curioso; al

menos, me ocurre a mi, individualmente. El clero ha sido el enemigo secular de Satanás. Sus hombres, han sido y son, los mayores detractores que he tenido en este mundo. Me han calumniado; han hecho de mi, un símbolo de la maldad; de la miseria y de la bajeza. Hasta me han dado formas de animal, de bicho raro: con cola y con cuernos. Son feroces para tratarme. Sin embargo, -sólo a tí, te lo digo-, si el clero no existiera, no serían tan extensos los dominios de Satanás en este mundo..... En todas partes, en todos los pueblos, bajo todos los cielos y en todas las latitudes, los personajes que lo forman, han brotado espontáneamente, así como brotaria una planta maldecida. Sus nombres poco significan: aquí se las llama brujas o hechiceros, más allá se las llama levitas o profetas; en este pueblo se les llama pitonisas o vestales, en aquél, se les llama frailes o sacerdotes. Lo cierto es que en todas partes surgen por los mismos motivos, porque constituyen un resultado social necesario que proviene del terror cósmico de la especte..... Dios es sabio y es justo; también es bondadoso. Entonces así, sabio, bueno y justo como lo es, crea al hombre y lo larga a rodar por el mundo en la calidad de una pobre bestia errante. Era maravilloso el mundo y era excelso, el sublime estruendo de sus manifestaciones: Mares embravecidos; tempestades horrendas: bruscas convulsiones de la tierra: volcanes que arrojon lava; fuego y humo; el rayo que se descarga enérgico y brillante; el trueno que retumba con la majestad terrible de una amenaza fatal .Sí. Era maravilloso el mundo y joven todavía, bajo la comba de los cielos, daba manifestaciones titánicas de su poderío: era el asiento de la bestezuela errante, -el hombre-, que se escondía en las ramas de los árboles, en las cavernas, o en los accidentes del terreno. Invisible, la muerte circulaba desenfrenadamente por todas partes. Los huracanes regaban la desolación por la tierra. El trueno, como si fuera la voz majestuosa del Hacedor, ponía miedo y estremecimientos en el alma. La lava y el fuego de los volcanes, dejaban la muerte y la ruina a su paso. Los terremotos hacían subir una palidez mortal a las caras. Los demás animales, acechaban, ata-

caban y destrozaban. El peligro, el dolor y la muerte, mantenían a la bestezuela errante, -el hombre-, en sobresalto continuó y en angustia perpetua: a cada instante se jugaba la vida. Y por ésto, vibraba en su alma, el terror: eso que el dios santo de los cielos, puso también en la conciencia. Y así, el hombre primitivo, en el trágico sucederse de sus días y de sus noches, sentia dentro de si mismo, una congoja intima y una angustia horrible que lo llevaba a la desesperación. Todo le inquietaba; todo le perseguía: desde el rayo vibrante hasta la fiera oculta; desde el insecto dañino hasta el estruendo de los volcanes. Y entonces, el hombre primitivo, -bestia entre las bestias-, huia de la muerte: el enemigo invisible que le amenazaba de todas partes, desde el cielo, desde la tierra, desde el agua: desde el aire; desde todo lugar. A esta fuga continua ante la muerte, a esta ansiedad brutal de la bestia que se desespera por vivir. -fuga y ansiedad de ayer, de hoy y siempre-, los hombres sabios, le llaman TERROR COSMICO. Yo no soy sabio. Pero maldito mil veces el Supremo Hacedor, que así ordenó las cosas: no tenía derecho para descargar estas angustias y estos rigores sobre sus criaturas inocentes.

Me miraba Atul. Se animaban sus ojos por destellos felinos. Yo me ponía serio y bajaba la vista. Atul seguia

hablando.

—El terror se torna invencible: en la torpe imaginación de la criatura nómade, se plasma en esperanzas y en callados anhelos. Es necesario encontrar un ser poderoso, fuerte, enorme; alguien que libere de las angustias y que proteja y ampare; alguien cerca de quien resguardarse, así somo se resguardaría un niño que acude a las faldas de su madre; alguien que evite la muerte y nos defienda de ella. ¿Será posible encontrarlo? Lo busca. Y no encuentra. Ni en los cielos, ni en la tierra, ni en los mares. Pero el terror cósmico se agiganta. Degenera en espejismo y en ilusiones. Debe encontrarse un ser poderoso para que tienda su mano fuerte y vaya en ayuda de los infelices que jimen de deses-

peración. Y he aquí, que surge un personaje: Dios. Un Dios o muchos dioses: no importa. En todo caso, el hombre ha creado un ser poderoso que en adelante ha de defenderlo de la muerte, de los peligros y de los dolores. Más aun: ese Dios o esos dioses, le darán, también al hombre después de la muerte, una vida feliz, larga, eterna, plagada de satisfacciones, más llevadera y mejor que la vida miserable que se vive en este mundo..... La causa: el terror cósmico. El efecto, un aborto de la imaginación febril: DIOS.

Era muy grande la sabiduria de Atul. Pero confieso que por momentos, yo me sentía alarmado. Veía temblar sus manos y notaba un extraño centelleo en sus ojos.

-Primero, Dios. Enseguida, como una consecuencia de aquello, el SACERDOTE Y EL CULTO. Un sacerdote, es sólo un hombre que invoca la protección de Dios. Quiero decir, un hombre a quien Dios oye de preferencia. A los demás, Dios no les escucha. Pero al sacerdote sí: a ese le oye. Y por eso, el sacerdote trae para los pueblos la palabra de Dios. También hace milagros. Implora, reza, profetiza, dicta leves: Y el rebaño que, motivos tiene, para no irritar a su divinidad, oye al sacerdote. También le sigue. También le obedece. Yo Atul, sostengo que ha nacido un pulpo en la entraña social. Tarea fácil es, aquella de rezar e implorar a Dios. El resto de los hombres, trabaja. Unos van a la guerra. Otros toman el arado y aferrados a él, -en la ingrata labor de obtener un pan-, dejan sus energías en los campos. Otros manejan la herramienta humilde y ensayan su talento y su ingenio, en el largo camino de la técnica. El pulpo aquél, también trabaja: reza a Dios; obtiene de Dios la protección para su pueblo. ¿Hay, por ventura, un trabaio mayor? ¿Y más cómodo, agrego yó?..... Han pasado los siglos. Sostenido por la torpeza, por la cobardía e ignorancia de las gentes, el pulpo subsiste. La humanidad sabía de la hora presente, aún lo tolera. Los hombres del clero, sean cuales fueren sus nombres, son los representantes de Dios. Y por serlo, lo sirven. Dire mejor: ME SIRVEN. Ellos, invistiéndose a sí mismo, con la representación del Altísimo, en todas partes son los elementos más recalcitrantes de la reación y por lo tanto, los enemigos seculares de todo progreso. Aprietan el puño sobre la humanidad y la retienen. Deforman la vida del hombre y le ponen trabas a su natural desarrollo. Tal como hace siglos, siguen usufructuando de una situación de privilegio que no se justifica. Y ahí, los tienes. Si se trata de la verdad, ésta debe ir ceñida a sus conveniencias y a sus dogmas. Si se trata de la justicia, ella debe romperse y caer en la excepción, para respetar con condición de holgazanes, que, sin título alguno, se colocan al margen del gigantesco esfuerzo que hace la humanidad para obtener, por medio del trabajo, lo que requieren sus necesidades. Si se trata de la belleza, tampoco puede existir, si ella en sus íntimos recreos, se torna divinamente impúdica y adopta sus formas más excelsas, copiando o imitando la estampa que tu dios, diste al género humano. Si se trata de la moralidad, ellos, por sí y ante sí, se transforman en los censores de las buenas costumbres. Y entonces, la moralidad, se torna imposible, si no va de acuerdo con sus dogmas: los sacrosantos principios que te imputan a ti. En todos los aspectos de la vida son mis aliados: me ayudan en esta cruzada ingrata que hago en tu contra..... Es lo común. Por desgracia para mí, hay también excepciones. Una religión combativa que empuña el emblema de la rebelión y así rebelde, se levanta para humanizarse y destruir injusticias y prejuicios. es sin duda, un serio peligro para Satanás. Los casos no son muchos. Pero los hay. Entre otros, se destaca el de Jesucristo, un sujeto a quien las gentes, aún hoy día, al cabo de dos milenios, señalan como hijo tuyo. Me reveló a los esclavos y grande confusión introdujo en mi reino; aunque se mostrara incapaz para amagar sus cimientos más profundos. Pagó su insolencia, así como la pagan los que se atreven a revelarse en contra de las hordas de Atul: con la vida. Después, sus continuadores, dócilmente cayeron en la celada y desde hace muchos siglos, van uncidos a mi carro. Porque el caso siempre se presenta con los mismos caracteres: desde el instan-

te en que el clero se organiza y se impone como fuerza social, degenera. Deja de ser el aliado de Dios para transformarse en el servidor del averno. Por la razón de imponer al hombre, sus dogmas y misterios, que son siempre indiscutidos, tiende a paralizar la audacia del pensamtento como a inmovilizar también, los hábitos y costumbres. Constituyen por tanto una fuerza enorme de reacción que es una de las trabas más considerables a la evolución natural del hombre..... Es en el aspecto moral, donde el clero me presta sus servicios más valiosos. Es principalmente, el clero, quien crea el ambiente moral en los pueblos. Ahí a la luz del día, están sus faenas. En las iglesias o recintos que levantan para tí o donde te supone presente, predican la humildad y la sumisión: la paciencia ante el rigorismo y ante la maldad de los hombres. Desde pequeñito te enseñan a obedecer y te prohiben toda audacia para romper tus cadenas. Los más fuertes hierros que te ligan a la esclavitud, te los remacha el clero. En las profundidades de tu alma remueven el terror cósmico. Y tú que, tanto como el hombre de las cavernas, temes a la muerte, porque se te hace terrible y angustiosa, la siniestra soledad del no ser, oyes sus insinuaciones. Y el temor, la creencia o la ilusión arraiga en tu espíritu..... Es estupendo el sentido de vida práctica que guía a estos hombres. En medio de ceremonias o revestidos de pompa y majestad, con palabras dulces o con terrible presagios, acuden a los libros santos o a las leyendas heróicas. Te repiten las palabras, las frases, las promesas o las amenazas que habrian dicho los profetas: algunos hombres que al decir de las historias o leyendas, habrían venido a este globo enviados por tí, entre ellos, aquel hijo tuyo que dicen, vino, a este mundo a redimir de sus males a la humanidad. Y también a pelear conmigo..... Cautelosamente, con tino sumo, pero con destreza refinada, a modo de una inmensa araña que teje sus redes, el clero, opera en la sombra. Sus miembros invaden el hogar: el refugio natural del hombre. Allí seducen a la mujer, a la hija, a la hermana o a la madre. Si no toman un contacto directo contigo, por medio de la mujer de la hija, de la hermaña o de la madre, hacen pesar sobre tí su influencia. Y entonces, operando sobre el arca santa de tus amores, tienden sobre ti la garra y te sujetan. La madre, la hija, la hermana o la mujer, han de susurrarte al oido sus palabras. Y tú, por oir a los seres que amas, por esos que te invocan el emblema! santo del cariño, serás dócil y seguirás siendo el imbécil de todos los dias. Puede que tú seas un rebelde y que tu antipatía por dios, por el clero y los cultos, sea manifiesta. Aún puedes sentir desprecio por esa gente que comercia con los sentimientos. Pero por oír y conformar a los seres que te quieren, has de doblegarte: debes aceptar tonterías y ridiculeces y una tutela que se te impone a través de los fueros santos del amor. He ahí la obra maestra de esas gentes..... Más allá, en las Iglesias p en los templos, predican el acatamiento de las leyes de dios, que por rara coincidencia, son las mismas leyes de los hombres. Digo: las que dictan mis legiones. En resumen, tienden a transformarte en una bestia de carga, porque oprimiendo tu corazón, te oprimen toda la vida. Por eso, es el clero, la falange selecta del averno que opera con los SENTIMIEN-TOS, eso que tú dices, el mayor tesoro del hombre: eso que lo liga a tí. No duraría tanto, el largo martirio de la humanidad, asolada y oprimida por mis legiones, si el clero no existlere. El clero ha privado al hombre de uno de los factores realmente divinos que constituyen su personalidad: la rebeldia. De este modo han entregado al hombre con las manos amarradas a mis legiones. Para conformarlo, ofrecen en tú nombre, una quimera más allá de la tumba. Ofrecen una vida nueva, ideal: una vida que tal vez podría hacer la humanidad, nó en el cielo, si no aquí en la tierra, si yo Satanás, no la dominase. Y cosa curiosa: esa vida sublime se ofrece principalmente a la unidad de rebaño: al esclavos Para nosotros los amos, el ofrecimiento no es tan majadero ni tan halagador. Al fin, disfrutamos nosotros aquí en la tierra, parte de esa delicia celestial. ¿No crees entonces, que el clero me aporta un poderoso concurso? ¿Qué sería de mí, si el clero no existiere?

Me miraba. Para hacerlo, cerraba un ojo. Pero yo, en su otro ojo, veía reververar su sarcástica picardía. Me callaba.

—Yo te amo a tí. Es natural entonces que mi amor, se extienda también a tu padre. Te lo digo sinceramente: lo amo de todo corazón. Lo reverencio. Lo respeto. Aunque él, a veces, desde el púlpito, me insulte.

Con picardía, cerraba un ojo. Allí en su otro ojo, reververaba la maldad. Un extraño cosquilleo me circulaba por las manos. Se me crispaban los puños y las uñas se me hundian en la carne. Pero me contenía.

—No hace al caso manifiestarte mi amor. Ya sabes que es muy grande. Por un desgraciado que hace el ridiculo en este mundo, sólo se puede sentir amor. Otros le llamarían piedad. Yo lo llamo amor.

Confieso que la paciencia se me iba. Se me arrebolaba el rostro. Ese cosquilleo en las manos se me hacía insoportable. Lo notaba Atul. Y reprimía sus sátiras.

—Hombre, —me decía—, todo esto, importa poco. Somos amigos. Muy amigos. Entonces, cumplo con el deber de ser sincero y de ponerte en la realidad de los fenómenos. Te lo digo nuevamente: el clero es un poderoso auxiliar de Satanás. Es verdad que sus hombres me insultan. Aparentemente, se ponen frente a mí en son de guerra. Eso, tampoco importa mucho. Ellos saben que son mis aliados. Yo también lo sé. Entonces, no va mal aquello de coquetearse en el hilo de las palabras..... Porque me sirven y me es eficaz su apoyo, yo los resguardo y les asigno una situación privilegiada. No trabajan. Ni para nosotros ni para nadie. Pero es natural que yo pague sus servicios asi como pago a las gentes de armas. Por eso los alimento: viven sin trabajar.

tion, printed the area applicable extension which which

—He ahí a mis legiones, —me decía Atul—. Hace siglos, un desgraciado cualquiera, habló de aquellos terribles jinetes del Apocalipsis. Dijo que a su paso, derramaban el dolor la desgracia y la muerte. Muy bien. Por lo menos, la mente obsecada del anónimo visionario, creó un símbolo. Ahí, en esas cuatro legiones, tienes a los cuatro jinetes del Apocalipsis. Desde hace siglos vienen galopando por la hubana heredad. A su paso, se estremece la tierra. Se hunden las generaciones, bajo sus destrozos brutales. Ahí van. Ellos son. Y yo te lo juro: seguirán galopando por muchos siglos todavía.

Como alucinados por las palabras, los dos mirábamos hacia adelante. Las ideas y las imágenes se me confundian. Sentía el desasosiego y la angustia. Y en mi oído, seguian resonando las tremendas palabras de Atul. Nos mirábamos. Y Atul, serenamente, lo repetía.

—Desde hace siglos vienen galopando por la humana heredad. Ahí van. Ellos son. Yo le lo juro: seguirán galopando por muchos siglos todavía.

Cambiaba Atul el giro de sus palabras.

-Estas legiones sostienen mi poderio. Mi reino, puede ser un idolo con los pies de barro. No importa. En todo caso, se mantiene. Ha subsistido y seguirá subsistiendo. Ha de durar hasta que la humanidad, se hunda en la muerte. Es grosero e inadecuado el mecanismo para esta época. No niego que pueda y deba modificarse. Negarlo implicaria torpeza. Que, al fin, en nuestra larguísimo conflicto, tú siempre te impones. Algunas de mis legiones, pueden desaparecer. Lo más probable es que cambien de fisonomía. Pero mi grupo y yo, no desaparecemos jamás. Nos defenderemos con una furia atroz. Satanás, no suelta tan fácilmente, la presa. Y cuando lo hace, afloja, con una lentitud desesperante, la garra. Ha de correr mucha sangre y ha de ser fantástico el derrame de amargura, para que la humanidad salve el duro trance de la época presente. Y apenas yo haya caido, habré de levantarme. Porque la verdad es, sólo, ésta: en cualquier tiempo, -ayer, hoy o mañana-, siempre han existido y existirán, dentro del grupo humano, elementos sociales de reacción. Con ese egoísmo monstruoso, porpio del hombre, estos elementos no se doblegan jamás. Digo de nuevo que mis legiones pueden caer. Los anhelos de perfección, como las fuerzas combativas de la especie en marcha, pueden hundirlas en la derrota o disolverlas en el fárrago de los hechos. Pero del fango, esas legiones, surgirán de nuevo. Al correr de los siglos, seguiremos aferrados al timón que fija los rumbos humanos. Y de alli, poder alguno, logrará sacarnos. Bien sabes que somos inseparables y que sólo a título de no existir la vida, ni el universo, tendría un término, nuestro larguísimo conflicto.

Se hacía melancólica la voz de Atul. Pero al momento, un reflejo de diabólica satisfacción, se le derramaba por el rostro.

-Por ahora, y para los días que corren, yo me siento conforme. Ahí van mis legiones, fuertes y disciplinados haciendo su trabajo. Ahí está mi reino: sólido, complicado, inmenso. En la sombra se tejen las redes que aprisionan a la humanidad. He tendido esas redes, día a día, año a año, siglo a siglo. Estoy satisfecho de mi obra. Por haber enredado yo, a los hombres en esa malla, la vida hmana, es lo que es. Tú me hablas de la grandeza de la vida. Me hablas de talento, de voluntad, de corazón. Me dices que son infinitas las posibilidades del hombre. Yo no lo discuto. Tampoco me imagino hasta dónde ha de llegar este bicho en demanda de la grandeza. Yo creo que la vida de cada hombre, puede ser mejor. Esta vida puede plagarse de satisfacciones. Si el trabajo es una carga, puede el trabajo, ser una carga muy llevadera. Esa suma de dolor y de sacrificio que el trabajo arroja sobre nosotros, puede aminorarse, diluirse, quizás desaparecer. Junto al sacrificio, puede levantarse un gigantesco amontonamiento de satisfacciones y de placeres. Bajo el dorado tapiz de la felicidad humana, la vida, puede ocultar sus lacras y sus miserias. Arte, belleza, justicia, talento, verdad, armonía, recreo, en suma, felicidad, pueden constituir el patrimonio del género humano. Puede ser una delicia esta vida: un paraiso. Yo no lo niego. Tampoco podría negarlo. Menos discuto la ilusión ni amago la esperanza. Si. Pero la realidad es muy diversa. Esa madeja mía, tupida y fuerte, a modo de una malla horrible, todo lo limita y todo lo desfigura. Ahí van esos cuatro iinetes derramando la injusticia y el dolor. Por vivir la humanidad bajo mi garra, la vida de cada hombre es un larguísimo tejido de caídas, de fracazos y de eventualidades. Es una cadena de dolor. Por la misma causa, el hombre de esta época, no hace honor a su calidad de tal. Primero es un animal; sólo en segundo término es un hombre. La lucha por el pan, -síntesis de sus preocupaciones de orden biológico-, absorve casi todo su esfuerzo. Aun hay gentes que padecen, hambre. Las hay también que carecen de techo y abrigo. Y sin embargo, son esos, los que sufren y los que trabajan: son los condenados a una vida maldita. Digo yo: ¿Qué puede significar para esos infelices, el arte, la belleza, la ciencia, el talento, -digamos las grandes recreaciones espirituales-, cuando embrutecidos por la esclavitud y ahogados por sus necesidades, son incapaces de sentir y comprender una vida superior, y, -aparte de esto-, apenas les es posible acallar los ahullidos de su estómago? Pues, no significan, nada. O lo que es lo mismo, nada significa para ellos, lo que, precisamente, hace la vida, agradable, poderosa y feliz. Una bestia, con una difusa aureola de grandeza: he ahí, al hombre..... ¿Pero acaso, yo lo hago para gozar de mis perversiones? Nó: yo sólo cumplo tus leyes. Tu dios, ordenaste así, la vida. Hiciste del hombre un perro de presa, pusiste en él un egois-mo monstruoso y ahí tienes ahora los resultados: un grupo reducido explota u oprime a la inmensa multitud. He cumplido y sigo cumpliendo las leyes de dios. Por desgracia, mis legionarios son tan infelices, que no saben aprovechar el milagro que yo hago en su beneficio.

Se callaba Atul. Se quedaba pensativo. Hablaba de

nuevo.

-Es doloroso destino, cumplir una misión de verdugo

dentro de un rebaño. Pero yo debo cumplirlo. A eso me has condenado. No lo olvides: he de ser el buitre hasta la hora postrera.

Súbitamente, Atul se exaltaba. En forma violenta se

dirigia hacia mi.

—Tú, miserable, sigue tu camino. ¿Quisiste venir? ¿Quisiste ver mi obra? Ahí la tienes: ocupa toda la tierra. Ahora, llora y gime apretado por las garras de Satanás. Nunca serás otra cosa que un esclavo miserable. Y todavia, por ridiculo destino, una ruedecilla dentro de la poderosa maquinaria de Atul. Siguiendo tus lecciones, con la pasta que arrojaste a este mundo, he construído mi obra. Ahí la tienes. Ahí están mis legiones. Esa es mi obra. Te lo digo de nuevo: ocupa toda la tierra. Y tu Dios, ridicula mentira que aun adoran los hombres, nada puedes contra ella.

Yo me reía. Me reía con desprecio. La petulancia de

Atul me hacia gracia.

—Habré de iluminar la conciencia de los hombres, —le decía yo—. Les mandaré mis rayos divinos. Despertará la bestia de su largo sopor. Romperá la bestia sus cadenas. Se estremecerá la tierra hasta sus confines. Llegará el día tremendo de la ira y del castigo. Y entonces, no quedará de tu imperio, piedra sobre piedra.

—Bravatas, tonterías, ilusiones, torpezas. Yo me río de estas cosas. ¿Quieres despertar al monstruo? Desgraciado: te tragaría a tí mismo. No sería el primer caso en la

historia de los hombres.

-No importa, -le contestaba yo-. Voy regando con sangre los caminos. Lo haré. Sí: yo lo haré. Yo: dios y hombre.

—Hazlo. Yo te lo ruego. Revélate. Subleva a la multitud. Has rugir a la bestia. Has, que sacuda sus cadenas. Llega hasta las puertas de mi fábrica. Yo te lo ruego. Pero que alli, terminará también tu historia, tampoco lo pongas en duda: te haré ametrallar y morirás como un perro. Es muy fuerte aun, el Imperio de Atul, para que pretendas destruirlo. Lo haré, —le decia yo—. Lo haré. Tú lo sabes: Para dios no existen los obstáculos, ni lo imposible. Yo ordeno y el universo entero, tiembla y se doblega a mis mandatos. Yo soy, también, el rayo que fulmina a los canallas. Yo te lo digo: no quedara piedra sobre piedra.

Se reía Atul. Bromeaba despectivamente. Seguia riendo.

—Te hará ametrallar, —me decia con insolencia—. Te haré morir como a un perro. Por el momento eso te será bastante. Y enseguida, seguiremos la ronda infinita de nuestros destinos.

Nos reiamos los dos. Odio, desprecio, un doloroso reprimirse, se reflejaba en nuestras pupilas..... Y de este modo, allá en la fábrica, como aquí en la tierra, como en el infinito universo, nos separábamos, para volvernos a juntar. Eramos, sólo, los polos de la infinita y variada creación: luz y sombra; blen y mal; dios y Satanás. Sólo ésto: Atel y Atul.

X

Apenas si quedaban rasgos del crepúsculo. Yo pasaba te a los jardines de Atul. Sentí rumor a besos y a colode enamorados. Y por una pequeña abertura del ra-

frente a los jardines de Atul. Sentí rumor a besos y a coloquio de enamorados. Y por una pequeña abertura del ramaje, que yo conocía, miré hacia adentro. Ví a la mujer de Atul sentada en las rodillas del "Cachorro". Ambos se abrazaban y se besaban. Estaban sentados en el mismo banco que habitualmente, ocupabamos, Atul y yo para charlar.

Pensativo, profundamente preocupado, segui mi cami-

no. Y aquella noche, no dormi.

Muy poco después, creo que al día siguiente, se rompió una de las gruesas cañerías subterráneas de desagüe que servia a nuestro sector. Reclamamos ante la gerencia de la fábrica y ésta no nos oyó. Pasaron algunos días y ya hablamos con Atul. Se acumulaban escrementos y desperdicios y no era posible soportar tan molesta situación. Atul, tampoco, nos oyó. Se mostró atrabiliario e insolente.

—Si pueden vivir así, —nos digo—, vivan. En caso contrario, se van. Ni mi fábrica, ni yo, somos servidores de us-

tedes para hacernos cargo de sus desperdicios.

Después, su audacia fué tanta, que pretendió bromear

conmigo, haciendo un sarcasmo de nuestra situación.

—La máquina humana, —me dijo—, es maravillosa. Es la creación perfecta y preferida de dios. ¿No lo crees así? Pues entónces, que dios arbitre un medio, para libertarte a tí y tus colegas, de sus perfumes.

Ya perdí la paciencia y resolví castigar a Atul.

## XI

Con tino y con paciencia empecé a preparar mi cruzada. Mis conversaciones con Atul se hicieron menos frecuentes. Ahora, rara vez nos reuniamos. Yo no iba a su jardín... .... El me miraba. Me miraba largamente, intensamente, como si a través de mis ojos y de mi actitud pretendiese sondear un lago de aguas profundas.

-¿Qué haces? -me decía.

—Tengo el derecho de callarme, —le contestaba yo—. Hago: nada.

Me miraba. Me miraba intensamente.

-Irá en tu perjuicio. Tú mismo, te impondrá el cas-

tigo.

- —No seas tonto, —le constestaba yo—. No soy un niño para que tú pretendas el lujo de aconsejarme o amenazarme. Si como dios, a veces, descuido mis deberes, al menos como hombre, debo cumplirlos.
  - -Tú no tienes otra obligación que obedecer.
- —Siempre que se me antoje, —le contestaba yo, secamente.

Atul, agudizaba sus prevenciones para mi. Ahora me huscaba. Se colocaba a mi lado en los talleres v de un modo muy benévolo vigilaba mis trabajos. A veces, hasta pretendia ayudarme: sus delicadas manos, llenas de anillos, se aplicaban a la faena. Era diriculo y chocante, ver al amo omnipotente de la empresa, colocarse junto al obrero harapiento, para demostrarle cordialidad y tratarlo con buenas palabras. Yo me reia. Pero él continuaba su tarea. Disimuladamente pretendía captarse mi voluntad: tenerme tranquilo y contento. Si no importase soberbia, diria que hasta me adulaba. Y solapadamente también, me hacia seguir. Eso vo lo sabía. Donde vo estuviese, siempre había próximos a mí, dos, tres o cuatro individuos que me vigilaban. Eran compañeros míos; tan esclavos como yo. Pero me vigilaban. Se me hacían melosos y agradables. Me invitaban a divertirme; trataban de embriagarme. Y a veces, vo me embriagaba. Rodaba al grosero y obscuro fondo de brutalidad de la embriaguez.

-Mira, -le dije un día-, ¿si estallasen los polvori-

nes qué ocurriría?

-Poca cosa, -me contestó-. Saltaría, por los aires, toda la fábrica. Moririamos todos, incluso nosotros dos.

-¿Y tú, le temes a la muerte?

-Si: le temo. Como hombre, le temo. Me has grava-

do con el estúpido deber de temerla y eludirla.

—Para quién se liga a tramos de inmortalidad, —le contesté—, la muerte es un detalle. Yo no le temo a la muerte.

-¿Quieres volar la fábrica? -me dijo con espanto.

Yo me sonrei con desprecio.

-¿Y para qué? Importaría una crueldad inútil y una destrucción innecesaria. Pero bien sabes que sobre tu cabeza y sobre tus hordas pueden venir calamidades más terribles y más trascendentales.

-¿Acaso, preparas una rebelión?

-Tengo el derecho de callarme, -le dije-. Y por eso, me callo.

Nos separamos de un modo muy poco amistoso. Desde ese día se redobló la vigilancia de la fuerza armada en la fábrica, especialmente en el sector de los polvorines. Y se redobló también, la vigilancia que Atul mantenía cerca de mi persona. Desde que llegué a la fábrica, se dijo que yo era un individuo peligroso: un caudillo popular digno de temerse. Ahora, el temor se acrecentaba.

-¿Por qué me temes? —le decia yo—. El temor no se concilia con los fuertes. Aprende de las bestias que he lar-

gado por el mundo. El león, no le teme a nadie.

—Te haré arrojar de la fábrica, —vociferaba—. Te expondré a los rigores del hambre. Serás un vagabundo. Será miserable tu vida. Caerás en una cárcel. Ya verás hasta donde te conduce tu ceguera.

—Estoy a tus órdenes, —le contestaba yo—. En el momento en que lo desees, me iré de la fábrica. Y en cuanto a tus amenazas, francamente, no las entiendo. Hay algo aquí, dentro de mi corazón y de mi cabeza, que no comprende ni los límites, ni las amenazas, ni las cárceles.

-Ya te lo enseñaré yo, -me decía-. Ya te enseñaré a comprender lo que vale y lo que te significa, eso, que tu

dices, llevas dentro de su corazón y de tu cabeza.

Entretanto, pacientemente, yo desarrollaba mis planes. Pasaban los días y con gran asombro de mi parte, no recibía orden de abandonar la fábrica. Por fortuna, tenía yo algún ascendiente sobre los proletarios y eso era una garantía para mí.

—¿Qué haces? —me decía Atul—. ¿Pero qué es lo que tramas en mi contra? En cuanto a dios, no te temo: solo sabes hacer tonterías. Como hombre eres más temible: pue-

des hacer locuras.

-Predico la bondad, -le contestaba yo-. Sólo a eso se limita mi obra. Te lo confieso: predico la bondad.

Me miraba intensamente. Se reia. Me seguia mirando.

—¿Tú, predicando la bondad? ¿Pero tú, dios, el bruto monstruoso? Es interesante. Nunca, ni aun en las fábulas,

pude imaginarme a un tigre apacentando las ovejas. Es es-

tupendo. A mí, me cabe esa misión. Yo lo haría mejor que tú.

-¿Acaso yo me opongo? Puedes hacerlo. Después veremos quien tiene más éxito y quien predica mejor, la bondad.

Se reía. Me miraba fijamente. Trataba de discutir conmigo. Me ridiculizaba.

—No seas tonto, —me decía—. La bondad está reñida con tu propia obra. Puede ser una ilusión, o también un mito; pero una realidad para la vida, no lo será nunca. Será siempre, un místico engaño para los incautos. La bondad es la cobardía de los débiles.

—Te equivocas, —le replicaba yo—. La bondad es un distintivo de los fuertes. Por eso, yo, también la llamo nobleza.

—El débil que se transforma en fuerte, puede ser noble. Nó, el fuerte que deja de serlo. Para las gentes de hoy, nada vale la bondad.

Para gastar tiempo y palabras, como para desviarlo de sus preocupaciones, me atrevía a discutir. Yo procedía de mala fe. Atul, me rebatía, me ridiculizaba. Me mostraba la absoluta ineficacia de mi doctrina.

—Te pongo este problema, —me decía—. Quiero que me convenzas a mí, de tal suerte convencido, que renuncie a mis privilegios en beneficio de la multitud. Yo confieso que exploto a los débiles: que les robo el fruto de su trabajo. Reconozco también, que en esta fábrica podría implantarse un régimen de trabajo, más justo y más humanitario, capaz incluso, de evitar la explotación; digamos, el régimen que propicias tú y los tuyos. Yo no puedo aceptar-lo porque me perjudicaría. Muy bien. Si a título de inspirado profeta, llegas a convencerme y por obra de ese convencimiento, yo acepto tus doctrinas y renuncio a mis privilegios, reparto mis riquezas y entre ustedes y yo, implanto el tipo de relaciones que ustedes me indiquen, yo diría que tu has resuelto el problema. Diría que eres el profeta más

milagroso que jamás nunca existiera y que la bondad, es, —en serio—, un gran ideal. Dime: ¿lo crees posible?

Se reía. Y yo, también.

—La bestia habituada al abuso y al atropello, no se corrige. Grande empresa es, aquella de convencer a un poderoso y de sus arbitrios y de sus atropellos. Tarea mayor es, todavía, aquella de extraer de un bolsillo apretado, una moneda, aunque esa moneda haya llegado a ese bolsillo por malas artes. A título de caridad, es posible; pero a título de justicia o de derecho, no lo es, ¿Te imaginas, por ejemplo, a un banquero, a un comerciante o a un industrial de alto rango, convencido de sus abusos? ¿Te imaginas a tales bichos, devolviendo a los hombres, lo que por obra de un régimen inícuo o injusto, obtuvieron de ellos? Yo no me los imagino.

Yo me reia.

-¿De modo que tú no crees en la eficacia de la bondad?

—En modo alguno. La bondad es un mito para los hombres. Está reñida con la propia naturaleza humana. Para le ingenuo, para el débil, digo para los esclavos, la bondad, es un ideal. Asi acostumbran llamarla. Pero para nosotros, para los amos no lo es. El hombre de mi legión, es duro, despótico, brutal. Su pasta no es suceptible de reblandecimientos sentimentales.

Yo no me explicaba por cuales motivos razonaba Atul, de ese modo. Me perdia en conjeturas y no daba en la clave. Pero juzgándolo en mala situación, me aprovechaba de sus propias palabras.

—Si tú dices que la bondad, nada puede, quiero que sea como tú dices. Para tratarte, reemplazaremos la dulzu-

ra por el garrote.

Se desasosegaba Atul. Me miraba como si tratase de fulminarme. Me amenazaba. Y a poco cambiaba de tono y se me hacía amistoso para sondearme y moverme a confidencias. Yo me callaba.

—Cuidate de las aguas mansas, —le decia a veces—. Yo te lo digo: son peligrosas. Se desataba en blasfemias y me insultaba. Y yo me reia.

Empezaron los apremios para mí. Ahora me castiga-ban. Se me vigilaba con suma estrictez. Los hombres de armas, me interrogaban y a veces hasta pretendian vejarme. Lo mismo hacían los jefes de la fábrica. Un día, alguien se atrevió a poner manos sobre mí. Me revelé al punto y al ataque respondía con el ataque. De un bofetón, largué al agresor, debajo de unas máquinas, con la cara roja de sangre. Pretendieron emplear la fuerza y prenderme. Cuatro o cinco individuos rodaron por el suelo; porque la fuerza de mis puños no es poca. Apremiado, requerí por fin un arma e hice algunos disparos. Y toda la gente huyó. Vino Atul. Pálido, me habló. Yo le contesté. Nos miramos. Y él, me comprendió. Ni bondad ni fuerza: sólo un pequeño ensayo de equilibrio por ambas partes..... No me castigaron. Antes por el contrario, me premiaron. Al día siguiente, por disposición de la gerencia, se me daba un puesto de cierta reponsabilidad en una seción, y con ello, se me daba una casita para mi alojamiento.

-Veo que te doblegas a mis doctrinas, -le dije a Atul. -En efecto, me contestó-, me convenzo de que son

muy buenas.

Entretanto, algo raro pasaba en la fábrica. Todos sabían que ocurriría algo grave. Lo sabía yó. Lo sabía Atul. Lo sabían todos. Anoto de paso que mis relaciones con Atul siempre constituyeron un enigma para el resto del mundo. Se nos había visto charlar. Se me había visto concurrir a sus jardines. Nuestro trato, era el que existe entre amigos muy íntimos. Esta contradicción, a menudo me originó molestias porque algunos llegaron a dudar de mi sinceridad. Sólo nosotros conociamos el nexo oculto que nos ligaba. Por eso, ahora que era evidente el quebrantamiento de nuestras relaciones, la gente seguía muy de cerca nuestro conflicto. Y por supuesto le parecia muy rara la amabilidad que el poderoso tenía para mí. Pero a veces, se irritaba Atul y me amenazaba.

—Noto que la bestia empieza a recoger sus músculos. Noto que se prepara para sacudir sus cadenas. Pero te lo juro: los aniquilaré a todos. Morirán como perros. Y tú, con la vida pagarás, tu audacia. Te lo juro.

—No seas tonto, —le decía yo—. En todo caso, la vida mía, se compensaría con la tuya. ¿Por qué te alarmas? Nosotros los esclavos estamos tranquilos. Nunca estuviéramos más tranquilos que ahora. No me explico tus temores.

Me miraba fijamente. Mîraba a otra parte. Y no se disipaba ese ambiente inquietante, horrible, plagado de amenazas. De repente, algunos rumores siniestros circulaban por los talleres. Habría huelga. Los obreros, se apoderarían de la fábrica y la destruirían. Habría una vasta sublevación y correría mucha sangre. Esas armas, fabricadas por nosotros mismos y empuñadas por nuestras propias manos, saldrian a la calle a defender los derechos del pueblo. Circulaban muchos rumores. Se triplicó o cuadruplicó el número de gente armadas que resguardaba el establecimiento. Las legiones de Atul empezaban a movilizarse. Llegaban muchas tropas a la ciudad. Se hizo enorme la guardia para custodiar los depósitos de armamentos y de municiones. Algunos de mis amigos, fueron reducidos a prisión. Sólo a mi, no se me tocaba. Y frente a frente, Atul y yo, nos mirábamos y nos reíamos.

-¿Por qué me temes? —le decía yo—. Yo no pretendo nada. Yo no hago nada.

-Yo tampoco, -me contestaba.

Intencionadamente, por momentos, trataba de alar-

—Tú lo digiste. Sólo el látigo puede contra tí. Entonces, no, lo olvides cuando llegue la hora de la ira y del castigo.

La propia mujer de Atul, fué una tarde a mi casa. Amigablemente, conversamos largo rato. Para no desilucionarla al despedirnos, retuve por algunos momentos, su delicada mano entre las mías. Y a ella no le pareció mal. Ni a mí, tampoco. Al día siguiente, como que no quiere la cosa y en tal forma que me oyese Atul, hice como que recordaba algo olvidado.

-Y el oido de dios, seguia sordo a los clamores de los hombres.

La mujer de Atul, que esa tarde debía ir a mi pieza, ya no fué.

—¡Canalla!, —me decia Atul—. ¡Bandido! Te someteré a tortura. Te haré trozar pedacito por pedacito. Ya lo verás.

Y yo me reia. Se confundía Atul. Se confundía mucho. Sufría con la nueva situación. El símbolo tremendo se diseñaba con toda nitidéz. Atul, disponía de fuerzas. Yo también. Había miles de hombres dispuestos a seguirme. Se me imaginaban muy malas las noches de Atul. Y yo seguía riendo. ¡Pobres hombres! Basta a veces una vaga amenaza para torturarlos y desorientarlos..... No quise prolongar aquella tortura y ya me decidí a obrar: un día desapareció Atul, y junto con él, desaparecieron algunos altos jefes y técnicos de la fábrica.

## XII

fulguraba el miedo.

-Nos vás a matar? -me preguntó Atul.

with officerate

—No vale la pena, —le dije—. Sólo dios puede matar. Y mata. El hombre, no tiene derecho. Yo no usurpo los derechos de dios.

Se atenuó ese fulgor de sus miradas. Noté que había un alivio para ellos. Son así, los hombres. Cuando la muerte está próxima, tiemblan. Si la presienten lejana, se tornan soberbios y continuan siendo unos bribones. Podía al menos, el miedo a la muerte, ser un control de sus malos apetitos.

-¿Temen ustedes a la muerte?- les pregunté.

Se sonrieron los otros y Atul, me miró con extraordinaria fiereza.

—Quienes fabrican artefactos para matar, —les dije—, no deben temer a la muerte.

Estábamos bajo la tierra, quiero decir, bajo la fábrica, en los subterráneos. Arriba, sobre nuestras cabezas, sentiamos por momentos, estremecerse la tierra, por el trepidar de las máquinas. Era densa la obscuridad. Los mortecinos reflejos de nuestras lámparas, hacían más tenebrosa la sombra. Se perdían aquellos túneles en obscurísimos recodos. El agua chorreaba de las murallas y había barro en el piso. Era pesado e insoportable el olor a miasmas y a fango en descomposición. Frente a mí, estaban los prisioneros. A mi lado se colocaron enmascarados, mis ayudantes: recios, fornidos y en igual número que los presos.

—Ahora, —les dije—, trabajaremos. Limpiaremos los subterráneos y las alcantarillas. Sólo cumpliremos algunas órdenes de la gerencia que hasta la fecha no se han cumplido.

Era aquel, un trabajo inhumano y horrible. Se hacía, solo una vez cada año. La fábrica tenía extensos subterráneos que la minaban por entero. Se prolongaban esos subterráneos por debajo de la población y algunos se extendían a las campiñas vecinas. Su objeto no era otro que comunicar los distintos depósitos de emergencia como se les llamaba. Los polvorines corrientes, como los depósitos de explosivos, formaban una sección de la fábrica. Eran subterráneos también. Pero en caso de peligro, de bombardeo aéreo por ejemplo, su seguridad era deficiente, por cuya razón para evitar las catástrofes, había estos depósitos de emergencia distribuidos en todas aprtes y muchos debajo de la misma población. A 30 ó 40 metros de profundidad había macizas bóvedas protegidas de cemento y acero, tan reciamente construídas que evitaban cualquiera desgracia.

Para comunicar estos depósitos entre si y también para comunicarlos con los polvorines comunes existían esos túneles. Se les aprovechaba, asimismo, para pasar cañerías de desagües y gruesos cables conduciendo energía eléctrica. Algunas ramificaciones del intrincado laberinto, comunicaban con un acueducto que pasaba debajo de la fábrica y de la población. En ese acueducto desembocaban las cañerías matrices del alcantarillado. La corriente, se llevaba lejos de allí, las aguas servidas, las inmundicias y desperdicios tanto de la fábrica como de los pobladores. Entonces, reparar la cañería que se había roto, fué lo que me movió a dar trabajo a mis prisioneros. Era en verdad, un trabajo digno de nobles.

Sin obstáculos y después de caminar por muchos túneles, llegamos hasta el punto donde estaba la avería. Digo
que por su olor y por su aspecto, no era agradable aquel desastre. La cañería se había roto a una distancia de treinta
o cuarenta metros del canal. Desde ese sitio hasta el acueducto, toda la galería estaba llena de podredumbre. Junto
a la ruptura había un macizo amontonamiento de escrementos humanos en descomposición, papeles sucios y otros
desperdicios, que cerraba casi por completo la galería, alta
de unos tres metros. Todo aquello formaba una pasta viscosa, como la gelatina, de un olor insoportable.

-Limpiaremos esta galería, -le dije-. Repararemos

también, el cañón de desagüe. A eso hemos venido,

Atul, me miraba. Se sonreía de un modo atroz, con una sonrisa que se me asemejaba un cuchillo. Los otros, como idiotas, miraban al suelo. A dos o tres, les traiciono el estómago y sus vómitos, aumentaron las inmundicias de la galería.

Trabajamos. Trabajamos todos. Yó, con ellos. Por tres días removimos aquella masa de escrementos y de podredumbre. Utilizábamos palas, azadones, tarros, carretillas. Cargábamos las carretillas de inmundicias y las vaciabamos en el acueducto. Allí, abajo, a un metro de profundidad, pasaban veloces y rugentes las aguas. Llevaba mucha agua ese canal.

—Quien se estime disconforme con su suerte, —les adverti—, puede seguir el camino de la basura.

Cuatro metros de ancho tenía el canal. Tenía tres de profundidad. Era subterráneo y abovedado. Desembocaba, a cuatro kilómetros de distancia en un río. Nadie se atrevió a desertar.

Trabajábamos. Era escasa la luz y las linternas de que nos habíamos provisto, dejaban densas penumbras. Nos enfangábamos en la podredumbre. Se hundían nuestros pies en aquel barco horrible. Se resbalaban a veces mis trabajadores y caian en el fango. De repente nos llegaban desde la población, fuertes golpes de agua, arrastrando montones de escrementos, papeles, restos alimenticios y aún verduras. Seguiamos la obra. Con palas y azadones, levantábamos la podredumbre. Llenábamos tarros y carretillas y los vaciábamos en el canal. En verdad, era aquel un trabajo, apropiado para gente de abolengo...... En las noches, nos alejábamos de aquel sitio. Lejos de allí, en un recodo limpio, seco y ventilado, dormiamos. Algunos afiliados a la grotesca aventura, nos proporcionaban a través de las alcantarillas, alimentos y otros menesteres. Dormiamos. Uno de los míos, quedaba de guardia para vigilar a los prisioneros.

Mis peones de rango, al principio, trataron de eludir la carga. No les iba múy bien aquello de trabajar con palas, azadones y carretillas. Pero bastaron algunos apremios y también algunos recios sacudones, de mis manos, para desperezarlos y obligarlos a la tarea. Trabajaron todos. Como trabajé yo. Como trabajaron mis ayudantes. A poco hasta se les hacia llevadero el martirio y Atul bromeaba.

—A decir verdad, —me decia,— no tiene muy buen olor esto que hacen los hombres. Si uno sostiene que dios, cuando creó al hombre, no tenía noción de lo que son los buenos y los malos olores, dirán que uno es insolente.

-Trabaja, rugía yó-. Lo que tú haces no son, preci-

samente, perlas. Y cuando te pudras en una fosa, será peor todavía.

-Efectivamente. Por esa y por otras causas, en verdad que hay grandeza y mucho olor en la vida del hombre.

Yo le miraba y me reia.

-Trabaja, amigo mio. Trabaja. El trabajo hace muy noble a la vida.

-Mira mis manos, -me dijo al terminar la primera jornada.

Las blancas y lindísimas manos de Atul, estaban llenas de barro. Tenían algunas ampollas. Sus riquísimos anillos se cubrían de escrementos.

—Hay millones de hombres que vagan por la tierra, —le contesté—, con manos tan sucias y estropeadas como las tuyas. Sin embargo, esos no se quejan. Yo dios, te hice igual a ellos. Entonces, no tienes derecho para quejarte. Las mías están lo mismo.

-Eres un bandido, -me gritaba-. Eres un canalla. Un malvado.

—¿Acaso por qué te hago trabajar? Nó, mi querido Atul. Sólo aplico el mismo sistema que tú aplicas en la tierra. Tú dices que los esclavos deben trabajar. Que sea entonces, como tú lo dices. Comprende, por tanto. que esto no es maldad. Sólo es justicia. A título de potentado, yo dios, a tí, no te exhimo de la carga.

-Ya llegará el dia de la revancha, -me gritaba-. Y

entonces, ya veremos lo que te ocurre.

-Trabaje, señor, -le gritaba yó-. Trabaje.

Bajaba la cabeza Atul. Metía la pala en el nauseabundo montón. Llenaba su carretilla. La arrojaba al canal. A su lado, sus compañeros de cadena hacían lo mismo.

—Es este un sencillísimo experimento, —le decía yo—. Lo han repetido los hombres, por cientos o por miles de veces. De golpe han caído a la mazmorra los poderosos. Ha venido para ellos el día de la ira y del castigo. Sin embargo, estos ejemplos de que se plaga la historia, nada valen para tus hordas.

-No quiero prédicas, -me decía.

-Entónces, trabaja, -le gritaba yo.

Se hacia intimo y doloroso el rechinar de dientes, para el pobre Atul. Trabajaba. Con la pala llenaba la carretilla y la vaciaba en el canal.

—Solo una veintena de valientes me bastaron para apresarte y reducirte a la impotencia. Pude hacer algo más. Pude mover y sublevar a miles de hombres. Era eso lo que todos esperaban. Pude matarte y apoderarme de la fábrica. Con un río de sangre pude lavar el oprobio de tu cadena. Pero no fué ese mi deseo. Sólo quise hacer una pequeña experiencia para demostrarte que son bastantes, la unión, la audacia y la fuerza para derrivar a los canallas. Anota que son miles los esclavos y que los privilegiados son muy pocos. Para los otros, será así como lo es para tí. Nó: será más doloroso todavía. La burla grotesca de ahora se transformará en una sangrienta reivindicación. Llegará para todos, el día de la ira y del castigo.

-Ya lo veremos, -me decía-. Pagarás muy caro tu atrevimiento. Pero muy caro, lo pagarás. Te lo juro.

Se me hacían deliciosas las amenazas de Atul. Y por eso yo bromeaba.

—No te irrites. Vo te lo ruego. Dime: ¿acaso no me será nunca permitido hacerte una broma? Tú lo sabes perfectamente. Yo dios, por siglos y más siglos, sigo bromeando. Multiplico los casos por millones. Esta vida de los hombres, me divierte. Digo yó: ¿por qué habrías de escapar a mis bromas? Francamente no sería justo.

Los ojos de Atul, chispeaban de ira. En una ocasión, enarboló la pala para descargarla sobre mi cabeza. Detuve el golpe y de un recio empujón, lo largué sentado, sobre aquella masa de escrementos. Se hundió allí hasta la mitad del cuerpo. Se pegó allí y hube de tenderle la mano para levantarlo.

-Levántate amigo, -le dije-. Levántate y anda, Es solo una broma. Es así, mi bondad.

Y noté que Atul lloraba de rabia, en tanto sus manos

despegaban trozos de escrementos que se le habían adherido a las ropas.

-Es muy grande tu dulzura, dios mío, -me dijo con sorna.

-Amén, -le contesté yó, muy seriamente.

Limpiamos la galería. Arrojamos al canal todos los desperdicios. Después reparamos la cañería. Lo hicimos con todo cuidado. Terminó la obra.

—Ahora, —les dije—, cada cual volverá a su casa. Exijo reserva sobre lo ocurrido. Nadie debe saber nada. Tampoco espero represalias. Y si las hay, todos ustedes, morirán. Solo he querido reparar estos desperfectos. Y además, hacer en pequeño, un sencillísimo experimento. Eso es todo.

Los conduje por un laberinto endemoniado de galerías. Anduvimos mucho. Era de noche. Se abrió una alcantarilla y en pleno campo, en un lugar próximo a los suburbios de la población, devolví a mis prisioneros, la libertad, Nadie supo donde estuvieron durante aquellos días.

Temeroso de las iras de Atul, aquella misma noche,

yo desapareci.

-Nos volveremos a encontrar, -le dije antes de separarnos.

-Seguramente, -me contestó con ira-. No te quepa

la menor duda: nos volveremos a encontrar.

Mucho empeño puso la policía para cogerme; pero no me cogió. Logré escapar. Al fin, nadie le impedirá nunca a Atel, hacerle una broma a su eterno compañero. Se la hice y me fuí.

Al cabo de algunos meses, en una calle de una gran ciudad, de repente, me encontré con Atul. Iba alegre, son-rosado, elegante, de buen humor.

-Hola, -me dijo-. ¡Tanto tiempo sin vernos! ¿Qué haces?

-Predico la bondad, -le contesté.

Se mudó su semblante. Noté un rápido reververar en sus ojos. Sin decirme una palabra, me volvió la espalda y siguió su camino. Y yo, hice lo propio. Es extraño que este Atul no entienda mis bromas, ni comprenda tampoco, la infinita dulzura de mi bondad.

## XIII

Vagué por algún tiempo de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de campo en campo. Fué miserable, mi vida. En algunas ocasiones hasta tuve hambre. Y este detalle, más que otros, me hizo meditar en esta vida y en esta ciencia de los hombres. Me prohibían el suicidio y me prohibian quitar lo ajeno. Me amenazaban con la cárcel. Si. Pero en parte alguna, me proporcionaban trabajo. De este modo, vo debía desatender los llamados del instinto que me aullaban desde las entrañas, para inclinarme ante las leyes de los hombres. En resumen, por momentos, me era absolutamente imposible vivir en medio de mis semejantes. "Bonita Justicia, -me decía yó"..... Sólo eran detalles; simples observaciones mías. Estas observaciones, a veces me movian a la risa y en otras, me hacían blasfemar; sobre todo cuando me mordia el hambre...... Y de esta manera, seguia mi camino. La jornada se me hacia fastidiosa. Donde fuera, me seguían también las sabias y sarcásticas palabras de Atul.

—Mientras vivas, —me dijo un día—, he de aprisionarte en mis redes. Por razón alguna, te será posible eludirlas ni romperlas. Yo soy la araña que tiende sus hilos y tú eres la mosca que fatalmente, cae en ellos.

Ni más ni menos. Ahora me convencía: era yo, la mosca perpetua, destinada por toda la vida, a enredarme y a ser una prisionera en las redes de Atul. A donde fuere, encontraba repartidas, a sus hordas. En la ciudad, en el cacerío, en el villorio, en el campo: en todas partes. Y en todas partes, encontraba extendida la misma madeja, con el mismo significado y con los mismos rigores. Fatalmente, debía yo, enredarme en ella. Trabajaba por zafarme y no lo conseguía jamás. Era solo la víctima perpetua, a quien la eterna araña, le succiona la savia, y con ello, la vida.

-Es interesante, -me decia yò-. No puedo romper

estas amarras.

Y en realidad de verdad, no podía romperlas. Por momentos me desesperaba. Una honda de pesimismo, me obscurecia el pensamiento. El hombre se ponía frente a dios para ser enrostrarle su desamparo.

-¿Por qué me creáste? ¿Por qué hiciste de mi vida, es-

Palabras. Sólo palabras: pobres imprecaciones de una bestia errante. Y nada más.

Me ocurrieron los más variados y por momentos pintorescos, sucesos. En una ocasión, juzgándome loco, me encerraron en un maniconio. Un granuja, con muy buenas palabras, me hizo entrar, sin la menor sospecha de mi parte en un edificio cualquiera. Una vez dentro, me condujo ante un señor muy serio, quien me miró, y enseguida, sin yo pedírselo, me sometió a un curioso interrogatorio.

-¿Quién es Ud? -me dijo.

-Yo señor, -le contesté, -soy Atel.

-¡Pero dicen que usted es Dios!

-¿Y Ud. lo cree? -le dije.

-¡Claro! Lo creo.

-Muy agradecido por la distinción, -le contesté.

Entiendo que aquello le molestó. Bruscamente, cambió de tono y se encaró conmigo.

-¡Ud. es Dios! -me dijo secamente, en tono de mando.

-¡Nó señor! —le contesté—. ¡Y no soy Dios!
—¡Sí, señor: Ud. es Dios!...

Bueno. Excuso decir que se hacía muy interesante la comedia. Aquel sabio, después supe que lo era, se empeñaba en hacerme creer que vo era Dios. Y en verdad, que a mí, me hacía muy poca gracia semejante pretensión. Por eso, adopté un tono áspero y le contesté en forma tan dura y tan contundente como la que usaba para mí. En el acto se formó un embrollo. Me gritó. Yo también, le grité. Diez o veinte manos, cayeron sobre mi y me aprisionaron. Vociferando, me defendi. Rodaron algunos por el suelo, con la cara rota. En definitiva, después de estropearme, me redujeron a la impotencia. Me pusieron una camisa de fuerza. Yo grité más todavía. Me retorcí. Hice prodigios por romper aquella camisa. Y todo me fué inútil. Me era tan desgraciadamente eficaz aquella camisa, como eficaces me eran las redes de Atul que me aprisionaban en el mundo. Como si todo fuera poco, en los momentos en que yo me retorcia y rugia por libertarme, cayendo y levantandome, apareció Atul. Lo comprendí en el acto: era la revancha. Riéndose, de buen humor, en tono de mofa, se acercó a mi.

-Hombre, -me dijo-, ahora no vendria mal un mi-

Lo miré con ojos tan poco comedidos que Atul, comprendió en el acto. Arrugó la cara y se fué. A poco me sobrevenía una intensa postración nerviosa y yo, perdia el conocimiento.

Perfectamente. Era un broma de Atul. Es cierto que ella me significaba bofetones, sangre, vejaciones y de un modo muy especial, aquel ridículo trance de estimárseme como un loco. Pero era una broma. Solo una broma. Tal como aquella otra del subterráneo.

—A este sitio pueden llegar, —me dijo Atul—, todos los que, —como tú—, predican novedades para los hombres.

Eso yo lo sabia. Sabia qué, a veces, se toma por locos o por ilusos; precisamente, a los que tratan de hacer menos imbéciles a los hombres. En otras ocasiones, los hombres son más brutos todavía: los crucifican. Muy bien. Atul, que es un sabio, ahora lo confirmaba. Y yo, estaba en perfecto acuerdo con él.

—Pese a todo, —le dije—, me siento conforme. Estoy en perfectas condiciones. No me movería nunca de este sitio. En verdad, me era necesario, ponerme alguna vez en contacto, con los hombres sabios y cuerdos. Y yo no mentía: me encontraba conforme. Me era entretenido e interesante, conversar con aquellos sabios que me observaban. Porque pasado aquel percance, me tuvieron en observación para comprobar si yo, en realidad, estaba loco o no lo estaba. Muy bien. Yo conversaba con los sabios. Me entretenía con ellos. Eran muchos. Unos, viejos; otros, jóvenes; otros, iniciándose recién en el oficio. Todos se interesaban por mí. Y por momentos, yo Atel, me sentía satisfecho por ese interés.

-Digan, -les dije un dia-, ¿a qué llaman ustedes, locura?

-Es locura, -me dijeron algunos-, la inconsecuencia o el absurdo mental o afectivo.

—Bueno, —les contesté—. ¿No han pensado ustedes alguna vez, qué la vida, en si misma, puede ser una gigantesca locura?

Me miraron con malicia. Se rieron. Eran sabios.....

Por momentos, se me hacía imperiosa y halagüeña la tentación; sobre todo cuando me rodeaban para conversar conmigo. "Supongamos, —pensaba yo—, que en este momento sucediese una cosa rara: un terremoto por ejemplo. ¿Qué dirían estos sabios?...... Se me hacía intensa la llamada del hombre a dios. Me era dolorosa la ansiedad. Me serenaba. ¿Por qué y para qué, infundir miedo y desorientar a unos pobres hombres, aunque fuesen sabios? No valía la pena. Reprimía mi despecho; que no era otra cosa que despecho, lo que sentía yo, a ratos, por esas gentes.

Esta ingrata levadura de bestia que lleva uno consigo, a menudo no es fácil de dominar. ¡Caramba! Se me estimaba como a un loco. Y por eso me tenían encerrado alli. Entonces, por muy simpática que me fuere la compañía de los sabios, por momentos, me sentía molesto y me tornaba duro y agresivo para tratarlos. Pero me serenaba y la grandeza y el poderio del dios creador, bajaban sobre Atel. Con hombres de esta pasta, yo dios, voy horadando el futuro y disipando los enigmas. Son estos sabios, los que forman uno de los grupos selectos dentro de la humanidad. Es verdad que aún, su poderío es escaso. Son como los niños que solo ahora empiezan a sondear y a comprender, difusamente, este complicado juguetito (el universo y la vida) que yo dios, he hecho, para satisfacción mía, y también, porque podía hacerlo. Pero así, niños como son, se extiende sobre estos sabios mi mano prodigiosa para estimularlos y protegerlos; tal como lo haría un padre bondadoso. Así quiero yo dios, que estos sabios sigan su camino: tropezando, cayendo, levantándose, incurriendo en el yerro y en el absurdo; siendo verdaderos locos, como ellos aseguran que yo lo soy. Así; solo así quiero yo que sigan. Porque no olvidemos jamás que, pese a sus inconsecuencias, a sus yerros y a su escaso poderio, son ellos, los excelsos artífices de dios. Es cierto que me fué molesto, verme transformado yo mismo, en un caso de experimentación. Pero eso ¿qué importa? ¿Acaso, desde hace siglos, esta gente no ha estado experimentando conmigo? En aquel mantcomio, yo me sentía conforme. Conversaba con aquellos sabios. Y a menudo, nos reiamos.

Había uno que se interesaba especialmente por mí. Le agradaba moverme a confidencias. Se interesaba por conocer cosas divinas.

—Crear el mundo, —me decía—, debe ser algo estupendo; algo maravilloso. Me imagino la más fantástica y grandiosa de las satisfacciones.

-¿Lo cree Ud? -le preguntaba yo.

-Indudable: lo creo. Debe ser algo estupendo. Porque

encuéntreme razón: disponer las cosas como están dispuestas; crear el mundo; crear la vida; crear al hombre...... ¿No lo estima usted algo grande, algo extraordinario?

—De modo, —le decia yo—, que a su juicio, esta vida es algo estupendo, algo extraordinario. Muy bien. Supongamos que ahora, en este mismo instante, cae algo de allí arriba, desde el techo; un trozo de yeso, un pedazo de madera; cualquier cosa. Supongamos que le rompe a usted la cabeza. ¿Seguiría diciendo usted que la vida es extraordinaria?

Me miraba. Me miraba intensamente.

—Con todo, —me decía—, la vida es una maravilla. Es una gala del universo.

Me fastidiaba su empeño para cojerme en extravios o renuncios. Y por eso, a veces, lo trataba en forma dura.

—Mire hombre, —le decia yo—, no sea tonto. Usted habla del universo sin conocerlo. También habla de la vida sin conocerla. Puede que, tanto el uno como la otra, constituyan la mayor estupidez que cabe imaginarse. Entonces, no sea Usted petulante. Sepa hacer su camino y sepa cumplir en buena forma su misión. Y ante todo, sea humilde. Porque la vida y el universo, son demasiado grandes y complejos, para que se pretenda sondearlos y comprenderlos en un segundo o por medio de algunas leyes o conceptos. Pasará mucho tiempo todavia, antes que el hombre pueda dislucidar, si la vida es, en verdad, una gala del universo.

-¿Y qué hago? -me decia.

—Haga lo que está haciendo. Siga su trabajo. Recurra a su cabeza y procure encontrar dentro de ella lo que busca. No pierda su tiempo en tonterias. No busque a dios, fuera de usted mismo, ni pretenda encontrarlo en un pobre miserable como yo. Dios, va dentro de su cabeza. Allí, en la masa de su cerebro va dios, arrojando la lumbre y trazando el camino. Comprenda el lenguaje de dios. Entiéndalo. Observe el universo y de un modo muy especial, obsérvese usted mismo. Es probable que los frutos sean es-

casos. La Naturaleza, no entrega tan fácilmente sus tesoros. Pero es grande y excelsa misión del hombre, conquistar esos tesoros. Y no cumpliría la humanidad sus destinos, si no ambicionase y pretendiese, la dorada conquista. Aunque sea un granito, un solo granito de riqueza divina, arrojelo usted al montón. Todos los hombres son solitarios en la conquista de dios omnipotente. Y la riqueza que consigan arrebatarle, les pertenece por igual y a todos los beneficia. Entonces, no desmaye. Sin alardes, humildemente, siga adelante. Que yo se lo digo: por ese camino ya bien. Me miraba. Se sonreia. Pensativo, se iba. A poco vol-

via a conversar conmigo.

-Como se imagina usted al universo, -le pregunté un dia.

-Me lo imagino redondo, -me contestó.

-¿Y si tuviera otra forma? Si tuviera una forma que usted ni aún puede imaginársela, ¿qué diría usted?

-Yo no diría nada. Por eso me gustaria ser Dios para

saberlo.

-Es usted un sabio, -le dije-. Por lo menos, cree que Dios hizo las cosas.

Se confundia. Se alejaba. Pero era majadero y volvía hacia mi. Yo me reia. Se me hacia interesante su empeño. para sondearme, para estudiarme y formarse un concepto de ese misterio que yo era para él. Pero a veces, me encontraba de mal humor y me fastidiaba. Yo lo mandaba a parlamentar con Atul; porque Atul era más sabio que vo. No me creia. Y eso, a mi, me dejaba muy sin cuidado..... Me dijo un día que le hablase de la vida. Aburrido ya, le contesté.

-Es la vida, -le dije-, un tipo de energia no re-versible, propio de un estado limite en la diferenciación de la materia. O si se quiere, la etapa final de un ciclo evolutivo.

No me entendió. Anotó mis palabras y se fué. Desde entonces, ya no me pidió que le hablase sobre la vida. Pero me dijo que le hablase sobre la muerte.

—Cuando usted muera, —le contesté—, sabrá usted, lo que es la muerte.

-No tiene gracia, -me dijo-. Entonces, ya me sería inútil, saberlo. Lo interesante es saberlo ahora, cuando uno está vivo.

-Diga, -le pregunté-, ¿espera usted algo después de la muerte?

-Yo no espero nada. Pero aseguran que hay otra vida. Y dicen que esa vida es muy bonita.

-¿Y a usted le gustaría, irse allá, a esa vida?

-Indudable.

-Entonces, váyase.

Yo lo notaba confundido, desazonado; a veces, rabioso. Se iba. Pensativo, se alejaba.

Atul, constantemente iba a verme. Se deleitaba viéndome encerrado y todavía en la feble y discutible condición de un loco.

—Haces, a no dudarlo, —me decía—, un lindísimo papel. Eres hijo de un prelado y bien sabes, lo que este personaje significa dentro de mi organización. Después, has trabajado en las industrias de Satanás. Ahora, tus propios elegidos, los sabios, discuten tu calidad y te juzgan loco. Dime: ¿no es ridículo todo ésto?

Yo me callaba. ¿Para qué perder tiempo y palabra con

semejante granuja? No valía la pena.

Me tuvieron en observación, por algún tiempo y enseguida me soltaron. No estaba loco. Yo Atel, no era Dios. Ni Dios, tampoco era Atel.

Hastiado ya de mi errabundaje, resolvi radicarme en algún sitio. Había recorrido el mundo. Me había formado un criterio de las cosas. Entonces, ya era bastante. Ahora, sólo buscaba un poco de sosiego. Es verdad que seguiría en la triste condición de una mosca en las redes de Atul. Y digo que ésto, me era doloroso y me movía a la guerra en

contra de mi adversario. Pero por el momento y ante todo, yo requería tranquilidad. En adelante, mi vida, aunque no mejor, por lo menos, sería más apacible. Me radiqué entonces, en una ciudad y fui allí un modesto empleado de tienda.

## VIX

Resolví preocuparme de los hombres. Se me hizo vergonzosa e irritante su miseria. tanto, que sus fríos halagos me llegaron al corazón Me tocaron fibras muy sensibles y el hombre se levantó frente al hombre, para condolerse de la miseria del hombre y procurar humanamente algún alivio a sus desgracias.

Pensaba. En instantes de quietud y de silencio, en altas horas de la noche, Atel hablaba consigo mismo, como si dialogase con alguién. Por momentos, la angustia le subía a los labios y se le iba un suspiro. Las miserias propias y ajenas muy a menudo nos oprimen el corazón.

Y he ahí a la vida del hombre. En la casa en que yo vivia, había un viejo. Era viejo de verdad, próximo ya a la centuria. Apenas si podía moverse. A menudo, yo debía sostenerlo y arrastrarle para ponerlo al sol en los días de primavera. Era vaga su mirada y temblaba su cuerpo como una hoja seca, próxima a desprenderse. Vivía en la seminonciencia. Por momentos era demente y a ratos, era cuerdo. Era ya un deshecho. Y lo era de tal suerte, que a menudo, su torpeza e inconciencia, hasta la privaban del control de sus necesidades. Por esto le sucedían muy desagradables percances...... Con el aspecto de un idiota me miraba. Y yo, le miraba a él. Se me hacia asqueroso su apego a esa miseria que era su existencia. Así miserable como era, se aferraba a la vida con una tenaciadd increible. Le temía a la muerte y parecía sentir, como la muerte, rondaba a su alrededor. A tales extremos llegaba la desgracia-

da condición de ese hombre, que era un objeto de burla para sus nietos..... Me miraba. Y yo, en su mirada vaga y estúpida, creía descubrir a veces, un amargo reproche. "He sido como tú, —parecía decirme—. Como tú, he vivido. A través de los años he llevado una vida maldita: una tragedia de todo momento. Como tú, me he visto castigado, por las calamidades: por la pobreza, por las enfermedades, por las desgracias, por los pesares, por los contratiempos. He llegado aquí. Y aquí me tienes. ¿Crees que puedo agradecerte?"...... Con vergüenza, yo he bajado la cabeza. Si al final de la vida, se hace un recuento de lo vivido, creo que muy pocos hombres, podrían agradecerle a dios, la carga. ¿Era posible todo eso? ¿Era posible que dios permitiese mejante monstruosidad? Me encerraba en mi cuarto. Pensaba. Y juro que por momento, se me hacía doloroso, pensar.

Me detenia en mi mismo. Miraba el camino que he recorrido en este mundo. Y he aquí que veía Atel, el vagabundo de ayer y el modesto empleado de tienda de hoy, cruzando por la tierra. Yo veia a Atel tal como es: un hombrecillo anónimo mezclado a los demás, hombres. Le miraba fijamente. Y he aquí, que por momentos, me inspiraba lástima el pobre Atel. ¿Eso era un hombre? Atel, mal que le pese ha sido como un harapo expuesto a los tráficos del mundo. Vejado y estropeado por la gente, ha sido como un animalito miedoso, que cae, se levanta y vuelve a caer. ¿Es cierto, entónces, que por sino natural, un hombre es sólo una bestia. en medio de otras bestias?..... En el silencio de la noche, me sobrecogia la ansiedad. Me estremecía por reconditos anhelos y la fiebre me rodaba por la cameza. Pensaba. Es la fria razón, el taladro gigantesco que va sacando a flote, las primicias por venir. A modo de un mundo que en medio de bruscas convulsiones, adquiere formas, así iba yo, creando una concepción de los derechos y deberes del hombre, como también un sistema de entendimiento entre los individuos. En las honduras de mi conciencia, dios mismo, me susurraba sus insinuaciones.

-La Naturaleza Soberana, cumple sus fines de un mo-

do riguroso y fatal. Frío y despiadado, ajeno a tus lamentos y a tus dolores, rige para tí, mi fantástico poderío. Tú debes cumplir una misión: solo eres un instrumento de dios.

Atel, en medio de la noche, escuchaba reverente, el lla-

—La vida se derrama de mi, así como el arroyo se derrama de la fuente. Yo le doy calidad y energía: yo acumulo en ella, la fuerza que la levanta ante la Naturaleza Omnipotente, en razón de conquista y de triunfo. Jamás nunca al hombre, le llegara nada del cielo. Si el hombre quiere triunfar y hacer poderosa su vida, para conseguirlo, debe partir de la vida misma. Por tanto, si tú eres el rasgo más excelso del poderío natural; si eres como un dios pequeño, que desde la tierra pretende dispararse al infinito, yo te digo que debes cumplir tu misión, orientando rectamente tu vida hacia mí: porque ese es el deber que yo dios, te impuse como razón profunda de la jornada.

Se hacía doloroso el susurro del gigante.

En este mundo, quisiste encontrar un dios pequeño, orgulloso, pleno de fuerza y de poderío. Esa fué tu ilusión. Pero sólo fué una ilusión, y por ello, hubo de desvanecerse: apenas si has encontrado una bestia; sólo una bestia que dista mucho de lo que tu suponías para el hombre. No ha cumplido la humanidad sus deberes para con dios, ni menos los ha cumplido para consigo misma.

Pensaba Atel, en aquel viejo demente. Ese viejo le era como un símbolo. Pensaba en lo que ocurría por el mundo. I desde su lecho, en voz baja, Atel, repetía convencido: "Ni menos, los ha cumplido para consigo misma"....... Ha-

blaba dios y el hombre escuchaba.

—Nó. Mil veces nó. La vida debe mejorarse. No es verdad que la vida por naturaleza sea una miseria. Yo dios, plago a la vida de satisfacción. Es cierto que mis zarpazos se reparten y que, muy a menudo, perecen los seres, entre mis garras brutales. Impiamente, salvajemente, injustamente, a veces, descargo el azote. En este sentido, fiera alguna podría competir conmigo en brutalidad. No lo ntego.

Es cierto. ¿Pero qué le importan a dios, los seres? Yo dios, mato. Y mato sin piedad. Solo la especie es la amada de dios y por ello lleva una relativa permanencia a través de los siglos. Pero la especie es informe y como individualidad, carece de sensibilidad y de fisonomía. Es como una hidra de mil cabezas, indeterminada e insensible y en la cual cada cabeza, puede representar los rasgos diversos de un complejo extraordinario, extenso y variado, dentro de la órbita propia de una aptitud vital determinada. Pero siendo la especie informe y materializada sólo por los individuos que la componen, quiero decir que es el individuo, el residuo sensible que hace posible el desarrollo y el perfeccionamiento de la especie. Dios, fluye sobre la especie a través del individuo. Resulta entonces, que el individuo, es el experimento tragi-cómico, sobre el cual repercuten todas las grandezas y todas las miserias de la Creación; los halagos, tanto como los crudos azotes del Hacedor. De ello deriva también, la lógica estricta de cada destino individual, con su inmensa variabilidad que lo lleva de la sombra a la luz, del dolor al placer. Entonces, es necesario comprender el destino humano: la vida por momentos, puede ser un pozo de amargura; un infierno si se quiere. Pero ello no se opone al aliciente seductor de su aspecto positivo, que da razones para calificarla también, como un paraiso. Porque ye dios, derramo en el camino y al alcance de cada ser, la tentación perpetua. La felicidad toma mil matices diversos. En proporción a las aptitudes de cada cual, el anhelo de la dicha, anida, como un patrimonio santo, en la conciencia de todo individuo: del humilde y del poderoso, del mendigo y del monarca. A modo de un río de oro, la esperanza, inunda a la vida. Y la vida, al puro influjo de la felicidad, se torna ebria e inconciente. Trepida a veces, en formidables conmociones. Y el amor, y la belleza, y el poderío y el recreo, afluyen a ella. A torrentes se vuelcan sobre el hombre. Y entonces, es la vida del hombre, un paraíso. Este doble juego de la Acción Omnipotente, deja abierta la posibilidad a infinitas realizaciones. Yo dios, puedo llevarte a la tragedia como también puedo colmarte de beneficios. Dime ¿acaso no he puesto a tu alcance, los recursos todos, que pueden hacer de tu vida una delicia?

Atel, pensaba. El halagüeño interrogativo, caía sobre una conciencia limpia. Sinceramente, el hombre, hablaba consigo mismo. Y lo hacia de este modo.

—Yo, Atel, estoy en paz con dios. Poco o nada puedo reprocharle. No hizo de mi vida una camino de rosas. Es cierto. Pero debo reconocer que también, dejó mi vida abierta, a la gigantesca posibilidad de un inconmensurable agrandamiento. Serenamente, comprendo mi destino. No puedo concebir una existencia, completamente intocada de la desgracia y del dolor. Si llegare a concebirla, me pondría en la ridicula situación del creyente que espera un paraiso más allá de la tumba: estupenda fantasia, si se quiere, pero a la vez, estupenda imbecilidad. Yo estoy en paz con dios. Nada le pido ni nada le reprocho. Salud, belleza, vigor, talento, corazón: todo lo he recibido de dios. Y digo que esto es bastante.

Y entonces, el coloso, hacía llegar de nuevo su susurro a la conciencia del hombre.

—Es verdad. Tú, nada me pides, ni nada me reprochas. He puesto en tu vida un acerbo mínimo que te capacita para hacer en buena forma la jornada. Puse a la ilusión como derrotero de tu ruta. Has gustado de la dicha y a menudo ni has sabido cuando la dicha se derramaba sobre tí. Has sido inconseceunte. A tus ojos, sigue abierto el camino. Se multiplican de mil modos tus esperanzas. Llevas dentro de tí, la energía que puede darte la victoria. Tienes todavía el convencimiento de que tu vida podría ser mucho mejor. Y sin embargo, repleto de fuerzas, recargado de ilusiones, con la senda abierta a la superación y al triunfo, digamos, con la felicidad al alcance de tu mano, eres no obstante un miserable. Nada más que un miserable.

—Si, —contestaba Atel—, nada más que un miserable. En la sombra, dios, hablaba.

-Atul, que es un sabio, te lo ha dicho: "El aspecto más

trágico de la Creación, deriva de las relaciones entre hombre y hombre. Tú dios, dispusiste que el hombre fuese un lobo para el hombre. Y por ello, el hombre de hoy, como el de ayer, como el mañana, tendrá siempre en su semejante, un motivo inmediato de ciudados y de recelos: como también a un enemigo de todo momento al cual debe temerse como a un animal feroz. Es del hombre, de donde se irradia para el hombre, el denso torrente de amarguras y sinsabores que enturbia a la vida. Tú dios, dispusiste así las cosas. En consecuencia y en tanto no se renueve el corazón de la humanidad, debe seguir el drama tremendo". Así te lo ha dicho Atul que es un sabio. Tú estás en paz con dios. Los azotes del destino no te alcanzan. Y sin embargo, eres un miserable. La sociedad ha sido para tí como un círculo de hierro. Te ha privado de movilidad y de satisfacción. En medio de los demás hombres, tú has sido como una mosca a quien innumerables arañas, le privan lentamente de la vida. Por amarga experiencia tú lo has comprobado: el hombre es un lobo para el hombre. Los hombres te han explotado. Te han robado. Te han mordido. Te han injuriado. Han transformado tu vida en un infierno. Tu gran preocupación ha sido defenderte de los hombres y curarte de sus zarpazos. En tu vida se ha comprobado la afirmación de Atul: es de tus semejantes de donde proviene, esa suma de amargura y de sinsabores que han hecho de tu vida una miseria. Y por estar sumergido en una piara de inmundos y de miserables, eres también, un miserable y un inmundo.

Terribles y certeras, las palabras caian en la concien-

cia de Atel, como si fuesen gotas de fuego.

—Yo dios te lo digo: la lucha por la vida, no autoriza al hombre para transformarse en un fiera. Si la vida, al decir de Atul, es una carga, no le es lícito al hombre, hacer esa carga más dolorosa todavía.

El diálogo entre dios y el hombre tocaba a su término. A los oidos del segundo, llegaban las ardientes insinua-

ciones.

-Levántate. Rompe las cadenas. Arroja la escoria. Es

menester purificar la vida del hombre. La consigna diabó. lica debe desaparecer: alguna vez el hombre debe dejar de ser un lobo para el hombre. Es necesario destruir los mitos v abatir el poderío de los canallas. Yo dios, no puedo le gar al oido de cada cual, para susurrarle sus deberes o enseñarle a vivir. Dios cumple su misión, desde el momento en que larga al mundo a una criatura y la coloca en un medio concordante con el desarrollo de sus aptitudes. Para realzar la vida y hacerla prodigiosa, jamás nunca la humanidad hasta hoy, se ha visto privada de sanos estímulos y de puros anhelos. En cientos o en miles de hombres, a veces en pueblos enteros, retoñan, de un modo permanente las aspiraciones que al correr de los años, van transformando la vida y haciéndola mejor. Junto a la criatura torpe que aflora al mundo, dios coloca a la criatura menos torpe, capaz de dirigirla, de inspirarla o de protegerla. Cumple su misión el hombre cuando se hace un instrumento de la Naturaleza Omnipotente. Purifica, por tanto, tu existencia. Corta las amarras y lávate de la inmundicia...... Debes vivir en contacto con los demás hombres. La sociedad es para tí como una cuna. Yo dios, lo dispuse así y porque era necesario a la vida, yo dios, hice indispensable e inevitable la relación y el trato entre hombre y hombre. Pero si has de estar condenado al contacto de un rebaño impuro y por lo mismo, debes revolcarte en un amasijo bestial que te inunda de lodo, vo dios, te digo que debes utilizar lo que yo te dí. Utiliza la fuerza, y el talento y los anhelos que rebullen en tu alma. Cumple tu deber..... Porque place a la conciencia, es un deber del hombre bregar por su propia perfección. Porque conviene a la amplitud de la vida y porque en comun con los otros se hace el camino por la tierra, es también un deber del hombre, bregar por la perfección de los demás; porque si tu existencia en medio de las bestias te es un suplicio, cuando esas bestias tengan otra fisonomía, tu vida debe ser mejor. No cumple su misión el hombre cuando, obsecado por su egoísmo, no irradia un influjo personal benéfico

hacia el resto de los hombres. Purifica tu vida; purifica la vida de tus semejantes. Y si para conseguirlo, es necesario el látigo, que vaya el látigo y su doloroso chasquido sobre la espalda de los canallas.

Se formaba un torbellino en la cabeza de Atel. En ese torbellino se fundían, dios y el hombre; el gigante y el enano. Y Atel, en voz baja, sólo para sí, se lo dedía: "La vida humana debe mejorarse. Debe ser una delicia: un estado placentero digno de gustarse como un supremo bien. Vamos entonces en auxilio del hombre y hagamos algo porque el hombre, sea menos imbécil. Trabajemos para que se mejore su condición".

Y he aquí, que como hombre, me dispuse a cumplir una misión de hombre. Yo dios no puedo proceder de otro modo. El hombre es mi camino. Por obra del hombre, la Naturaleza omnipotente, derrama sus tesoros sobre la humanidad. Digo que no cumple su misión de hombre, quien no se hace un instrumento de dios.

Convencido y dispuesto a la acción, se me hizo sencillo el problema. Porque sencillos son mis enigmas.

La vida humana está plagada de torpezas y de inconseceuncias. Esa horda de degenerados que forman las legiones de Atul, al correr de los siglos, han cimentado una montaña tan maciza de estupideces, de yerros y de bajezas, impropias de la dignidad humana, que implicaría una obra de titanes, de dioses diré, remover tan macizo amontonamiento. Por tanto, la obra de purificación y de limpieza, es superior a las fuerzas de un hombre. Sólo el tiempo y la acción conjunta de supremas energías vitales, irradiadas en todo sentido, podrán aventar este bochornoso ambiente que nos oprime. Para conseguirlo, la fuerza renovadora debe prender en las entrañas mismas de la especie. Debe coger a los hombres, a los pueblos y a las razas. Pero si es el individuo, el residuo sensible de la

especie, corresponde al individuo iniciar la cruzada. Lo hará, en tanto sus fuerzas y su capacidad se lo permitan.

Entonces, hice abstracción de los muchos problemas de la vida, para preocuparme solo de los principales. Atul. que es un sabio, me dió el derrotero. Y he aqui, que me hice estos razonamientos: "Las angustias mayores y más frecuentes, provienen, del modo torpe e impropio, como los hombres se entienden para satisfacer sus necesidades de orden animal. Es necesario, por tanto, mejorar la condición del animal, para que ese animal, poderoso y libre, ya pueda cambiar de fisonomía y en verdad, pueda transformarse, en un hombre..... La misión de mejoramiento debe comprender un doble aspecto. En primer término debe capacitarse a la bestia humana para que adquiera una concepción superior de la vida. En segundo lugar deben variarse los métodos de entendimiento entre los hombres. En otras palabras, debe considerarse un aspecto subjetivo v otro aspecto social..... Hav desigualdad. Hav hombres poderosos y hombres débiles. Los primeros oprimen y explotan a los segundos. Por engaño, por ficción, o por cualquier causa, se produce una monstruosa paradoja donde precisamente, los débiles son los fuertes. Al correr de los siglos, se ha producido en entrevero infame, en el cual, unos trabajan para otros, de manera que estos últimos se aprovechan de los beneficios. Unos tienen pan. Otros, no lo tienen. Todos deben tenerlo; porque dios, dispensó a todos idéntica protección. En buen romance, se reduce el problema a llevar las cosas a un estado igualitario en el cual, todos los hombres, tengan idéntica condiciones para hacer en buena forma la jornada..... La guerra entre individuo e individuo debe cesar. Debe borrarse para siempre la consigna brutal de que el hombre es un lobo para el hombre. Debe existir armonía dentro del medio social. Los hombres, sin ingenuas esclamaciones de fraternidad, pero en la realidad de los hechos, deben ser hermanos..... El hombre debe ser libre. Debe desaparecer la libertad unilateral que da exceso de prerrogativas

a unos pocos a trueque de la esclavitud de la mayoría. El derecho de los débiles debe ser tan respetable como el derecho de los fuertes. Es pernicioso y contrario a los altos destinos del hombre, ponerle trabas al desarrollo integral de la personalidad humana. Por tanto, si algún límite ha de tener la libertad, éste no puede ser otro que la armonia social. Hombre libre, pero responsable, en un medio social armónico: he ahi una sana aspiración..... Y entonces, reuniendo la igualdad de condiciones, dentro de un régimen de armonía social y bajo la egida de la libertad, habrá JUSTICIA: eso que los hombres vienen pidiendo y buscando desde hace tanto tiempo. Justicia: que en primer término importa respeto permanente del hombre por el hombre; que en segundo término, implica armonía y cooperación entre hombre y hombre; que en tercer lugar supone darle al hombre, sin otros antecedentes que su calidad de tal, los estímulos y condiciones necesarios para que desarrolle integralmente su personalidad, en cuanto su esfuerzo y capacidad se lo permitan, y que, por último, significa el reconocimiento en el hombre y por el hombre, de las aptitudes personales que le permitan influir en los destinos colectivos. Establecido el imperio real de esta nueva fórmula de justicia, la humanidad acreciente su poderio y se mejora; desaparece el porcentaje mayor de sus dolores y de sus angustias y por algunos siglos, hasta que nuevas necesidades lo requieran, puede haber una suma mayor de felicidad en este mundo. Digo que se arregla la condición del ser humano, de tal suerte, que de una bestia, ya puede surgir un hombre.

¿Soluciones? Hay muchas. De todas, una llegó a convencerme. Y por ello, la elejí. Digo que la aspiración y la sabiduría del mismo Atul, me determinaron a escogerla.

-Se llama revolución, el acto de fuerza mediante el cual los esclavos, tratan de reinvindicar para sí, las pre-

rrogativas o beneficios que injustamente detenta un grupo social determinado. Desde que la sociedad se forma en la época confusa de la pre-historia, arranca también, el conflicto entre los poderosos y los débiles. Allá, la diferencia de poderío entre unos y otros, fué enorme. A la fecha también lo es. Pero tampoco puede negarse que, a medida que ha ido pasando el tiempo, lentamente se ha cercenado la prepotencia de los fuertes y han ido aumentando las pre-rrogativas de los débiles. La bestia poderosa, no renuncia a sus privilegios sino mediante la coacción violenta. Y es por eso, que la revolución, fenómeno social típico de violencia, ha sido hasta hoy, el método histórico necesario al perfeccionamiento humano. Si hay excepciones éstas, son muy escasas. El convencimiento o la bondad, bien poco significan entre las bestias.

Así me lo dijo Atul. Y como Atul es un sabio, yo le crei. En verdad, es empresa difícil convencer a un poderoso de sus arbitrios y de sus abusos. Más difícil, es mitigar su diabólica codicia. Tal como lo sostiene Atul, hay hombres que son verdaderos perros de presa dentro de un rebaño. Por otra parte, el hombre no debe implorar, sino exigir. Lo cual, es algo bien diferente. Por tanto, tal como lo dice Atul, el convencimiento o la bondad, no son medios eficaces de renovación. O si lo son, su eficacia es poca. Sólo el látigo, se concilia con ciertas bestias. Vaya entonces, el látigo, sobre quienes lo merecen. Seguí el temperamento que correspondía y fuí revolucionario.

Grandes han sido las cavilaciones de los sabios de este mundo, cuando han aplicado su ciencia a los métodos que pueden utilizarse para obtener el progreso humano. Aún no les es posible dislucidar, cual es el natural, o sea el preferido de dios. Unos dicen que es el pacífico o evofutivo y por eso, condenan el empleo de la fuerza. Otros sostienen que el método natural es el revolucionario y por ello, justifican la violencia. ¡Insensatos! Yo dios, no hago un juego de palabras. Yo dios, creo y mato. Y vuelvo a crear. Para mí, sólo existe una continuidad de fenóme-

nos que se encadenan a través de los tiempos. En mis manos, la humanidad es un experimento de cada instante. Por ello, minuto a minuto, la llevo en trance de nuevos caminos. No es que la Humanidad pueda negarse a su sino natural. Nó. Su desenvolvimiento se opera de un modo fatal, al margen de palabras o de teorias, y lo que es más curioso, con prescindencia del propio individuo humano. Así como al hombre, le es imposible modificar el fluio o reflujo de los mares, porque las leyes que rigen este fenómeno, escapan, por ahora, a su imperio, así repito, le es imposible también al hombre, modificar o entorpecer, el perpetuo movimiento de las generaciones, que tal como las hondas del mar, se forman, culminan y se van. Si se quiere, es la Humanidad un mar inmenso, que sube lentamente en demanda del infinito. Digo entonces, que yo dios, minuto a minuto, remuevo la masa humana. En el confuso rodar de pueblos y de generaciones, en el entrevero gigante de pasiones, anhelos, violencias, idealismos o brutalidades, yo dios, mantengo un ritmo determinado. Por eso, en cada etapa del progreso, ya sea visibles o aparentemente confusos o inadvertidos, por lo comun pueden distinguirse cuatro estados o grados distintos. Primero surgen los anhelos, como delirios de grandeza y orgías de superación. La esperanza, es siempre, el factor positivo del progreso; porque la esperanza, es también, una irradiación positiva del instinto. Cuando la esperanza germina en el medio social, brota entre los hombres, un elegido excelso de dios. A este le llaman Idealista; también le llaman Precursor. Por lo que significa, es solo la testa inmortal de la especie, que se levanta en medio de las multitudes, para avizorar los nuevos horizontes que se abren para el hombre..... En segundo lugar, cuando los anhelos ya han tomado formas definidas, de tal suerte que la conciencia vigilante y la sana razón, puedan hacer de la esperanza una aspiración conciente, se descarga la pasión, esto es, la necesidad orgánica de la vida, que buscando su desarrollo, ya rebalsa sus cauces estrechos, para seguir por

otros rumbos. La pasión es eminentemente activa. Remab siempre en la necesidad, digamos, un tipo de angustia vi. tal contradictorio que deprime y tortura a los individuos a la vez que por el apremio cierto del dolor, los obliga: satisfacer esa necesidad, despertando para ello, en los hombres v en las multitudes, entusiasmos locos v febriles preocupaciones. Como tipo biológico que corresponde al período de la pasión, debe mencionarse al Apostol: un verdadero titan del sentimiento, ardiente, impulsivo y cum destino, por lo común-por amarga ironía-, debe afrontar la persecusión, el sacrificio y muchas veces, la muerte. Que para cada etapa, haya pocos o muchos personajes de esta indole, poco importa..... El tercer periodo corresponde a la Crisis. Período de lucha, de perturbación y de vacilaciones, difícilmente está exento de sangre y de violencia. Se produce cuando la pasión se ha acrecentado hasta el punto de hacer torturamente a la necesidad. Se debate la vida como fiera embravecida. Soplan ráfagas satánicas sobre los pueblos. Fermentan odios, esperanzas e ilusiones. Se convulsiona la gran masa humana. Sometidos a la dolorosa necesidad vital de cambiar de fisonomía, los pueblos entran en períodos de incertidumbre; de agonía casl En este período aparecen los Caudillos o grandes conductores de pueblos. La recia personalidad del Caudillo, de aristas duras y con reservas de audacia y de voluntad, que a menudo causan asombro y espanto, es indispensable a la historia humana. El Caudillo domina al pueblo e impont su recia personalidad a las multitudes. Es por eso que desencadena un torrente pasional que introduce la confusión y la efervecencia en medio de los hombres. Domina a las masas. A sangre y fuego a veces, procede al doloroso deber de fundamentar nuevas formas, obligando a los hombres a vivir de un modo distinto. La vida se estremece: arroja fuera de sí la escoria; se purifica; se amplifica; se hace más poderosa y más perfecta. Para conseguirlo, chocan a veces los hombres con una furia atroz. Se aniquilan unos a otros Pero de sus ajustes brutales, surgen las nuevas modalidades de una nueva vida...... Pasada la crisis, adviene el cuarto período, la época de la normalidad, de la plena realización, en la cual, el hábito materializa una nueva concención de la existencia. Esta es ya la época de los Políticos, dirigentes de pueblos próximos a la mediocridad y que sólo utilizan las creaciones legadas por los constructores, reforzándolas, dandoles mayor eficacia, haciendo rutinarias a las instituciones; digamos, siguiendo la marcha regular que caracteriza la madurez de las instituciones humanas. En esta época, ya se han dejado atrás, costumbres, hábitos, ideas o atavismos inadecuados. Los mismos individuos tienen otra estructura moral e intelectual y la sociedad guarda un relativo equilibrio y armonía. Se modifican también los métodos de entendimiento entre los hombres y entonces se dejan atrás, instituciones añejas o inservibles, para implantar regimenes nuevos, o métodos que se amolden mejor a la nueva ideología. En resumen, el hombre y la sociedad, han sufrido una modificación y ambos se han perfeccionado: la vida, a modo de un árbol que se levanta, sube más alto en demanda del infinito...... Perfectamente. Pero obtenido el nuevo nivel, el desenvolvimiento no se detiene. Antes por el contrario, sigue su ascensión por la inmensa gradería que conduce a los hombres hacia mi. Brotan nuevas esperanzas. Nacen nuevas ambiciones. Se incuban nuevas crisis y se avizoran nuevas conquistas. Este es el sino natural. Y es ésta, la lógica rigurosa del progreso. Porque yo, dios, creo; mato y vuelvo a crear. Mi labor es permanente. Es también multiforme e inmensamente irradiada. Por tanto, en cualquiera época de la historia, siempre habrá algo por realizar, como también, algo por destruir. La historia humana, ha sido, es, y será, una gigantesca cadena de muertes y resurrecciones sucesivas. Entonces, ¿qué significan para mí, las palabras? Yo no hago juego de palabras. Yo obro. Y es por eso, que bien puedo prescindir de esta sabiduría humana que trata de obligarme a seguir, uno de los dos caminos, -el evolutivo o el revolucionario-, que a juicio de los hom-

bres sabios solucionan el problema. Yo solo entiendo de perfección y de progreso. Si los hombres, seducidos por mis halagos, llegan a un entendimiento razonable, y sin violencias, obtienen lo que yo quiero para ellos, sólo querrá decir que los hombres saben seguirme, y por lo mismo, será para ellos el método evolutivo, el método indicado que los lleve hacia donde yo quiero. Al proceder de este modo los hombres sólo darán muestras de una gran cordura. Pero si se niegan a seguirme, seguramente, farde o temprano, vendrá sobre ellos, el apremio y el rigor. Habrá trastornos, violencias, revoluciones, lo que se quiera; pero en caso alguno mis designios dejarán de cumplirse. Digo entonces que la revolución implica el cumplimiento forzado del destino natural; mejor, el apremio, sobre los torpes y malvados, que carecen de la agudeza necesaria para percibir el derrotero, que dios señala a los hombres en este mundo. Toca al hombre elegir el método que corresponda..... Para mí, la realidad fué convincente. En este mundo, quise yo encontrar hombres, es decir, seres comprensivos suceptibles de responder a las necesidades del momento. De haber ocurrido así, sin violencias ni dolores, insensiblemente, a modo de un arroyuelo que arroja sus aguas al rio, habria aportado a la obra común, mi entusiasmo y mi cooperación. Pero no encontré hombres sino bestias. Y ya sabemos que solo el látigo se concilia con ciertas bestias. La evolución es propia de los hombres. La revolución es el medio natural para hacer entender a las bestias; porque ellas han menester del látigo..... Y he aquí, que yo, Atel, fué revolucionario. Puse a la fuerza como condición esencial y humana de la justicia; por ser evidente para mí que el convencimiento y la razón, no eran bastantes para obtener lo que yo anhelaba como hombre. Fuerza. Sólo fuerza y nada más. Ni sangre, ni violencias, ni persecuciones. En cuanto puedan evitarse los dolorosos dramas, propios de una innovación, deben evitarse. Todo lo cual no escluye, al puño de acero capaz de separar del camino al torpe o al insolente que ponga trabas al lógico y humano desarrollo de los hechos. A ésto, también, se llama justicia. Destruir y

crear. Crear y destruir. Y por ambos métodos, purificar la vida, amplificarla, en tal forma de hacerla poderosa y digna de vivirse, por todos los seres: he ahí una misión del hombre en este mundo.

¿Pude yo, a semejanza de Atul, formar legiones para abatir a las hordas de Satanás? ¡Nó! Yo no requiero de legiones. O mejor, una sola es mi legión: es la humanidad toda. En ella, derrama Atul a los degenerados que la perturban. Forman éstos, las legiones de Satanás. Entonces, debe ser la Humanidad toda, como organismo vivo, capaz de reaccionar y de defenderse, quien, persiguiendo su propia conveniencia, se alce frente a las legiones de Atul, para elsminarlas, para absolverlas, o para relegarlas a la categoría de escorias que se arroja en el camino. No es que el poderio del mal sea ilimitado e imbatible. Nó. La Humanidad, a modo de monstruo en marcha, siglo a siglo va dejando tras de sí, la huella fecunda de su paso. Bajo sus patas brutales caen los secuaces de Satanás, Para dios, poco inmportan las tragedias; porque los fines de dios se cumplen. Y por eso, a lo largo de los tiempos, van cayendo las mentiras, los fantasmas, las injusticias, las ruindades y las miserias. En medio de esas hecatombres de sangre y de pavor que a veces azotan a la humanidad, caen también las hordas del averno. Eso Atul lo sabe, porque Atul es un sabio. Sabe que su condición es la del bicho que puede morir bajo la planta del gigante. Por eso tiembla y se pone pensativo cada vez que sospecha algún peligro. Por representar la parte débil en el larguísimo drama del progreso, hace prodigios de diligencia para subsistir. Organiza v disciplina a sus legiones. Y con la escoria humana; con los que, por sino desgraciado, hacen el tristísimo papel de oponerse a los altos intereses de la especie, pretende aparentar un relativo poderío. Dios nada sabe de legiones. Solo conoce a los hombres. Y yo os aseguro que en cada hombre puede ir un legionario de dios.

Bajé entonces, a la sociedad inmensa, para extraer de allí, los elementos necesarios a mi acción. Con hombres quise formar y levantar mi bandera triunfadora. Coordiar las fuerzas de los oprimidos, disciplinarlos y de un modo concienzudo y enérgico realizar mi obra: tal fué mi consigna. Por esto, ante todo, yo busqué y tuve amigos. Fueron muchos. Yo no sé cual fué su número. Pero fueron muchos. Y eran hombres. Y como hombres, pensaban, sentian y hablaban. Con ellos, no podía hablar, así como hablaba con Atul. Nuestras conversaciones eran diferentes. No lo olvidemos: eran hombres..... A medida que pasaba el tiempo, yo me hundía más y más en el hervidero dantesco de la multitud. Convivia con esos hombres. Oia sus quejas. Conocía sus ideales, sus aspiraciones y sus sueños. Me hablaban de lucha de clases, de reivindicaciones, de castigos, de sangre. Me decian de odios y de venganzas. Había maldiciones y diatribas para los malvados y para los explotadores. En muchos de esos hombres, prendía con energía horrenda, el impulso del ataque y de la destrucción. Yo me callaba. Y confieso que me ponía muy serio. Es inmensa la reserva de odios que albergan las multitudes, especialmente en períodos de crisis o de renovación. Yo comprendo todo ésto. No puede ocurrir de otro modo. De la paradoja de odios atroces, entremezclados a sacrificios heróicos y a estupendas abnegaciones, brota la nueva semilla. Es cierto. Pero es duro y triste reconocer, que sean necesarios, el odio y la abyección, la violencia y la sangre, para engrandecer a los hombres. En ese circulo que me rodeaba, había excepciones. En algunos, descubría yo, almas limpias de venenos. Eran mis preferidos y los distinguía de todos los demás.

Y, entretanto, rugia la borrasca. Por momentos, yo mismo, me sentia desorientado y confuso. Se me hacia tan complejo y dificil aquel movimiento de la multitud, que, por instantes, yo me desataba en maldiciones y en bravatas.. La vida colectiva, cual un mar enfurecido, con sus grandezas y con sus miserias, pasaba ante mis ojos. Estos de aquí, vociferaban y clamaban odios, persecusiones y venganzas.

Esos de más allá, no se mostraban de acuerdo con los primeros. De continuo, surgian entre todos ellos, despegos, rencillas y mezquinas preocupaciones. Si grande era la empresa de luchar en contra de Atul, más grande era todavía la empresa de reprimir y dominar esa indisciplina innata de las masas. Yo me confundía: me alcanzaba la descención con sus fríos halagos. ¿Pero acaso, será posible dirigir alguna vez, en buena forma a estos infelices? Me ponía muy serio y dudas atroces me rondaban por la conciencia. Con dolorosa insistencia me hundía más aún, en la multitud. Estudiaba de muy cerca a los hombres que me rodeaban. No encontraba en ellos, la pasta necesaria para realizar el prodigio que me proponía. Había ausencia de refinamiento interior en esos hombres. Algo querían. Y lo querían con la imposición dolorosa de una necesidad insatisfecha. Pero sus aspiraciones eran vagas e imprecisas v. a menudo, orientadas hacia un grosero materialismo. Me hablaba de ideales y de sueños. Sin embargo, la mayoría estaba muy lejos de tener una aspiración conciente y realizable. No es lícito hablar de ideales, cuando no se es capaz de concebirlos y realizarlos. ¿Hacia dónde iba ese torbellino, que es la multitud? Yo cavilaba. Instintivamente la especie determina sus rumbos. Soy vo dios, quien va por delante de ella, orientándola en el camino; aunque por momentos, se haga confuso e incomprensible el proceso de su marcha. Es verdad que a veces, las masas son tan inhábiles que, ni aún llegan a comprender sus interese más inmediatos. A tan pobre condición, las relegan los canallas. Pero dios cautela el destino de su rebaño, y así, con bullicioso clamoreo, blasfemando, cavendo, atropellándose en la marcha, siguen las multitudes, tras de su ilusión, por las rutas infinitas del porvenir. Así se hace la historia humana..... Me reanimaba. Ahi veia a esos hombres, amenazantes y terribles. Se aproximaba la hora tremenda de la ira y del castigo. Y un ambiente de tempestad, con aroma a sangre, me venia de todos los ámbitos. ¿Pero es absolutamente necesario que así, sea? Me serenaba. Contenía los fortísimos

impulsos de esas gentes; temía sus atropellos y su venganza. Ante los dolorosos detalles de un ajuste sangriento yo prefiero callar. Yo dios os digo que si es necesario destruir, debe destruirse.. Agrego que, quien se opone a mis designios, sea de uña clase o de otra, debe ser separado del camino. Yo no acepto a la bestia dañina que sólo es capaz de destruir. Sólo acepto al hombre que destruye cuando es necesario; pero qué, si enérgico es para destruir, es también, sabio, capaz y diligente para construir. Yo dios, no acepto las insolencias o las estorciones de los de arriba, ni las brutalidades, ni las persecusiones de los de abajo. A título de trasformar a la sociedad, no es lógico hundirla en una orgía de sangre, de abusos o de injusticias. Porque en cuanto sea posible, deben evitarse los roces violentos y dolorosos. Necesito hombres. Sólo hombres. Nó, bestias.

Y fué de este modo, como yo, moviéndome en medio de un torbellino de pasiones, inicié y proseguí mi obra. Esos hombres, pese a sus defectos, a sus apetitos desordenados, a su desorientación y a sus cobardías, —hombres al fin—, fueron mis amigos. Formaron la bandera triunfadora que se dispara hacia adelante. Constituían la semilla escogida y noble, de donde yo dios, hago surgir día a día, los elementos nuevos, para forjar una nueva humanidad.

Uno, era obrero. Trabajaba en una fundición. Alto, de férreas espaldas, ahí, le veía yo, lleno de ollín, sudoroso, junto a los bullentes fogones, con grandes tenazas en las manos. Por momentos, se hacía horrible su figura. Pero así, horrible como era su silueta, por violento contraste, era blanca y pura su alma. Por las tardes o por las noches, iba a mi cuarto. Allí charlábamos.. Y él, me hablaba.

—Todo es pasajero, —me decía—. Esta miseria que vivimos a la fecha, es un soplo en la vida de la humanidad.

Se irá, así como se va el humo por las chimeneas. Pero al cabo de algunos años, próximos o remotos, esta tierra, puede ser un jardín. Y siéndolo, podrá el hombre, abocarse a los infinitos caminos que se abren a su paso. Sólo debemos poner los ojos en el futuro. Debemos hundirlos alli, como si fuese en un remanso; meior, como si fuese en un codiciado paraiso. Con ansias, debemos escrutar sus matices y sus glorias. Ese futuro será inalcansable para nosotros. Será, solo, un sueño. No lo veremos iamás. Nos hundiremos en la fosa, teniéndolo siempre remoto, así como el niño tiene remota a la estrella. Pero una generación da su sangre y su vida a otra generación. Y así, en el desfilar infinito de generaciones, algo nos liga al pasado y algo también, nos arrastra al porvenir. Son solidarias las generaciones entre sí. Entonces, sigamos luchando. Allá lejos, nuestros anhelos, serán una realidad. Florecerán a la distancia, los ideales de los buenos de hoy: los humildes, los ignorados, los perseguidos; los que quieren una mayor justicia v una vida mejor. Quién tiene un hijo, desea para él, todas las grandezas de la tierra: todo lo divino y excelso que es dable imaginar. Entonces, que allá lejos, los hijos de los hijos, aprovechen el fruto codiciado.

Guardaba silencio. Como si resumiese sus pensamientos, pausadamente agregaba.

—Algo hay, que el hombre siente en lo íntimo de su ser. Por reducida que sea su capacidad, aspira a estados y a situaciones mejores; aspira a embellecer y engrandecer su vida. El destino, nos pone siempre por delante, seducciones y esperanzas. Nuestras aptitudes nos inducen a ser obedientes y a seguir al destino. La vida en sí misma, presupone una aspiración integral por superarse. A esto los hombres la llaman IDEAL. Yo le llamo, DEBER.

Se hundían sus ojos en la lejanía. En su actitud, sospechaba yo, en éxtasis, su alma blanca, ante su clara ilusión. Y yo lo juro, se estremecía hasta la última fibra de mi ser; porque veía en ese hombre, una rica pasta de mí mismo, yo dios, que hago así las cosas y pongo en el corazón de mis elegidos, el empuje ardiente del ideal.

—Es raro, —me decía a veces—. Hace mucho tiempo que la humanidad va por malos caminos. Se ha hecho metafísica con la sociedad y se ha pretendido captar del cielo, la inspiración para organizarla. Sólo ahora, después de una experiencia milenaria, se llega a las raíces del problema. Sólo ahora se descubre que el animal hombre, prima sobre el hombre ideal, conjunto de cualidades morales e intelectuales, que por tanto tiempo, fué el prototipo adecuado a todo género de lucubraciones. Debe buscarse un acomodo digno y justo para el animal, si se quiere enseguida, constituir una sociedad relativamente perfecta, donde, por lo menos, no haya perros carniceros ni aves de rapiña. Arreglemos el cimiento y ya será posible una edad de oro.

Se callaba. Se le iban los ojos adelante, vagamente, como si pretendiese percibir un vago ensueño. Lánguidamente, con tristeza casi, seguía hablando.

—La humanidad debe mirar hacia adelante. Nos viene del pasado, el caudal de sus experiencias. Pero nos llega también, el caudal de sus torpezas y de sus desaciertos. Debemos recibirlo todo. Debemos llevar la carga. Porque no puede interrumpirse esta larga cadena que hace de una generación, el asiento de la otra. Es cierto. Pero si de atrás nos viene un amontonamiento de injusticias, de vejámenes y de atropellos, nosotros, en resguardo de los altos intereses humanos, debemos mudar el sentido de la ruta, para dirigir nuestros pasos por un camino mejor. Sólo así cumpliremos el sino natural. En el pasado, ha sido áspero y doloroso el camino para los pueblos. Su cargamento de pesadumbres se mantiene. La carga no disminuye su volumen; porque unos, la arrojan sobre los otros. Ha de cambiarse el sistema. Y esto debe realizarse en los días que vendrán.

Se callaba. Se hacía doloroso su mirar, como si se hundiese en un desolado paisaje: su propia vida,

-Yo soy un oprimido, -me agregaba-. El producto

de mi trabajo no es para mí. Otros me lo arrebatan. Yo tengo hijos. Yo debo cumplir obligaciones. Si me pidieran el fruto de mis desvelos, yo lo daría, aún limitando mis cuidados para los que quiero. Pero no me lo piden: me lo arrebatan. Y por ello, es humilde y negra mi vida. Y hay en ella, angustia y dolor.

Le veia bajar la cabeza con la actitud digna de quien, ante lo imposible, debe resignarse; aunque sea horrible y do-

torosa la resignación.

-No sólo soy un explotado. Además, soy un ofendido. La sociedad se divide en clases. Yo me ajito entre las capas más bajas de la sociedad; en medio del pueblo inmenso y anónimo. En el diario afán de la faena, somos principalmente nosotros, los que forjamos la riqueza. Ello sería una razón bastante, para que, por lo menos, se sintiera un humano impulso de gratitud hacia nosotros. Pero no ocurre así. Y eso usted lo sabe: a nosotros los humildes se nos desprecia. Se nos mira como a seres de otra especie. A veces, como a animales. Yo comprendo las torpezas humanas. Pero me duele que se retribuya mi concurso al bienestar común con el desprecio y la persecución. Yo abrigo buenos sentimientos para todo el mundo. Es humilde mi cuna y son limitados mis alcances. Pero por lo menos, creo llevar aqui dentro del pecho un corazón sano, donde no se reflejan ni los odios ni las envidias. Un corazón donde repercuten adedás los sentimientos generosos: el altruísmo, el espíritu de sacrificio por los demás, ésto que usted ha comprobado en mi vivir y que, en el círculo humilde de mi familia, me induce a ser cariñoso y abnegado para mi mujer y para mis hijos, y más allá, en el vasto mundo, un hombre bueno y leal para todos; para los grandes y para los chicos, para los débiles y para los poderosos. Sin embargo, por ser el obscuro obrero de una fundición, hay gentes que me miran con insolencia y con desdén y que, se sentirían degradados si yo me aproximase a ellas. Esto no es justo. Aun no saben los hombres respetar la dignidad humana.

Se me iba el pensamiento. Veía yo esa vida limpia osci-

lando por el mundo. Generoso, valiente, altruísta: ahí estaba ese obrero fundidor. Era un modelo viviente por la pureza de su vida. Era sincero, afable y su espíritu de sacrificio no conocia límites. Ese hombre, una vez, en aquella fundición, salvó, de la muerte, a otro hombre, que le aborrecía. Para conseguirlo, sufrió horribles quemaduras. Así era, ese obrero fundidor. Ahora, y como a raíz de aquello, tuviese el rostro deformado, se intimidaba a los niños, señalándolo como a un monstruo.

—Es doloroso todo ésto, —me agregaba—. Es algo que nos hiere en lo más íntimo. No sabe usted como me repugna emplear la fuerza y recurrir a medios brutales y torpes, para afirmar mi vida. Todo ésto, podría ocurrir de otro modo. Es verdad. Pero si yo nada puedo, porque la injusticia es la única ley que rige para mí; si miles o millones de hombres se encuentran en situación idéntica a la mía, yo digo que, por duro, por doloroso, por repugnante que sea, debemos destruir ese círculo maldito que nos oprime. Debemos volar los obstanlos que se oponen a nuestro paso, así como el minero vuela la tierra para desentrañar el codiciado tesoro. Por desgracia en necesaria la fuerza para redimir a los hombres.

Era muy sabio ese hombre. Eran tan sabio como Atul. Cuando hablaba en nuestras reuniones, todos le escuchábamos con respeto. Yo le distinguía de todos los otros. ¿Pero quién era? Era sólo un IDEALISTA. También un

OPRIMIDO. Además, un OFENDIDO.

Y tenía yo, un otro amigo. Y éste escribía libros y artículos en los diarios. Y era también muy grande su saber.

<sup>—</sup>Yo nada valgo, decía—. Soy: nada. Mañana moriré y al día siguiente ya no quedará un rastro de mi persona sobre la tierra. Por tanto, no me preocupa mi destino, ni el destino individual de los demás. Me preocupa la socie-

dad humana, ésto-es, el grupo de hombres que conmigo, hacen la jornada en esta época de la historia. En ese grupo, yo veo una mezcla diabólica de malas pasiones y de intereses contrapuestos. Veo abuso y veo maldad. Yo no acepto la opresión ni el atropello. Entonces, razonablemente, humanamente, yo debo luchar por la liberación de los esclavos..... Hoy, como en en cualquiera época de la historia, se observa en los pueblos una clara división de situaciones, de actitudes y de opiniones. Por lo menos, hay tres grupos de individuos que ejercitan su acción y su intelecto en la mecánica social. Formando el grupo de avanzada, distingo en primer término a los INNOVADORES. Son éstos los que avizoran el futuro, los que descubren sus seducciones y ensayan sus pasos en el camino porvenir. Son sedientos de infinito y de eternidad. Son los visionarios elegidos por la madre naturaleza para servir de guías e impulsores de la especie en desarrollo. Forman por ello, el rico caudal humano que busca sus destinos en el tiempo; concentran por lo común, toda la grandeza y toda la energía de los pueblos. Sabios, artistas, pensadores, ideólogos, hombres de acción, ardientes caudillos de un ideal, son los fogosos ejecutores de una renovación consciente e incesante. Titanes de una vida en perpetuo ejercicio, yo los señalo a ellos, como a los únicos dignos de responder al calificativo de hombres. Son los que tienden a mejorar la vida encausándola por sus grandes derroteros: justicia, verdad, belleza, libertad, en suma, el acervo constante del género humano, que busca su grandeza..... En segundo término ubico a los que se muestran relativamente conformes con lo existente. Aún, a los que se quejan de algunos males. Constituyen estos, la masa amorfa de la sociedad: ese bulto pesado y estúpido que tema a la innovación, porque se ha privado a esos hombres de la audacia y del talento para aspirar a situaciones mejores. En ellos predomina la torpeza y el candor. Son ignorantes. O pusilánimes. O cobardes. Sujetos de cráneo endurecido o de comprensión obstusa, son posibles a la sugestión en tal for-

ma que requieren de apóstoles o de mentores. En resumen, forman, individualmente, la UNIDAD DE REBAÑO y en conjunto, el REBAÑO ENTERO: estúpido y milagroso a la vez; tan capaz de la hazaña y de la jornada gloriosa. como del crimen horrendo. A este conjunto, acostumbran llamarlo: el SOBERANO PUEBLO..... Finalmente, hay un tercer grupo. Lo forman los CANALLAS, los MALVA-DOS. Estos usufructúan de las situaciones creadas. Entonces, tratan de detener la evolución de la sociedad y el desarrollo del individuo. Son los enemigos de los hombres y del género humano: los malos que pecan en contra del dios natura. Mejor: los degenerados a quién privó dios de la limpieza moral o de la visión de los grandes caminos. En todas partes son elementos de reacción. Son combativos, a menudo fanáticos y muy torpes. Por constituir la casta amagada, son los defensores de los oprobios, de las injusticias y de las bajezas que siempre existen en una sociedad. Precisamente, porque se benefician con esos oprobios, con esas injusticias y con esas bajezas...... Ahora bien: el drama eterno del progreso, se reduce a una lucha incesante, dentro de la órbita del segundo grupo, -el soberano pueblo-, entre los innovadores y los reaccionarios. Cumple su misión en este mundo el individuo que sigue a los primeros.

Y hablaba. Hablaba largamente. Con una claridad asombrosa, analizaba una y otra situación. Defendía doctrinas. Criticaba. Por momentos, se me imaginaba en el interior de esa cabeza, un formidable torbellino de idealismo y de humana sabiduría. Había mucha honradez y una pureza inmaculada en las convicciones de ese hombre. Pero sobretodo, en ese pensador, se presentía claramente, eso que yo dios, puse en el hombre como distintivo de la especie: el TALENTO, la chispa divina de los grandes milagros.

Y era también mi amigo, un estudiante. Joven, soberbio, dominador, desmelenado y recio, en nuestras asambleas, desataba a menudo, sus rabiosas arengas. Vibrábamos nosotros ante sus candentes palabras.

—Sólo la pasión, —decía, nos dará el triunfo—. Cuando la pasión se haga gigantesca, inmensa, infinita; cuando fermente en el corazón de los hambrientos y de los oprimidos, así como se revuelve el agua enloquecida dentro de las calderas, entonces, —día grande, día bendito—, vendrá el estallido. Y rodará el idolo nefasto y no quedará un rastro de su grotesca figura. Vendrá el día santo de las santas represalias.

Yo le miraba. Las palabras de ese muchacho derramaban escalofríos de entusiasmo. Así era. Así es. Porque, así, quiero yo también a la humanidad: loca, plena de juventud, de entusiasmo, de valor. Es por eso que yo dios, hago ebrias y rabiosas a las multitudes. Y arrojo sobre ella, a torrentes, el chorro cálido y vibrante de la PASION: eso que brotaba de los labios del estudiante de mi círculo.

—Yo quiero, —decía—, un perpetuo retoñar. El árbol en primavera o la alborada luciente, son mis símbolos. Digo que deberían serlo, perpetuamente, para la humanidad. Por tanto, y a mi juicio, quien se niega al hondo llamado que brota de su propia vida, se ha perdido en el camino. Juventud, siempre ha significado progreso. Ha significado también, entusiasmo y calor. Y por ello, milagro. Si la humanidad quiere ceñirse a las leyes de su evolución, siempre debe tener un alma joven.

Su lenguaje prodigioso se desataba en improperios y amenazas. La vida toda, entraba en conmoción para aflorar a sus labios.

—¿Qué queréis? —decía—. Soy joven. Mi vida es una risa. Es mi tesoro mayor. Es también, lo único que tengo. ¿Queréis mi vida? Aquí la tenéis. Y yo os lo juro que frá hacia vosotros limpia y borbotante, tal como el agua clara que alza al cielo, el espejismo de sus hondas. ¿Qué más puedo daros que no sea mi vida? Entonces, vamos allá, al festín macabro de la muerte, del sacrificio y de la victoria.

No merece el calificativo de hombre, quien no rinde su vida, a una convicción.

Este hombrecillo, no miraba al clero, con buenos ojos. A menudo desataba tremendas admoniciones en contra de los hombres de sotana.

—Son unos canallas, —me decía—. Han mentido por siglos y más siglos. Han hecho de la prostitución el emblema secular que aún flamea en estas altitudes de la historia. Diciéndose los representantes de dios, son sus enemigos.

Yo me acordaba de Atul. Y me reia....... Pero, ¿quién era este estudiante? Era sòlo, uno de mis elejidos. JUVENTUD; ENTUSIASMO; PASION: eso que también se necesita para arrastrar a los hombres por sus grandes

derroteros.

Y cosa rara: entre mis elegidos se contaban, un militar y un fraile. Digo, desde luego, que no era muy armonioso el entendimiento entre el fraile y el estudiante. Tampoco podía serlo, entre éste y el militar. Pero si eran frecuentes los conflictos entre el estudiante y el fraile, jamás los había entre el estudiante y el militar. La razón era muy humana y muy simple. El militar era viejo. Era un oficial de alta gradación e iba ya sobre los 50 años. Tenia el militar una hija. Era la joven, linda de verdad, así como lo es una florecilla blanca en primavera. Aquel estudiante, amaba locamente a la niña. Y la niña, quería lo-camente, al estudiante. Para nosotros que lo sabíamos, era muy simpático ese romance. El viejo militar, serio y adusto, se hacía el desentendido. El joven estudiante le respetaba. Aborrecía cordialmente el uniforme; pero ese viejo militar era intocado para él. Lo cual, no ocurría respecto del fraile.

Para mí, era simpático contar entre mis elegidos, a estos dos uniformados de las hordas de Satanás. Se lo diie también a Atul. Y éste no manifestó extrañeza. —Son unos desgraciados, —me dijo—. No comprenden su misión. Son las ovejas negras que a veces se mezclan a los buenos elementos que me acompaña.

Así me contestó Atul. Porque Atul es un sabio. Al fin es posible también, encontrar excepciones, a veces muy honrosas, en el redil de los canallas. Tal como se encuentra a veces, la flor blanca y pura en el fango. Yo distinguía y guardaba consideraciones especiales para esos mis elegidos uniformados.

Era serio y rudo el militar.

-Yo, -decía-, no entiendo de ciencia. Yo no soy sabio. Sólo entiendo de fuerza. Aunque sea un símbolo de brutalidad, yo me aferro a la fuerza, porque ella es también un atributo humano. Decidme: ¿créels que sea posible, por la via de la justicia y de la concordia, remover los obstáculos y abrir un camino a una vida mejor? Yo no lo creo. Este oficio mío y este uniforme que llevo, autorizan a los hombres para desconfiar de mi calidad moral. Muchos habrá que me miren, así como se mira a una bestia dañina. Pero si por destino humano hube de llegar a ello, yo quiero que este brazo, y más allá la espada que este brazo sostiene, se muevan al impulso del corazón y al risueño halago de una nueva justicia. Por desgracia, requiere aún la humanidad del rigor y de la vergüenza de la espada..... Vosotros lo sabéis mejor que yo. Oponiéndose a la perfección y desarrollo del hombre, hay oprobios e injusticias. Con palabras, amenazas o imploraciones, no lograréis remover ni los unos ni las otras. Por otra parte, la evolución natural de los pueblos, tampoco puede detenerse. Pretenderlo, equivaldría a contener la furia de un torrente. Entonces, si el obstáculo obstruye el camino, lo lógico, es remover el obstáculo. Y si para conseguirlo, es necesario emplear la fuerza, ésta debe emplearse...... El ajuste debe llegar. Ponerlo en duda, equivaldria a desconocer una experiencia de siglos. Yo sólo espero que el ajuste sea menos brutal y no se resuelva en una horrenda hecatombe. ..... Entonces, cuando llegue la hora, si lleNosotros le mirábamos. Se curbaba su recia figura y humildemente bajaba la vista. El estudiante guardaba silencio; a veces aprobaba. Se callaba el obrero. El pensador se callaba. El fraile miraba a cualquier parte. ¿Pero qué, representaba dentro de mi círculo este militar? Representaba el VALOR: puro y sincero. Representaba también a la serena ENERGIA: dura y brutal a veces, pero al fin, látigo doloroso y necesario que aún requiere la espalda de los canallas. Por eso, ese militar figuraba entre mis elegidos.

Y sereno, sonriente, sin soberbia y también sin fingida modestia, joven aún, con voz segura, el fraile, a veces, nos hablaba. Este, a menudo, habla de Dios.

—Los grandes derroteros humanos, —decía—, se subordinan al curso y al rumbo de las energías morales e intelectuales de la humanidad. La continuidad de estas energías, marcan la trayectoria del progreso; del mismo modo que su ruta, señala el camino del futuro. El hombre es grande y poderoso. Dentro del cuadro de lo creado, domina a los demás seres. La razón de su predominio es el acrecen-

tamiento extraordinario de sus aptitudes mentales que lo capacitan para invadir y colocar bajo su imperio a la naturaleza toda. Por tanto, la evolución específica si existe, como que no puede menos de existir, encauza principalmente su desarrollo por las vias intelectuales y morales... ...... El sabio o investigador es uno de los esponentes de la grandeza humana. Representa la potencia creadora de la especie y por lo mismo, es el señalado por el dedo de dios para descifrar los enigmas y subordinar bajo el imperio del hombre a toda la creación. Quien habla de sabio, habla de ciencia y de verdad. El artista es otro esponente de la grandeza humana. Es el resorte delicado por medio del cual, la actividad creadora vuelca sobre la especie las primicias más hermosas de su poderío: la belleza. Pero cabe observar que tanto la verdad como la belleza, fluyen del hombre hacia la sociedad. El sabio y el artista, descubren, inventan o crean por sí mismos, quiero decir, por estimulos que nacen de su personalidad; todo, sin perjuicio del influjo, más o menos grande, que sobre ellos pueda tener el medio ambiente. Si se me permite la expresión, diría que encarnan el egoismo genial de la especie; aunque el arte y la ciencia, en definitiva trasciendan a todos los hombres Ahora bien, junto al sabio y al artista, yo coloco al genio moral. El genio moral es el hombre altruísta por excelencia. Ante todo, crea para los demás. El objetivo de su creación y de su capacidad creadora, proviene de la sociedad v va hacia ella. De ella también, provienen los estímulos que lo inducen a la acción. Llamo GENIO MORAL, al innovador que se preocupa de un buen ordenamiento de las relaciones humanas, esto es, de aquello que, en términos corrientes, llamamos JUSTICIA. El innovador de esta pasta busca siempre una vida mejor. Al trazar sus principlos, obedece ante todo, a influjos del sentimiento, o sea, a esa obligada relación afectiva que nos impone el hecho de vivir en sociedad. Cristo, Confucio, Buda; los profetas y grandes filósofos de todos los tiempos, de todos los países y de todas las razas que regaron sus energias en la

búsqueda de una vida mejor y de un tipo de justicia que alcanzara a todos los hombres, sin consideración de castas o de personas; aquellos que encendieron la hoguera y prendieron nuevos brios a la humanidad en la época de la Revolución Francesa; los que después, han puesto a la humanidad en trance de nuevos caminos, tras las aspiración de una nueva justicia; todos, pese a sus defectos, a sus yerros o contradicciones, son, tal como los sabios y como los artistas, cumbres divinas de la especie: los elegidos de dios para el logro de sus designios. Se requiere tonificar la cabeza de los hombres. Sobretodo, es necesario, purificar su corazón. Yo digo entonces, que es esencial como fundamento de toda renovación, la amplitud y la pureza del sentimiento. Ante todo justicia, significa amor. Pero amor. puro, humano, grande, capaz de darle a una bestia la fisonomia y la calidad de un hombre. Hace ya mucho tiempo que la humanidad lleva el veneno de sus odios y el estigma de sus violencias. No quiero negarme a la realidad de los hechos. En tanto existan los hombres, habrá rozamientos y conflictos. Pero eso no excluye, hacer del sentimiento una cualidad permanente y un freno sensible, en cuanto pueda el sentimiento hacer menos duros y menos ásperos los conflictos humanos.

¿Quén era este hombre? Era un fraile. Llevaba sotana. Pero tras de aquella sotana, se ocultaba un gran corazón; quiero decir, un cúmulo de sentimientos altruístas, que también requieren los hombres para engrandecer su vida y hacerla mejor. La justicia ante todo debe ser humana. La nobleza es una cualidad de los fuertes. Quizás si a los hombres, sólo les falte nobleza para ser menos miserables y curarse de sus extravíos. Por eso, ese fraile era también mi elegido.

A mi, me era simpático el frailecito. Con una claridad asombrosa veía mis trayectorias. Pero al estudiante le molestaba oír hablar de Dios. Por eso, discutía.

-Es ridículo, -decía-, hablar de Dios. Yo no conozco a Dios. No lo he visto nunca. Tampoco me imagino que Dios haya venido jamás a esta tierra para señalarle al hombre sus caminos, así como lo haría un visitante o un maestro. Ni yo, ni usted ni nadie, jamás, ha escuchado una voz que le diga: "Tenga usted estas ideas; haga usted, ésto; proceda usted de este modo; ésto es bueno o a ésto ha de llamarse justicia". Sin embargo, todos nosotros, incluso usted, sin recibir inspiraciones del cielo, vamos buscando el mismo camino. O sea que, es la humanidad, quien, en razón de su desarrollo específico, lleva en mí misma, las energías vitales que la hacen avanzar y perfeccionarse. Es sólo la humanidad, quien, con prescindencia de Dios o del diablo, lleva en sus entrañas, la razón fecunda que hace su progreso. ¿A qué, entonces, mezclar a Dios en estas cosas? Dejemos a Dios al margen de lo humano. Reconozcamos que Dios, ha hecho mucho mal a los hombres. Digamos que si la humanidad necesita de un Dios, debe buscarlo en si misma.

Y tanto el obrero, como el pensador y el militar, le daban la razón al estudiante. Todos admiraban y respetaban al fraile y en muchos aspectos se mostraban de acuerdo con él. Pero nadie quería oír hablar de Dios en aquel circulo. El fraile se callaba. A veces, replicaba tímidamente.

—Si a trueque de hacer mejores a los hombres, se pudiera levantar el dorado engaño de una deidad, yo no trepidaría un instante en levantarlo.

Discutian. Abrumaban al frailecito con argumentos. Se callaba. Y entonces, yo lo defendia. A mí, me da lo mismo. Con Dios o sin Dios, la naturaleza omnipotente procede siempre de igual manera. Los sentimientos humanos que importan bondad, nobleza o justicia, cambian constantemente. En ciertas épocas, los hombres se apasionan y luchan por convencer e imponer a la sociedad, un nuevo tipo de justicia o de bondad tal como ellos, lo sienten. Esos hombres se contaminan de los más ardientes atributos. Son mis elegidos. Por su obra se cumplen mis designios en este mundo. Un mito en tanto no sea perjudicial

y se oponga al lógico desarrollo de los hechos, poco significa. Es cierto que los mitos se amoldan más a la psicología de los niños que a la psicología de los hombres. Un hombre de verdad, puede y debe prescindir de ellos. Pero ya sabemos que los hombres son idolatras y que por desgracia, tal como lo dice Atul, aún no consiguen, después de miles de años, arrojar de sus conciencias aquel aborto de la imaginación febril: Dios.

Pero el fraile se justificaba.

-No lo niego, -decia-. Yo voy de acuerdo con Ustedes. Yo reconozco que la bestia humana necesita de rigor. Sólo afirmo la importancia que debe reconocerse a las energias morales, en cuanto ellas, son elementos constitutivos de la vida humana. La fuerza moral brota de la sociedad a modo de una rama que va más alto y que requiere más luz. Sostengo por tanto que en estas energias deben buscarse los origenes más profundos de la justicia. Ello no impide que yo reconozca la realidad cruel de los hechos. En la práctica, la fuerza moral carece de eficacia como elemento de convicción y de apremio ante la bestia humana. Esto explica el fracaso, o por lo menos el lentí-simo arraigo de las doctrinas de Cristo y de todos los moralistas que como él, sólo han considerado el aspecto meramente moral de la innovación. La doctrina de Critos que es la doctrina típica del amor y de la fraternidad, no ha conseguido a través de dos mil años, mejorar en forma sensible la condición de la bestia humana: precisamente porque siendo una doctrina cuyo fundamento es el sólo sentimiento, descuida el apremio necesario para imponerla. Lo natural es que la bestia con garras, las utilice. Pretenda cualquiera dogmatizar a un tigre y pretenda seducir-lo por medio de la bondad y ya verá lo que le ocurre. Este ejemplo es perfectamente aplicable a los hombres. Yo lo compruebo a diario. Mis feligreses van a la Iglesia. Creen en Dios, le temen y le adoran. Cumplen con todos los ceremoniales del ritual. También hacen limosnas. Pero, fieras con garras, tal como los demás, explotan a los humildes. Inconcientemente viven muy lejos de Dios y de esas doctrinas que sin traducirlas a la realidad, sólo se preocupan de cumplir en la forma. Agregó entonces que existe sabiduría en aquello de cortar las uñas a la bestia. Por eso, yo comprendo el significado histórico de una revolución. Aún más: lo justifico como medio de imposición en ciertas épocas. Pero cuanto mejor sería, sin brutalidades y sin violencia, hacer la jornada. Creo que aún le falta mucho corazón a la humanidad. No consigue aún la humanidad sobreponer el corazón al estómago, ni el altruísmo a las bajas pasiones.

Y completaba mi circulo, una mujer. Era ella, la joven y hermosa hija del militar: la bella amada del estudiante. Era suave y dulce su voz. Era coqueto y sugestivo su lenguaje.

—Yo sé que los hombres son malos, —decía—. Si lo fueran menos, esta vida sería mejor. Comprendo que las cosas no están muy bien arregladas en este mundo. Creo que podrían arreglarse de otro modo. Arregladas así como ustedes lo sostienen, la vida sería más llevadera y habría mucha felicidad para la gente...... Pero yo no digo nada. Tampoco tengo la capacidad de vosotros. Sólo, soy una niña. ¿Qué queréis entonces, que yo haga? Si llega el momento, sabré acompañaros. Todo lo que tengo, todo lo que soy; esta vida mía irá hacia vosotros. Irá como un reparo para las angustias, para las sinsabores, para los fracazos y para las lágrimas. Por lo menos, con vosotros, estará mi corazón, que yo creo, es blanco, puro, como un pozo de abnegación y de cariño.

Se ruborizaba. Encantadoramente, miraba al estudiante. El estudiante la miraba con ojos engrandecidos de admiración y de ternura. Nosotros, con disimulo, nos mirábamos y nos sonreíamos. El viejo militar se ponía muy serio y bajaba la cabeza. Y he aquí, que, como un simpático detalle del humano acomodo, levantaba en aquel ce-

náculo, su vocecita tímida, la joven bella y enamorada, toda pasión, toda cariño, toda abnegación: eso humano que
también requiere la humanidad, para forjar sus triunfos y
obtenerlos. ¿Qué representaba entonces, la linda niña, hija
del militar y amada del estudiante? Representaba sólo ésto:
amor de mujer, abnegación de mujer: abismo luminoso y
purísimo que por sí solo, podría arrojar luces y felicidad
en la trayectoria entera de la especie. Era sólo ésto y nada
más: UNA MUJER.

Y he aquí que dios, ambulante en la tierra y con efigie de hombre, en la persona de Atel, levantaba en cualquier parte, su bandera de redención y de victoria. Y ponía en esa bandera, los matices típicos que a través de los siglos, han sido, son y serán, los estímulos esenciales de la grandeza humana y de la humana perfección. Ponía Idealismo. Y Talento. Y Juventud. Y Entusiasmo. Y Valor. Y Energía. Y férrea Voluntad. Y Nobleza. Y Corazón. Y abnegación pura y santa...... Levantaba dios, su bandera triunfadora: la que ha triunfado siempre. Cada vez que esta bandera se levanta, tiemblan las hordas de Atul. Porque cuando ello ocurre, está próxima la hora de la ira y del castigo. Y a poco viene, la selección de la semilla y el doloroso trance de arrojar la escoria. Ayer. Hoy. Y siempre...... Reunia a mis amigos y vo dios, creia en el triunfo.

 allí estaba yo dios, para estimularlos. Y entonces, yo les arengaba. Aún empleaba un lenguaje duro para ellos.

—Insensatos, —les decía—. Ciegos. Hombres de poea fé. Suponéis bondades paternales en quien jamás ha de tenerlas para vosotros. La Naturaleza Omnipotente, cumple rigurosamente sus designios. Crea y destruye. Y vuelve a crear. No es otro su trabajo. Para proceder lo hace violentamente, brutalmente a veces, y prescindiendo de la condición particular de los seres. Pestes, plagas, hundimiento de continentes, terribles catástrofes, hambrunas; aún guerras. Son los azotes de dios. Si lo habéis comprobado, ¿porqué queréis excepciones para vosotros? No tenéis derecho para quejaros.

Se callaban. Me miraban con ojos engrandecidos. Yo

insistía.

-Quiero deciros que si la humanidad pretende su salvación, debe ser ella misma, quien lo consiga. Para el resto del universo, los destinos de este mundo no significan nada. ¿Qué le importan, digo yo, a los astros del espacio, vuestras angustias? Podría borrarse hasta el último vestigio de vida en este mundo y aún podría desaparecer la tierra toda, sin que ello significase una alteración sensible en el resto del universo. Entonces, sois vosotros quienes por vuestras propias fuerzas y por vuestros propios medios, debéis procuraros una vida mejor..... La naturaleza para desarrollarse, hace un derroche gigantesco de dolor. Nada hay más horriblemente frío y despiadado para obtener sus designios. Para mantener las especies, sacrifica segundo a segundo, millares o millones de vidas. A veces, para obtener pequeñas modificaciones, en algunas, hace un derroche infinito de dolor y de angustia. Ahí tenéis al mundo microscópico. Los bacterios se multiplican de un modo fantástico. Pero mueren también por cientos o por miles de millones en brevísimo tiempo. La condición del hombre, pese a su soberbia, no difiere mucho de la condición de los microbios. Para demostrarlo, ahí fenéis las grandes calamidades y los grandes azotes. Todos vosotros cono-

cels esas tragedias horribles que a menudo prepara el destino para aniquilar a los seres. Digo: ¿Qué le importa a dios, una vida más o una vida menos? Si vo fuese dios, os diria la sentencia terrible, pero trágicamente verdadera: "Yo dios, mato. Y mato sin piedad". Entonces seguid y no os desaniméis. Ni el llanto ni el abatimiento cuadran con la hombria que debo suponer en cada uno de vosotros. Por lógica, vuestro destino es duro y para cada cual, el rigor es una ley..... Luchad, por tanto. A eso habéis venido a este mundo. Si el sacrificio acompaña a la lucha, aceptad el sacrificio. Hay algo fatal que no podréis eludir nunca jamás: la muerte. Algún día, os cojerá y os hundirá en el silencio y en el olvido. Es preferible entonces, que la muerte os sorprenda luchando por la realización de las grandes empresas. El dios natura necesita millones de sacrificados para obtener el progreso. Cumplen entonces, los altos destinos de la Naturaleza Omnipotente, los que aceptan la responsabilidad máxima y con dolor humano, pagan la altistma distinción de haber sido un cimiento del progreso. Dejad los temores y las comodidades para las bestias del rebaño. Vosotros, sois de otra pasta. No esquivéis, la altísima responsabilidad de ser la semilla noble, que en el futuro, derramará, una vida mejor, por infinitos senderos.

Se callaban. Yo veía el humano desaliento dibujarse en aquellos rostros. ¿Porque serán así los hombres, tan poco tenaces para seguirme? Hombres al fin. Y yo, insistia.

—Es el ideal, el impulso perpetuo que empuja a los hombres por sus caminos. Es la esperanza la clara risa que nos deslumbra y enciende nuestros anhelos. Vosotros lo sabéis. Podéis, además, comprobarlo con toda la historia humana. El ideal ha sido, es y será, como una avecilla de oro que señala el rumbo a los pueblos. A veces los pueblos la juzgan cercana, posible y alcanzable, como divina conquista y como supremo tesoro. Obra la seducción por la linda avecilla. Se convulsionan las multitudes. Como niños locos, corren en su persecución. Casi logran aprisionarla. Pero el ideal, la linda avecilla, se les escapa de entre las

manos. Se va. Vuela más adelante. Allí se la vé de nuevo, seductora y provocativa, como llamando al hombre a perseguirla. Este es el sino natural. Y este es el mecanismo del humano progreso. Entonces, ¿por qué negarlo y por que resistirse a la tentación? No: sigamos a la linda avecilla seductora; sigamos a la avecilla azul de la esperanza. Porque en realidad de verdad os digo que así se cumple en este mundo, la humana misión de vivir.

Hondamente, repercutian mis palabras. Levantaba el estudiante la cabeza y temblaba su inquieta melena. Le miraba la niña con ojos seductores, cargados de amor. El obrero volvia como de un sueño. El sabio arrugaba el entrecejo. El militar se quedaba serenamente pensativo. Son-

refa el fraile mirando vagamente hacia adelante.

-Sigamos. Vamos a la lid. Es nuestro destino. Si-

Lentamente, se agrupaban los hombres en torno de mi bandera triunfadora. Cobraba volumen la legión. Se hacia formidable. Es sólo unión y disciplina lo que hace falta a los desgraciados para abatir a las hordas de Satanás. Por eso y ante todo, yo auspiciaba la unión de los miserables y de los oprimidos, para hacer de ellos una legión irresistible y vencedora.

Y así, fuimos muchos. Fuimos cien. Fuimos mil. Fuimos muchos miles. Nos repartimos por todas partes. Llegamos a los pueblos, a los campos, a las ciudades y a los villorios. Y sobre el vasto mundo empezó a tenderse una red tan férrea y tan tupida como la de Atul, para coger a sus hordas, para reducirlas, para absolverlas y socabar la obra de Satanás; digo, para traer un poquito de justicia a esta tierra.

Atul lo supo. Y su enojo y su alarma fueron muy grandes.

-Eres un miserable, -me dijo-. Eres un malvado.

Allá en la fábrica detestabas la guerra. Te parecía una monstruosidad. Sin embargo, ahora pretendes un crimen mayor aún que la misma guerra. Quieres revelar a esa horda de infelices para que lo destruyan todo, para que todo lo hundan en el caos y en la perversión. Eres un criminal.

—Entiendo que confundes, —díjele al punto—. Si un pueblo se lanza sobre otro para aniquilarlo y robarle sus riquezas, esa acción de fuerza, —la guerra—, importa un acto de pillaje y por lo mismo una monstruosidad. Pero si los oprimidos se levantan para obtener una justicia que se les niega y a la cual tienen derecho, entonces, el fenómeno de fuerza, —que en este caso se llama revolución—, cambia de sentido. Deja de ser una orgía inrrazonada de sangre para transformarse en una faena de limpieza: algo, muy conveniente y necesario, a veces. Un sabio como tú, no debía confundir una cosa con otra.

Grande fué su irritación y mayores las blasfemias e improperios que creyó del caso agregar. Yo muy serio le escuchaba.

—Hombre, —le dije—, no te enojes. La situación es mucho más sencilla de lo que tú te imaginas: He creído del caso, seguir predicando la bondad en este mundo.

Me miró con muy malos ojos y yo noté en él, unos deseos locos de abofetearme: de cruzar mi cara irónica con sus lindísimas manos.

—Está bien, —me contestó—. Pero te advierto que no he de aceptarte ni la más mínima rebelión. A las primeras manifestaciones de rebeldía, los aniquilaré a todos, a tí y a tu banda. No puedo permitir que una horda de desalmados desangren y arruinen a la patria.

No me sentia muy dispuesto a las ridiculas amenazas de Atul. Por eso quise terminar con ellas.

-Mira, -le dije-. Otra amenaza de esta naturaleza v te va la vida por insolente.

Y desde entonces, Atul se cuidó de amenazarme. Pero tampoco podía quedarse tranquilo. Por eso, muy luego empezó el movimiento entre los suyos para resistir y defen-

derse. Y he aquí, que honradamente, cuidadosamente, humanamente, él y yo, ellos y nosotros, empezamos a tomar posiciones para atacarnos, defendernos y ver modo de probar nuestras fuerzas. Linda diversión para quien, por siglos y más siglos, se ha divertido con estas rencillas.

Se precipitaron los hechos. Era difícil organizar y mantener la disciplina entre mis hombres. Más difícil era dirigirlos. El pueblo inmenso es siempre milagroso. Pero por desgraciado destino, en ese pueblo inmenso hay tantos desapegos; hay, a veces, tanta ignorancia y tanta ruindad, y en otras, tanta miseria y tanta cobardía, que es desesperante pensar que los hombres requieran de acontecimientos fortuitos o de apremios ingratos para comprender al fin, sus conveniencias. Esa indisciplina, esa ignorancia y esa indiferencia de la multitud, y a menudo, sus errores monstruosos para elegir y seguir a sus caudillos, es la peor traba a la evolución pacífica de la especie. Por otra parte, el imperio de Atul, aunque sea un ídolo con los pies de barro, es temible. Por su organización y por su disciplina, como por la sutileza de su mecanismo es capaz de extremos recursos que le permiten su equilibrio y subsistencia.

En aquellos días, Atul, tuvo tiempo bastante para hacer una hábil maniobra y esquivar el golpe. No era un misterio para nadie el angustioso trance que se acercaba. Lo sabía yo, lo sabía Atul, lo sabía todo el mundo. Estábamos frente a frente. Un fortísimo movimiento renovador que comprendía a las clases humildes y desvalidas, amagaba los intereses de las castas privilegiadas. Y como la posición de ambos grupos era antagónica, el choque se hacía inevitable. La lentitud de nuestra organización, dió margen al golpe maestro de nuestros enemigos. De repente, de la noche a la mañana, una horda de Atul, arrojó violentamente del poder a otra horda. Este fenómeno, ocurre con alguna frecuencia en los campos de Satanás. Y Atul lo

juzga muy necesario y muy conveniente. Todos vimos con sorpresa, como unos hombres arrojaban a otros del gobierno. Y todos vimos también, como, en el nuevo orden de cosas, se exaltaba hasta la categoría de ministro omnipotente, ese "Cachorro" que yo conociera antes en la fábrica: el preferido y admirado de Atul. Y agrego yo, más preferido aún, de su mujer.

Muy bien. Perfectamente. Se habló de dictadura, de tiranía, de represiones, de muchas cosas. La nueva casta gobernante se nos antojaba más fuerte, más feroz y más peligrosa que la anterior. Desde un principio, dió muestras de una gran energia. Hubo apresamientos y persecuciones y de un modo muy especial, advertencias muy claras para el pueblo; para nosotros. En realidad el pueblo, no tuvo ni tenía participación en tales trastornos. Era aquella una gresca doméstica entre las hordas de Atul. Pero el peligro no estaba en esos trastornos internos del imperio del mal. La maniobra sólo tendia a sofocar la rebelión que podía descargar nuestro grupo. "La mala semilla, -decía Atul-, debe arrancarse de raiz. En caso contrario invadirá todo el campo". Entonces desde un principio, Atul, creyó necesario prevenirse de nosotros. Y por ende, empezó la persecución. Algunos de los míos, entre otros, el estudiante, el militar y el fraile, cayeron en las cárceles. Yo mismo, no me estimaba muy seguro; porque la insolencia de aquella gente era muy grande. Entonces llamé a Atul.

—Te advierto, —le dije——, que no quiero ser molestado. Mi primera molestia, la pagarás con tu vida. Por ahora sólo te exijo que dispongas la libertad de esos hombres que tienes presos.

Se reía Atul. Bromeaba conmigo. Estaba de plácemes. Había colocado en el poder a sus favoritos, especialmente, a ese "Cachorro" que desde luego, se destacó como el hombre fuerte del nuevo régimen. Entonces, Atul, no estimó en serio mis prevenciones. Un día fuí reducido a prisión. Me condujeron a un sitio muy distante. Me fugué de

alli y regresé. Estuve vacilando entre cumplir mi amenaza o no cumplirla. Opté por no cumplirla. No estimé del caso que pagase Atul, con la vida, su audacia. Pero quise prevenirlo; porque me molestaba la insolencia de esa gente. Por otra parte, quería vivir tranquilo. Un dia, secuestré a Atul y lo retuve secuestrado por una semana. En seguida le dí la libertad. En adelante, Atul, ya no estimó del caso, molestarme. Fué también prudente y puso en libertad a mis elegidos. Como de costumbre, seguí yo atendiendo mi modesto empleo en aquella tienda.

Iba a diario a mi empleo. Todos los días, hacia el mismo camino. Y todos los días, al pasar por una calle, en la ventana de una casa, veía a una mujer. Era joven y hermosa. Yo la miraba así como se mira a la más bella de las flores. Era superior a mi voluntad aquello de mirarla. Y me extasiaba un segundo, clavando mis ojos en ella. Y si no la veía en la ventana, yo sentía una leve decepción, una leve molestia: algo faltaba a mi vida........... A diario ocurría lo mismo. Ya nos conociamos. Y ella también me miraba. Sus bellos ojos negros, dulcemente, derramaban sus miradas sobre mi persona. Y cuando me miraba, yo sentía como si una caricia me llegase al corazón.

## XV

Ahora ocurría algo raro. Mis amigos hablaban de crisis. Para mí, era ésta, una palabra nueva, cuyo significado, por desgracia, hube de comprender muy luego.................................. Fué algo así como si corriese el otoño. En otoño, los árboles cambian de color y se ponen amarillos. Una a una, sueltan sus hojas. Y ese desbande de las hojas, nos hiela el corazón. Así, se me representó a mí el extraño fenómeno.

Lentamente, con el correr de los dias, se desarrollaba el doloroso proceso. Se cerraba una fábrica. Al día siguiente, una casa comercial se cerraba, también. Después, seguia la quiebra para otra empresa. Y asi, iba desarrollándose el angustioso fenómeno. Por decenas y decenas, los establecimientos industriales y comerciales, largaban a la calle a los desocupados. En las vías públicas, se acumulaban las poblaciones hambrientas pidiendo, pan y trabajo. Yo veia a hombres androjosos y a mujeres vestidas con harapos, circular por las calles pidiendo dinero para comer. Pedian algunas monedas para saciar el hambre en cualquiera forma. Algunos recurrian también a la limosna para obtener recursos e ir a una taberna y rodar allí al obscuro abismo de la embriaguez. Ya se le caían del cuerpo, los andrajos, a esos infelices. Y fatalmente, brutalmente, casi a diario, circulaban las noticias: se cerró la fábrica tal; se paralizó la industria cual; se ha producido la quiebra de tal empresa; hay tantos desocupados...... .... ¿Qué ocurría? ¿Qué era lo que ahora estaba pasando? Para sus conversaciones, la gente, no tenía otro tema: se hablaba de crisis.

Un día, yo también quedé desocupado. Se cerró la tienda donde yo trabajaba y me despidieron. Cabizbajo, meditabundo, paso a paso me fuí hasta mi casa. Al pasar por aquella calle y frente a esa ventana, se me hizo más intensa que nunca la mirada. Y como nunça, me fueron buenos y bondadosos los ojos de la bella desconocida.

Pasó algún tiempo. Lentamente, empezó a oprimirme entre sus garras, ese fantasma que aún yo no conocía: la crisis. Hasta entonces, mi vida había sido tranquila y apacible. Es verdad que era muy modesta; pero me bastaba y yo me sentía conforme. Con mi trabajo obtenía para mi diario sustento y también para mi abrigo. Ahora, agotada la fuente de mis recursos, todo aquello empezaba a faltarme. En poquísimos días, se consumieron mis pequeños ahorros. Me faltó el dinero y como no tenía trabajo, hube de vivir de allegado en aquella casa. Todo ésto me de-

primia y me alarmaba. Y digo que me alarmaba de verdad. Era dura y triste mi experiencia de otros tiempos, —allá cuando yo era un vagabundo y un miserable—, para volver de nuevo al camino y al errabundaje. Ahora me seducia mi retiro y todo mi anhelo era vivir tranquilo. Y he aquí que, aquello que llamaban crisis, ahora, cuando se me hacía tentador el sosiego, me desbarataba todas mis pretensiones: me amenazaba de un modo atroz, y fríamente, me señalaba otra vez, mis antiguos caminos.

Traté de prevenirme y resguardarme. Por días enteros vagué buscando una colocación. V me fué inútil encontrarla. En parte alguna había trabajo. Y donde fuere, encontraba a vagabundos y harapientos, implorando limosnas para vivir. Pese entonces, a mis buenos propósitos, a
mis anhelos por una vida tranquila y humilde, día a día se
empeoraba mi situación. Regresaba triste y de mal humor
a mi cubil. Las humildísimas satisfacciones de mi vida estrecha, se fueron limitando, reduciendo, de tal suerte que
me era molesto y doloroso.

Se hablaba de crisis. Grandes y chicos, letrados e iletrados, trataban el tema. Yo me callaba. Me sonreía con sorna y con dolor. Era esta, otra de las absurdas y ridículas novedades que yo había encontrado en este mundo. Me era tan absurdo e inexplicable como aquello de los armamentos.

Un día Atul, me dijo estas palabras:

—Tú obligas al hombre a mantener la vida. Por eso pesa sobre el hombre el imperio del instinto. Sin embargo, violando las leyes de dios, éstos infelices, a menudo se privan del alimento para exterminarse. A veces hay pueblos que se mueren de hambre. Pero sobre las poblaciones aniquiladas pesan los impuestos. Pueden faltar recursos para comer; pero no faltarán para comprar armas y elementos de matanza.

Esto de las crisis, no me era menos absurdo. Los mercados estaban llenos de productos: había exceso de producción. No obstante, junto a esos mercados repletos, vagaban los hambrientos por las calles. Había miles de hombres y mujeres que pedían un pan. Francamente, yo me confundía. No entendía tanta ciencia humana, ni tanta humana, sabiduría.

Aquel estudiante de mi circulo, me lo explicaba.

-Esto sucede, -me decia-, por falta de justicia y de organización. Hoy, unos trabajan y otros se apropian de lo que producen los que trabajan. Por otro lado, la máquina destierra al obrero y surte al mercado y lo colma de productos. Más allá, existe la libre concurrencia que a su vez, determina la guerra económica entre los productores. Cada productor, produce lo que puede. Llega un momento en que la producción sobrepasa las necesidades del mercado. Hay exceso de riqueza. El poder adquisitivo de la población no aumenta. Entonces, sobreviene la guerra en los precios. No es bastante esta guerra para aumentar la capacidad del mercado consumidor. Algunos de los productores deben renunciar a la lucha. Cierran sus fábricas; liquidan sus empresas; se declaran en quiebra; se eliminan del proceso productivo. Este hecho produce como efecto lógico, la desocupación. El desocupado no puede consumir, puesto que nada gana. Desciende entonces, el poder adquisitivo del mercado. Sigue disminuyendo a medida que aumenta la desocupación. Viene el hambre, la miserla. En una palabra, hay crisis. De consiguiente, generan una crisis, entre otros, tres factores: el dominio, la mala organización económica y la libre competencia entre los productores.

Muy buenas las explicaciones. Revelaban mucha sabiduría. Sí. Pero mi situación se agravaba momento a momento. Yo vivia a título de limosna en aquella casa. A poco, ya me faltaría la ropa y cargaría de andrajos, tal como esos infelices que circulaban por las calles. El enfermo que se muere requiere de pocas explicaciones. A mí no me bastaban las sabias palabras del estudiante. Y por eso, en momentos de abatimiento, cuando buscaba soluciones para encauzar mi modesto destino, desde muy adentro, me surjia la rabiosa protesta: "Canallas. Imbéciles. Salvajes. Como a una piara de bestias, os largué vo dios, a este mundo. La Naturaleza Omnipotente es pródiga para dar: jamás nunca habrá de faltaros mi dádiva prodigiosa. Sin embargo, lejos de seguirme, os arrebatáis unos a otros, el bocado que yo dios, puse al alcance de la bestia que ha menester de alimentarse. Yo no entiendo de dominios ni de libre concurrencia. No tenéis derecho para ser tan torpes"..... Se me hacia ferviente la protesta. Por momentos detestaba mi envoltura humana que me impedía dispararme al sereno remanso de mis dominios, para alargar desde alli mi mano fria, dura y brutal y con el gigantesco apretón de un monstruo, estrujar en ella, a ese grupo de canallas, bestias feroces, que así, con fórmulas y engaños, oprimían a las criaturas y las explotaban. Me revolvia en mi mismo. Cavilaba. Y la humana angustia de la desesperación, me tornaba rabioso y feroz.

Alargaba mis ojos por el mundo. Allí cerca, veía a la siniestra figura de Atul tejiendo sus redes. Ahora, el poderio de Atul llegaba a la cúspide. La horda elevada por él al poder, le pagaba su negra complicidad. En esa época de hambre y de angustia, cuando las multitudes hambrientas clamaban por un pan, Atul, sonrosado y sonriente, acaparaba los artículos más necesarios. Los amontonaba con insolencia para hacerlos lejanos a esas bocas hambrientas y a esas manos angustiadas. Yo lo sabía. Todos los sabíamos. Se hacían escandalosas especulaciones para explotar el hambre del pueblo. Una fortísima empresa, cuyo principal accionista era Atul, estableció un odioso monopolio sobre la venta de los artículos alimenticios de inmediata necesidad. Tan inicuo procedimiento me exasperaba hasta lo inverosimil. Un día le encontré.

-¿Qué haces, miserable? —le dije—. ¿Acaso tu maldad no ha de tener un límite? Me miró. Una insolente sonrisa se le repartió por la cara.

—Hago lo que debo hacer, — me dijo—. A tí, nada te importa. Es mi trabajo.

Un intenso cosquilleo me circuló por las manos.

—¿Tú trabajo? —le grité—. ¿Y si yo creyese también, de mi trabajo, estrangularte como a un perro, aquí mismo, para vindicar la ignominia que haces a los hombres?

Desaparecló su sonrisa. Pero no dió muestras de te-

mor alguno.

- —No te irrites, —me contestó—. ¿Por qué te irritas? No hay motivos.
- -¿Qué no hay motivos? ¿Y esos hambrientos? ¿Y yo, entre ellos? ¿Acaso no sientes vergüenza en lucrar con el hambre del pueblo?
- —¿Yo lucrando? Vamos amigo: no seas sentimental. Que los demás se mueran de hambre a mí, me importa muy poco. Será tanto peor para ellos. Lo cierto es que a mí, nadie puede obligarme a regalar lo mío. Si quieren comer, pueden hacerlo; pero lo natural es que me paguen lo que yo pueda darles. Nada más justo.

-Pero tú has procedido mal. Estas especulando con

el hambre. Eres un acaparador: un canalla.

—Calma. Cálmate amigo mío. De todo ésto, sólo resultará una cosa: mi bolsillo estaba lleno; pero ahora se llenará mucho más todavía. Yo no soy responsable de mi buena suerte. Es el santo dios de los cielos quién me la dá; como hace también que yo tenga muy buenos amigos en el poder. Si mis negocios prosperan, ¿qué quieres que yo le haga?

Me temblaron las manos. Quise cogerlo. Asustado, Atul, se marchó. De haber tenido un puñal, lo habría herido. Esa tarde volví más rabioso y más desanimado que

nunca a mi cuarto.

¿Podía continuar aquéllo? Nó. No era posible. He observado que son, precisamente, estas épocas de angustia y de desesperación, las más propicias para la destrucción y para la violencia. Atul y sus hordas lo saben. Pero son bastante torpes para no evitar estos dolorosos dramas que cogen a los pueblos y los convulsionan hasta lo inaudito. En equellos días, yo me sentía rabioso y dispuesto al ataque y la destrucción. Prendían en mi espíritu los más negros proyectos. Me seducian, el aroma a sangre y el halago de la violencia. En mis soliloquios, me desataba en anatemas, "Imbéciles. Estúpidos. Cobardes. Ahí tenéis a esa legión de malvados que os han hundido en el hambre y la miseria. Sin embargo, violando las leyes de dios, que puso fuego y ferocidad en vosotros, os dejáis oprimir y explotar. No merecéis el calificativo de hombres"...... Palabras. Sólo palabras. Apenas si desahogos impotentes de un miserable como yo, que veía la injusticia, se convencía de ella, y no tenía fuerzas ni medios para combatirla. La inmensa multitud, seguía sujeta, oprimida. Diré, más sujeta y más oprimida que nunca. Yo la veia apretada como por un puño de acero por esa horda dirigente, que sin piedad ni medida, ejercitaba el atropello y la vejación. La sinies-tra figura de ese "Cachorro" me exasperaba hasta lo inverosimil. Gentes de armas, patrullaban de continuo las calles. Cojian y aporreaban a los hambrientos, cuando éstos protestaban de sus angustias. Las cárceles se llenaban de presos y muchos de éstos, emigraban forzadamente, a lejanos presidios. Con irritante iniquidad, se hacía la farsa estúpida de propender al bien público y a la reparación de los desastres. Hombres de poder, políticos y estadistas hacian, como que estudiaban la cuestión. Se les decia preocupados por curar los males y devolver al pueblo su bienestar y sus esperanzas. Pero entretanto, en la sombra, Atul y los suyos, como enormes arañas, tejían sus redes. Creaban sociedades y empresas. Por inmundos manejos y para lle-narse los bolsillos, restaban la poquísima vitalidad que aún tenía el pueblo. El escándalo rayó en lo increíble, cuando aquella sociedad que monopolizaba los artículos de

consumo, puso precios prohibitivos al pan: eso que se ha dado en llamar, el sustento de cada día. Seguía el hambre Gentes armadas, seguian patrullando las calles. Crecian la confusión y la desgracia...... Yo me descomponía. Sentía hervir la sangre en mis venas. La idea feroz del látigo, me rondaba por la cabeza con increíble tenacidad. En algunos momentos, habría traspasado a Atul de una puñalada. Y a ratos, ya me sentia dispuesto a sacrificarlo. Pero me serenaba. La muerte de una o más personas, poco o nada significaban al escollo. Había que aventar a todo el redil. Sólo así se obtendría un resultado duradero. Mi grupo selecto aún subsistía. Pero nuestras filas, se habían deshecho. Había venido el desbande y prácticamente, podía decirse, que estábamos solos. A muchos de los nuestros se les había apresado y desterrado. A otros, se les había corrompido con dineros o con prebendas. Una ruindad extraordinaria se cernía sobre los hombres.

Pero aquello no podía continuar. Un luchador de mi pasta, no podía conformarse con la estúpida pasividad del rebaño. Era necesario, por tanto, que yo prosiguiera mi misión. Hice entonces, un esfuerzo titánico para reducir, vencer y eliminar a corto plazo, por medio de la revolución y de la violencia a nuestros enemigos.

adeptos, tenian entre si, desapegos y problemas. Habia discordias, enredos, desconfianzas, antipatías. Un jefe temia a otro jefe y se negaba a obedecerle. El de aqui, no se sentía conforme con el de más allá. Se multiplicaban hasta lo infinito, esas pequeñas dificultades. No había medios de ordenar y de organizar a esos hombres. Una ambición insensata, como un hálito del infierno, prendía en cada caudillo . Cuando el hambre nos oprimía y nos obligaba a coaligarnos, había insensatos y canallas que miraban, ante todo, su ambición personal, y sólo en segundo término, el triunfo de la causa. Por momentos, llegué a creer que no había dos opiniones concordantes en aquella masa de miserables que vo pretendia dirigir. De ahí, venian la indisciplina y la discordia. Esos hombres, entre sí, se miraban con recelos. Hacían maniobras asquerosas para eliminarse unos a otros. Si para dirigir la jornada, alguno daba muestras de capacidad y de talento, había diez, cien o mil, que se preocupaban de socabar su prestigio, de minar su influjo y derribarlo. Lo hacían, recurriendo a maniobrar torpes y a esas tramoyas inmundas que a menudo cojen a los hombres y los eclipsan. Cada uno de aquellos desgraciados, quería ser un héroe; quería ser el primero; quería mandar. Estábamos hundidos; deshechos. Nuestra condición era la de los naúfragos que flotan sobre las hondas. Sin embargo, había audaces y ambiciosos que pretendian el poderio y el primer puesto en ese nuevo orden de cosas, muy problemático y distante, que nosotros queríamos establecer. Yo me tomaba la cabeza y me la apretaba entre las manos. "¿Es posible, -me decia? ¿Pero es posible que exista tanta miseria entre los hombres? ¿Esto es la política? ¿A estas bajezas conduce la ambición de estos miserables?"..... Me serenaba. Son así los hombres. Para dominar a la multitud, para reducirla y a modo de una inmensa manada, guiarla por el camino de la victoria, en esos días nos faltó un Caudillo. Porque en ciertos casos, un pueblo, sin un verdadero Caudillo no vale nada. La masa humana necesita de una cabeza que dirija. Cuando la cabeza falta, es muy fácil que la multitud, se vea arrastrada a confusiones, extravios y bajezas. En períodos de crisis, es necesario que un Caudillo, se imponga a las multitudes y las domine por entero. El Caudillo debe guiar: el pueblo debe ejecutar y obedecer. Es verdad que en todas partes y en todas las épocas, de repente han surjido estos hombres excepcionales que han descargado el delirio sobre los pueblos y han dominado a las multitudes. Son ellos, factores primordiales del progreso. Si; es cierto. Pero en aquellos días faltó un hombre capaz de llenar la altisima tarea..... Esto ocurria entre los que estaban dispuestos a la acción. Ahora en el seno del inmenso pueblo la situación no era más ventajosa. Una pusilanimidad única, aletargaba a las masas. A modo de una nube negra, el miedo se volcaba en las multitudes. Esos feroces soldados que circulaban por las calles aporreando y dispersando a los hambrientos, con lanzas y otras armas, hacian temblar a los hombres y a las mujeres. Por momentos he creido que una vida vale muy poco. Cuando se carga de andrajos y los parásitos nos circulan por el cuerpo y cuando somos unos deshechos que la muerte reclama a gritos, porque llevamos la podredumbre en los ropajes y en el alma, creo que bien puede ofrecerse una vida a trueque de redimir a los hombres de sus angustias. Yo veia a esos andrajosos que circulaban por las calles. Los veia con sus ropajes raidos, mostrando sus carnes y cubiertos de parásitos. Sentia una piedad infinita a la vez que una rabia sorda. ¿Eso era un hombre? Esos miserables, caerían en cualquier momento. Rodarian a la tumba y se hundirian en el anonimato siniestro de la muerte, sin dejar tras de si, ni una obra buena, ni un rayo de luz. Y sin embargo, preferian temblar de miedo y arrastrar la miseria de su vida, antes que destrozarla por la más humilde de todas las ambiciones humanas: la conquista de un pan. La blasfemia quemante me subia a los labios. "¿Por qué puse yo dios el miedo en esta miseria errante, como un freno horrible que agota las rebel-dias y las deshace?"..... La inmensa multitud seguia oprimida. El miedo entrababa su acción. Tenían miedo de los hombres. Y nada más..... Y debo también confesarlo: La felonia tuvo repercusión en el pueblo soberano. Hubo traiciones escandalosas. Hubo gentes que por dinero: introdujeron el enredo y la confusión en esas bandas de hambrientos. Más aún: se llegó al límite increible de hacer una mofa irritante de mis propios proyectos. El mismo Atul, con su cara fresca, se prestaba de muy buen grado para secundarme y para hacer una propaganda irónica de mi cruzada. Por momentos y ante mis partidarios, nadie había más revolucionario y más decidido que Atul para largarse a la aventura y arrojar a esos sinvergüenzas del poder..... Yo me desesperaba. Esa torpeza de los hombres me quemaba como el fuego. ¿Pero acaso se podía hacer algo con aquella gente? Una rabia atroz me hacía desatarme en improperios y en injurias. Ambición, pequeñez, miedo, miseria moral, traición, felonía: todo lo que veía o adivinaba en esas gentes, me desesperaba. ¿Eso era el hombre? ¿Pero acaso, no acabaria nunca de convencerme de lo que era el hombre? Me serenaba. Se iba el desaliento. Yo era tenaz. Quería seguir luchando. Triunfaria. Si: triunfaria. Alguna vez podria curar de sus vicios y de sus torpezas a esa gente. Seguia. Y a poco, fracazaba de nuevo. Y de nuevo me cogía el desaliento.

Atul, mi rival, se reia. Se burlaba de mi.

—Tú usas de malas artes, —le dije una vez—. Al venir a este mundo, te impuse la prohibición de recurrir a prerrogativas omnipotentes. Yo, sólo, he querido que seas hombre, tal como yo lo soy. Pero tú usas de malas artes. Aquí no es el hombre el que obra. Es Satanás el que teje sus redes y desorganiza a los hombres. Eres un desleal.

Me miraba. Se reia. Se mofaba de mi.

—¡Desgraciado! ¡Pobre desgraciado! Has de recurrir ahora, al más infantil de todos los argumentos. Los incapaces que nada pueden dicen así como tú: culpan a Dios o al diablo de sus desastres. Yo no necesito de poderios omnipotentes para imponerme y triunfar. Dios, puede que lo

necesite. Yo nó. Yo trabajo con pasta humana. Por risible paradoja, es la bestia-hombre, el primer legionario de Atul.

Yo me ponía sombrio. He creído, por momentos, que aquel granuja tiene razón. En realidad, hay mucha contradicción en este bicho que es el hombre. Pero me desesperaba mi impotencia y me exaltaba hasta donde era dable, esa sonrisa irónica de Atul.

-Eres un desleal, -le gritaba-. Tú usas de malas artes. Eres un miserable. Te habré de castigar,

—Calla, infeliz, —me contestaba—. Calla. En estos últimos tiempos nuestro juego ha sido muy interesante. Yo he conocido todas tus maquinaciones. Pude, sin mayores obstáculos, ordenar tu prisión y tu destierro. Aún, pude hacerte matar. ¿Pero y para qué? No valía la pena. Opté, entonces, por jugar contigo. Quise que te convencieras por tí mismo, de la inutilidad de tus esfuerzos. He procedido deliberadamente; quiero decir, con toda maldad. Si tú hacias algo, yo, ese mismo día, me encargaba de destruir o de anular lo hecho por tí. Nada de malas artes ni de estupideces. He procedido honradamente y manejado con toda estrictez, los recursos netamente humanos. Mira si he sido leal: Yo mismo he secundado tus pretensiones. Dime: ¿qué resultados has obtenido?

Se reía Atul. Se hacía sonora su risa. Yo me confundia. Me abismaban, esa certeza y esa confianza de Atul. Por momentos yo mismo llegaba a convencerme, que Atul tenía razón. Es verdad. Sí: es verdad. Los hombres son ciegos y son torpes y requieren de ídolos y de amos. Y habiendo ídolos y amos, la sociedad, por lógica rigurosa debe transformarse en una manada. Digo yo: ¿Qué se puede hacer con semejantes semilla? Yo mismo, me reía a veces. Al fin, para entretención de dios y de Satanás, no estaba mal todo aquello.

Atul era un sabio. Me hablaba.

Es el hombre, la bestezuela más interesante que existe. Tú lo has comprobado. Ahora se hace más visible que nunca la opresión de mis legiones. Ahí tienes a esas bandas de hambrientos que circulan por las calles. Ese es el pueblo. Ahí lo tienes, oprimido, vejado y hambriento. Dentro de la lógica humana, lo natural sería que se revelase para aniquilar a ese grupo de canallas, como tu dices, que ahora detenta el poder. Sin embargo, todo sigue igual. Ni dios en persona puede derribar a los bribones. Mas aún, Satanas se burla de dios: le ayuda en sus insensatas empresas. ¿Tienes algo qué decirme?

Se callaba. Me miraba socarronamente. Seguía hablando.

—Y esto no es todo. Sobre tus fracasos del presente, aún puede ocurrirte algo peor. Ahora, sólo falta que esos mismos por quienes te desvelas y te sacrificas, a su turno, te sacrifiquen a tí. ¿Conoces a Cristo? Dicen las historias que fué un hijo tuyo. ¿Sabes tú, por qué murió? ¿Y cómo murió? No lo olvides, que yo te lo digo: Para cada Cristo hay un Calvario.

Yo me confundía. Me era tan absurdo todo aquello que no encontraba palabras para contestar. ¿Pero en verdad, es tan difícil, remover la torpeza humana? ¿Así, de un modo tan lento, tan difícultoso, se va haciendo mi obra a través de los siglos? Sinceramente: es incríble.

Atul me palmeaba el hombro. Se burlaba de mi.

—Te felicito, —me decía—. ¡Salve redentor de los hombres! ¡Salve! Pero el día en que caigas arrollado por las patas de las bestias que desfiendes, ese día, yo te lo juro, habrá terminado tu misión. En este mundo para los apóstoles, no hay otro camino que no sea el fracaso y el sacrificio.

Se me agriaba la vida. Se me hacía horrible. Sí. Por dura experiencia debía convencerme: a veces, no merecen

los hombres, ni la dedicación ni el sacrificio.

Desanimado y rabioso, regresaba a mi casa. Pasaba por aquella calle. Cuando encontraba a la bella desconocida en su sitio, tenían un alivio, mis dolorosas preocupaciones. Su dulce mirada, me era como un sedante. Sólo, viéndola, era mejor mi vida. Yo la miraba a ella. Y ella me miraba a mí.

## XVI

Una tarde, vagaba yo por un campo, próximo a la ciudad. Llegué al cruce de unos caminos. Me fui por uno. Enseguida, volví sobre mis pasos y me fui por otro.

A poco andar, me encontré con uno de esos vagabundos harapientos que circulaban por las calles y por los campos. Algo raro brillaba en su mirada. Algo satánico: salvaje. Atul, en lo hondo de los abismos infernales, donde se le supone, no daría una estampa mejor.

-Tengo hambre, -me dijo.

well of the party of the

-Yo también tengo hambre, -le contesté.

-Me darás lo que tengas, -me agregó.

-Nada tengo, -le dije-. Nada puedo darte.

Brillaron más intensamente sus ojos. Fueron felinos a la escasa luz del crepúsculo. Ví que requería un puñal que sacó de entre sus andrajos. Se abalanzó sobre mí. No pude esquivar el golpe y el puñal penetró en mi carne. Sentí el agudo dolor de una enorme sajadura. Del hombro izquierdo me bajó un torrente de sangre. En el hueso se detuvo el afilado puñal. Tembló sobre mi carne torturada..... Se levantó de nuevo el puñal para herirme. Tampoco pude evitar el golpe..... Se hizo feroz nuestro encuentro. Tres, cuatro, hasta cinco puñaladas llegaron a sajarme. Aquella fiera, tiñó de sangre mis manos cortándome los dedos........ Pero pude dominarla. Un certero bofetón en la mandíbula la largó al suelo sin conocimiento. Y yo, chorreando sangre, seguí mi camino. A poco, cuando ya llegaba a la ciudad, me faltaron las fuerzas. Me acosté resignado, sobre

las hierbas del sendero. Perdí los sentidos.

Después me contaron que en un camino, junto a una acequia se encontró muerto a un vagabundo. Tenía la base del cráneo fracturada. Y a su lado, se encontró, ensangrentado, un enorme puñal.

## XVII

Acostado yo, en aquella cama de hospital, pensaba. Cuando recuperé el conocimiento me encontré allí, en ese lecho, inmovilizado por vendas y fajaduras. Si yo pretendía moverme, tampoco me era posible: aquellas profundas heridas a cuchillo, feroces puñaladas que sajaron mis carnes, me inmovilizaban más eficazmente que las vendas. El prolongado desangramiento, me dejó en extremo, debilitado. La infección de algunas heridas, me determinó fiebres y molestias. A veces, según me lo dijeron, yo deliraba. Me hundía en un mundo nebuloso en que no acertaba mi conciencia. Gritaba y me quejaba cuando aquellos médicos o enfermeros, feroces para tratar el dolor, me retiraban las vendas y me curaban las heridas. Se me hacía torturante el martirio en aquel lecho de dolor y de desgracia.

Ahora pensaba. Pensaba en mi destino y en mi vida. Con dolorosa insistencia me hundía en el arcano de mi trayectoria. Con angustia, se me escapaba a veces un suspiro y de nuevo se me iba el pensamiento en dolorosa excursión. ¿Eso era mi vida? ¿Eso era, en verdad, una vida de hombre?..... Pronto saldria de ese hospital, Seria otra vez, una bestia anónima que circula por el mundo. Volvería a la calle y alli sería un harapiento, que, como tantos otros, mendigase un pedazo de pan. Un enigma sombrio me sujetaría a una diaria contingencia. De vaivén en vaivén seguiría avanzando expuesto en todo instante a caer y a sucumbir en el anónimo apagarse de una vida...... Nada sabía del futuro. Nada. Me abismaba mirándolo y sondeando sus obscuras posibilidades. Se me hacia rabioso el empeño por descubrir la probable ruta de mi destino. Y no me era posible: no me pertenecía el minuto que llegaba. ¿Por qué? Era mi destino, mi humano destino: cerrado misterioso, bueno o malo, halagüeño o faltal, pero en todo caso, mientras yo viviese, inescrutable. Pude librar de la agresión de aquel granuja. Todas las circunstancias me indujeron a ello. En el cruce de aquellos caminos, se descidió mi suerte. Me fui por uno; enseguida regresé, para irme por el otro. De haber seguido por el primero, no me habría encontrado con aquella fiera. No estaría ahora tendido en esa cama de hospital. Pero ciegamente, estúpidamente, como si mis pasos siguieran el dedo siniestro de Atul, me fuí por aquel sendero Se produjo el encuentro, hubo puñaladas; vino enseguida el hospital. ¿Por qué? Era mi destino. Sólo mi destino, y no más..... Para la Naturaleza Omnipotente se hace sencillo el problema: "Yo dios, mato. Y mato sin piedad". Perfectamente. ¿Pero puedo yo dios, alargar sobre los seres, mi mano invisible, de un modo tan inesperado y tan cobarde? ¿Es esto, el destino? Aquello que me ocurriera a mi era una desgracia vulgar; un accidente cualquiera. Pero yo he visto hazañas peores. He visto tramoyas tan ingeniosamente tramadas, tan perfectas en su desarrollo, que un demonio mil veces demonio, no sería capaz de desarrollarlas. Ni Atul, con toda su sabiduría, lograría hacerlo. ¿Puedo yo dios, ser tan bruto para castigar de un modo tan cruel y tan despiadado a mis criaturas?..... En aquella cama de hospital, ahora se me hacía amargo y atroz el reproche de Atul. Un dia me lo dijo en circunstancias que un hombre acababa de morir fulminado por un rayo. Una tarde, allá en la fábrica, s: metió ese hombre en un carro de andarivel. En la cumbre de unos cerros cercanos, había algunas faenas. Desde alli, pretendió bajar a la fábrica. Era tempestuosa la tarde. Se metió al carro e inició el descenso. Pero a mitad del camino, bajó un rayo sobre una pilastra, cuando el carro con su cargamento, pasaban por alli. Un cazador que apunta a mansalva, no habria tenido un ojo más certero. Ese hombre murió fulminado por el rayo y llegó carbonizado a la fábrica. En el mundo dejaba a su mujer y a seis pequeñuelos..... Le vimos, Atul y yo. Y Atul, alli, en presencia de esos horribles despojos, me largó a la cara el tremendo reproche.

-¿Por qué lo hiciste? ¿Pero por qué lo hiciste? Malvado. Canalla. Tus hazañas se repiten por millares de ve-

ces. Nadie más certero que tú para provocar estas catástrofes. Si parece que te inclinases todo entero para cojer a tus victimas y destrozarlas.

Mudo, con los ojos engrandecidos, miraba yo los horribles despojos de aquel hombre. Atul, con una cara dura y feroz me insultaba.

En cada vida puedes repetir tus siniestras brutalidades. Lo has hecho ahora. Lo has hecho millones de veces. Lo seguirás haciendo hasta la consumación de los siglos. Momento a momento, jiran en torno nuestro, la desgracia y la muerte. En tus manos veleidosas y cobardes, cada vida es un juguete ridículo. ¿Es esa tu justicia? ¿Es esa tu bondad?

Aquella tarde, Atul, estuvo a punto de hundir sus nerviosas manos, en mi garganta. Yo, conmovido, espantado,

hube de allegar una disculpa.

—El acaso, —le dije—, existe para el individuo. Pero no existe para la especie. Y bien sabes, que yo dios, prote-jo de preferencia a la especie.

Relampagueaban los ojos de Atul.

—Perfectamente. Es la especie la amada de dios. Pero cuando venga sobre ti el azote y eso que nosotros llamamos el destino te estruje entre sus garras, en aquellos bestiales enredos que a veces se forman en la vida de los seres; cuando ahulles de dolor y se haga horrible tu vida, porque un zarpazo inevitable e invisible te desgarra, yo te pediré que repitas tus estúpidas palabras: "Yo dios, mato. Y mato sin piedad". Vive tu vida de hombre. Si al término de ella no tienes motivos para alzarte en contra de dios, yo bajaré la cabeza y diré que he sido injusto.

—Nadie podría decir, —le repliqué—, que la vida fuerra mejor en el caso de ser escrutable el futuro. Por otra parte el destino puede ser bueno o malo. De su doble juego se
derivan las razones del vivir: la esperanza que alienta y
el temor a la caída que precave. Cuando la buena suerte,
—aspecto favorable del destino—, se derrama sobre la vi-

da, creo que nadie puede maldecir.

-Muy bien, -me contestó-. Pero si alguna vez caes

en el lado maligno y te azota la mala suerte, preguntale al hombre que va en tí, si dios es justo. Si la maldición no sube a tus labios, yo diré que estaba equivocado.

Ahora en aquella cama de hospital, me acordaba yo de la violenta arenga de Atul. Sus reproches de aquella tarde me repercutian en lo más hondo de la vida. Y a decir verdad, el hombre no se sentía muy conforme, frente a dios. Me dejaban mudo, sus tremendos zarpazos y su fría crueldad. Monstruo impasible; enigma profundo; arcano inmutable; la alegría y el dolor; la vida y la muerte; sólo el minuto que llega: era mi destino. De igual modo lo es para todos los hombres. Yo cerraba los ojos y una angustia atroz se me derramaba en el alma.

Pensaba. Pensaba también en mi vida ¿Esa miseria, era mi vida? ¿Eso era la vida del hombre?..... Sentía pasar el tiempo. Pasaba. Pasaba, Sentía su paso en la pulsación de mis arterias. Y se iba. Era como una corriente invisible que fluía de mi mismo. Al paso de aquello que se iba, se iria también mi vida, vacilante, de tumbo en tumbo y en alas de un destino que no se sospecha. En cualquier momento, por uno o por otra causa, podría detenerse el maravilloso engranaje de mi vivir. Y en un segundo, o en un minuto cualquiera, de una hora ignorada, de un día como los otros, en un año próximo o lejano, se paralizaría el prodigioso mecanismo de mi existencia. O bien, eso mismo que iba pasando, el tiempo, me llevaria allá lejos, a la penumbras del aniquilamiento y de la decrepitud, tal como ocurriera con aquel viejo demente que en aquella casa, todavía resistia a la muerte. ¿Eso era mi vida?..... Pero nó: me torturaba el paso del tiempo. Sentía el segundo que se iba en pos del otro segundo. Y un recuerdo lejano y doloroso, me rondaba por la memoria. Ocurrió muchos años atrás, cuando yo era niño. En una playa, en el hueco de una roca y con un puñado de arena, pretendi hacer una diminuta construcción, ¡Juego y entretención de niño, al fin! Caía la tarde y el sol ponía lucientes destellos sobre el mar inmenso. Soplaba la fresca brisa marina. Y esa brisa suave, uno a uno

y de entre mis manos, se fué llevando esos granitos de arena, hasta dejar vacio el duro hueco de la roca. Yo pretendia retenerlos; aún imprecaba al viento. Y la arena, fatalmente, huia de mis manos. A la vuelta de los años y en aquella cama de hospital, tornaba a mi memoria el lejano recuerdo. Se me hacia un símbolo doloroso y horrible. Mi vida entera no sería, sino, algo así como un montón de arena. Soplaria sobre ella, la racha poco advertida del tiempo. Pasaría un minuto. Y otro. Y otro. Y tal como allá, en un desfilar incesante, llegaría el último minuto que se va: el último grano de arena que rueda. Ni más ni menos. Al término próximo o lejano de mi jornada, yo sería lo mismo: nada. Tal como lo es la nube que se disuelve en el azul del cielo: como la arena que desaparece al ser barrida por la brisa marina. ¿Pero acaso no ocurre lo mismo con los árboles que se deshojan en otoño? A través del tiempo, nuestras glorias, nuestras ilusiones y nuestra vida, son como las hojas que caen y se van. Nuestro esqueleto, en la sombra y en el seno de la tierra, da también la estampa dolorosa de sus huesos descarnados. Los árboles, al menos, se remozan en primavera. Nuestro destino es otro: nos marchitamos definitivamente. Náda. Nada misma: sueño y paz..... Vagaban mis ojos cansados por la vasta sala del hospital. Habia alli otros hombres: todos enfermos como yo. Me ponia en el caso de morirme en esa sala de Hospital. Apenas hubiese muerto, me sacarían de allí. La cama vacía, muy luego sería ocupada por otro enfermo. Y a mi, me llevarían al cementerio. Me arrojarían a la tierra para quitar del mundo una horrorosa podredumbre; para que la tierra, en la sombra, me bebiese con piedad. Nadie, tal vez, se apercibiria de mi muerte. Sería horrible y silencioso mi anónimo apagarse. No dejaria tras de mi ni un rastro; ni la huella más leve. Y estando yo, prisionero de la sombra, en lo hondo de la tierra, allá arriba, sobre la tierra y bajo el sol, todo seguiría igual. Por esa sala, seguirían desfilando los enfermos, los enfermeros y los médicos. Fuera de ese hospital, se entregarian los hombres a las infinitas actividades de su

diario vivir. Habria días y noches; alboradas y crepúsculos; cantar rabioso de pajarillos en los árboles del cementerio; seguiria el eterno retoñar de la madre tierra, que se cubre de galas, o entrega las cosas y los seres a los rigores de los crudos inviernos; seguiria el bullicioso clamoreo de toda la humanidad que se convulsiona, que gime, que llora, que canta y que sigue la ruta por los siglos de los siglos. Todo seguiría igual. Sólo yo, en lo hondo de la tierra y en el desamparo definitivo de la sombra, me disgregaría, me reduciría a polvo; seria, NADA. ¿Eso era mi vida? Me cogia un desabrimiento atroz. Cerraba los ojos para no ver; para negarme a la comprensión de mi pequeñez. Y yo os lo juro: el hombre clamaba ante dios, porque dios hizo esta miseria asi, tan amarga y tan fugaz..... Me serenaba. Los terribles dictados de la razón me repercutían en la conciencia. Pero me doblegaba la pesadumbre y la ronda maldita de un pesimismo atroz, me oprimía de nuevo: yo sería como los demás hombres. Como ellos, sería apenas, una gota de agua que cae y se disuelve en el mar; una luz pequeña que da un destello y enseguida se apaga..... Pensaba. Buscaba una justificación a mi paso por el mundo. Pero ahí, estaba mi pasado, todo obscuro y lleno de pesares: aquella mi nebulosa infancia de paria; ese doloroso errabundaje de animal que requiere comer y abrigarse: mis caídas; mis sinsabores; mi eterna lucha con Atul; mi diario bregar con la miseria; mis fracazos y mis ansias torturantes de visionario que quiere una vida mejor y que sufre, porque todo se traduce en tropiezo, en dificultad y en derrota. Era grande el caudal de pesadumbre que llevaba a la espalda. Se aumentaria, seguramente, en el futuro. ¿Esa miseria era mi vida? ¿Era esa, la creación máxima de dios, el orgullo estupendo del dios omnipotente, el fantástico milagro de la creación? Me reconcentraba en mi mismo. Y muy bajito, sólo para mi, me lo decia: "Parece mentira. Es increible que esta miseria sea la formidable concresión de la sabiduría y de los cuidados del monarca de los cielos". Por momentos he llegado a creer que no fué muy certera mi obra al disponer las cosas de este modo.

A veces, en estos extraños diálogos entre el hombre y dios, vo me sobreponia a mis fieros e intimos egoismos. Las palabras del coloso, me llegaban como proyectiles a la conciencia. "Cobarde. Miserable, Insensato, Te colocas al margen de la sabiduría y de la razón. La hoja que cae debe desaparecer. Debe ser polvo entre el polvo y tierra entre la tierra. La permanencia de la criatura conduciria a la inmovilidad y a la fatiga. Y eso equivaldría a negar el poderío del dios omnipotente. La muerte es necesaria, porque yo dios no puedo hacer de un grupo de criaturas, un circulo estrecho que se oprime a si mismo y que se agota en la rutina. Yo dios, necesito renovarlo todo. Todo es pasajero y en el torbellino formidable de los hechos, un fenómeno se encadena a otro fenómeno. Es la humanidad un torrente que necesita renovarse momento a momento. Vive. Sufre. Muere. A eso te he condenado. Pero no olvides que por la pequeñez de tu vida, va pasando la energía prodigiosa que allá lejos, hará de esta miseria una posibilidad mayor. Te lo digo de nuevo: la hoja que cae, debe desaparecer"...

—Si, —me decia yo—. Debe desaparecer. Y debe ser polvo entre el polvo y tierra entre la tierra. Es la verdad.

Pero el hombre, con dolor se ponía frente a dios, para desatar sus iras y sus desalientos; para decirle que fué maldito el instante en que dios gravó a Atel con esa carga...... Se me hacía insoportable la cama. En realidad de verdad, no va muy bien por el mundo, esta miseria. En momentos de angustia, de depresión y de pesimismo, la vida nuestra no tiene mucha justificación.

A mi lado, mudos e impasibles, los otros enfermos, tal como yo, soportaban la tortura de ese angustioso paso del

tiempo.

A menudo, pasaban por nuestra sala, muchas enfermeras vestidas de blanco. Próxima a nuestra sala y separada por una pared, en aquel hospital, estaba la sección destinanada a las mujeres. Cuando las enfermeras pasaban entre nosotros, ansiosos, los ojos de los hombres se clavaban en ellas. Les miraban las pantorrillas.....

-¿Usted aqui? -me dijo-... ¿Qué tiene? ¿Por qué está aqui?

-Estoy herido, -le contesté-. Hace seis días que ingresé al hospital.

—Ahora me lo explico. Por esto, no le veía pasar yo, por las tardes, frente a mi ventana.

Ella era enfermera y dirigía toda una sección del hospital. Tenía influjo y su protección era muy valiosa. Me llevaron a una salita pequeña, próxima a su oficina. Allí yo estaba sólo. Y en adelante, ella me cuidó.

## XVIII

en humanas mitologías, manos de ángeles, no serían como las suyas, tan suaves y tan delicadas. Me retiraban las vendas. Me curaban las heridas. . . . . Su alma, su corazón, su vida, se inclinaba sobre mí; así como se inclinaría la madre sobre la cuna de su hijo. Así me cuidaba. Un dolor menos; una atenuación a mis sufrimientos; un amparo; un consuelo a mi triste condición: todo la preocupaba. . . . . . Sí:

me cuidaba. Y cuidándome, casi todo el dia lo pasaba a mi lado. No me abandonaba. Y si la requerían sus obligaciones, salia corriendo a veces; pero muy luego estaba de nuevo junto a mi cabecera.

—Desde que usted está aqui, —me decia—, yo atiendo muy mal mis obligaciones.

Yo le agradecía. Me disculpaba. Le pedía que no se preocupase tanto por mí. Pero ella se sonreía; bajaba humildemente los ojos y se quedaba allí, cuidándome. Se afanaba por tenerme tranquilo y conforme.

Y cuando, sentada junto a mi cabecera, por momentos, nos quedábamos silenciosos, yo la miraba. La miraba largamente, intensamente, con la íntima necesidad de recrear toda mi vida, mirándola. Y la veía hermosa, linda de verdad, como jamás nunca lo fuera nadie para mí en este mundo. ¡Ah! Y hube de comprenderlo muy luego: empezaba a obrar sobre mi vida, el extraordinario prodigio de donde arranca la razón profunda de los destinos humanos. En aquel humilde rincón de hospital, empezaba a cumplirse el mandato del dios omnipotente. Mi vida empezaba a removerse, a transformarse. Me cogia la ansiedad y un cúmulo de emociones nuevas, empezaba a invadirme y a someterme. Porque digámoslo, desde luego: en el retiro apasible del hospital, se encendía la hoguera y brotaba el milagro. En torno nuestro, había miseria y dolor. En silencio, rondaba la muerte, escogiendo sus víctimas. ¿Pero acaso, yo dios, no forjó el prodigio, en el área infinita del mundo y soy allí, luz v sombra, vida y muerte, risa y dolor? En desapercibida fuga, pasaba el tiempo. A su paso, iba regando el tremendo misterio de su huida fatal. A veces, moria gente en la sala vecina a mi cuarto. Si. Pero concreción maravillosa de la voluntad omnipotente, que lleva todos los destinos por sobre el tiempo, por sobre la miseria y por sobre la muerte. en ese cuartito de hospital, se agigantaba el dorado portento. Y por ello, yo, hombre enfermo y recluido en esa cama, ponía en ejecución las energias máximas de mi vida, para seguir el risueño camino que dios traza a sus criaturas. En mi vida se sumaron dios y el hombre, para orientarme y aferrarme a esa mi próxima y risueña promesa. Como todo enamorado, juro que fui hombre para atraparla con infinita ansiedad y con monstruoso egoismo, a la vez, que fui también dios, para arrojar toda mi vida a sus plantas v en un rasgo sublime de último altruismo, ser como la tierra negra, para que ella, tal como la luz, tal como si fuera un pedazo vibrante de la deidad, se volcara sobre mi vida, para transformarla en un jardin. Se me hacía ferviente el anhelo por oprimir sus labios con mis labios; por sentir en torno de mi cuello, la gloria de sus brazos; por apegar a mi vida, la gloria de su vida. Y la sangre, se me hacía roja de lujuria. Y el alma, se me tornaba blanca de ansiedad. Si: la amé. Y amándola, cumpli la ley primera de dios. Se me redujo la vida. Se me deshizo en extrañas y estupendas conmociones. Por momentos, creí que sólo ahora empezaba a vivir. El pesímismo se me desarraigó de la conciencia y se diluveron mis preocupaciones, mis pesares y mis inquietudes. La canallesca figura de Atul se alejó de mis horizontes. Me inundó por entero, la luz de ese mi rico tesoro. Y OSALI fué para mí, el eje de mi vivir. Y nunca la vida me fuera hasta entonces, más placentera y mejor, que frente a esa mi humana deidad; aún estando vo, en ese lecho de hospital que me retenía.

¿Y era yo, quien días antes, maldecía al destino? ¡Pobre hombre! ¡Pobre bestia vagabunda a quien la suerte mudable coje en sus enigmáticas redes, para llevarlo, en un tránsito perpetuo, de la risa a las lágrimas; del placer al dolor! Vivir. Sólo vivir: he ahí la consigna.

Conversábamos. Conversábamos largamente. Ella me contaba su vida. Y era triste su historia; así como lo son a veces, las historias humanas......

Fué poderosa su familia. En campos soleados y con

verdes praderas, junto a un río y en una mansión señorial, vino al mundo la chiquitina inocente. Las hordas de Atul circulaban por la tierra. Derramaban a su paso el abuso, la injusticia y el oprobio. En la risueña campiña había esclavos y había miserables. Y era dura y horrible la vida de esas gentes. Pero ella era buena. En su puro y sencillo corazoncito iba la llama divina del amor. Y entonces la nena lejana de los bellos días, sufría, ante los arbitrios injustos y los extrafalarios atropellos. Era la amiga inocente de los humildes y de los vejados: aquellos que sufrían bajo la férula de sus propios familiares.

Cayó la familia. Rodó a la ruina. Unos murieron. Otros emigraron del poético rincón. La semilla noble se mezcló con la semilla inmunda: tenía la niña tres hermanos. Y eran éstos, unos señoritos decentes, pero tan decentes que no se dignaban trabajar.

Apremiaba la pobreza. Se hacía angustioso el vivir del reducido grupo. Entonces, ella, la mujer de la familia, hubo de salir a la calle a bregar en la lucha por la existencia. Dignamente, con su trabajo, en ese hospital, se ganaba su diario sustento. De ahí salía el pan para la madre. También, para esos jovencitos decentes que no se dignaban trabajar.

En esta tierra, las cosas se arreglan a veces de tal suerte, que inspira risa su estrafalario acomodo. Era la niña el sostén de la casa: el buey de trabajo necesario al hogar. Pues entonces, haciendo honor a su condición de mujer, se la esclavizaba. Era la víctima, siempre segura, a la pezuña innoble de las bestias. Se la oprimía. Se le negaba toda libertad, como se le negaba su derecho a vivir. Su voluntad, sus sentimientos, sus ideas, sus inclinaciones, en suma, toda su vida, debía amoldarse al dictado y a la vigilancia de los holgazanes que la tiranizaban. Se ejercía en aquella casa, la asquerosa opresión de la hija de la familia: injusticia atroz, innoble e inmunda que destroza tantas vidas humanas. Así ocurre a veces en este mundo.

Lloró Osalí, contándome sus penurias.

-Por tremendo destino, -me decía-, nosotros los débiles, Hevamos la cruz, tanto más pesada y dolorosa, cuando se trata de una mujer. Mi sacrificio nada significa: apenas si importa un detalle aislado que sólo a mi concierne. Pero mi caso no es el único. Antes por el contrario, se repite con diabólica frecuencia. Para probarlo, ahí están, todas las mujeres como yo, que cruzan el mundo arrastrando una vida pequeñita y humilde. Para nosotras no hav justicia Para nosotras, no existe la libertad. La dignidad nuestra, se arrastra por los suelos. Y porque todo esto es así, se nos explota y se nos esclaviza. Se nos arrebata el fruto de nuestro trabajo; se nos deprime y se nos humilla; se nos transforma en una bestia de carga, necesaria a la labor. Y entonces, como resultado de todo ésto, ahí está nuestra vida: dura, vacía, siempre supeditada. Es el amargo destino de los débiles...... Cuando pienso en estas cosas, la angustia se me sube a la garganta y los sentimientos se me confunden. Irá, decepción, entusiasmo, cariño; todo se entremezcla y se transforma en un torbellino. Y de ese torbellino, me viene el llamado hacia la renunciación y el sacrificio. Nada vale mi vida. Es cierto. Pero es lo único que tengo. Entonces, la daría toda entera, a trueque de aliviar a los desgraciados, que, como yo, repiten la misma historia, en su paso por la tierra.

Se callaba. Inclinaba su cabecita y tristemente miraba a los pies de la cama. A mí se me velaban los ojos para mirarla. ¿Pero quién era Osali? ¿Quién era? No necesito decirlo: era sólo, una MUJER..... Se me inflamaba el pensamiento; se me iba por el mundo. Se me iba por la grandeza que yo dios he regado a cada paso por la tierra. Giraba en fantásticas excursiones por el laberinto de los hechos. Retornaba a su redil. Miraba a Osalí. Allí estaba: inmóvil, triste, cuidándome, con sus ojitos hundidos en la penumbra del cuarto. Y yo os lo juro, que de la grandeza que regó dios por el mundo, mi pensamiento no encontraba una superior, a ese corazón de mujer tan abnegado y sublime junto a ese lecho de enfermo como ante la cuna de un infante o ante la inmensa multitud que sufre y pide justi-

cia. Respetuosamente, yo me callaba.

-Yo sé quien es usted, -me decía-. Yo le conozco a usted. Por eso le admiro. Usted, quiere lo que yo quiero.

Yo veo en usted al ardiente defensor de mis propias aspiraciones. Yo sé que usted, pone su vida al servicio de los humildes y los desamparados como yo. Entonces, por lo menos a título de gratitud, debemos, nosotros los anónimos, allegar nuestros anhelos a los suyos. Debemos estimular a los que luchan, para que la humanidad y la vida se renueven y venga, la redención para los desgraciados.

Yo me callaba. Una gigantesca satisfacción me rodaba por la vida. Bajaba yo los ojos y no me atrevía a mirarla. Y nadie me diría que, quizás, sólo por sentirme señalado por ella, para tan altos destinos, yo habría arrostrado todos los petigros del mundo. Yo lo juro: nació Osalí en mal terreno; pero no se contaba entre las legiones de Atul. Había luz y riqueza en su alma. Había la luz divina y la riqueza que dios plasma de la esencia más pura: amor y abnegación. Y por eso, yo hombre, el pobre Atel de las puñaladas en aquel camino, tendido ahora en ese lecho de hospital, sentía crecer mi admiración por ella. Y sí la amé sín las galas de su corazón, ahora que empezaba a conocerla, la quise mís todavía.

Una tarde, al caer ya las sombras de la noche, cuando se hacía espesa la penumbra de mi cuarto, yo, ansiosamente, tomé una de sus manos entre las mías. Con fiebre, me llevé esa mano a los labios, como si pretendiere saciar en ella, una sed abrazadora. Lo hice. Sin decir una palabra, recliné mi cabeza contra su pecho. Y sentí que su otra mano, derramaba una larga y delicada caricia, sobre esa mi pobre cabeza.

Al dia siguiente, yo abandonaba el hospital.

## AND THE RESIDENCE OF THE PARTY OF THE PARTY

A través de días claros y apacibles empezó a desarrollarse nuestro idilio.....

Nos veíamos a diario. Era una imperiosa necesidad para nosotros, reunirnos y conversar. Para ella, se hacía flojo e intermitente el cumplimiento de sus obligaciones. A veces, no iba al hospital. Y a menudo, también se retrasaba. Preferia reunirse conmigo.

Empezaba su familia a sospechar nuestro romance. Entonces, para ahorrarnos sorpresas y contratiempos, ya no nos expusimos a las miradas anónimas e indiscretas. En adelante nos reunimos en mi cuarto, Furtivamente, ella llegaba hasta aquí.

A modo de claro torrente que sigue su curso y busca su equilibrio, así se desarrollaba nuestro amor: como agua clara, limpia, pura que copia en sus hondas el azul del cielo...... Ni una reserva, ni un cuidado, ni una traba. En la compleja amplitud de mis pasiones y de mis anhelos, yo me sentía como trasportado a otra esfera, hacia otra vida, al seno infinito de dios, donde el mandato supremo, ponía un estímulo gigantesco al poderoso rebullir de mis facultades. Se me llenaba de luces, la vida, y se me plagaba de un intenso anhelar. Fué obediente a la seductora llamada: sólo quise ser hombre para vivir totalmente, el risueño prodigio.

Bien he comprobado que los hombres son torpes. Su torpeza raya, a veces, en lo increible. ¿Pero, vine yo acaso a este mundo, para seguir a los hombres, o para seguirme a mi mismo, yo dios, que a cada vida le trazo una ruta? ¿Debía yo, obedecer a dios que mandaba en mi sangre, en toda mi vida, o debía someterme a las estupideces humanas? No me cabía dudar. Y por eso, me segui. Segui a mi vida que me aventaba por la dorada corriente....... Y ella, Osali, la elegida de mi corazón, supo comprenderme. Siguió también la ruta que dios señala para los humanos destinos.

Se hizo fantástico por su encanto, mi pobre cuartito. Fué como un remanso de gloria; como un pedazo azul del cielo. Se plagó de emociones y de grandezas. Y de este modo en el pobre asilo de sus murallas, paso a paso y episodio a episodio, se fué plasmando y realizando el dorado poema: aquéllo que yo dios, ordené para la especie y lo que yo dios, dispuse para delicia y gloria del hombre, como también para anclarlo a sus formas y mantenerlo sobre la tierra. Digo entonces, que viviamos al margen de la sociedad, de las estupideces y de las cegueras humanas. Si. Sólo vivíamos para cumplir el mandato del cielo que nos inducia a captar toda la humana satisfacción. ¡Cuán poco me importan a mi, las tonterias humanas! Sobre las tonterias, se hace brutal mi rigorismo para apremiar a los seres o para desampararlos. Por millones, ciego, minuto a minuto, las vidas. Nada hay más horriblemente sanguinario que mis manos, cuando se hunden y remueven las frias entrañas de este globo moribundo. Nadie hay más feroz, ni más horriblemente despiadado que ese personaje invisible, siempre temido y siempre próximo, -la muerte-, que yo encadeno y largo sobre la vida como una bestia sanguinaria, ciega y brutal. ¿Qué, me importan a mi los hombres. cuando, minuto a minuto, los aniquilo por millares? Si. Pero vo dios, monstruo enigmático y contradictorio, sobre el frío bestialismo de mis designios, extiendo también, mi protección alerta y esmerada sobre la vida. La cuido, la protejo, la fortifico, la hago fecunda y rebelde; también la hago audaz, aunque sea miserable. Para conseguirlo, pongo en ella fuego y ardor; pongo anhelos y pongo pasiones pongo instintos y necesidades; dolores y esperanzas; en suma, doy a la vida lo único vital y divino que llega en su miseria ambulante: un pedazo de mi mismo, yo dios, que por hundirme en pasta humana, la santifico y la hago noble. Entonces, os digo que vo ni discuto ni ruego. Os digo que la primera misión del hombre es vivir. Sí. Pero vivir así como yo lo ordeno; así como yo lo impongo, manteniendo esta vida en la excelsa plenitud de sus atributos. rectamente orientada hacia mí, yo dios, que repito, no ruego ni discuto, sino que ordeno y castigo cuando no se me obedece...... Y he aquí que Atel vivía. Sólo vivía. Tomaba su vida como si fuese un tesoro para levantarla en alto y ofrecerla entera, plena de fuego y de entusiasmo. Y entonces, obedeciendo a dios, amé a Osali con una pasión enorme, fantástica: cúmulo grandioso de todas mis ansiedades y de todas mis aptitudes. Y mi alma se ribeteó de blanco y de azul para adorarla. Y mi sangre se hizo roja de fuego y de lujuria para apetecerla. Cumpli, solo, las leyes santas del cielo, creando el rojo poema de la carne, debajo del poema azul y blanco de las almas..... Y Osali, la bella Osali de mis preferencias y de mis amores, supo comprenderme y supo seguirme...... Fué mía. Lo fué, por los fueros de toda la existencia: en razón de la carne y del espíritu; en aquella estrecha conjunción de dos vidas, que yo dios, puse como condición necesaria para que mis designios se cumplieran. Y desde entonces, Osali, fué mi mujer. Mejor, la compañera y el complemento natural de un hombre que cruza por el mundo. Cumplimos los dos por igual, ella y yo, una de las misiones esenciales, que yo dios he determinado para los seres que vagan por la tierra.

Ahora yo me recluia. No quería saber nada de Atul. ni de sus actividades. Dejaba para otros tiempos, la tarea de reiniciar mi cruzada contra ese bribón. Pero he aquí que un día lo encontré. Y como Atul es un sabio y su sahiduría en cosas de este mundo, es grande, tuvo la gentileza de prevenirme.

-Te ha de pesar, -me advirtió-. Es amarga tu experiencia en muchos aspectos del vivir. En este sentido,

te será más amarga todavía.

-¿Acaso piensas mezclarte? -le dije-. Te advierto que no te lo permitiré.

-Pierde cuidado, -me contestó-. Yo no soy alcahuete. No he de mezclarme. Pero ya se mezclarán los hom-

bres y eso te será peor todavía.

Yo me quedé callado. Era muy sabio Atul y, por lo mismo, su vaticinio, no me hacía gracia alguna; más si se considera que la gente ya empezaba a intervenir en nuestro poema. Yo sabia de despotismos y de opresiones para Osali. Se la sospechaba enamorada de un caudillo popular. Y eso era abominable para la aristocrática familia. Por mi lado, yo no me sentía muy dispuesto a tolerar semejantes despotismos y opresiones. En lo posible, quise entonces, sondear el criterio de mi sabio camarada.

-En realidad, -me dijo Atul-, hay ciertas materias en las cuales Satanás, poco o nada puede enseñar a los hombres. Antes por el contrario, en ellas, los hombres podrian ser maestros de Satanás. Así sucede en esta materia,

por ejemplo.

Yo me rei. En verdad, Atul tenia razón. Allá en el jardin, yo habia visto a su mujer sentada en las rodillas en aquel "Cachorro". Se besaban. Se acariciaban. No era dificil imaginar que hacían algo más todavía. Realmente, Atul, nada podía enseñar a los hombres en estas cosas.

- Porque te ries? -me preguntó.

—Me río, porque pienso que puedes tener razón.
Me miró de un modo extraño y seguimos conversando. A poco nos separamos. Y yo me dí a pensar, cómo ocurría aquéllo: no me explicaba porque Atul, aún no había descubierto la traición. En fin, tampoco era misión mía ser un alcahuete. Y por lo mismo, muy luego pensé en otra cosa.

Empezaban a cumplirse los vaticinios de Atul. Los hombres empezaban a mezclarse en nuestro idilio...... Osali se sentaba en mis rodillas. A veces, por largo rato se quedaba callada. A veces, también Iloraba.

-Nada saben, -me decia-. Pero algo sospechan, Si lo supieran, se tornaria muy mala nuestra vida. Nos per-

seguirían y nos harian mucho daño.

Yo me callaba. Los pensamientos sombrios me afluian a la cabeza. La estupidez y la maldad es algo que, senci-llamente, degrada al dios creador. Yo pensaba en todo aquéllo. A ratos, sentía pena y piedad por los hombres. Preferia callarme. Con acentos suaves y dulces. Osali, me hablaba.

-No lo comprenderán jamás, -me decía-. Nunca llegarán a entenderlo. ¿Entonces para qué insistir? Sería más fácil remover las montañas.

Se callaba Osali. Parecía hundirse en sí misma. Tranquilamente, dolorosamente, seguía hablando,

-He ha repetido y se repite tantas veces el mismo caso. Aún existen mercaderes que pretenden comerciar con los sentimientos. Para personas así, la dignidad humana importa bien poco. Y por eso, interpretando los deberes familiares de un modo interesado y miserable, no trepidan en descender al abuso y a la prostitución. Por lo común, somos nosotras las mujeres, las víctimas. Abusando de nuestra condición desmejorada, de nuestra carencia de energia y de audacia, se nos presiona en lo más íntimo de nuestra vida: en nuestros amores. Se cree posible hacer un tráfico con nuestros cuerpos y nuestras almas. ¿Acaso no juzgas malo y monstruoso todo ésto?

Yo me callaba. Se me revolvia el pensamiento. Las som-

brias protestas se me iban de los labios...... Yo dios, ouse al sentimiento como una condición necesaria de la vida. Por ello, puse en el corazón de cada madre un hemismo ciego, que se alza ante la muerte y va más allá de en defensa de las criaturas. Por lo mismo, hice del enamorado una creación portentosa, plena de savia y de entusiasmo, donde fluyen y refluyen las abnegaciones más sublimes, a la vez que los egoismos más monstruosos. No es que sea difícil descubrir mis leyes, por que yo he dado un rumbo inequivoco y preciso a la vida. Y alli van clarisimas, sin una falla. No se puede entonces desfigurarlas ni falsearlas. Hice del sentimiento un atributo intemporal, perenne a través de los siglos, superior a las circunstancias, superior a la previsión humana, más allá del repudio de la conciencia. Aún doblego ante el sentimiento, a la Razón: esa energía fría y enorme que constituye uno de los pilares más seguros del humano poderío. Sólo yo dios, sé, porque un enamorado se apega a otro, y porqué, los enamorados se atraen con recóndita afinidad. Nada hay más prodigioso en este mundo que el enigma del sentimiento: la oleada gigantesca, necesaria a mis objetivos. Los grandes derroteros de la vida, los someto yo dios, a su eterno vaivén, porque de allí proviene el asidero seguro de mi obra. Por eso, -fenómeno de matices distinto-, tanto puede el sentimiento en el corazón de una madre; como en los arrebatos de los amantes; como en el alma del genio que se enamora de la gloria y busca la verdad, la justicia y la belleza: como en las ebrias muchedumbres que desencadenan sus entusiasmos y sus furores por las calles. Mis grandes anhelos de Creador, se dirigen, precisamente, a mantener la potencia del prodigio que irradia luz y energía sobre los seres. Aún Atul, con toda su audacia se inclina reverente y limita sus ataques en contra de esta divina fortaleza del humano poderio. Sin embargo, el hombre, la bestia miserable que, por lo menos, me debe sumisión y reverencia, ha derramado prostitución y torcidas pasiones en estos campos, que yo dios, he querido, sean puros y limpios, luminosos y ajenos a la podredumbre. Atel es sólo un pobre hombre que cruza por la tierra. Pero su experiencia es amarga y por eso, se alza ante dios para pedirle que descargue el fuego y el látigo sobre estas bestias. Porque estas bestias requieren del látigo y del fuego: por torpes, por malvados; porque se niegan a seguir los rumbos más claros, más sencillos y menos discutibles que la entidad creadora ha trazado para el hombre. Dejo a la humanidad presente y futura, diré mejor a la semilla selecta del granero, el problema de encontrar los altos destinos humanos. La unidad de manada no puede pretender tales honores, ni escalar tales alturas. Pero sea quien fuere, rico o pobre, cuerdo o loco, potentado o humilde, prima sobre todos los seres, lo permanente, lo que los ancla a mi poderío y voluntad: los fenómenos primarios de la vida. Nadie, ni Atul con su audacia de demonio, ni yo mismo con mi poderío de dios inteligente, tenemos facultad bastante, para amagar, desfigurar o demoler, los fundamentos más profundos de mi obra. ¿Puede entonces el hombre, en su imbecilidad o con su ceguera, pretenderlo?

Alli el caso estaba claro. Me tocaba en desgracia, hundir mi vida en un pequeño problema familiar. Yo dios, me río de los problemas familiares de los hombres. Yo le aniquilo sus problemas. Pero el pobre Atel, por haber venido a este mundo, debe pasar por la bajeza de mezclarse en ellos y sufrir indebidamente la salpicadura del fango y de la maldad....... A Osali, su familia, quería entregarla a un hombre. Diré mejor, querian venderla. ¿Porqué? Sencillamente, porque ese hombre tenía una buena situación. Ese hombre ejercía un diminuto poder dentro del diminuto poderío humano. Era un alto jefe de una repartición policial. Con él querían casarla. Eso era todo. ¿Tiene algo de particular? Yo he visto muchas novedades en las historias de los hombres. Dicen que los hombres primitivos procedían así. Las mujeres eran para ellos, una mercancia. Yo me he dicho que, en tal evento, esa mercancía hubo de ser la más interesante y apetitosa. Después, dicen que hubo

libertad sobre la tierra y agregan que se dignificó la personalidad humana. La mujer, dejó de ser un objeto y fué considerada como un ser humano, capaz, por si misma, de disponer de sus sentimientos, de su albedrío; digamos de su vida. Eso dicen las historias. Pero en la realidad vo he comprobado que, esa misma esclavitud, inicua y estúpida de las hembras de antaño, sigue ejerciéndose sobre la muier de hoy; ésta que vive bajo la égida de la libertad humana. Porque la organización familiar, no es precisamente, una maravilla por su perfección. La condición de la mujer es siempre supeditada. El marido, a menudo ejerce una tutela avasalladora sobre ella y le impone su voluntad de macho. Y, sobre todo, la hija, más veces de lo que se sospecha, sufre, de sus padres, hermanos, o parientes, apremios indebidos, vejaciones injustas y lo que es más grave, inducciones directas al tráfico y a la prostitución. Si en esta materia, algún derecho puede v debe tener el ser humano, no es otro que el derecho a sus amores. Y era ese derecho; el que le negaban a Osali. Querían venderla a otro hombre. Ella lloraba. Sentía odio y antipatía por ese hombre. Pero con él, querían casarla. Para conseguirlo, recurrian a la amenaza, a la presión moral y al atropello. Digo: ¿tiene ésto algo de particular? ¿No se ha repetido acaso, millares de veces? Semejante felonía me inspiraba risa y rabia a la vez. Sobre las pretensiones de miserables, estoy yo dios y están mis leyes, que seguramente, para iluminar los corazones e inflamar la carne, no se detienen en conveniencias de familias arruinadas, ni en pretensiones de holgazanes..... Osali me miraba. Me rodeaba el cuello con sus brazos desnudos. Me miraba intensamente a los ojos. Y en sus miradas, había un cúmulo de preguntas sin palabras.

-¿Porqué tu dios, permite todo ésto? ¿Porqué permite el atropello de los débiles y no nos defiendes de la pros-

titución y de la indignidad?

Yo esquivaba sus ojos. La besaba en los labios. Y juro que me era dolorosa mi pequeñez de hombre que me im-

pedia alzarme ante dios para enrostrarle su indiferencia y su frialdad.

—Para purificar la vida, —me decía Osali—, se requiere de sacrificios y de lágrimas. Se cuentan por millones las víctimas que sufren y lloran por el mismo motivo. Es obligación nuestra sacrificarnos y rendir la vida si es necesario, para que, por lo menos, dentro de la inmundicia humana, se purifique la primicia santa del cielo: el amor.

Nos callábamos. Nos confundíamos. Se acurrucaba ella entre mis brazos como para protegerse. Una oleada de rabia v de pesimismo nos pasaba por el alma..... Y a veces también, nos reíamos y bromeábamos comentando entre nosotros, muchos de estos pequeños problemas de los hombres. He aqui que ahora me encontraba con muchas cosas que hasta entonces pasaran desapercibidas para mi, o que, por lo menos, no fuvieron importancia alguna. Eran detalles; estupideces; bajezas. Pero repito que ahora me enteraba de ellas. Y agregó que se me hacían tan obscuras, tan confusas y tan sabias como aquéllos de los armamentos o de las crisis de que me hablaban Atul y los sabios como él. Aparecía ahora ante mis ojos, todo el problema familiar, con sus inmoralidades, con sus pequeñeces, y con sus miserias. Porque, en verdad os digo, que estas bestias han inundado de carroña inmunda, uno de los aspectos más hermosos de la vida. Osali me hablaba irónicamente y le daba à sus palabras un tinte de picardía, fina y delicada. Me hablaba de noviazgos, de casamientos, de muchas cosas. Y era ésto, tanto como aquella tiranía que se pretende ejercer sobre los seres, lo que a mí se me antojaba tan sabio como aquello de los armamentos y de las crisis. Con deshazón, me enteraba, que aún, se tiene audacia bastante para mezclarme, a mí, —dios—, en estas ceremonias. Si alguien se casa, he de ser vo dios, quien por medio de uno que se dice mi representante, lo autorice previamente, para que haga, lo que no puede menos de hacer. ¡Pobres hombres! tan tontos, tan ridículos! Francamente, vo dios, no me

acuerdo haber inventado estas cosas. Yo no soy intruso ni alcahuete. Ordené las cosas de ciertas maneras y repito que fué fantástico el derroche de sabiduría que hice para ordenarlas. Creo que con eso, basta. Creo también que hombre v mujer se entienden mucho mejor solos y libres que baio una supuesta tutela de dios. Yo no entiendo de noviazgos, de casamientos ni de rituales. Yo dios, sólo entiendo de instintos, de impulsos, de necesidades, de sentimientos, de invencibles afinidades, que acordes con la voluntad mía, no requieren de festejos ni de ceremonias para manifestarse e imponerse. Mi ley va en la vida misma. Y va pura y simple, ajena a prejuicio; a formulismos y a tonterías. Y quien desobedece mi ley, tiene una sanción. A mi sólo me interesa el desarrollo natural y lógico de la existencia, con sus naturales proyecciones. Por eso yo dios, inflamo el sentimiento de los enamorados y los aproximo con poderosas energías. A la par que les doy las satisfacciones máximas de su vivir, los obligo a cumplir mis mandatos: hago que de la conjunción de dos vidas, se forme una tercera vida, que ha de continuar a las otras en el tiempo. Porque yo dios, por este medio, obtengo la permanencia de la especie. Yo protejo al hijo. Le doy una protección tan eficaz como jamás nunca podría dársela el hombre. Lo protejo con el amor materno. Lo protejo también con el amor paterno. Y he aquí que todo ésto me basta. Es sencillísimo mi procedimiento. Sobretodo, es privado en absoluto de ritos y de funciones. Porque yo dios, no requiero de ceremoniales para obligar a los seres a cumplir mi voluntad, Muy bien. Pero cae esta semilla, pura y simple en la here-dad humana, y aqui los hombres me la sepultan bajo un montón de ridiculeces y de infantilismos. Más aún: son bastante malvados y tienen felonía suficiente para entrabar, entorpecer, deformar y prostituir el juego lógico de los sentimientos; tal como ocurría por desgracia en el caso nuestro. ¿Es posible? Yo me reía. En este sentido las cosas tampoco van muy bien en este mundo. Una manada de bestias que marcha al margen de su camino y que pisotea los tesoros más valiosos de la existencia, seguramente

no es un conjunto simpático. A no dudarlo, hay mucha sabiduria en todas estas cosas.

Osali, ironicamente, me miraba. Su blanca mano, fina y suave derramaba una caricia sobre mi cabeza.

—¿Lo crees raro? —me decía—. ¡Nó! No lo es. El hombre, pese a su soberbia y a sus pequeños atributos de deidad, es todavía un niño. Aun requiere de brillo, de ceremonias y de fiestas. Necesita también, salpicar de maldad y de perversión sus tesoros. ¿Por qué discutir, entonces, su candidez y su torpeza? No vale la pena discutirlas.

Pero se reconcentraba Osali. Se ponía seria y miraba

a otro lado.

-Sin embargo -me agregaba-, estas tonterías y estos arbitrios causan desgracias incontables. Si el amor es un atributo personalisimo del hombre y de la mujer, es natural que éstos, por lo menos, tengan libertad para aproximarse, para conocerse y para tender entre ellos, las múltiples afinidades físicas, instintivas, morales, intelectuales v sentimentales que les permitan, aproximar sus vidas y formar un conjunto armónico. La creación de la pareja humana, por significar una alianza que comprende la vida total, determina una responsabilidad enorme tanto para el hombre como para la mujer. Es el destino de ambos, el que se juega en la aventura. De una buena o de una mala elección puede depender todo el curso posterior de la vida. Felicidad, desgracia, risas y lágrimas: todo va en gérmen al asociarse dos vidas para hacer juntas, el camino. Más aún, la responsabilidad trasciende del hombre y de la mujer y se proyecta hacia el futuro, por cuanto los dos, han de constituir el cimiento de donde ha de surgir una nueva vida: el hijo. Entonces, si la responsabilidad es grande, es lógico darles la libertad bastante para que, conscientemente, aborden el más trascendental de sus problemas. ¿Pero puede existir esta libertad, cuando una sociedad intrusa y a menudo malvada, vigila a los enamorados, los persigue y les niega el derecho para amarse, para comprenderse y para guiar, por sí solos, sus destinos? Sinceridad, cariño, pastón: todo se desfigura en medio de esta

gente. Y ahi están los resultados: hace miles de años que la humanidad trata de resolver el problema familiar y aún no lo resuelve. A través de siglos y más siglos se mantiene la esclavitud de las mujeres. Como una lacra inhumana y grosera, reñida con la dignidad humana, aún existe la prostituta como un elemento indispensable dentro de la organización de la familia. Más allá existen las tiranias comunes y los apremios vejatorios que se ejerce sobre la mujer en el seno del grupo familiar. Después el matrimonio corriente: una tragi-comedia estúpida que transforma a los hogares en un antro de miserias y de pequeñeces. Por último, estos ceremoniales, estas intrigas, estas bajezas que vemos todos los días y a cada paso. En definitiva una consecuencia lógica: sólo un reducido porcentaje de las parejas que corren por el mundo consiguen desarrollar una vida tranquila y feliz. En estas condiciones, el consorcio de dos vidas sólo fortuitamente, puede dar un resultado apreciable. Debemos reconocerlo: hay mucha podredumbre sobre el aspecto más hermoso y esencial de la existencia.

Osali, tenía razón. A estas bestias hay que enseñarles a amar. Es necesario además, hacerles comprender el sentido de la responsabilidad. Alguna vez, debe llegar la liberación para las esclavas. Y alguna vez, debe irradiar sobre este mundo, la fórmula humana, que yo dios, voy plasmando en las conciencias: hombre libre, frente a mujer libre. Sólo así, el amor, podrá llamarse amor y por lo mismo, dará para todos los seres, la plenitud augusta de la felicidad. Entonces, tampoco habrá malvados que desfiguren mis designios, restándole fuerza a los fenómenos, o torciendo el poderoso imperio de mi voluntad. Tampoco acudirán, los hombres, a remiendos, allí donde yo dios, no los necesito. Desaparecerán estas comedias ridículas, noviazgos, casamientos y otras funciones que yo he visto entre estas gentes. Se respetará la dignidad humana y se respetarán, también, los designios de dios, que repito, no conoce estas ceremonias, ni menos necesita de ellas.

Y así, por risible destino, se enraizaba mi vida, en tan

minimos problemas. Un casamiento ponía una valla entre Osali y yo. Es verdad que entre nosotros ya existia el verdadero casamiento, el mío, el de dios, que sin otras ritualidades que los sentimientos, los instintos y las pasiones cumple en este mundo los altos destinos del cielo. Pero ésto no lo acepta la sabiduría humana. Y por eso, violentando los derechos más elementales, la familia de Osall. queria casarla con otro hombre. Conmigo no lo habrian permitido jamás. Osali pertenecía a una familia decente Yo era un obscuro caudillo obrero. Entonces, no era posible, un matrimonio entre nosotros. Y así, se planteaba, en su expresión más simple, uno de los problemas milenarios que el hombre, con toda su sabiduria, aún no puede resolver. Porque este rebaño de aquí abajo, aún es bastante torpe para dividirse en grupos y para enredarse en los graves problemas de las castas sociales. Todavía existen imbéciles, -y por desgracia, su número no es escaso-, que por sí y ante sí, se asignan una posición privilegiada y superior a la de sus vecinos. Y entonces, con esa inconciencia propia de las bestias, hacen alardes de sus presuntos merecimientos y miran a los demás, con un desprecio olímpico, así como dios miraria, desde los cielos, a los infelices que circulan por este mundo. Y ocurre que yo dios, distingo a los hombres, por otros conceptos y acudo a otros recursos para hacer evidente la diferencia que puede haber entre éste y aquél. ¡Torpes! ¡Miserables! ¡Malvados! Más vale reirse de infelices como éstos. Pero el desprecio es algo que lastima como un latigazo. Y por eso, cuando pensaba a veces, en aquello tan curioso que nos iba sucediendo, por instantes dejaba de reir y me desataba en blasfemias v denuestos. A decir verdad, estas situaciones, a veces molestan más de lo que uno puede imaginarse..... Bueno: alli, eran aquellos holgazanes, -me refiero a los hermanos de Osali-, los que querían lucrar. Y por eso se mostraban intransigentes: Bien podíamos nosotros violentar la situación y cumplir nuestra voluntad. Porque no puede hablarse de amor, cuando hombre y mujer renuncian a sus pretensiones, por dificultades y torpezas como éstas. Pero

dentro de su pequeñez, estos problemas llevan siempre muchas trabas. Lloraba la bella Osali, cuando entre nosotros, considerábamos nuestra situación. Y yo, por mi parte, no le daba mayor importancia al asunto. Para mí, era aquello, uno de los tantos rasgos de la sabiduria humana. Y que al pensar así, yo tenía razón, la tenía: al cabo de algún tiempo, la desgracia más terrible de mi vida, debía ser una consecuencia lógica, de esta extraña sabiduria de los hombres.

Aquel hombre llegó a saberlo. Era él, un jefe de policía de alta gradación. Yo era un caudillo popular. Al ciego antagonismo de nuestras posiciones, se sumó el antagonismo aún más humano de aquella rivalidad en torno de una mujer que se pretende. Sospecho que en aquel hombre fermentó una violenta llamarada de odios para mí. Entre él y yo, se agregaba un motivo más, para la guerra. El lo supo. Y nada dijo.

Entretanto, sobre las preocupaciones y miserias, se te-

jia en dias claros y apacibles nuestro idilio.

Corria el verano y hacía calor..... Ella, iba por las tardes a mi cuarto. A veces, se prolongaban por horas y más horas, nuestros coloquios. Se nos hacía enervadora y deliciosa la vida, tan placentera, tan desarraigadas de las humanas veleidades, que en ciertos momentos, frente a dios, yo ponía al hombre y me decia, intimamente convencido, que Atel, antes de ser dios, prefería acogerse a sus supremos atributos de hombre. Ser hombre, sólo un hombre y sentir hasta en la última fibra, el divino prodigio......... Pero qué era aquéllo? Digo que a ésto, los hombres le llaman felicidad. Y agrego, que yo, hundido en el luminoso remanso, habría inmovilizado la vida, el universo entero; me habría deleitado y sumergido en aquel dulce embrujo, para hacerlo larguisimo, permanente, a través de toda una eternidad......

Era enorme ese cariño. Infinito diré, si es posible imaginarse lo infinito en las posibilidades de una vida..... Yo la amaba. La quería con aquella humana capacidad de apasionamiento que reduce y esclaviza por entero. Asi como la tierra esclaviza a la planta; así como el aire rodea e invade las cosas: así era ella para mí. Y por lo mismo, me era necesaria segundo a segundo, siempre igual; porque vo quería apegarla a mi vida y hundirla en ella, así como la tierra esconde y guarda la rica veta del purisimo mineral. Así la amaba yo. Y por eso la ebriedad y la locura me sacudian los nervios y me quemaban con supremos halagos. Sólo era vo, un hombre completo, sumiso en absoluto a la voluntad omnipotente de dios, para plasmar en mi vida, la totalidad del divino prodigio. Y por eso, cuando llegaba por las tardes a mi cuarto, mis labios la perseguian. Y mis manos se enloquecían para acariciarla, Se me dulcificaban las palabras y era puro y fuerte mi cariño; como era roja y chispeante mi sangre para apetecerla. Repito: me sometia por entero con intimo renunciamiento. al soberano mandato de dios. Así, quiero yo dios, que sean mis criaturas. Porque yo dios, hice el milagro para que lo disfrutaran mis criaturas con orgía estupenda y con prodigioso entusiasmo..

¿Y ella? ¿Acaso no lo sabéis? Va en la mujer, la savia profunda que mantiene los altos destinos. Por eso, yo dios, hago de la mujer un vaso santo, para inundarlo de sentimiento: la cadena dorada que ancla la especie a mis designios. De un modo especial, doy a la mujer, la chispa milagrosa que se requiere para que esta vida no se apague...... Osali me queria. Si: me queria. Se me hacia sumisa y humilde. Y era clara y dulce su voz. Pero más allá de sus palabras y de su actitud, veía, lo que yo dios, hice para seguridad estricta de mis objetivos. Frente a la miseria, al sacrificio y al fracaso; frente a la razón y a la conciencia; frente a dios y ante la muerte, como entidad blanca que no rehuye ni la amenaza, ni el látigo, ni la caída ni el aniquilamiento, en el maravilloso resurgir de una vida, yo veía a la bella Osali alzarse con estupenda segu-

ridad para encarnar lo que yo dios dispuse que fuese la mujer en este mundo. Era sólo una mujer. Y nada más. Y creo que con ello, lo digo todo.

-Es inútil, — me decia—, romper estas cadenas. Si pusiere toda mi voluntad para conseguirlo, no lo conseguiria. Debo convencerme que soy como el leño flotante que va por el lomo de la corriente. ¿A qué, pretender, entonces lo imposible? Deja, por tanto, que la vida mía vaya hacia tí. Deja que vaya toda entera: con sus anhelos, con su abnegación, con sus entusiasmos, con los puros fuegos de la juventud. Algo me dice que cumplo así, la voluntad de los cielos.

Me miraba. Enlazaba sus brazos desnudos a mi cuello. Derramaba una caricia por mi revuelta cabellera.

-Aún no es bastante puro este amor, -me agregaba-. Tampoco es bastante fuerte y bastante humano. Por obra de engaño y de absurdas ficciones, se resta fuerza y pureza a nuestros amores. En el corazón de la mujer se arroja semilla inútil y se crean inútiles apegos. Hay necesidad de limptar el corazón de las mujeres; porque aún faltan refinamiento y grandeza. Se requiere concentrar la gigantesca masa de los amores, para largarlos, sin una mengua, sin un desmedro, a lo humano y a lo posible: a lo que inunda de luz y de belleza, la vida. El misticismo que va en mi corazón, quiero que se oriente a lo mío: a eso que mis sentimientos y mi conciencia me reclaman. Quiero que ese amor que por tradición se nos infiltra para dios y lo ilusorio, tome un sentido netamente humano e inunde a mis amores terrenos, a mis amores de esta vida: al hombre que yo quiero; sobretodo al hijo que ha surgir de mis entrañas; a los hombres y mujeres que por simpatía se ligan a mi; también a los caros ideales que fermentan en mi espíritu. Hacer que los sentimientos humanos se agiganten como si fueran para dios: éstos y nada más, es lo que requiere el corazón de la mujer.

Yo la besaba. Me bullía el entusiasmo. En verdad os digo que sólo así, viviendo plenamente los amores huma-

nos y sintiéndolos con amplitud y con esa extraña variedad de matices que yo dios pongo en cada corazón, es como los hombres me aman a mí: dios. Yo dios no requiero de manifestaciones de ternura ni de extravios sentimentales. Todas las manifestaciones de cariño que la humanidad pudiera expresar para mí, son completamente inútiles y me dejan absolutamente frío. Entonces si queréis amarme, amad a los demás: a la mujer, a los hijos, a los padres, a los amigos, a todo aquello que os toca al corazón y mueve vuestras emociones. Amad, tal como yo os lo impongo; porque lo repito, sólo así me amáis a mí: dios. ¿Cómo no querer entonces a mi bella Osali que así sabía comprenderme? Si: yo la amaba. Y ella, me amaba a mí.

En un grandioso tejido de episodios, vividos, senti-dos, gustado en su humano sabor, se iba en ruta del tiempo, nuestro idilio...... Se sentaba ella en mis rodillas y yo la miraba a su rostro. Recreaba mis ojos en los lindos colores de su cara: en aquel mágico entrevero de blanco y sonrosado, que en rostro de la mujer, prueba la primavera bullente de su juventud..... Miraba sus labios rojos. Me sentía inundado por sus tranquilas miradas. Me atraian sus labios y yo, prendía con pasión, mis labios a los suyos..... Era verano y hacia calor. Entonces, en esas bochornosas tardes de estío, la locura me arrebataba. Pieza a pieza retiraba sus ropajes: la desnudaba por entero. Con fiebre mis labios perseguian el tesoro tentador de su carne blanca. O bien, sosegado y respetuoso, como si estuviera en un templo y con toda mi vida puesta ante una deidad, la miraba largo rato, así desnuda y bella, tal como yo dios la hice; tal como yo dios la arrojé a este mundo. Y mirándola, así bella y fuerte, pletórica de vida, se derramaba mi espíritu por ese bello poema de formas y me llegaba el recreo a las profundidades más remotas de la conciencia. El hombre se sentía pequeño y respetuoso. Pero yo os lo juro que, más allá del hombre, emergía la testa omnipotente de dios, para alzarse con orgullo, por haber largado dios al mundo, una joya así, la encarna-

ción excelsa de la belleza, la más bella y perfecta de las creaciones: un cuerpo blanco de mujer...... Y engreido yo, en mis últimos regocijos, rico como nadie, por tener aquella joya blanca, a veces cerraba los ojos y reclinaba mi cabeza en la divina suavidad de su pecho desnudo. Allí adormía mi vida. Y pasaban los minutos y los minutos. Me cogia la dulce embriaguez de aquel ensueño. Sólo lejos del mundo y en el imperio ilimitado de su grandeza, podría sentir un deleite semejante, el dios creador. Este reducto de pequeñez y de miseria que es una vida humana, tiene en si mismo, extraños recursos. Aqui en mi imaginación rebullen los dos cuadros sublimes: esos minutos de sosiego y de silencio, en que no se habla y que pasé junto a mi bella Osali y esos siglos de quietud y de adormecimiento que me cojen a mi, dios, en la eterna transformación de mí mismo. La risa me fluía a la cara y ante la pregunta íntima, sobre cual estado sería preferible, este de aquí abajo o aquél, que aún está fuera de la comprensión del hombre, me callaba. No cabe hacer distinciones, porque un minuto, un siglo o mil millones de centurias, son siempre iguales, cuando se refieren al último grado de todos los anhelos: al sosiego, a la plácida tranquilidad, silente e inmóvil, del espíritu que se siente feliz ¿Pretendéis un paraíso? ¿Pretendéis la gloria? Eso que yo viví: eso es la gloria. En aquellas calurosas tardes de estío, en el escondrijo humilde, el pobre hombre que es Atel, debia convencerse que su vida se había apartado tanto de la tierra y era tan bella y tan grandiosa, que ya perdía sus caracteres humanos para adquirir caracteres divinos. Más allá, nó: sólo hasta ahi. Porque más allá, sigue dios. Y he aquí, que en Atel, se tocaban, dios y el hombre. ¿Pero de qué, estoy hablando? Hablo sólo de ésto: hablo de amor. Y agrego que carece de razón quién diga, que la vida humana es desgraciada y miserable; porque seguramente no lo es, en tanto, pueda el hombre disfrutar de sus amores, así, de un modo humano y total, tal como mi linda compañera y

yo, lo disfrutábamos en aquellas calurosas tardes de ve-

A veces soñábamos. Porque soñar es una calidad humana y es la esperanza un faro que nos orienta en este mundo. A veces soñábamos. Ella apegaba su cara a la mía. Y ella y yo mirábamos hacia adelante como si tratásemos de ver un risueño cuadro más allá de las cosas. Se nos hacía lánguido y meloso el lenguaje.

-Tendremos una casita, -me decía ella-. Será sólo para nosotros. Será, así como lo es el nido para las aves errantes. Yo cubriré de galas y de blandura ese nido. Y de este modo, tu vida y la mía, serán mejores..... Y de alli saldrás a luchar por el mundo. Y serás bueno y fuerte. Y regarás el bien entre los hombres. Y harás que disminuva el dolor y que se aliviane la carga. Y la vida toda, la pondrás en potencia y en acción, para redimir de la esclavitud y del oprobio, a los oprimidos y a los humildes que vagan por la tierra..... Y si te hieren en la jornada volarás a nuestro nido. Y allí, estas manos te curarán las heridas. Y este pecho sabrá darte el calor que requieren tu vida y tus entusiasmos..... Y si tenemos hijos, entonces...... entonces...... Pero nó: sólo haremos que sea para ellos la victoria. Y tu vida y la mia, irán a sus plantas, como supremo y último homenaje.

Se velaban los ojos de la bella Osali. Me apretaba la cabeza contra su pecho desnudo. Yo la apretaba entre mis brazos con extraña y fantástica ternura. Soñábamos.

Y éramos felices en el dulce correr de las horas.

Pero yo dios, hice las cosas de otro modo. Y según se comprueba en la vida de los hombres, en la mía también hubo de comprobarse: la felicidad dura poco.

## XX

Seguia el azote biblico sobre los pueblos. Había hambre. Se tornaba miserable, como nunga, la fisonomía de la humanidad. Me crispaba los nervios esa grotesca peregrinación de vagabundos, hombres y mujeres cubiertos con harapos, que pedian un pan o una miserable moneda para alimentarse. Eran miles. Nó: eran millones los que vagaban en las mismas condiciones por la faz de la tierra. Ese cortejo de miserables era doloroso y nefasto; algo indigno del hombre. Por no verlo, prefería no salir a la calle. Y si lo hacia, regresaba molesto y rabioso. Veía por allí, cada escena que me desesperaba. En una ocasión en que yo iba con Atul, hubimos de socorrer a una mujer, con una guagua en brazos, que se había desmayado de hambre. Atul, a título de potentado, le dió unas monedas. Me impresionó, especialmente, aquel episodio y lo propio le ocurrió a mi compañero.

-Una sociedad que tolera estas escenas, -me dijo

Atul-, no merece el calificativo de humana.

Guardé silencio y me llamó la atención que el mismo Atul, siendo quién era, me hablase así.

-Veo, -le dije, al cabo de un rato-, que pese a tu

brutalidad, hay algo que te llama al corazón.

—No es el caso —me contestó—, que los ejemplos sean dados para Satanás. Pero en buen romance, a veces me sorprenden estas abyecciones de los hombres, que así saben seguirme. Por momentos, debo aprender y eso me llama la atención y me impresiona.

Aprendía Atul, en el mundo de los hombres. En esos días se arrojaban al mar grandes cantidades de productos para destruirlos y de este modo, hacer subir los precios. Entretanto, la gente se moría de hambre por las calles. Más aún: los hombres de armas, aporreaban sin conmiseración, a esos hambrientos que ya no resistían los ahullidos del estómago. A no dudarlo, había en todo ésto un hermoso ejem-

plo de caridad humana y de humana sabiduria. Yo me abismaba ante tales desatinos. Hacía fuerzas por comprenderlos y no los comprendía: Me era inútil........ Cabizbajo y rabioso, me iba a mi cuarto. A mi lado, feroces y atrabiliarios circulaban los hombres de armas. A veces, veía inmensos contingentes, circulando por las calles. Aquella tirania feroz, innoble y estrafalaria sabia resguardarse. Y se resguardaba. A su amparo, lucraban sus secuaces. Atul, pese a sus dádivas callejeras, proseguía sus siniestras hazañas. Acaparaba en sus manos los artículos más necesarios. Creaba empresas para explotar el hambre de los pueblos oprimidos. Con una codicia criminal, aumentaba el hambre y la confusión. ¿Pero dónde estaban los hombres que vo no los veía en parte alguna? ¿Porqué no esgrimían el látigo y a latigazos arrojaban a semejantes canallas? Buscaba hombres y no los encontraba. Aún, los allegados a mi circulo, se mostraban descepcionados, caídos e impotentes. Llegábamos al estado crítico en que la sociedad se aniquila y deviene en un organismo enfermo que aún carece de fuerzas para levantarse. En períodos así, se pierde en el vacío la voz de mis elegidos. No encuentra ecos, la llamada redentora. El envilecimiento ulcera de tal modo las conciencias que no es posible desarraigar sus asquerosos estigmas. Es verdad que esto es transitorio. Sólo son nubes negras que cubren el espacio; porque dios es invencible y jamás habrá de negar a la especie, energías y esperanzas. Pero os digo que es doloroso para dios, ver estos nudos innobles que ponen trabas a sus designios; estos goliorios en el dintel de la agonía, en que a veces, Satanás triunfa y domina, en la siniestra misión de ser una bestia impúdica dentro de la humana heredad. Yo me desesperaba. Me abismaban la cobardía, la ceguera y la torpeza de mis criaturas. Y a mi lado, Atul, se reia. Sí: se reía.

—¿Quisiste venir? Perfectamente. Bien venido seas. Así tienes tu obra y mi obra: tu fuerza y mi fuerza. Convengamos en que Atul es muy poderoso.

Yo debía reconocerlo. Era poderoso, Satanás. Y su po-

derío era grande.

—Es ésta —me decia Atul—, una época de orgia para mis legiones. ¿Las ves? Ahí están. Disciplinadas, fuertes, poderosas. Hacen un tráfico triunfal a través de los hombres. Ahí van, esos tremendos jinetes del apocalipsis. ¿Tiene algo que decirme?

Mudaba Atul el curso de sus optimistas y cínicas apreciaciones. Se tornaba sombrio e hiriente. Proseguía sus comentarios.

—Nadie, existe en este mundo más groseramente dócil y servil que el hombre. Se dice que es el perro el símbolo de la docilidad y del servilismo. ¡Quizás! El perro agacha. la cabeza, mueve la cola, y a veces, lame la mano injusta que acaba de castigarlo. Es infinito el número de hombres que van por debajo del nivel de los perros. Muchos hay, que no sólo lamen la mano delincuente, sino que, además, aplauden al opresor.

¿Pero acaso tenía razón, Atul? Yo guardaba silencio.

—En medio de esta gente —me agregaba—, Satanás puede sentirse completamente seguro. Te lo confieso: a veces me repugna oprimir a semejantes lacayos.

Yo me callaba. Me ardían las palabras de Atul. Me iba a mi cuarto. Al menos ahí, me sentía lejos de la miseria. Y si me cojía el abatimiento, la bella Osali, tenía buenas palabras para reconfortarme.

—Sigamos, —me decía—. Sigamos. Es nuestro deber. No cumple su misión el hombre que renuncia a la lucha.

Debo confesarlo: me sentía molesto y decepcionado en este mundo. Sólo la linda Osali, lograba retenerme. Por ella me resignaba a seguir portando la carga. Como nunca también, nuestro cariño. ¿Pero, por qué, hice yo dios, nunca también, nuestro cariño. ¿Pero, porqué, hice yo dios, tan pasajeras las cosas?....

## XXI

Y he aquí que la buena estrella de Atul empezaba a palidecer. Ahora lo notaba desabrido y pensativo. Se atrevia también a formular algunas quejas en contra de los hombres de mando.

-Pretenden arrebatarme mis riquezas y mis fábricas, -me dijo un dia.

-Creo, -le contesté-, que ya era tiempo. ¿O pretendes que la vida sea un triunfo continuado para ti?

Me miró de un modo extraño y con visible desconfian-

za.

—¿Te alarmas? —le dije—. No hay motivos. No seas orgulloso ni pretendas mover a dios en tu contra. No puede preocuparse, dios, de un miserable como tú. Sólo lo digo, porque así, le sucede a menudo a los hombres. Suben, triunfan, y a veces, caen.

Miró distraídamente a otro lado y a poco se desató en

bravatas.

—¿Yo caer? ¡No! Nunca jamás. Hay canallas que pretenden hundirme. Pero no han de conseguirlo. Formaré un partido; formando legiones; moveré ejércitos si se me antoja. Se levantará una inmensa llamaradas de odios. Y los aplastaré tal como se aplasta a las bestias. Yo no soy como tú. Mis legionarios tampoco son como las gentes de tu ralea. Cuando alguien nos perjudica, aunque sea de nuestro propio bando, nosotros lo atacamos. Y lo destruímos. Después se encarga la historia de allegar causas y de encontrar justificativos. Ya lo verás.

Yo nada podía replicarle: Me limitaba a bromear de buen grado. En realidad de verdad, se me hacía simpática e interesante la ridícula situación de Atul, que ahora, en-

traba en conflictos con sus propios legionarios.

—No faltaba más, —me decía—, que éstos desgraciados, pretendieran ahora, disputar y vencer a Satanás. ¡Bah! Seria interesante.

Muy bien. Pero pasaron algunos días, y yo, lejos de notar en Atul una reacción favorable, lo notaba más decaído y más triste. A mi juicio, eran muy grandes sus preocupaciones. Entretanto, trascendían algunos rumores a la inmensa multitud. Se hablaba de poca armonia y de poca cohesión en la casta dominante. Viviamos bajo un despotismo atroz y los hombres de mando, lo ejercian de un modo grosero y brutal. Eran tiránicos y también, ladrones. Nosotros sabiamos que sólo pretendian lucrar. Deducía yo ahora, por las inquietudes de Atul, que esa gente, después de oprimir al pueblo, empezaba a extender su garra sobre los poderosos. Veia a Atul, rudamente preocupado defendiendo sus intereses y según yo me lo imaginaba, eran hábiles y activas sus gestiones para eludir el golpe. Con todo, sus esperanzas no iban muy a tono con los resultados.

-Regaré el oro, -me decía-. Los aniquilaré. Ya lo verás.

Yo me reia. Esperaba. Y lejos de ver a mi amigo con

buenos ánimos, día a día, lo notaba peor.

Los reventaré, —me decia—. Haré así como el viajero que revienta al sapo que encuentra en su camino. ¿Pero has visto audacia semejante? Ahora me quieren arrebatar todas mis riquezas. ¿Concibes tú, tamaña injuria? ¡Es increíble!

—Sin embargo, —le contestaba yo—, no te ha parecido increible, oprimir a los humildes y comerciar con el hambre de los pueblos. Eso no es increible para tí. Entonces, ahora, soporta la tempestad. Si la resistes, bien. Pero si no la resistes, yo sólo diría como un buen creyente, que ha

caido sobre ti, un justo castigo del cielo.

 Para mi, una grezca conyugal, con su sabroso alcance de miseria y pequeñez, no iba más alto que aquellos graves problemas de Atul. Convenía por tanto, sentar plaza y observar, desde lejos, la contienda...... Ahora se bifurcaba la cuestión. De un lado se ponía Atul; del otro sus contrarios; en el medio se ubicaba un tribunal. Yo lamentaba la situación de los jueces; porque arbitrar un entredicho entre bestias poderosas y de recursos, no es una misión muy cómoda ni muy simpática. Pero en cuanto a los contendores, me eran iguales. Para mí, no había diferencia alguna. Era una simple pelea entre bestias de la misma especie. Y por lo mismo, me era interesante por su asqueroso significado. Esto provocaba en Atul, fastidio y vergüenza. Pero Atul era un cínico, y por ello, a menudo, también bromeaba.

—Ya lo verás, —me decía—. Haremos una lindísima comedia. Será interesante la tramoya. Y todo quedará entre nosotros. Pero los aplastaré. Los reventaré. Sí. Tal como a los sapos. Estoy habituado a estos enredos. Por siglos y más siglos, me he debatido en un tejido inmundo de odios, de malas pasiones, de atropellos y de abusos. Cómo entonces, no estimar seguro, el éxito? Es el colmo que un grupo de desgraciados pretenda disputar conmigo y vencerme.

Su optimismo no fué muy alto cuando la audacia de sus contrarios, logró cojerlo en la red, amagando todo su patrimonio. Se supo de cuantiosos juicios que comprendían todas las riquezas de Atul. De ser vencido, quedaría Atul en la miseria. Sería así como yo, que debía mendigar la caridad pública, cuando no encontraba a alguien que me proporcionase trabajo. Era de imaginarse al soberbio potentado en semejante situación.

Yo me reia.

- -Me mato, -me decía a veces.
- —Tengo toda la justicia de mi parte, —me agregaba en otras—. El derecho me asiste.

Con todo, yo le veía preocupado y con muy poca con-

fianza en ese su derecho y esa su justicia. ¡Ingenuo el pobre Atul!

—Ya veremos, —le decia yo,— hasta donde te sirven tu justicia y tu derecho.

Me miraba. Me insultaba. Se iba. Era evidente que su justicia y su derecho no le satisfacian, mucho..... Un día, sumamente nervioso, ya me lo confesó.

—Es el colmo, —me dijo—. Es increíble e insorportable. Debo fulminar a esos canallas. Debo arrojarlos del poder, así como se arroja lo inservible y lo inmundo. Están haciendo todo género de tropelías. En esta tierra ya no existe nada: ni ley, ni moral, ni jueces. Ya no hay nada. Es escandaloso.

—Es tu justicia, —le dije—. Es sólo tu justicia. En tanto pudiste manejarla a tu antojo, hubo para tí, ley, moral y jueces. Ahora que tu influjo decae y viene para tí la amenaza, ya no existe todo esto. Convendría saber, si aún, miradas las cosas en el plano miserable en que vives, tienes razón o no la tienes. Mira tú lo que es la justicia. ¿Qué podrían decir los que nunca la han tenido?

—No quiero divagaciones, —me contestó—. Sencillamente, ahora te necesito. Me es necesaria una alianza contigo. Para tí, también lo es. Necesito, por lo tanto, que vuelvas a la acción y movilices tu gente. A todos nos conviene: a tí, a mí; a todos. Debemos aventar a esos bandidos, a esos ladrones. ¿Pero acaso no ves lo que hacen?

—Hombre, —le contesté—, te desconozco. Cuando yo he pretendido revelarme, tu me has amenazado con la cárcel. Aún has tenido la insolencia de hacerme apresar. Y he aquí, que ahora, eres tú quien me induce a la rebelión. ¿Cómo se explica todo esto?

—Los tiempos cambian. Ahora se trata de derribar a un grupo de desvergonzados que merecen una abierta condenación.

—¡Bah! Es interesante. Sin embargo fuiste tú, quien los elevó al poder. Pero dime una cosa: ¿acaso no son los canallas, quienes por lo común dirigen a los pueblos? Tu

mismo lo has dicho: es la carroña inmunda la que exaltan los hombres para dirigir los destinos humanos. Por mi parte he comprobado que solo por excepción llegan al poder hombres honrados y dignos.

-Por favor, -me contestó-, no quiero explicaciones

ni estupideces. Dime ¿te atreves a secundame?

Declino el honor, —le contesté—. El amo, algo significa para la bestia; pero la carga, puede que le signifique más. Ni ellos, ni tú disminuirán la carga de la bestia. Porque el pueblo, tanto bajo tu dirección, como bajo la dirección de tus enemigos, seguirá en la condición de un esclavo.

Furioso Atul, se separó de mí sin despedirse siquiera. Aquel dia, era malo de verdad para él. Es el caso que yo no me explicaba el confuso y complejo entrevero en que ahora se debatía Atul. Desde que aquella horda asaltó el poder, eran los mismos hombres los que mandaban. Entre ellos, se destacaba, con la calidad de ministro omnipotente, ese "Cachorro" tan amigo de Atul. Nada me hacia sospechar una falta de armonía entre Atul y su protegido. Sin embargo, ahora Atul, volvia sus armas en contra del poder. Queria una intensa sublevación para arrojarlos del mando; para reventarlos tal como a los sapos, como él decía. Francamente, yo no entendía la mucha sabiduria de Atul para guiarse en aquel enredo. Pero yo lo notaba apremiado y nervioso. Por eso, ahora acudía a mi y pedía la cooperación de los humildes. ¡Claro! En casos de angustia, los poderosos siempre se acuerdan del pueblo. Atul, no podía ser una excepción. Por eso me pedía socorro. Me hablaba en nombre de muchos ideales y de grandes cosas: derecho, justicia social, libertad. Muy grandes cosas. Yo le dejaba hablar. Me reia. Pero me sentí alarmado, cuando Atul inició su campaña entre mis amigos. Procedía de un modo tal hábil, que muchos, ya estaban dispuestos a secundarlos. Yo me indigné y fui terminante.

-Las bestias, -les dije-, que se entiendan con las bestias. Allá ellos con sus problemas y con sus ardores. No

hay ninguna ventaja en mezclarse en una pelea de perros. Atul, se desesperaba. Me insultaba. Por momentos ya le veía con muchos ánimos de abofetearme. Y yo me reía.

Un día, como simples espectadores, asistimos a una fiesta. Concurrieron altos dignatarios y entre otros, el jefe del Estado. Era este personaje el blanco de las iras de Atul. Era éste, a quien Atul, quería pricipalmente, reventar como a un sapo. Le vimos pasar defendido por una doble fila de soldados. En verdad, ese hombre se resguardaba y digo que con justa razón. Y así pasó: orgulloso, magnífico, como un dios, en medio de la multitud. Atul al verlo, apenas si pudo contenerse. Temí que hiciera un desatino.

—Malvado, canalla, —vociferó por lo bajo, como si hablase con ese hombre—. Ahora pasas erguido y magnífico. Pero ya veremos lo que queda de tí en diez o veinte años más. Haré, más horrible que nunca una orgía de gusanos y de podredumbre en tu fosa. Y ya veremos entonces, a don-

de se relega tu grandeza.

Me divertía Atul, con sus arrebatos y con sus bravatas. Oprimido y amenazado el granuja, ahora, hasta persaba en la muerte. Con sádica intención se preparaba para hacer horrible el festín en la fosa de aquel pobre hombre. —Calla, —le dije yo—. No blasfemes. Deja que ese

—Calla, —le dije yo—. No blasfemes. Deja que ese pobre bicho tenga al menos, un pequeñístmo destello de grandeza. ¿A qué mezclar entonces a la muerte? Piensan los hombres, muy poco en ella, en tanto son triunfadores. Si pensaran más, seguramente, no serían tan imbéciles.

-Es cierto, -me contestó Atul, sombrio y de mal hu-

mor.

Pero hubo bonanza para las angustias de Atul. Un día, alegre y con la cara llena de risa, me dió la noticia.

-Me he salvado, -me dijo-. Es invencible esta suerte mía, Es superior a la maldad y al enredo. Me he salvado,

Muy bien. Yo sólo me limitaba a oirlo y a respetar sus entusiasmos.

—Ante la ley y ante el mundo, —me agregó—, he quedado en la ruina. He traspasado todo mi patrimonio y todavia he quedado con deuda. Pero eso es ante la ley y ante el mundo. En cambio no lo es para mi. Soy todavia, el poderoso que mueve y dispone de millones, aunque no sea de un modo directo. Y mi suerte y mi habilidad han sido tan grandes que seguramente sacaré beneficio con el nuevo acomodo.

-¿Como así? -le pregunté.

—Tú no lo comprenderías. Escrituras, ficciones, traspasos, engaños, mentiras, en suma, negocios. Necesitarias ser hombre de negocios para entenderlo. Un desgraciado como tú, no entiende estas cosas. Y he aquí que el caballero se ha puesto a salvo. En verdad, ese hombre que tengo allá arriba, ese "Cachorro" vale mucho. Es un hombre capaz de todo. Te lo juro: vale mucho.

Yo me reia. Claro. Yo también lo sabía: era capaz de todo ese hombre.

-Te felicito, -le dije-. Que sea duradero el éxito. Y no más.

—En todo caso, —me contestó—, estaré alerta. Se ha revuelto mucho todo esto. Debo resguardarme y necesito montar la máquina para derrivar a mís adversarios, si pretendieran insistir. Seguiré conspirando y organizando mís fuerzas.

## retraction in the resourcement of the section and tentification of the section of

Un día me apresaron. Me hizo aquello la impresión de haberse preparado una cacería, en la cual, la fiera era precisamente yo. Ni más ni menos: como si se tratase de una fiera, así me cazaron. Después he pensado en estas extrañas costumbres de los hombres y ello me ha movido a la

risa. Se me hace risible un detalle como éste en el cual, un hombre apresa a otro. Si se tratase de un hombre para con otro animal, me lo explicaría. Si se tratase de un animal para con otro inferior, de una águila por ejemplo para con una tórtola, también me lo explicaría. Pero tratándose de un hombre para con otro hombre, seres idénticos, de la misma especie, en el mismo grado de desarrollo y a menudo con un aprehensor inferior a un apresado, tiene el hecho otro alcance, que a mi, no me lo explico, me mueve a risa. En aquella oportunidad, no pude menos de convencerme: me cazaron en plena calle así como un ave de rapiña pudiera cazar a un pajarillo. Así fué. Y acto continuo me llevaron a un calabozo. Después me hicieron comparecer ante un señor que se dió la tarea y el lujo de interrogarme.

-- Qué ideas tienes tú? -- me preguntó.

Era tan insolente la pregunta, tan atrabiliaria que naturalmente hube de contestar de un modo recio y firme, tal como él lo usaba para mí.

-Yo no tengo ideas, -le contesté.

Algunas manos se tendieron hacia mi y me tomaron por el cuerpo; me apretaron; me zarandearon. Fué tan atrevida la invitación que no pude menos de corresponderla; sacudía los puños y repartí algunos bofetones. Rodaron por tierra dos o tres. Pero muchos manos se envilecieron para hacerse heróicas en mi indefensión. A mi vez, recibi muchos golpes y rodé también por tierra, sangrando de la boca y de la nariz. Me castigaban porque no tenía ideas. Pues entonces, para evitarme el castigo, hube de tenerlas.

-¡Sí! -grité-. ¡Sí tengo ideas!

Me pegaron de nuevo. Y así se dió para mí el caso paradógico de ser vejado con ideas y sin ideas. Me he dicho después que esto de las ideas, vale bien poco entre las bestias. Allá hube de conformarme y hube de soportar la tortura.

Me interrogaron. Eran curiosos y deseaban conocer mis ideas.

-Tengo ideas, -les dije-, de ustedes. Tengo ideas

respecto de mi mismo. Tengo ideas respecto de los demás. Se reían de las muchas ideas que yo tenía. Se mofaban. Me decían malas palabras.

-Acerca de ustedes-, les agregué-, me reservo la opinión. No vale la pena detenerse en ustedes.

Se indignaron. Dijeron que yo era un insolente. Me castigaron de nuevo. Entonces hube de decirles que eran valientes: tan valientes como las bestias. Tampoco me creyeron. Menos, les hizo gracia. Y por lo mismo, también me pegaron. Siguió la explicación.

—Tengo ideas respecto de mi persona, —les dije—. Creo que en cuanto a hombre, como soy, ante todo se me debe respetar. Por tanto no se me figura muy adecuado este heróico procedimiento que ahora se adopta para mí.

Fué aquello ofensivo y me pegaron de nuevo. Bueno. Se me había estropeado bastante. Y por lo mismo, me negué a seguir. Ya no dije una palabra más.

Me sometieron a tortura. Duró aquello, cuatro, cinco, diez dias. Deseaban hacerme confesar mi participación en un vasto complot, que según me lo dijeron, se estaría tramando. Serían algunos políticos, amigos de Atul, los presuntos revoltosos. Yo nada tenía que ver con esa gente. Yo sabía que continuaba activa la campaña de Atul para atraer a mi gente y alzarla en contra del poder. Pero yo me oponia a eso. No encontraba ventaja alguna en sublevar a una manada y derrivar a unos pastores para colocar en su sitio a otros de la misma especie. No obstante, aquellos policias, querían hacerme confesar mi participación. Para conseguirlo, me sometieron a tormento. Fué cruel y prolongada la tortura. Nunca tuviera en mi vida días tan largos como aquellos. No me alimentaban. Regaban agua en mi calabozo para que yo ni aún pudiera tenderme en el suelo. Me abofeteaban. Con las manos amarradas me ponían ante una muralla y alli me daban de bofetones. Rebotaba mi cabeza contra la muralla. Me colgaban de los pies y con cadenas me separaban las piernas. Yo chillaba de dolor. Apretaba los dientes para acumular todas mis resistencias. Cerraba

los ojos. Si. Pero a veces, tendiéndome así colgado, me sumergían la cabeza en depósitos de agua sucia. En realidad de verdad os digo, fué muy variada mi tortura..... En momentos de descanso, cuando amarradas las manos con cadenas, me quedaba solo en mi calabozo, yo me daba a pensar en aquellas cosas tan raras que me estaban sucediendo. Y se me hacía sarcástica la conclusión: en realidad de verdad, son valientes los hombres. Antes, Atul, ya me lo había dicho: "Las bestias más feroces, no lograrian superarlos". ¿Era verdad, entonces, aquello que me dijera Atul? Yo era sincero. Alli en aquel calabozo lo reconocía: Atul era muy sabio y tenía razón. Un tigre, una hiena o cualquier animal feroz, puede ser estrafalario y puede matar. Pero se me antoja que no desciende a la repugnante bajeza de someter a tortura a sus víctimas. Lo digo convencido: son valientes los hombres..... Miraba a veces a mis verdugos. Me daba lástima por ellos y también por mí. ¡Como pude yo dios, crear semejante canallas! Es cierto. Sí: es cierto. Y Atul tiene razón y es un sabio: las cosas no van muy bien en esta tierra.

Hube de conocer a mi rival: ese que pretendía a Osalí v a quien, su familia, queria venderla. Era uno de los jefes superiores de la mazmorra. ¿Entonces, cabía dudarlo? Nó: era seguro. Se dió la molestia de preocuparse de mi para desahogar sus nobles apetitos. Me interrogó varias veces. Fueron muy hábiles sus interrogatorios: me clavaban aguias debajo de las uñas: me apretaban las manos en las junturas de las puertas; me clavaban agujas ardiendo en las pupilas; me introducian fierros calientes en los oidos; ensayaron también agujas en partes íntimas y delicadas de mi cuerpo. Yo lo juro: era muy bueno aquel hombre. Un día su bondad tuvo un acrecentamiento extraordinario. Osali al conocer o sospechar las hazañas que se hacian conmigo, se indignó. Y en su propia oficina le dió un bofetón en la cara. Enseguida, le disparó también un tintero al rostro. No se atrevió a proceder en contra de ella. Pero en cambio procedió en mi contra. Ese día se extremaron

para mí los rigores hasta le punto de perder yo el conocimiento. Después, al cabo de una semana, quiso hablar a solas conmigo. Encadenado me hizo llevar a su presencia.

—Tú conoces a Osalí, —me dijo—. Tú, también la pretendes. Ella ronda por aquí y llora por verte. Hasta me ha faltado el respeto por tu causa. ¿Sabes tú que ella es mi novia?

Yo sabía que la pobre Osalí sufría horriblemente por mi prisión. Logró corromper a unos guardias y obtuvo que a escondidas, me alimentasen. Corrió de uno a otro lado, solicitando el apoyo de algunos poderosos para obtener mi libertad. En mi prisión, recibi papeles suyos. Prometía prepararme la fuga. Por tanto, no pude menos de contestar de un modo digno a la grosera alusión del policía.

—Diga, —le pregunté—, ¿le han mandado también, a usted, investigar estas cosas?

Se enfureció. Me amenazó. Me dijo que me mandaría a una isla muy distante de allí; que ya no vería más a Osali. Revocó su opinión y me dijo que me mataría a mí y y que la mataría también a ella. Yo le miraba de un modo irónico. Pausadamente se lo dije.

—Puede usted hacerlo. Y créamelo, tengo la convicción de que lo hará. Pero lo que usted no conseguirá nunca, será lo otro.

-¿Qué cosa? -me gritó.

—Lo otro: eso que usted sabe tanto como yo. Si muero, es probable que Osalí muera también. Pero tener ella, nor usted, el mismo sentimiento que tiene para mí, eso, no lo conseguirá usted jamás. Se necesitaría ser dios, para conseguirlo.

Se hizo formidable su enfado. Se levantó para abofetearme. Yo perdí la paciencia y apelé a todas mis energías para repeler el ataque. Estábamos solos. La puerta de su despacho comunicaba con la calle. Nadie había allí; o por lo menos yo no veía a nadie. Yo era fuerte. El ansia se me hizo incontenible y obré. Por eso, cuando se me abalanzó, como una fiera, para abofetearme, yo, de un recio sacudón. rompi mis cadenas. Me bastó un sólo puñetazo para largarlo, perdido el conocimiento y roja la cara en sangre, debajo de su escritorio. Como una flecha me abalancé hacia la puerta. Tres o cuatro guardias que pretendieron detenerme, también rodaron por el suelo. Huí por la calle. Sentí un disparo. Y otro. Y otro. Algunas balas pasaron silbando cerca de mi cabeza. Una me alcanzó en un brazo. Pero logré huir y no me apresaron. Y en tan peligrosa huida, yo no sé, si el hombre fué un audaz y un temerario con suerte; o si dios quiso proteger al pobre Atel que huía.

Hube de ocultarme. Se movilizó un regimiento de esbirros para cojerme. Osalí también se ocultó. Fuí audaz y sin apelar a recursos extremos, al cabo de un mes, salí de nuevo a la calle. Me creció la barba. Fuí un desharrapado: un mendigo cualquiera. Y mi vida, siguió su curso.

### XXIII

Lo supe y en el acto fui a verlo: Atul estaba preso. Llegué a su celda y lo encontré abatido y silencioso. Demoró algún rato en contestarme.

—Sí, —me dijo—. Me han derribado. Y ha sido dura v triste mi caida. Mas aún: ha sido vergonzosa.

-¿Por qué? -le pregunté.

—Es preferible callar, —me contestó—. Sólo ha sucedido ésto: un hombre sedujo a mi mujer. Enseguida me arrebató todas mis riquezas. Como si todo esto fuera poco, después, me ha mandado a esta cárcel. Eso es todo.

Notaba muy decaído a Atul para hacerlo el blanco de mis sátiras. Me habría gustado conocer su opinión acerca de la linda cosa que le estaba sucediendo. Pero lo digo de nuevo: lo notaba muy decaído para mostrarme cruel y ensañarme con él.

Ese sirvergüenza, -me agregó-, me lo debe todo.

Era un vagabundo como tú; con la sola diferencia de llevar un traje de mejor calidad. Lo acogí en mi casa. Lo alimenté. Le presté mi apoyo. Le di riquezas. Por mi concurso y porque vo lo quise, asaltó el poder y llegó a ser poderoso. Sin embargo no tuvo escrúpulos para seducir a mi mujer. Ouizás desde cuánto tiempo atrás y a mis espaldas, se han entregado, esos miserables, a sus licencias. Me han hundido en el ridiculo y en el fango. Yo no sé quien es más culpable: si la prostituta aquélla, o el bandido ese, con efigie de caballero. Pudo detenerse su felonía en la negra traición que derramaba la inmundicie y el escándalo en mi hogar. Pero no les fué bastante. Ambos se coludieron con mis enemigos para arrebatarme todas mis riquezas. Y lo consiguieron. Después, recurriendo a medios que mismo de buena fe, les diera, me han arrojado a esta cárcel. Cuando las puertas del calabozo ya se abrian para mi, con un cinismo satánico, han hecho público su adulterio. ¿Qué te parece? Estos son los seres humanos. Estos son los bichos creados por ti.

Yo noté que a Atul se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Crei, —me dijo al cabo de un rato—, que para Satanás serian indiferentes las más atroces canalladas y las más negras felonías. Pero por desgracia estaba equivocado. En este mundo hay gente más refinada que el propio Satanás.

Yo me callaba. Le miraba y por momentos me inspiraba lástima el pobre Atul.

—Ahora, —me dijo—, sólo deseo matar: derramar sangre. Quiero creer que iba equivocado en mi ubicación entre los hombres. Por momentos, necesita Satanás, ser un bandido para empuñar el cetro del mal. Quiero seguir entonces mi destino. Saldré de aquí. Y una vez fuera, ya veremos si me es posible la venganza. Sobre una roja masa de odios, eso de vengarse, es también propio de Satanás.

#### XXIV

Me dejé seducir por las vehementes requisiciones de Atul..... Desde que salió de la cárcel, ya no me dejó tranquilo y se me hizo majadero para invitarme y arrastrarme a la rebelión. Atul, salió de la cárcel dispuesto a vengarse. Por lo mismo, ante todo, le interesaba la venganza.

—Si es necesario, —me decia—, remover los cielos y la tierra, lo haré. Pero he de vengarme. No se puede, así de

un modo tan burdo, hacer una mofa a Satanás.

Para conseguir sus objetivos, Atul me incitaba a mí, pretendiendo mi apoyo. Y se me hacía tenaz y ladino para inducirme. El grueso de sus argumentaciones, rodaba en to-no de lo que me había ocurrido, en la prisión. Aquello era monstruoso, inconcebible. Rayaba en los límites extremos de la brutalidad.

—He aquí —me decía—, que cualquier día, a uno lo toman preso. Y lo apalean en las carceles. Y lo someten a tortura. ¿Es posible? ¡Nó! Francamente, es el colmo. ¿No te parece? Hay que aniquilar a esos malvados. Son bestias feroces que nada entienden de derecho ni de justicia. A modo de brutos inconscientes, pisotean la libertad y las garantías individuales: las conquistas más caras de la civilización.

Yo me reía. ¡Ingenuo el pobre Atul! Me hablaba de justicia, de derecho: de las conquistas de la civilización. Sin embargo, eran tan grandes las conquistas de la civilización, tan estupendas, que la gente se moría de hambre por las calles, a la vez que se destruían los productos para regular los precios. También, a título de justicia y de derecho, se apaleaba a los hambrientos que clamaban de hambre. Para Atul, como se comprende, los motivos de la rebelión eran, la venganza y sus desesperadas tentativas para recuperar sus riquezas. Pero confieso que lentamente se me hacía simpática la idea de la alianza y de la rebelión. ¿Por qué? Algo confuso me inducía a ello. Desde luego, era gro-

sera e hiriente la insolente tirania de aquellos hombres. Yo lo sé. Estas tiranías son exacerbaciones momentáneas de la brutalidad: son verdaderas enfermedades en la vida de los pueblos. Por lo mismo, son pasajeras. Por razones sencillísimas se derrumban. Y a veces, en defensa de la dignidad humana, es un deber del hombre derribarlas...... Enseguida, observando atentamente la cuestión, notaba que era propicio el momento para proceder. Creía que estaba muy próxima la hora de ia ira y del castigo. Para todos: para esos canallas que mandaban; como para Atul y sus secuaces..... Después, algunas preocupaciones de índole familiar, me inducían también a la aventura. Y por último, ya me aburría esa larga pasividad de la espera. Digo entonces que me era simpática la idea de la alianza y de la rebelión. Pero con todo, me resistía.

—Si me fuera posible, —le decía yo a Atul—, largar el rayo en contra de ellos y en contra tuya, no te quepa la menor duda: lo haría. Pero una alianza contigo en estas condiciones, sólo me significaría desangrar mis cuadros para darte la victoria. No quiero ser cruel ni tonto.

Se deshacia, Atul en explicaciones. Hacía derroche de labia y de sabiduría. Mis amigos, por su lado, me presionaban. Todos querían la alianza y la revuelta. Abrumado, bloqueado, hube de ceder.

—Lo haremos, —le dije—. Lo haremos: tú y yo. Y triunfaremos. Pero apenas obtenida la victoria, lo probable, es que se produzca el rompimiento entre nosotros. Bien sabes que nos es dificil proceder de acuerdo. Si te sientes dispuesto a pagar, esta alianza con tu vida, vamos a la rebelión.

No le fué simpática la idea. Se resistió por muchos días. Pero su espíritu de venganza era muy fuerte. Entonces, obsecado por sus apetitos y juzgándose, tal vez, bastante sabio y con suficientes recursos para eludir sus futuras angustias, accedió. Juntos prepararíamos una revolución. Pero una vez vencedores, cada cual buscaría su acomodo.

Lenta y discretamente empezamos a mover nuestras merzas. Yo trabajaba ordenando y disponiendo a mis hombres; mis amigos, afanosamente, me secundaban. Atul, por al lado, trabajaba ordenando sus legiones. Me era ridicula, a veces, esta alianza absurda de las dos potencias que juzga antagónicas en este mundo, en contra de un grupo de hombres. Dios y Satanás se coaligaban en contra de unos tiranos. Era interesante. Pero sigo. Eramos leales. Y lealmente nos ayudábamos y ordenábamos nuestras fuerzas. Y agregó que procediamos con suma habilidad. Por todas partes se repartian nuestros emisarios. Algunos fueron torpes y los sorprendió la policía. Y algo supieron de la dulzura policial. Porque la verdad sea dicha, se estremaban los rigores para nosotros. Ocurria un fenómeno repetido tantas veces en este mundo: una tiranía injusta e inconveniente no puede sino acudir a la violencia y a la brufalidad para dar una falsa manifestación de su poderio. Aquellos tiranos vivían como sobre ascuas. Se me imagina que veían visiones a cada momento. Y por eso, eran brutales sus represiones. Pero nosotros éramos tenaces. Lentamente subía la marea y se estrechaba el circulo. Ya no se nos escaparían. Yo ponía tino y audacia en mis proyectos. Y Atul, por su lado, hacía lo propio. Hombre de influjo y crédito, a la vez que de gran ascendiente político y social, pese a su reciente caída, no le fué difícil conseguir dinero y arrastrar a muchos adeptos. Corrieron los tesoros preparando la liberación. Esos tiranos se habían hecho tan antipáticos, que no nos fué difícil contar por miles a los adherentes. Se desarrollaba, pues, en buenas condiciones nuestra cruzada, aún mediando la persecusión y muchas pequeñas dificultades y fracasos.

Había entre nuestros enemigos, algunos sujetos peligrosos para nosotros, entre ellos, mi rival: aquél que pretendia a Osali. Era cruel y feroz ese hombre; tanto que nunca viera yo, en el mundo, otro igual. Nos hacía mucho daño. Emisario nuestro que caía en sus manos, seguramente era sometido a la tortura. Excuso decir que yo me

resguardaba mucho para no caer en poder de semejante bestezuela. Me cansaron al fin sus hazañas y ya resolvi eliminarlo. Le apliqué aquel grotesco procedimiento que antes, usara para Atul, allá en la fábrica. Me bastaron muy pocos legionarios para dar el certero zarpazo. Misteriosamente, como si se hubiere disuelto en el aire, ese hombre desapareció. Dijeron de un asalto, de noche, en una calle. Y no más. Se movilizó un ejército para buscarlo. Y no lo encontraron. Yo se lo entregué a Atul para que él, bajo su responsabilidad y a su arbitrio, lo juzgase a su modo. Y Atul lo juzgó a su manera. En aquéllos días, Atul, cuidadosamente y sin decirmelo, preparaba el tormento que deseaba aplicar, en momento oportuno, a su rival: ese malhadado "Cachorro". Y como Atul es un sabio, ponía toda su sabiduria y toda su maldad de demonio en la preparación de la tortura. Por anticipado, y a modo de ensayo, juzgo del caso de experimentar con el prisionero que vo le entregué. Según me lo dijo enseguida, antes de sacrificarlo hizo con él muchos experimentos, pero muchos, hasta' el punto de agotar su imaginación en la búsqueda de torturas. Para rematarlo, lo puso dentro de una prensa automática, que juntaba sus plataformas a razón de un milimetro, por cada cinco minutos. Dos días después, retiraron el cuerpo de aquel hombre con sus huesos triturados y sus carnes comprimidas de tal modo, que al decir de Atul, era acuéllo, una oblea humana. Enseguida hizo quemar sus restos. Era muy cruel Atul. Demonio al fin, el granuja.

Caído aquel hombre, la policía, ya no extremó tanto

sus rigores para nosotros.

Llegábamos al término de la jornada. En la sombra habíamos preparado un vasto complot para derribar a los tiranos. Contábamos con algunos miles de hombres, disciplinados y resueltos, dispuestos al asalto y a la refriega. Disponismos de gran cantidad de armamentos. Muchos cuerpos armados secundarian nuestra acción. Teníamos a

todo el pueblo de nuestra parte. Entonces, era prudente proceder. A última hora, por dificultades surgidas entre Atul y yo, estuvo a punto de frustrarse la rebelión. Exigi de Atul que los nuevos gobernantes fueran designados por mi. Se negó rotundamente a ello. Pero la situación era delicada. Yo disponía de fuerzas suficientes para aniquilar a los tiranos y también para aniquilar al mismo Atul. Más aún: el caudillo inconfundible de la revuelta, era de mi bando. Por rara coincidencia ahora surgía el hombre que antes me faltase para dirigir al pueblo. Hombre enérgico, joven y talentoso, desde un principio se destacó como el caudillo indicado para dirigir y hacer triunfar esa revolución. Era ese hombre el que arrastraba el caudal. Entonces yo no podía entrar en transacciones con Atul. Y por eso fei terminante.

—Ha llegado el momento, —le dije—, de desidir la cuestión por dos palabras. Va no caben las discusiones. Se trata sólo de decir si o nó. Si te niegas vendrá el rompimiento inmediato y tu insolencia la pagarás muy cara.

Atul no pudo menos de comprenderlo y accedió. Primero le interesaba su venganza. Después y a su juicio, le sería fácil safarse del angustioso trance a que le arrastrara su alianza conmigo. Son tan grandes los vaivenes de la política que para un sabio como Atul no era dificil, introducir la confusión y eliminar a los mios del poder. Por eso después de algunas vacilaciones accedió. Pero al iniciarse el movimiento se apresaría a su rival y se le entregaría. No me lo dijo, pero yo después lo supe. Cariñosamente deseaba Atul, llevar al pobre "Cachorro" a esa prensa terrible; por supuesto, después de hacer algunos experimentos con el pobre hombre. Lo mismo pretendió para con su mujer. Pero yo me opuse y me negué a toda violencia para con ella.

Digo que fui talentoso para preparar la jornada. En pocas ocasiones le fuera dable a un caudillo disponer de fuerzas más disciplinadas y más eficientes. Es cierto. Pero ocurrió que en tanto yo tramaba esa rebelión para derrivar y aniquilar a unos canallas, el destino a su turno, trama-

ba en torno mío una fuerte madeja para cojerme y hacerme rodar. Vine a este mundo a gustar vida humana. Me sometí por entero a la enigmática trayectoria de un hombre que hace su vida. Muy bien. Pero ya lo sabemos: el minuto que viene no nos pertenece. Atel no pudo participar en aquella revuelta preparada por él, en contra de unos hombres.

# XXV

Tiene el destino reservas inauditas de crueldad. Yo lo comprendo: dios creador no puede disponer las cosas de otro modo. Dios no puede hacer del mundo un veleidoso mecanismo sujeto a la veleidosa necesidad de cada ser. Sí. Pero en el hombre que es Atel, se suman los dolores y los egoísmos. Y ese hombre no puede contener la maldición. Hombre como todos, sin una prerrogativa, se hizo también para Atel, el zarpazo invisible y el brusco vaiven de la suerte mudable. He caído y aquí estoy. He de ser como la espiga que se inclina y cae y desaparece en la tremenda vaguedad del anónimo: un humilde detalle que brilla y se apaga. ¿Acaso clamo al cielo? ¿Y qué obtendría si lo hiciera? Nó: yo no clamo al cielo. Ni la plegaria torpe ni la maldición inútil me son bastantes. Ahora me basta apegarme a la tierra para hundirme en ella y entregarme al más horrendo de los desamparos.

Fué breve y fatal mi caída. Lo fué, como lo es muy a menudo para los hombres...... A la vuelta de los tiempos, yo dios, he de reducirlo todo, a la ruina y al silencio. Por millones he de apretar entre mis garras bestiales a los seres, para aniquilarlos en la angustia horrible de la agonia. Intemporal y eterno en mis actividades y en mi poderio sin límites, los siglos para mí, son nada y se hacen nada. Apenas si todo un ciclo vital es un ínfimo detalle dentro del desarrollo de la inmensa creación. Yo dios he de reducir a polvo, a tierra, y a silencio, la ingeniosa arquitectura de

este mundo. Todo ha de hundirse en el desamparo y en la sombra. ¿Entónces, quien era Atel, para eludir los designios de dios? ¿Quién era ese hombre para poner una traba al sabio y gigantesco mecanismo de lo creado? La bestia pequeña y errante no puede ser insolente ni soberbia. Debe doblegarse ante el sino fatal...... Me cogió el torbellino; me desarraigó de la senda; me aventó en medio de sus ráfagas diabólicas, para largarme después, de cara, al polvo. Fué breve y fatal mi ocaso......

Osali estaba embarazada. Jamás nunca para ella, la elegida de mi corazón, se eludieran los divinos designios. Empezaba a segregarse una parte de su vida y de mi vida, para transformarse en una rama fecunda y abrir paso a otra vida. Ante el prodigio que ya se agitaba en sus entrañas, ella y yo, nos abismábamos de ansiedad. Era un hijo nuestro ese que se iniciaba en el camino...... A veces, soñábamos. En la blancura de nuestra ilusión, se hacía fantástico el destino para ese ser pequeñito que se tejía en sus entrañas. Cogeríamos todas las bellezas de la tierra, todas las perfecciones y grandezas del universo, para plasmarlas en esa hilachita divina, que venía. Tratábamos de imaginarnos el cariño que sentiríamos por él, cuando aflorase a este mundo. Nos hacíamos proyectos para hacerle fácil y buena la vida. Eramos pobres y humildes; pero haríamos prodigios por cumplir nuestro deber y dejarlo, defendido y fuerte en el camino de este mundo. Y nos decíamos que corrido el tiempo, cuando la muerte nos borrase de la tierra, él nos continuaría, como el tramo necesario, en el telido interminable, de las generaciones. Y sería una ebra de luz, bella, divina, más perfecta que nosotros, destinada a llevar nuestra sangre, por-infinitos caminos, a través de los liempos y en ruta de un maravilloso retoñar. Antes de nacer, ya amábamos a nuestro hijo; se nos imaginaba que lodo sacrificio por él, sería siempre pequeño. Ese prodigio

que venía, allegó uno de los motivos, por los cuales yo me dejé seducir por Atul hasta el punto de mezclarme en aquella peligrosa empresa. Soñábamos. Queríamos dejar a nuestro hijo en un medio más humano y mejor para que allí floreciera su vida y diera sus riquísimos frutos.

Repito: Osalí estaba embarazada.

Nos aproximábamos al desenlace. Tocaba a su término la preparación de aquella revuelta. Ahora nuestros afanes eran agudos e inquietantes. Yo apenas si dormía, preparando la rebelión. Tenía el control sobre miles de hombres y era muy grande mi responsabilidad. Osalí me secundaba y era uno de los personajes más activos de que

disponiamos. Sólo cumplia con su deber.

En aquellos días, hacía crisis también, en el hogar de Osalí, la beligerencia entre ella y su familia, a propósito de nuestros amores. Como Osalí mostrara muy poco interés, por el desaparecimiento de ese hombre, se la presionaba y la perseguía. Por fortuna ya veíamos próxima la liberación. La pequeña tragedia doméstica, aunque muy molesta, no entrababa nuestra obra. Estallaría aquel movimiento. Dominaríamos. Haríamos nuestra labor y en silencio nos retiraríamos. Nos instalaríamos en cualquier parte y ya no nos separaríamos jamás. Y en el perpetuo vaivén de sus cambios, la vida sería mejor para nosotros. Por eso, soportábamos sin mayores incomodidades la intriga familiar. Optimistas y confiados, sólo nos preocupábamos del futuro.

Y de repente, empezó a tejerse la madeja maldita que nos hundió..... Fué sencillísima la trama; tan sencilla como aquella del camino y de las puñaladas. Una tarde, Osalí, se fué del hospital, para no regresar sino al día siguiente. Pero entrada la noche y en circunstancias que pasaba por allí, ocasionalmente, entró a buscar unos papeles. En esos instantes llegaba al hospital una enferma que traían de unos caserones en donde se daba alojamento a

los mendigos y a los hambrientos. A juicio de los hombres de ciencia, se trataba de un caso peligroso que requería una atención especial. Se aisló inmediatamente a la enferma. En los primeros momentos, Osali, bondadosa y abnegada con los desgraciados, la cuidó. Lo hizo sólo por algunos minutos. Pero eso fué bastante. Junto a la paciente la picó un parásito y le transmitió la enfermedad...... Vo debia abismarme enseguida, pensando en el tejido de causas que se coaligaron para coger a mi linda compañera. Me dije que las fuerzas todas del universo se juntaron para producir los tremendos resultados. Tan vulgar; tan sencillo, todo aquello. Sí. Pero no faltó un detalle, ni el más mínimo detalle. Todo fué preciso, matemático, fatal. Dios entero, con su tremenda sabiduria, hubo de tramar atentamente la tragedia. A eso los hombres le llaman, destino..... Días después, Osali caia enferma. Se ponia mal. Gravisima. Deliraba.

La familia a su turno descubrió nuestro secreto: la niña estaba embarazada y debía ser madre a breve plazo. Fermentaron entonces, las más bajas pasiones; se recargó el alma de aquellos canallas de bestiales apetitos. Para ellos fué un crimen, nuestro portentoso cariño. Resolvieron sacrificarnos; sobre todo sacrificarme a mí. Prepararon un innoble emboscada. Y yo, ciego, ajeno a tan miserables proyectos, hube de caer.

### XXVI

Atardecía..... Yo me sentía nervioso y preocupado..... En las honduras del subconsciente algo me desasosegaba.

Antes de apuntar el alba estallaría la revuelta. La lucha sería ardua y tenaz. Muchos morirían. Yo mismo podría morir. Pero era necesario templar el espíritu y ser valiente. Confieso que la muerte me preocupaba poco. Me preocupaba mucho más, el éxito de la rebelión. Yo conocía en detalle todo el programa de la revuelta. Más aún: desde un sitio indicado yo debia controlar y coordinar el movimiento de muchas tropas. La dirección de ataque no me inspiraba mayores cuidados. Pero se me hacía doloroso pensar en el tremendo ajuste que venía. Cavilaba. En las újtimas horas de la tarde me dejaron sólo en mi refugio. Ante unos planos, yo me curbaba para estudiar los diversos movimientos de las fuerzas. Pero no conseguia reconcentrarme. Como un circulo dantesco me circulaban por la cabeza los horrores del drama que venía. Cañones, fusiles, ametralladoras, aviones, gases mortiferos; muchos millares de hombres mezclados en una reverta negra donde palpitarian los odios, las violencias, los horrores, tal vez crueldades horribles; también la sangre y la muerte. ¿Es posible que los hombres sean asi? ¿Es necesario que desciendan al nivel de las bestias, para obtener con sangre y con dolor, un poquito de justicia y de felicidad en este mundo? Cavilaba. Por momentos se me hacia repugnante y horrible ese cúmulo de brutalidades y de violencias que se volcaria sobre la tierra..... Y de repente, la bella y querida silueta de Osali, me pasaba por la cabeza. Yo lo sabia: ella estaba enferma. Y este era un motivo bastante para inquietarme, aunque ni remotamente pensara yo en su muerte. Pero estaba enferma y en la angustiosa situación del momento, eso me apretaba el corazón.

De repente alguien golpeó a mi puerta. Sobresaltado abri. Me traían un mensaje escrito de Osalí. Ella me pedia que yo fuese a su lado...... Vacilé un instante. Se me hacía sospechosa la invitación. Nunca había entrado yo a su casa. Debo reconocer que en la vida de cada hombre hay minutos descisivos de vacilación, de ceguera o de duda que pueden ser fatales. Examiné el papel. Esa era su letra. O por lo menos estaba tan bien imitada que yo no podía dudar. Vacilé, me confundí y en algunos segundos un cúmulo de consideraciones me cruzaron por la mente. Estábamos próximos a la rebelión. Ella me llamaba sólo por un instante. Su amor de mujer debía resentirse ante la tremenda alternativa que se aproximaba. Aquella empresa podía serme fatal y yo podría morir. Todavía ella, estaba en-

ferma y yo sólo tenía noticias vagas sobre su estado. Sólo un instante. Nada más que un instante antes de separarnos. Abandoné mi escondrijo y concurrí a la cita.

Preocupado y nervioso llegué a su casa. Me habían dicho que estaba sola y que la vería al instante. Cándidamente, estúpidamente, caí en la celada. Me hicieron esperar en una pieza y al minuto, llegaron allí, sus hermanos, acompañados de otros hombres. Comprendí la gravedad de mi imprudencia y mi alarma no fué poca. Por desgracia, para mí, ya era tarde. Me arrebataron las armas que yo llevaba conmigo. Me cogieron. Fué inúfil que yo hiciera prodigios de fuerza para libertarme. Mis fuerzas hérculeas, probadas tantas veces y orgullo mío como calidad varonil, nada pudieron en contra de semejantes canallas. Fué feroz la lucha y se rompieron muchos muebles. Consegui derribar a puñetazos a dos o tres. Pero a su vez me derribaron. Me amarraron de manos y pies: me amordazaron. Después, me mutilaron: me castraron. Regó mi sangre el piso de aquella pieza. Fué horrible y desesperante mi dolor. Me mutilaron. Y desde ese momento ya no fui hom-bre. En un minuto, se me relegaba a la categoría del pobre buev de labranza.

Se cumplió la profecia de Atul: "Ya se mezclarán los hombres y eso te será peor todavía".

Aquellos miserables, me arrojaron después a la calle. Según me lo dijeron, aquella noche, se me encontró desangrandome y perdido el conocimiento, lejos de allí, en un sitio desocupado.

Cuando en un hospital, recuperé el uso de la razón, rugía en las calles, la revuelta. Clarisimo me llegaba a los oídos el tremendo rumor de los disparos. Rugían los avio-

nes sobre la ciudad. Por instantes se hacían intensas, las fatídicas descargas de las ametralladoras. Y sentía también el fuerte estampido de los cañones.

Osalí no sobrevivió a nuestra desgracia: murió en esos días. Fueron bastante malvados para decirle lo que habían hecho conmigo. Le dijeron también, que yo había muerto. Ella, entonces, sumando una tragedia a otra tragedia, sin una vacilación, quiso seguirme. Tomó veneno y se mató.

Me dijeron que su muerte fué tranquila y resignada. Ni una protesta, ni una vacilación, ni una queja, ni una falla. Con un heroísmo salvaje se hundió serenamente en la muerte, dejando atrás, sólo una despectiva sonrisa por el mundo, por los hombres: por la vida.

Aquel frailecito de mi círculo, noble y leal, que la conocía, a la par que conocía nuestra historia, tomó sus restos y les dió piadosa sepultura. Antes, le rindió un purisimo homenaje de veneración y de cariño. Con lágrimas en
los ojos, invocando al Dios de sus creencias, dijo una misa
en su homenaje y regó purisimas gotas de agua bendita
sobre su ataud. Se me llenaron los ojos de lágrimas, cuando supe el rasgo de aquel hombre: ese frailecito de buen
corazón.

Yo tomé conocimiento de la muerte de Osalí cuando ella ya estaba sepultada.

## XXVII

Tocaba a su término mi trayectoria por este mundo. Un cansancio atroz me aniquilaba. Ya se me hacía horrible la carga por su peso. Sentía la íntima necesidad de renunciar a ella, porque una indomable repugnancia, me ponía en pugna conmigo mismo.

Esclavizado en aquella cama de hospital, me era torturante el paso del tiempo. Un segundo se sumaba a otro

segundo; un minuto a otro minuto; una hora a otra hora. Se me hacía horriblemente fastidiosa aquella lluvia de segundos que caían sobre mi vida. En lo íntimo de mi concencia, yo sentía el martilleo del tiempo. Y sólo sentirlo, mo desesperaba.

Apenas si podía moverme. Las crueles heridas de la mutilación, me inmovilizaban. El menor movimiento me causaba agudos dolores, a modo de finísimas puñaladas. Constantemente sentía allí en mis heridas el martilleo de las arterias...... Pero no estaba en aquellas heridas la causa de mi abatimiento. Los pasajeros trastornos de la carne, no pueden vencer a un hombre. Yo tenía capacidad bastante para sobreponerme a mis dolores. Era más honda, más tenaz, más humana mi decadencia.

-¿Por qué vine a este mundo? -me decía a veces-. ¿Por qué vine?

La protesta se me hacía dolorosa y amarga. Cuantos desgraciados habrá como yo, que aprieten los puños y los dirijan a la altura para formular la misma queja; para interrogar al dios invisible e inalcanzable y reprocharle sus crueldades y sus zarpazos, como también, para decirle: "¡Por qué; pero por qué me creáste!"..... Yo comprendo el sentido de mi vida; comprendo asimismo, su capacidad y su significación. Este mundo debe ser el escenario monstruoso de una tragedia colosal. Cada vida debe ser una mezcla inverosímil de absurdos, de sorpresas, de triunfos, de pasajeros apegos y también de dolores y de caídas. Yo comprendo todo esto. Y me digo que las cosas no pueden ordenarse de otro modo. Pero más allá de la fría razón, hay algo que repugna a mi sensibilidad y a mi egoismo; algo que echa sombras en mi conciencia has a plagarla de negrura. ¿Acaso el hombre a quien dios rroja al mundo y oprime entre sus garras, a quien le da sin abores y a quien hace caer en desgracia, no tiene dereche para alzarse ante el monstruo impasible e inalcanzable, y maldecirlo y enrostrarle sus brutales procedimientos? Anclado a esa cama de hospital, lecho de dolor y de miseria, a veces se me rodaban las lágrimas. Pero digo yo: ¿qué sig-

nifican los dolores y las congojas de un hombre? ¿Qué le significan a dios las lágrimas, los lamentos y las maldiciones. cuando en la formidable tragedia de la creación, el monstruo omnipotente hace vida y las deshace, tal como pone la risa junto a las lágrimas?..... Se mudaba el curso de mis pensamientos. Pensaba en lo que me había sucedido y en los accidentes que me siguieran en este mundo. Manos de hombres me habían profanado hasta mutilarme. Veneno de hombre se había regado en mi vida para aniquilarla v verter sobre ella el hastio y la decepción. Manos malditas me habían arrebatado la gala de mi vivir, el apovo necesario y el motivo bastante para sobrellevar la carga: me habían muerto a Osalí, el ancla que me sujetaba a la vida, Y desde allá, desde la cuna y a lo largo de todo el camino, el látigo, la opresión y la maldad, me habían sido inseparables. Las hordas degeneradas de Atul, habían transformado mi vida en un larguísimo martirio. Porque yo dios puse desigualdades v maldad entre los hombres v puse mala levadura para forjarlos. El mismo Atul, monarca del averno, se había resentido de asco y de indignación. Salió a la calle moviendo armas y legiones para castigar a los hombres; porque los hombres eran malos, más malos y más perversos que él mismo: Satanás. Y Atul, el principe de las tinieblas acababa de fracasar en la tremenda cruzada. Le habían vencido y tal vez pagaba con humillación y con dolor su rebeldía. ¿Es cierto entonces que ni dios ni el demonio, nada pueden en contra del hombre? ¿A tales abvecciones hemos llegado en este mundo?..... La blasfemia y la maldición me subían a los labios. En las honduras del cerebro me circulaban los siniestros propósitos. Yo dios, en un instante, puedo transformar en una ruina inmóvil, la ilusoria grandeza de estas bestias. Yo encadeno a la muerte y la muerte es obediente a mis mandatos. Puedo transformarla en un monstruo enfurecido para que arrase este mundo y no deje en él, piedra sobre piedra. En horribles conmociones he hundido continentes enteros. Y donde había abismos he puesto montañas. En

un segundo puedo yo dios hacer explotar esta tierra miserable y reducirla a polvo, v así, -a polvo reducida-, aventarla por las frias soledades del espacio. Puedo desviarla de sus rutas y largarlas por una zona sembrada de cuerpos errantes y de este modo puede acribillar a proyectiles a este globo moribundo y hacer llover fuego de los cielos. De mi voluntad omnipotente dependen las tragedias violentas y definitivas. Gases que se tornan venenosos y no dejan un rasgo de vitalidad; microbios virulentos que socaban las vidas y de un modo fatal las llevan al abismo: mares que se tornan rabiosos y se abalanzan sobre las riberas v todo lo inundan v lo destruyen; tragedias horribles que tronchan vidas en las angustias pavorosas de la agonia; castigos horrendos y plagas formidables que todo lo reducen a la ruina y al silencio y hacen de la muerte la última triunfadora. Si: todo eso y mucho más. ¿Pero acaso no puedo hacerlo? ¿Qué le significa a dios, el clamoreo de estas bestias?..... Me serenaba. La decepción y la impotencia se me traducian en una helada sonrisa sobre los labios. Era yo un pobre hombre enfermo en ese hospital. Y nada más. Por el chillido miserable de un hombre enfermo la naturaleza omnipotente no puede variar sus leyes. ¿Qué le significa a dios la vida de un hombre? "Yo dios, mato. Y mato, sin piedad". No le es lícito a dios descender al humano nivel para condolerse de una herida, para atender una súplica o para castigar una blasfemia. Atel, era sólo un hombre. Y un hombre es una bestia chica que aflora al mundo y se va. Si. Es cierto. "Pero maldito el día en que me creaste. Y maldito el instante en que me arrojaste en medio de estas bestias"..... Una resignación dolorosa disipaba mis furores y mis tenebrosos pensamientos. No puede el hombre ser insensato y pretender lo imposible. Mi aventura en este mundo tocaba a su término. Morir. Nada más que morir. ¿Pero acaso podía ambicionar otra cosa? En definitiva es la muerte, la suprema liberación.

En los primeros días, cuando aún sentía el intenso tiroteo de la rebelión, el ansia me hacía delirar. Abandonar ese lecho; irme de alli; mezclarme a la lucha y regar con mi sangre las lozas de la calle; esa era mi ambición. Al fin, un cadáver más, bien poco importa al mundo. Y yo digo que es milagrosa esa sangre que se derrama por las calles. Sin embargo, yo no me podía mover..... Después, cesó el tiroteo. Volvió la calma. La rebelión fué sofocada. Hubo muchos muertos; también hubo muchos heridos. Las cárceles se llenaron de presos. Ni aún supe de Atul, mi audaz compañero vencido en la lucha. Vino la calma. Y con ella, se me hizo más atroz todavía el desabrimiento. Me era horrible el martilleo de cada segundo sobre mi vida.

¿Y qué haría después? Una dolorosa sonrisa se me asomaba a los labios. Desde un principio me dijeron que mis heridas no eran mortales. Sanaría. Tendría que abandonar ese hospital. Seguiría mi errabundaje por el mundo. Sería tan triste mi condición que ya no podría llamarme, ni sentirme un hombre. ¿Qué, me significaba entonces la vida cuando ya se me había deshecho en su turbulenta carrera? Serenamente, sinceramente, había terminado mi misión: ya había vivido. Y quien ha vivido, bien puede colocarse ante dios y ante la muerte, para largarles un cadáver como supremo insulto...... Por momentos, se me rodaba as lágrimas.

Pero aquello era poco...... Llegaron hasta mí, emisarios de los hombres para imponerse de mi situación. Se me dijo que la justicia había tomado conocimiento del asunto y que investigaría lo que me había ocurrido. Era aquello un delito y se castigaría a los culpables. Cuando yo lo supe, me rei. ¿Y para qué? ¿Qué podía significarme la acción de aquella justicia, cuando se había producido un hecho irreparable para mí? Recibí friamente a los jueces y les rogué que se retirasen y me dejasen tranquilo. Si la sociedad tolera en su seno a monstruos, como aquellos que me dañaron, es discutible el derecho que tiene la sociedad pa-

ra castigarlos enseguida. La fiera no es responsable de sus uñas. Si las tiene, es lógico que las utilice. ¿A qué castigar entonces a semejantes malvados?

Sin embargo, la insistencia de aquellos jueces debia agregar una congoja más, a mi vida. Al cabo de algún tiempo, cuando yo ya abandonaba el lecho y en estado de convalescencia, ensayaba los primeros pasos, la justicia empezó a investigar la muerte de Osali. Sólo ahora se decia que había muerto envenenada. Estaba muerta. Desde hacia dos meses, más o menos, estaba en una fosa del cementerio. Ahora se quería comprobar, quizás, si aún seguia muerta. Ordenaron sacar el cadáver y me invitaron a mí a la diligencia. Yo fuí.

Fué la mañana de un dia de sol, la elegida por el tribunal para constituirse en el cementerio. Destaparon la fosa y sacaron el cajón. Por las rendijas de ese cajón, salló un líquido sanguinolento y de un olor insoportable por su fetidez. Así chorreando ese líquido, llevaron el cajón a una casa para destrozar el cadáver. Destaparon el cajón, Hundi mis ojos engrandecidos y espantados sobre la ruina en que se había transformado mi pobre Osali..... Estaba desforme su cara. En la nariz había grandes abultamientos de un barro reseco y sanguinolento. Su boca se entreabria en una mueca horrorosa. Algo parecido a la escarcha se espolvoreaba por su cara y por su pelo. Algunos gusanos, se hundieron en su boca y en la nariz, huyendo para ocultarse,.... Estaban empapados los vestidos. Se había inflado su vientre: había hecho explosión para vomitar una masa inconcebible de podredumbre. Entre los ropajes y sobre aquellas carnes verdosas, pupulaban por miles lo gusanos..... La sacaron del cajón. En el fondo, quedó una porción de sangre, descolorida y oleaginosa. También, muchos restos dispersos. Además, muchos gusanos..... La tendieron sobre una mesa de granito. A pedazos, le sacaron sus mojadas vestiduras. Al tocarla, se desgajaba a veces, la carne podrida. Aquello, esa sólo, una masa informe de podredumbre, de un olor tan malo, tan fétido, que era

insoportable. Todos menos los médicos, huyeron de allí. Yo me quedé. Como si estuviera clavado en mi sitio, segui atentamente la operación y vi como descuartizaban esa masa informe de podredumbre. Con una serenidad atroz y una diligencia pasmosa aquellos hombres iniciaron su tarea. Yo sentia escalofrios de pavor y por momentos se me hacia incontenible el impulso. Debía recurrir a todas mis energias para no abalanzarme como una fiera rabiosa sobre esos hombres para arrebatarle sus cuchillos, sus tenazas y sus instrumentos; para defender ese puñado de barro en que se había transformado la bella mujer de mis amores..... Le trozaron la cabeza y salió de allí una masa lechosa, semi-líquida, a modo de un barro ceniciento mezclado con algunos gusanos. Le abrieron el torax y retiraron órganos ya podridos y roidos de gusanos. Donde ponía mis ojos, veia gusanos: sólo gusanos y más gusanos, ensañándose con esas carnes putrefactas. Le vaciaron el vientre y se hizo horrible ese amasijo de tripas rotas y de órganos en descomposición. De allí sacaron, como si fuese una joya podrida, el feto que se le arraigaba en las entrañas...... Yo, inmóvil, espantado, sin pestañear ca-si, miraba todo aquello. Se me apretaba la garganta y me sentía desfallecer. Pensamientos turbios y tenebrosos, me circulaban por la cabeza. Quise tocar ese feto podrido que los médicos arrojaron a un ángulo del mesón. Me dijeron que no lo tocase. Algunos gusanos, como si defendiesen su presa, afloraron a la superficie. Sentí que las lágrimas se me venían a los ojos...... Sí. Sólo en eso había terminado nuestro sueño: ese nene prodigioso, sobre el cual, ella y yo, pretendiamos volcar todas las galas, todo el cariño y todas las primicias del mundo. Y en ese otro montón de podredumbre había terminado la bella Osali, el lujo de mi corazón, el tesoro santo de mi vida; la mujer hermosa que yo miraba con arrobo y con entusiasmo en aquellas tardes de verano, cuando yo hundía mi cara y mi cabeza en su pecho desnudo, para disfrutar de los últimos deleites, en el límite en que dios y el hombre ya se tocan..... Eso

era la muerte..... Aqui dicen los hombres que es la muerte el término de toda grandeza. Dicen que es sueño y definitivo descanso. Dicen que es el regazo de dios y el enigmático dintel en que se abre la ruta a mejor vida. Dicen tantas cosas los hombres de la muerte. Yo, mudo, espantado, sintiendo el corazón oprimido, como si una garra me lo apretase, miraba ese cuerpo deshecho y esos gusanos que pululaban por aquellas carnes podridas. De golpe, el pasado me acudía a la memoria. Torpemente, angustiosamente, me circulaban por la cabeza algunas consideraciones y recuerdos. Un susurro diabólico me zumbaba en la conciencia y me hacía dialogar conmigo mismo. "¿Te acuerdas? Eso fué tuyo. Era blanco ese cuerpo. Y era ágil. Era hermoso. Recreando tu alma en la maravilla de sus formas, hondamente convencido, tu dijiste que era la expresión suprema de la belleza: lo más prodigioso y perfecto que arrojara dios, a este mundo. A torrentes circulaba por ese cuerpo, la vida. Y la sangre pura y joven, hacía circulos mágicos y ponía lindísimos colores en esas mejillas, ahora pálidas y deformadas. Tras el negro tesoro de esos cabellos, bullía eso otro, más hermoso y más sutil que el líndisimo vaso que lo contenía: su alma, pura y noble, abierta plenamente a la bendición mágica del cielo. ¿Te acuerdas? Tú la mirabas. Te extasiabas mirándola. Se prendía la fiebre y la locura a tu sangre y a tu vida. Y eras un loco. Y tus manos se hacían nerviosas y tus labios se tornaban golosos para derramar sobre ese cuerpo bendito, las caricias. Tu vida entera como una inmensa llamarada, se inflamaba ante el maravilloso portento. Y eso, que así apetecías y que así, te hacía vivir, era tu mujer: la que querías, las que estrechabas entre tus brazos, con fantástica pasión. Era tu lujo supremo y la sintesis de tu idealidad. Ahi, la tienes ahora. Eso era en el fondo tu riqueza. Humo, espejismo, ilusión: cualquier cosa. Mejor, sólo un montón de podredumbre y nada más. ¿Es posible?..... Y oyendo yo, ese susurro maldito, ese diálogo tremendo, apretaba los dientes y arrugaba la cara. Pavorosamente convencido, me lo decía a mi mismo: "De la muerte, sólo

puede decirse que es horrible. Y no más". Ruina, destrucción, la tragedia horrenda de la fosa, con sus malos olores, con su carne podrida, con sus gusanos. Y como último limite, la nada. Sí, la nada; sólo la nada con su desconcertante significación. ¿Pero he podido yo dios, hacer así las cosas? ¿He podido yo, poner como límite postrero, la destrucción, la podredumbre y la nada? ¿Qué significan entonces, las grandezas, los sueños, la vida misma con su compleja actividad? ¿Acaso ante el cuadro terrible de la muerte, no se justifica la ilusión torpe, de la criatura torpe que aspira a otra vida más allá de la última tragedia?..... Yo miraba ese cuerpo podrido y destrozado. El sarcasmo me rodaba por la conciencia. "Yo mato. Y mato sin piedad". Si: es cierto. La hoja que cae debe desaparecer. Son las especies, árboles gigantes que retoñan y que se deshojan, segundo a segundo. Es necesario la muerte; porque yo dios, soy también la muerte. Todo lo creado ha de hundirse bajo sus tremendos zarpazos. Yo mismo, dios, he de caer, en brazos de mi hija terrible. Y entonces, yo también descansaré. Yo dios, dispuse así las cosas. Yo lo hice. Sí. Yo lo hice. Y yo os lo digo que hay sabiduría en todo ello. Pero Atel, también os lo jura, que ante ese cuerpo podrido y destrozado, apretaba los puños y arrugaba la cara, en tanto las calladas blasfemias rebullían en su pecho; en tanto se le revelaba la conciencia y no comprendia aquello: eso sencillísimo que se hizo, que se hace y que se hará a través de los siglos y de las edades; porque así se cumplen las leyes brutales de dios..... Fué dura la prueba. Quizás demasiado dura. Yo quería retener el llanto; pero sentía que un torbellino de lágrimas, pretendía subir a mis ojos. Con una indiferencia terrible, los médicos, seguían destrozando aquel cadáver. En mi accidentado vivir nada me fuera más fuerte, ni me cogiera más a fondo. Yo ví transformada en un montón de podredumbre a mi bella Osali, ella, la mujer, la ilusión que arrojé a este mundo para que fuese recreo y delicia del humano vivir. Es pavorosa la muerte. Sólo se puede comprender su terrible significación, cuando se ha visto destruído por sus estragos y

reducido a podredumbre, algo que fué nuestro; algo que quisimos con locura y que al perderse, nos desgarra el corazón.

Después, Atul, lo supo. Me miró picarescamente y se rió.

—¿Querías saber lo que es la muerte? —me preguntó—. Eso es la muerte. En eso tan bonito y tan agradable, termina la locura que hiciste en este mundo. Debian avergonzarte tus descabellados desaciertos.

Yo me callé. Mi mudable destino me hizo comprender de un modo muy elocuente, lo que es la muerte, dándome destrozado y podrido, el cuerpo de mi bella Osalí.

Ahora, seguirá Osali las rutas fatales del definitivo alejamiento. Fué buena. Fué hermosa. Fué grande. Fué mi preferida. Se concentraron en ella, los cuidados y los primores que adornan a los elegidos de dios. Ella, allegó un divino encanto a mi vivir. Por haberla tenido, mi vida puede justificarse; aunque después, por negro destino rodase en la madeja de la desgracia. Juro como hombre, que un amor, justifica una vida..... ¡Pobre Osalí! Ahora se va. Se hunde en el inconmensurable abismo de donde ya no es posible retornar. Si a trueque de horribles torturas, pudiera resucitarla y traerla de nuevo a esa vida, lo haría. Si pudiera crear para ella ese paraiso fantástico que se sueña más allá de la tumba, también lo haría. Y allá la llevaría por una eternidad. Pero no puedo ser torpe ni aferrarme a ilusiones imposibles. ¡No! Toca a su término mi jornada en este mundo. Voy haciendo la última etapa del camino. El hombre está próximo a extinguirse. Se extinguirá. Vendrá la liberación y yo ma aventaré a los dominios excelsos de donde en mala hora, quise venir. Libre y poderoso, me proyectaré a mis dominios de dios omnipotente, que rige mundos, que crea y mata y hace de toda la Creación un perpetuo rebullir. Entonces, cuando esté en mi reino y mi infinito poder haga su obra, por la via de infinitos recursos, entonces bajarán mis manos invisibles de dios, a la fosa de mi joven v heroica compañera, Bajarán mis manos, Revolve-

rán las cosas; reunirán sus restos. Como si fuese un polvo de oro que se busca entre el fango, mis manos portentosas, haran el milagro. La desparramaré por las aguas, por los vientos; por los elementos todos, que yo dios manejo en este mundo. La mandaré por senderos fáciles y seguros, a rodar, por la infinita escala de belleza que sube hacia mi. La pondré en las flores; la pondré en la savia fecunda que reparte la vida; la pondré en el místico susurro de las fuentes; la pondré en el aire que tonifica y alimenta a los seres. Haré que sea vida pura y milagrosa para la más bellas de mis creaciones. En definitiva, en mi seno prodigioso nada se pierde y nada se destruye: sólo cambian las formas: porque la energia inmortal, como la materia fecunda, no mueren. Y así, transformada en luz, en belleza, en vida, mi bella Osali, seguirá siendo mi predilecta en este mundo tortuoso.

Cabizbajo, cuando aquellos médicos terminaron de destrozar el cadáver, yo me alejé de allí. Era grande mi amargura. Era inmensa; tan fantásticamente inmensa que me cubría toda la vida. Ya no quise volver al hospital. Con pasos vacilantes, afirmándome en un bastón, seguí mi camino por el mundo. Se colmaba la medida y ya era tiempo de regresar. Entonces, llamé a Atul.

## XXVIII

Fué impresionante y dolorosa nuestra entrevista.

-¿Hemos terminado? -le dije.

-Si, -me contestó-, hemos terminado.

Nos miramos. Con la tremenda evidencia de la realidad, allí estaban esas siluetas de hombres vencidos. Yo me afirmaba en un bastón para caminar y me era difícil y molesta la marcha. Las cicatrices aún no se amoldaban a mis pasos. Se curbaba mi espalda y era yo un harapo en esa mi nueva condición. Nada quedaba de aquella gallarda figura mía, —bella, fuerte y varonil—, que en el curso de mi existencia fuera un motivo de alabanza para los hombres y de tentación para tantas mujeres..... Atul no se veia inferior a mí, pero tampoco me aventajaba. Ahora se le veia pálido y demacrado. Llevaba un traje raído y en desorden, con desgarraduras y remiendos en algunas partes. Con esa indumentaria, parecía un mendigo el elegante de otros tiempos: Atul que fué siempre tan elegante. Un vendaje en la cabeza, atestiguaba recientes curaciones...

Nos miramos. Nos sonreímos dolorosamente y con lentitud nos pusimos en camino.

Me contaba Atul los destellos de la jornada. Fué sangrienta y ardiente la rebelión. Por muchos días, los hombres se entregaron con fiebre loca, a la diabólica tarea de perseguirse y de matarse. Lo hicieron con cañones, con fusiles, con ametralladoras, con aviones, con gases venenosos. Los muertos se contaban por miles. El número de heridos era mucho mayor. En definitiva la rebelión fué dominada. Triunfante en los primeros días y después de haber provocado un alzamiento general y de haber dominado en muchas partes, de golpe la victoria se transformó en derrota. La muerte del caudillo principal, llevó el desaliento a sus partidarios. Después, la traición de las gentes de Atul, consumó la obra.

—Nos vencieron, —me decia Atul—. Me traicionaron y por este motivo nos vencieron. Los traidores fueron hombres de mi casta. Con dineros, los compró el enemigo. Ahora se les pagará el/precio de su traición. Esa riqueza mia, tan codiciada por los poderosos, servirá para pagar la fe-

lonia de los canallas. Son así los hombres.

Yo me callaba. Dejaba que Atul se desahogase.

—Sólo los tuyos, —me agregó—, respondieron leal y valientemente al solemne compromiso. Fueron heroicos para luchar, para defenderse y para morir. Es siempre el pueblo el héroe de la acción: el vencedor que rara vez disfruta de la victoria, como el vencido que seguramente soporta todos los rigores.

Se reconcentraba Atul. Melancólicamente proseguia su

relato.

-Cuando ya estimé pérdida nuestra causa, quise morir. De noche, logré atravesar el cerco que rodeaba al último puñado de bravos que aún se defendía. Eran los tuyos, los hijos del pueblo, los vagabundos y los harapientos, que en el trance amargo quisieron morir y sumar su sangre a los incontables sacrificios que han hecho los hombres para obtener un poco de felicidad. Nos bloquearon. Nos enloquecieron a tiros. Nos persiguieron con gases mortiferos v los aviones hicieron una carnicería horrible. Sólo quedó un montón de ruinas y de cadáveres. Pero con ruinas y cadáveres haciamos defensas y resistiamos. Explotó a mi lado un obus y perdí el conocimiento. Cuando lo recuperé, sangraba de muchas partes y tenía el cuerpo atravesado por varias balas. Sentia también una enorme sajadura en la cabeza. Era de noche y había terminado la lucha. Un silencio horrible se extendía en rededor. Me creveron muerto y me dejaron alli, en medio de los cadáveres que se regaban por todas partes. Arrastrándome, logré escapar y me oculté en una casa. Allí me cuidaron durante muchos dias hasta que logré restablecerme.

Se conmovia, Atul. Le temblaba la voz,

—Fué una mujer, —me dijo, quien me cuidó. Era joven y bonita. Tuvo mucha dulzura y mucha delicadeza para tratarme. Si algún rasgo sublime me llevo de este mundo, es el puro recuerdo de esa mujer. Ha sido lo único excelso que he encontrado en esta tierra.

Me acordé de Osali y se me llenaron los ojos de lágrimas.

Atul me dió algunas noticias sobre la suerte de mis amigos. Aquel fogoso estudiante de mi banda, rindió la vida a su convicción: murió acribillado a balazos. Aquel obrero fundidor, recibió un tiro en la cabeza y la bala le atravesó el cráneo. Fué una sola la bala que tronchó el hilo blanco de su vida. Aquel militar, jefe técnico de la rebelión, murió serenamente en los últimos momentos: el estallido de un obús, lo disparó, hecho mil pedazos, por los aires. Su lindisima hija, murió atravesada por las bayonetas, cuando se inclinaba para recoger el cuerpo agujereado del

estudiante. Aquel periodista logró escapar; pero lo apresaron enseguida y lo fusilaron. Aquél simpático frailecito estaba preso y también se estimaba como segura su ejecusión. ¡Cuántas muertes! ¡Cuántas calamidades! Y todo, por el santo afán de reformar y hacer mejores a estas bestias. Había segado la muerte a mis elegidos: las víctimas nobles y primeras de los malvados. Pero ha de ser perpetuo el retoñar. Yo dios, recubro constantemente la tierra de nuevas flores. Otros han de seguir la obra de mis héroes caídos. Otros han de formar y levantar, esa bandera victoriosa, que vo dios, coloco entre los hombres, como llamarada de esperanza. Así es. Pero yo dios digo que la humanidad no cumpliria sus deberes, si no sintiera admiración, si no hiciera justicia y si no tuviera reconocimiento y buenas palabras, para los héroes caídos; para esos que, cumpliendo el mandato de dios, dieron por los hombres, todo lo que tenian: sacrificio, ideales, entusiasmo: también la vida, ¡Loor, por los caidos! Un angustioso suspiro se me fué de la garganta. Me enternecia. Me quemaba la horrible pesadumbre de la derrota y de la impotencia.

-¿Nos han vencido? —le pregunté a Atul. —Sí, —me contestó—, nos han vencido.

Se tornó vaga y siniestra su mirada.

—Nos han vencido, —me agregó con rencor—.Y mi desgracia ha sido tan grande que ni aún pude sacrificar al malvado que yo quería sacrificar. Consegui apresarlo. Pero quise ser siniestramente refinado para hacerle gustar las torturas de mi venganza. Después, lo rescataron.

-¿Hemos terminado? -le pregunté, de nuevo.

—Si: hemos terminado. Nada nos resta ya, por hacer en este mundo.

- Es verdad. Nada nos resta por hacer en este mundo. Era muy sabio Atul y su sabiduría era grande.

.—Saber morir, —me dijo—, es grave problema humano. Nosotros, por lo menos, sabremos morir. Llegaremos hasta esa fábrica. Nos hundiremos en esos subterráneos que guardan los explosivos. Les prenderemos fuego. Y habremos terminado. ¿Me aceptas? -Si, -le contesté-, te acepto. Vamos.

Ya estaban de sobra todas las palabras. Pero como Atul es un sabio, cuya sabiduria es mucha, me dió sus últi-

mas y amargas protestas.

—Tú y yo somos nada. Dios y Satanás apenas si son rasgos torpes de una mitología en decadencia. Pero tú quisiste venir y quisiste también hacer de nuestras vidas una comedia indigna. Díme: ¿porqué me obligaste a venir?

Sucedió algo extraño. Con los ojos rojizos por la cólera y con el rostro pálido y descompuesto, Atul quiso agredirme. Era más fuerte que yo, al menos en la situación en que nos encontrábamos. Apenas si yo podía tenerme en pie, afirmado en mi bastón. Por otra parte, era muy propio de Atul aquéllo de agredir y de aniquilar a un ser indefenso. Le miré con ojos severos e hice un ademán con el bastón para defenderme.

-Espera, -le dije-. La hora está cercana. No te apre-

sures: hemos de morir juntos.

La mano traidora se detuvo. Atul, avergonzado, bajo los ojos. Yo segui mi camino. A poco, se colocaba otra vez junto a mi.

-Eres un insolente, -le dije-. Parece que olvidas el

tremendo significado de los minutos que corren.

—Perfectamente. Pero tú eres el culpable. Ahora yo debía estrujarte entre mís manos hasta hacerte morir en una agonía atroz. Tú no lo ignoras. Por millones se amontonan los fracasos a lo largo del camino. Toda la historia humana es un tejido de fracasos. Catla vida es un contrasentido y una masa de angustia y de miseria. Cada vida es un problema y es un enigma para ti, dios creador. Sin embargo, sabiéndolo, hiciste de tu vida y de mi vida una comedia. Aquí tienes ahora el desenlace. ¿Por qué viniste? Sobre todo, ¿porqué me creaste y me obligaste a venir?

Se desasosegaba de nuevo. Se le atropellaban las pa-

labras para hablarme.

-Ahora te vas de este mundo. Te vas lisiado, atur-

dido, magullado por los estigmas todos, de la maldad. Has fracasado de un modo groseramente estúpido. Otros, sin ser dioses, tienen más éxito que tú. Pueden dejar errores y contradicciones a su paso, pero al menos arrojan un ápice de luz y de esperanza y por alguna causa la humanidad debe mostrarse agradecida para con ellos. Tú no. Tú debes irte apoyado en un bastón, con la cabeza baja por la vergüenza, después de haber recibido la injuria más horrible que se puede inferir a un ser humano. ¿Estas entretenciones fueron las que te sedujeron para venir aquí?

Era interesante que Atul, en medio de sus quejas, hiciera mofa de mi figura.

-En cuanto a mi silueta, -le dije-, no estamos muy distantes.

-Es cierto. Pero si quisiste ser imbécil, bien pudiste cargar tú solo con la responsabilidad. Díme: ¿qué hay de común entre tú y yo? Yo sólo puedo tratar contigo en el área de la guerra, de la destrucción, de ataque y de la muerte. ¿Porqué entonces debía acompañarte en un juguete ridiculo que ha degenerado en tragedia? Bonitos resultados me dan las compañías contigo...... Ahora debo seguirte. Te seguiré. Pero por sobre la angustia de la muerte próxima, quiero confesarte, que siento una alegría demoniaca y una serena conformidad. Ahí tienes mis legiones, enloquecidas y febriles, ahogando a la humanidad. A aprisionan a los pueblos y a los hombres. Derraman sobre la tierra un torrente de angustia y de dolor. Llevan la bandera negra del rey del Averno, ese que la Naturaleza Creadora puso en este mundo como uno de los fundamentos de la Creación. ¿Importa algo, entonces, mi derrota? ¡No! No importa nada: porque sólo confirma el refinamiento acervo y la entraña negra de quienes cumplen un destino. Ahi van mis legiones. Y en tanto trafiquen bajo el sol, la bandera del príncipe de las Tinieblas ondeará en todos los pueblos y sobre todos los hombres. ¿Qué me dices?

Alegría, despecho, yo no sé qué, fulguraban en los ojos ardientes de Atul.

—Me ha sido insoportable la vida, en medio de estas bestias. ¿Pero, podía yo, esperar una confirmación más certera de mi poderio? Quisiste venir y quisiste comprobar-lo. Aquí tienes la comprobación en tu vida y en mi vida. Díme: ¿estás conforme?

-No -le contesté-. No estoy conforme.

-¿Y qué es necesario entonces para convencerte? ¿Hasta cuando debe prolongarse esta tortura?

Me miró de un modo raro. Después hundió su mirada

en el lejano remanso del cielo.

Tú lo sabes. Días llegarán en que la muerte expolvoree, negrura y silencio sobre la faz de este mundo. Y entonces no habrá, ni gritos, ni rebeliones, ni dolores, ni blasfemias. Díme: ¿pocos o muchos siglos, significan algo para dios? Si este clamoreo debe cesar y al fin debe venir un silencio recóndito sobre este mundo, ¿porqué ser cruel y prolongar la tortura? ¿Acaso no hay sabiduría en terminar bruscamente un proceso inútil que, fatalmente, ha de rematar en la muerte? Nuestras vidas son ya unos deshechos. Ya hemos vivido. Sabiamente resignados, llegaremos hasta esa fábrica y allí terminará nuestra historia. Después de la explosión solo quedará un montón de escombros y de nosotros no quedará ni el más leve indicio. ¿Acaso no es posible hacer lo mismo con la tierra? ¿Acaso no puedes hacerlo?

Yo me callaba. Era el eterno reclamo de Atul, ahora más ardiente y más interesado que nunca.

-Pero contesta. ¿Acaso no puedes hacerlo?

—Una fábrica, si, —le dije al cabo de un rato—. Pero la tierra no. No es aceptable que ardores y malas pasiones de hombres perturben los altos designios de la Naturaleza creadora:

-; Estúpido! ¡Cobarde! -me dijo con rencor.

Nos callamos. Yo presentia en Atul la tremenda efervecencia de sus diabólicas intenciones. Destruir; matar; reducir a escombros; arrasar la tierra y una vez arrasada trasformarla en corpúsculos diminutos, como granos de arena, para regar después el polvo maldito por la fria soledad. Coger a los seres y hacerlos perecer en medio de una
angustia horrible y terminar de este modo con la semilla
arraigada en este mundo. Seria tan fácil para Atul la solución definitiva del problema......¡Pobre Atul! El
odio y el despecho no autorizan para abrigar tan negras
intenciones hacia esta pobre humanidad que aún no empieza a vivir.

-Hemos venido en mala hora, -le dije al cabo de un rato.

-¿Mala hora? -me preguntó-., Pero, ¿cuándo ha tenido la humanidad una hora de esperanza y de victoria?

Te equivocas. Para los hombres hay períodos de esperanza y de triunfo. En esos períodos la vida se hace mejor. Pero ahora, en el límite de una época que se hunde y de otra que llega, se explica que haya desasosiego, que haya angustia y que haya dolor. Es por eso que tus hordas, desenfrenadas e insolentes, trafican ahora por la humana heredad, revolviendo odios y perversiones. Llegamos a las postrimerías de una época que se hunde. Aparentemente, es muy fuerte el baluarte de Satanás. Pero vendrá el ajuste y la humanidad, después de soportar un dolor enorme y un azote feroz, encauzará su ruta por otros caminos. ¿Por qué, entonces, destruirla cuando aun no empieza a vivir?

Arrugó los labios con insolencia y me lo dijo con sorna.

El futuro dirá si tu estúpido vaticinio llega a realizarse. Desde hace muchos siglos, buscan los hombres una vida nueva. Aún no la encuentran. Yo digo que no la encontrarán jamás.

Exageras, —le dije—. Yo no descuido a mis criaturas. Sólo digo que es mala la hora. Días vendrán de alborada y de redención. Y entonces puede florecer un ensueño de oro sobre mi reino. Hoy, en tantos tus legiones se entregan a sus libertinajes, estas ilusiones no son posibles. Pero lentamente, yo voy mutilando las garras de la bestia. Mañana, cuando decaiga tu satánico influjo; cuando el hom-

bre sea otro y otro criterio se plasme en su vida, yo derramaré mis milagros y mis bendiciones. Son tus hordas las que arrojan cizaña en el camino y las que hacen perder el rumbo a mis criaturas.

-Es interesante, -me contestó-. Sin embargo, yo

Satanás en persona, no puedo vivir entre los míos.

—Sí. Pero ésta es una situación particular tuya, que yo por respeto a ti mismo, no me atrevo a comentar.

Se irritó de nuevo.

-Eres un malvado. Yo no discuto mi situación. Sólo quiero que la sabiduría alguna vez ilumine tu cerebro. La tragedia de la Creación es permanente. Por lo mismo, el progreso y la evolución, en el fondo sólo son groseras ilusiones que emanan de un fundamento de dolor y de miseria y que tienen siempre el mismo ritmo, con un alcance que, día a día, se hace más desesperante. Para el hombre, lo eterno es un perpetuo desasosiego; una angustia sorda por superarte; diré mejor un absurdo excursionar en pos de un limite que no se alcanza nunca. No puede sospecharse un término para este anhelo que fermenta en cada hombre y que, en grados más o menos, hace de cada una de estas bestias una insensata contradicción entre la ilusión ridicula y la desesperante realidad. El crimen supremo del Hacedor, fué colocar a estos animales en un campo de espinas, teniendo a la vista la ilusión de un paraíso. Hoy culpas a mis legiones de los males. No lo niego. Hoy por hoy, son ellas, las que ponen trabas a las altas realizaciones. Pero no olvidemos que en ellas se concretan también los atributos humanos más simples y más enérgicos. Y por lo mismo, si la maldad y la extorsión, tienen en mis legionarios los caracteres de una inclinación instintiva, ello sólo demuestra que la maldad y el egoismo se cimentan en lo más profundo de la personalidad humana. Digo que demuestran la negra ceguera de dios, que para forjar a estas bestias, puso mala levadura e hizo de cada hombre un atado infame de contradicciones y desatinos. Mañana se hundirán mis legiones. Pero vendrán otras; más malas o me-

nos malas; más sanguinarias o menos sanguinarias; -poco importa—; pero en todo caso legiones de Satanás, como retoños perennes de lo que, aferrado a la realidad y al dolor, sigue la marcha y el desarrollo de la especie. De este modo el conflicto será permanente y el cuadro será invariado, sean cuáles fueren, la capacidad y el poderio del hombre. Tú y yo lucharemos en todas partes y en todos los tiempos hasta la consumación de los siglos. ¿Porqué entonces aspirar a una edad de oro para el hombre, cuando por dura y humana lógica, jamás ha de tenerla? ¿Acaso hay derecho para ser ingenuo? Si el hombre pusiera un límite a sus anhelos, lo cogería la inmovilidad que equivaldría al agotamiento y a la muerte. Y el día en que la realidad fuese menos dura, se perdería el estímulo básico que determina la diminuta grandeza de estas bestias. Por fanto, hoy, como ayer, como siempre, tú tendrás un oficio y yo tendré otro oficio. Tú iluminarás la conciencia de los hombres; los harás anhelar; los aferrarás a la ilusión; pondrás en ellos, energía y voluntad para vencerse a sí mismo y para realizar un ideal. Y yo mutilaré esas ilusiones; arrojaré errores y maldad; haré que sea áspero el camino y que se riegue de sangre y de dolor; haré que con dolor el hombre logre sus objetivos. Por siglos y más siglos seguirá el drama eterno. Y terminará alguna vez, en la soledad, en la muerte y en el silencio. Es por eso, que vo sostengo que este juego es estúpido. Afirmo que es grosero y absurdo el mecanismo profundo que rige los destinos humanos. Digo que dios fué un insensato y un imbécil, al determinar las cosas de tal manera; porque al disponer así la Creación, arrojó sobre millones de criaturas inocentes, un torrente de dolor y de angustia. Agrego que esta miseria sólo terminará cuando se extienda sobre este mundo, el silencio y la muerte; porque sólo entonces habrá llegado el límite natural de un definitivo acomodo. Y digo, por último, que me aburre esta tramoya y sostengo que hay sabiduría en terminarla bruscamente, para bien de los hombres, para bien tuyo y para bien mio.

Era muy sabio Atul y su sabiduria era grande. Pero

yo dios, hice así las cosas. Y lo juro: no me arrepiento de haberlas hecho así. Razgo de divinidad rodando por el mundo, el hombre, a través de las centurias y de los milenios, debe realizar altísimos destinos. Que siga entonces su ruta.

-Eres un blasfemo, - le dije-. Yo dios, hice así las cosas. Y por haberlas hecho, yo dios, bien hechas están.

Rechinaron los dientes de Atul y vi que alzaba el puño, como si apretase nerviosamente y con rabia loca el cuello de un enemigo.

—Se hundirá la humanidad en la muerte. Me hundiré con ella. Y cuando me hunda, llevaré todavía la garra apretada. Y por mi obra, el dolor será eterno y el mal será implacable.

Yo guardé silencio. Ya estaban de sobra todas las opíniones y todas las amenazas. ¿Qué importaba ya, la vida, la humanidad y el futuro con sus enigmas y sus posibilidades, para quiénes vencidos y completa la carga, iban hacia la muerte?...... A corto plazo vendrían para Atul y para mí la sombra y el silencio. En tanto el hombre vaga por la tierra, su conciencia es como un espejo errante para acaparar el extraño palpitar del mundo. Pero destruida la conciencia, el mundo se despedaza y desaparece para el hombre. La obra de la muerte sólo se reduce a eliminar de un conjunto, un pequeño detalle que puede sentirse así mismo: sólo a borrar una conciencia. Y no más. Ya estaban de sobra todas las palabras.

-¿Vamos? -le dije.

-Vamos, -me contestó.

Dolorosamente repercutieron las palabras. Estaba próxima la muerte y Atul y yo con serenidad ibamos a ella.

Nos pusimos en camino.

Vamos en ruta de esa fábrica que tiene esos tremendos polvorines subterráneos. Llegaremos allá. Sigilosamente nos meteremos bajo tierra. Allegaremos fuego y vendrá la explosión. No quedará de nosotros ni un rastro; pero ni el más leve indicio. Jamás nunca encontrarán los hombres nada de lo que fuera nuestro. Nos hundiremos en el negro y enigmático remanso, así como una gota de agua se hunde en un mar inmenso. Y solo dos hombres, dos sombras habrán pasado por la vida. Pero libres de esta envoltura terrena, Atul y yo, volaremos al infinito seno de lo creado. Sequiremos la ronda interminable de nuestros destinos. Yo seré la luz, la alegría, el poderío, la omnipotente dirección que rige el infinito universo. Y Atul, mi perpetuo acompañante, será la sombra, la anarquía, el dolor, la perversión, cualquier cosa, poco importa; tal como aquí, en este mundo transitorio y en la tragi-comedia de dos vidas, vo fui el bien, y viviendo quise realizarlo, y Atul fué el mal y viviendo, quiso realizarlo también.

Nos vamos. Te dejamos a ti, hombre, entregado a las furias de las legiones de Satanás. Dios no ha podido contra ellas. El mismo Satanás, por momentos, tampoco llega a entenderse con ellas. Tú hombre, debes ser más fuerte que dios y más fuerte que Satanás. Te incumbe el santo e irrenunciable deber de dominarlas, amoldarlas a tus sanas ambiciones o destruirlas y borrarlas como razgos de la abyección y de la vergüenza humana. Ese es tu deber. Y lo es para honra y beneficio tuyo y también para gloria de dios..... Entretanto, sigue tu camino. Sufre, Ilora, desespérate. Trabaja. Triunfa, si puedes. Ese es tu destino. Lo fué ayer. Lo es hoy. Lo será siempre a través de los tiempos. Correrán algunas centurias y días llegarán en que te someta a la angustia horrible de una prueba atroz. Y entonces, cadáver inmenso que sigue su carrera, cuando ese sol que ahora te alumbra se apague, seguirá navegando esta tierra ingrata por el piélago infinito. Habrá de faltarte la luz que es mensaje de alegría y de esperanza. Habrá de faltarte el aire como condición de vida. Ha de cogerte el frio tremendo de la noche sideral. Allá dirás si la bondad de dios es grande y si su sabiduría es mucha. Comprobarás también, si en el enérgico desarrollo de tu especie, has logrado fundirte con dios mismo, y por ello, en la noche pavorosa, lográs subsistir. Sigue entonces tu

camino. Húndete en el futuro en pos de auroras y de esperanzas. Sigue arrastrando tus miserias y tus pesadumbres. Nosotros, invisibles e inalcansables para ti, te acompañaremos en la larguísima jornada; tal como en el tramo insignificante de una vida hemos marchado contigo. Cuando la ilusión, el ideal y el altruismo dilaten tus energías y cara hacia la luz, pretendas dominar el mundo y someterlo a tus ardientes aspiraciones; cuando seas noble, generoso y altruista, -quiero decir, cuando SEAS HOMBRE-, entonces, yo dios, como nunca, estaré a tu lado para sugerir en tu conciencia, los cálidos efluvios que harán de tu vida un portento de grandeza y de poderio, rectamente orientado hacia eso que tú has ambicionado siempre: la felicidad. Y cuando un reververar de bestia se irradie sobre ti y la miseria terrena te arrastre al abuso, a la maldad, a la bajeza instintiva o a la decadencia moral -digo cuando SEAS UNA BESTIA-, entonces, también estará junto a ti, para susurrarte al oído sus perversiones, la simbólica imagen de Atul: Satanás, el rey del averno, dispuesto a trasformar tu vida en un infierno, duro y amargo de llevar. Te seguiremos a través de los siglos. Sólo a ti corresponde determinar, en el complejo fenómeno de tu conciencia, el predominto de la única deidad posible: la NATURALEZA OMNIPOTENTE, que te hizo pequeño y contradictorio; pero que aguarda de ti el portento máximo de la creación..... Entretanto, triste es decirlo, vamos hacia la muerte saboreando la amarga convicción del fracaso. Entre vosotros no han podido vivir ni dios ni Satanas. Sinceramente, no hacéis honor a vuestra especie. Pero debéis seguir. A mi sabiduría de omnipotente se reúne la suprema ilusión: algún día y de esta semilla, surgirá el fruto fecundo. Y entonces, habréis dejado de ser bestias para ser hombres de verdad. Esa es mi ilusión.

Y así lo haremos. En cualquier parte, en el recodo de un camino, arrojaré estas memorias mías, para que se apodere de ellas el viajero anónimo que cruza por la tierra. Y después, nos hundiremos en la muerte. Quedará abierta para vosotros la inmensa perspectiva del futuro. A vosotros corresponde afrontarla. Yo dios, sólo quiero que se me siga; que se me oiga; que se me obedezca, Porque sólo así ese futuro será menos doloroso. Y mejor.

Entretanto una tragi-comedia ha terminado. Cae el telón y los actores se hunden en la sombra: se colocan tras del velo impenetrable. Con el aplauso de los espectadores, terminan, a veces, las comedias. Decid: ¿No merecemos nosotros, un aplauso? ¿Dios y Satanas, no se mueven a la risa? ¡Imbéciles! ¡Ingenuos! Aún puedo deciros una verdad: para todo lo creado existe un último límite. Sólo la garra de la muerte no la eludiréis nunca jamás. Y quiero que tampoco lo olvidéis nunca: yo también soy la muerte. Y yo os digo que toda injuria, toda rebeldia y toda maldad rematan en ella. Entonces, en días que vendrán, llegará para todos y para cada uno de vosotros, el tremendo ajuste y el término de vuestra miserable historia. Si el fracaso de los vencidos de hoy, os mueve a la risa yo os pido que riáis también, cuando llegue para vosotros el trance: cuando corran para vosotros los momentos que ahora viven Atel y Atul. ¿Dios vencido? Nó: nunça, jamás. Mientras exista la muerte, dios será siempre vencedor..... Nos vamos. Ya es corto el camino y esta próxima la liberación. Pero os lo juro de nuevo: todos vosotros, con diferencias de días o de años, -poco importa-, nos seguiréis. Entonces, yo dios y Satanás mi amigo, os emplazamos para la hora postrera. En el obscuro fondo del enigma, allí donde invisible e inalcansable, se extiende mi gigantesco poderio, nos volveremos a encontrar.

Dieron los diarios el anuncio: en una lejana ciudad, hizo explosión un polvorin de una fábrica de municiones. Y nada más. Y siguió este interminable sucederse de dias y de noches: esta angustiosa marcha de la humanidad a través de los tiempos.

dad, sencillez y precisión, el gigantesco proyecto para organizar la nueva sociedad. Se estudian, detenidamente, los aspectos político, económico y social, como también se diseñan con latitud los grandes servicios públicos del futuro, especialmente el Servicio de Educación. Se trata, por tanto -y ante todo-, de una obra de estudio; en segundo término, de una novela de fantasía, llena de idealismo y de esperanza, pero encuadrado todo ello dentro de lo posible y de lo realizable. Conviene, de consiguiente, su lectura, a políticos, economistas, ideólogos y, en general, a cuantos se interesen por ver realizado el proyecto de Bolívar: la fusión de todas estas repúblicas en un solo Estado Federal; como también a los que, comprendiendo las exigencias de la época presente, quieran ver sustituído el actual régimen capitalista, por un régimen mejor, más justo y de acuerdo con nuestros antecedentes y aptitudes. El mérito de este trabajo consiste, precisamente, en diseñar un tipo de socialismo aplicable a nuestro medio. Dada la magnitud del tema abordado, se trata de una obra extensa, de más de 600 páginas.



Printed in Chile Impreso en Chile

Imprenta Cervantes Santiago - Chile San Antonio 741